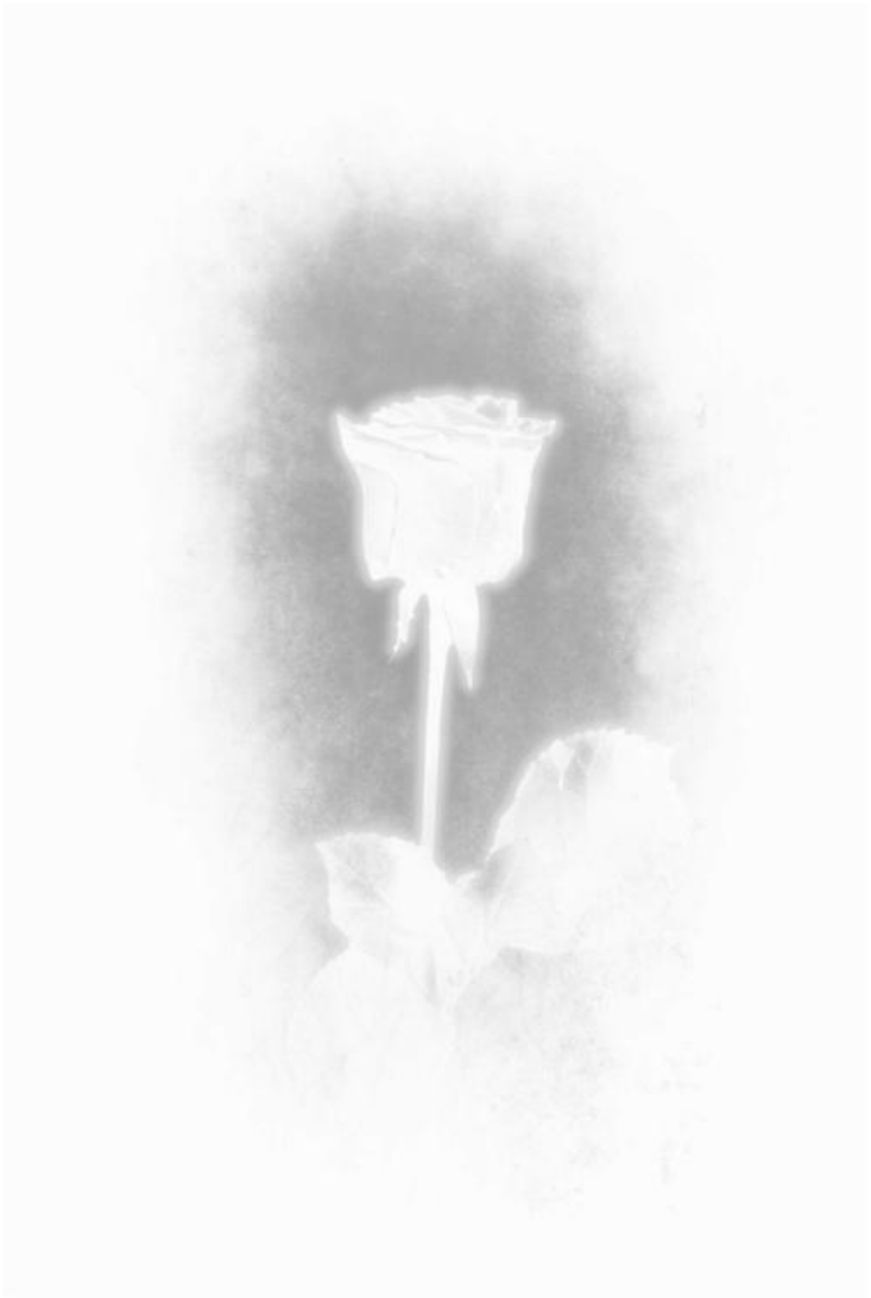
Gemma Herrero Virto

Criaturas malditas



Criaturas malditas

Gemma Herrero Virto

Copyright 2022 Gemma Herrero Virto

Título: Criaturas malditas

Autora: Gemma Herrero Virto

Diseño de portada: Gemma Herrero Virto

Copyright de la presente edición: © 2022 Gemma Herrero Virto

N. º de registro: XkIBF333-2022-07-12T13:11:19.969

Fecha de publicación: 26 de septiembre de 2022

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A todos los que en algún momento hemos pensado que nuestra vida se acababa

para acabar descubriendo que había una vida después…

Y que era una vida mejor.

ÍNDICE

Advertencia previa
Sobre las canciones
This could be anywhere in the world
Bury me alive
Welcome to the jungle
30
Start a fight
Nigthmare
Obey
Body talks
Poison girl
Kryptonite
Sweet dreams (are made of this)
The pretender
Personal Jesus
My hero
Bad moon rising
Toxicity
Do your worst
Moon over Bourbon Street
Sympathy for the devil
Wicked game
Once upon a dream
Trip switch
My inmortal
Out of the black
See who I am
Amazing grace
The house of the rising sun
Roxanne
Blow
Seven nation army
Kill4me
Losing my religion

Master of puppets
Paranoid
Killing in the name
In the end
Creep
Sweet child O’mine
Come as you are
In loving memory
Down the road
Always remember us this way
Agradecimientos
Medios de contacto
Otras obras de la autora

Advertencia previa

Esta obra tiene muchos capítulos en común con la novela Olvida, publicada en el año 2020 a cuatro manos con otro autor. Los capítulos de ese autor se han eliminado por completo, se han reescrito escenas enteras y se ha cambiado el final de la obra, pero, si ya leíste Olvida, quizá no te interese leer esta nueva versión.

A principios del año 2020 comencé a escribir una nueva novela. Martin McCoy, seudónimo bajo el que se ocultaba el que en aquel momento era mi marido, me convenció de escribir esa historia a medias para "intentar salvar nuestro matrimonio". Y así nació Olvida, la única historia que he escrito a cuatro manos en mi vida y, casi con toda probabilidad, la única que escribiré.

En aquel intento de salvar una relación que ya estaba muerta, acabé aceptando un montón de cosas respecto a la novela que no debería haber aceptado (también respecto a muchas otras cosas, pero ese no es el tema que nos ocupa). Terminé poniendo mi nombre a una novela de la que no me gustaba el título, ni la idea de la portada, ni el enfoque que se le había dado, ni el desarrollo de la trama, ni el plan de marketing…

En resumen, el resultado final no se parecía en nada a la idea de la novela que yo había querido escribir. No digo que fuese mejor o peor, digo que no es lo que yo querría haber escrito. Y, por si tenéis curiosidad, la relación no se salvó, aunque unas cuantas horas de terapia, un montón de cervezas y muchas conversaciones con buenos amigos me hicieron ver que tampoco había nada que mereciese la pena ser salvado.

Después del divorcio, fuimos repartiendo los bienes en común y cortando los diferentes canales de comunicación. Lo último que hicimos fue firmar un acuerdo por el que mi ex me regalaba su parte de derechos sobre Olvida para que yo hiciera con ella lo que quisiera.

Supongo que su idea original era que siguiera comercializándola tal y como estaba, pero yo la retiré de la venta porque, como ya he dicho, la novela no me gustaba ni la sentía como mía.

La he tenido "pillando polvo" en una carpeta durante meses hasta que decidí lo que quería hacer con ella: escribir la historia tal y como yo querría haberla escrito. Así que he eliminado todas las partes del otro autor, he cambiado capítulos enteros, he reescrito todo el final… Y ahora sí, ahora puedo presentaros una novela de la que sentirme orgullosa: una historia de vampiros en el siglo XXI con un título nuevo, con una portada que me encanta, con una banda sonora mucho más oscura, con el final que yo había imaginado…

Puede que mucha gente no quiera leer Criaturas malditas. Incluso sería posible que no quisiera leerla nadie.

Me da igual. Tenía que escribirla, aunque solo fuera para mí misma.

Me lo debía.

Si decides darle una oportunidad, espero que la disfrutes.

Gemma Herrero Virto

Sobre las canciones

Cada capítulo de esta novela tiene como título el nombre de una canción. Puede que esa canción suene durante la acción del capítulo o que el título o la letra estén relacionados de alguna manera con lo que sucede en el mismo.

Con todas esas canciones, he confeccionado una *playlist* que espero que os guste. Aquí tenéis los enlaces para acceder a ella:

Enlace a Spotify

Enlace a Amazon Music

Espero que la disfrutéis. Os dejo con la novela.

I

This could be anywhere in the world

Cuando las puertas de la Torre Kressler se abrieron para mí, el guardia de seguridad levantó la vista del periódico que estaba leyendo. Al reconocerme, se puso en pie, se cuadró y me saludó con la cabeza. Le dirigí una sonrisa indicándole que podía relajarse y continué mi camino a través del gigantesco vestíbulo. Sabía que, a pesar de que el edificio ya estaba cerrado a aquellas horas de la noche, no tenía que dar ninguna explicación de mi presencia allí.

Llegué hasta el único ascensor que subía hasta la última planta y saqué la tarjeta identificativa que me permitía el acceso. Las puertas se abrieron y, tras pulsar el botón del piso cincuenta y siete, me dediqué a comprobar mi aspecto. La imagen de una joven mulata vestida con un elegante traje me devolvió la mirada desde el espejo, una mirada de un color azul nada habitual en una persona de piel oscura. Comprobé que estaba impecable, como siempre, si no fuera por un mechón rebelde y ensortijado que había escapado de mi recogido. Lo arreglé, estiré mi chaqueta y, tras rebuscar durante un par de segundos en el bolso de mano, repinté mis labios de rojo escarlata.

El timbre del ascensor me indicó que había llegado a mi destino. Respiré hondo y recorrí el pasillo que llevaba hasta la sala de reuniones tratando de mantener un paso firme y confiado. La espesa moqueta, en la que mis afilados tacones casi se perdían, no lo ponía fácil. Al llegar a las enormes puertas de nogal envejecido, di un par de golpes y entré sin esperar respuesta.

Las miradas de todos los ocupantes de la sala se clavaron en mí. Les dirigí una sonrisa que pretendía ser de disculpa por mi retraso, aunque estaba segura de que el brillo de desafío de mis ojos la

desmentía por completo. No me preocupé. Era inútil disimular a aquellas alturas. Despreciaba a la mayoría de los presentes con tanta fuerza como ellos me despreciaban a mí. Sabía lo que eran: una pandilla de trepas lameculos que solo estaban esperando una oportunidad para ascender. Y ellos sabían lo que era yo: el escollo insalvable que les impedía llegar a Markus Kressler y eliminarle para alcanzar su objetivo. Decidí ignorarles y centrarme en él, la única persona de aquella sala que me importaba, el que ocupaba la cabecera de la mesa: mi jefe, mi salvador, casi un padre para mí…

—Señorita Chevalier —saludó él dirigiéndome una cálida sonrisa que no logró ocultar del todo el tono sarcástico de sus palabras—, me alegro de que haya decidido honrarnos con su presencia. Tengo que decirle que llega tarde.

—Como siempre. —Oí susurrar a alguien que no pude identificar. Varias risitas se unieron a sus palabras.

—Lamento el retraso —contesté mientras ocupaba mi lugar, justo a la derecha de Markus—. He tenido que encargarme de algunos asuntos importantes. Si pudieran hacerme un resumen de los temas tratados hasta el momento, les estaría muy agradecida.

—No se preocupe. Tan solo hemos estado valorando algunas inversiones. También hemos aprobado la lista de donaciones para este ejercicio. —Markus se inclinó hacia mí con una sonrisa burlona y apoyó su mano sobre la mía con cariño antes de susurrar en mi oído—. Tranquila, querida. Ya sé lo mucho que te aburren estos temas.

Yo asentí y le devolví una sonrisa de agradecimiento mientras me fijaba en los demás. Muchos fingían estar interesados en los informes colocados sobre la mesa, pero algunos no se molestaban en ocultar su mirada de odio. Me costó seguir sonriendo y disimular una mueca de desprecio. Eran como hienas. Babeaban ante cualquier gesto o palabra amable de Markus mientras por otro lado planeaban cómo eliminarlo para ocupar su puesto.

Abrí la carpeta que se encontraba frente a mí y leí un poco por

encima mientras Lancaster, que solía cumplir las funciones de secretario en las juntas, recitaba las decisiones que se habían tomado en la reunión. Markus tenía razón. Nada de aquello me interesaba lo más mínimo. Cuando se ponían a hablar de activos financieros, cuentas de balances y rentabilidad, simplemente desconectaba. La única razón por la que seguía asistiendo a aquellas reuniones era que quería que me vieran allí, sentada a su derecha, alerta y vigilante. En realidad, había otra razón: Markus siempre insistía en que debía asistir y en que debería esforzarme un poco e interesarme en aquellos temas. Alguna vez había sugerido que le gustaría que yo fuera su sucesora si alguna vez le pasaba algo. Yo no había querido ni escucharle. Él siempre estaría allí y nunca le sucedería nada malo. Yo misma me encargaría de ello.

La reunión terminó y todos se levantaron para marcharse. Recogí mi carpeta, como si estuviera interesada en echarle un ojo cuando regresara a casa, y me dispuse a irme, a pesar de que un par de moscones se estaban acercando al jefe, seguramente con la intención de convencerle de que debía poner parte de su fortuna en algún estúpido negocio. Él les dirigió una sonrisa de disculpa y negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo atenderles. Podemos hablar mañana si lo desean. Es muy tarde y tengo unos asuntos importantes que tratar con la señorita Chevalier.

Aquellas palabras hicieron que me ganara un par de miradas rencorosas más para añadir a mi colección. Esperé de pie al lado de mi silla hasta que todos abandonaron la sala antes de dirigirme hacia él.

—¿Qué pasa, Markus? —pregunté prescindiendo del trato formal—. Espero que no nos lleve mucho tiempo. Aún no he cenado.

—Tranquila. Solo serán unos minutos. —Puso la mano en mi cintura para guiarme hacia la puerta lateral que conducía a su despacho privado.

Ya había estado muchas veces en aquel lugar, pero siempre me sorprendía. Suponía un gran choque pasar del brillo del acero, el

cristal y el mármol con el que estaba decorada toda la Torre Kressler a aquel espacio oscuro e íntimo. La estancia solo estaba iluminada por las llamas de una chimenea ante la que estaban colocados dos antiguos sillones de cuero y una mesita baja de color caoba. Él se adelantó y, de un solo gesto, abrió de par en par los espesos cortinajes de terciopelo. A nuestros pies se extendía toda la ciudad de Detroit bajo un cielo oscuro y plomizo en el que no se podían ver las estrellas. No pude evitar fijarme en las grandes extensiones sin iluminar de muchas de sus calles y pensar que parecían pequeños agujeros negros que amenazaban con ir creciendo hasta devorar la ciudad entera. Me giré hacia Markus. Normalmente sonreía al contemplar su reino, pero aquel día una arruga de preocupación estropeaba su semblante, normalmente tan bello y perfecto.

—¿Vas a contarme qué sucede?

—Sí, por supuesto —dijo él tras darle la espalda al ventanal y dirigirse hacia uno de los sillones. Me hizo un gesto para invitarme a ocupar el otro—. He recibido varios informes preocupantes.

—¿Acerca de qué?

—Desapariciones.

—No deberías inquietarte por eso. En esta ciudad siempre está desapareciendo gente —contesté antes de encogerme de hombros.

—Nicky, cariño… Eso ya lo sé. Tengo estadísticas actualizadas semanalmente de todos los asesinatos, secuestros y desapariciones que suceden en esta ciudad. Nadie se muere ni se desvanece en Detroit sin que yo me entere —explicó lanzándome una sonrisa paternalista—. Si te comento esto, es porque se está saliendo de lo normal. Todavía no es algo grave, pero no me gustaría que alguien empiece a atar cabos y que algún policía o periodista dé la voz de alarma. Estas cosas son malas para los negocios.

—Está bien. Lo investigaré y te informaré si encuentro algo fuera de lo normal.

Él volvió a sonreír, se levantó y, tras abrir un cajón del

aparador situado en una esquina del despacho, regresó con una carpeta en la mano. La abrí y la ojeé por encima. Cada una de las páginas era la ficha de una persona desaparecida. Podían verse sus datos personales, su foto, las circunstancias de su desaparición… Miré durante unos segundos la primera ficha. En la foto se podía ver a un chico recién salido de la adolescencia, con un precioso pelo de rizos rubios y unos mofletes colorados que le daban un encantador aspecto de querubín renacentista. Me fijé en el nombre, pensando que sería tan bueno como cualquier otro para empezar mi investigación: Patrick Malone.

II

Bury me alive

Patrick

Oscuridad… Silencio… Dolor… Eso es lo único que siento. Estoy confuso y no puedo recordar dónde estoy ni cómo he llegado aquí. Y este maldito dolor de cabeza no me deja pensar en nada…

Estoy tumbado sobre mi espalda, completamente desnudo. Mi cuerpo descansa sobre una superficie áspera y rugosa. Extiendo un brazo y choco contra una pared. Paseo los dedos por su superficie. Tiene el mismo tacto que el lugar en el que estoy tumbado. Me recuerda a la textura del cemento. Extiendo el otro brazo y encuentro lo mismo. ¿Qué cojones es esto? El espacio en el que estoy es muy pequeño. Casi parece un ataúd, pero los ataúdes son de madera y están forrados con tela suave.

Levanto los brazos y me encuentro con una chapa metálica a apenas unas pulgadas de mi cara. Este sitio es tan pequeño… Un sudor frío empieza a recorrerme el cuerpo y siento que me falta el aire. Golpeo con fuerza la chapa, pero no se mueve. Me desespero, grito con todas mis fuerzas, golpeo una y otra vez, trato de encontrar cualquier resquicio en el que meter los dedos, araño la tapa hasta saltarme las uñas… pero no consigo nada.

Me detengo, exhausto, al límite de mis fuerzas. Tengo que tranquilizarme y recordar, pero el dolor de cabeza no me deja concentrarme. Creo que me han golpeado. Además, me siento confuso y mis pensamientos están fragmentados, como piezas de un puzle que no encaja… Puede que me hayan drogado y que por eso no consiga pensar bien.

Siento un líquido caliente que moja mi cara y me doy cuenta de que estoy llorando. Las lágrimas se deslizan con lentitud por mis mejillas, una riada incesante que acaba empapando mi cuello y mi

pecho. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me han enterrado vivo?

Mis ojos se han ido acostumbrando a la oscuridad y puedo percibir un pequeño punto de luz que entra por un resquicio entre el cemento y la chapa metálica. No estoy enterrado, no hay varios pies de tierra sobre mí. Lo único que me separa de la libertad es esta puñetera trampilla. Vuelvo a golpearla con fuerza, intento empujarla, pero no consigo que se mueva en absoluto.

Cuando la oleada de desesperación se desvanece, vuelvo a quedarme exhausto. Voy a morir aquí dentro, sin poder hacer nada, sin entender por qué… Durante unos segundos, solo puedo escuchar el ritmo de mi corazón enloquecido, mi respiración agitada y mis sollozos. Entonces oigo algo más. Los pasos de varias personas, los murmullos de una conversación… Hay alguien ahí fuera. Vuelvo a gritar con todas mis fuerzas pidiendo socorro hasta que mi garganta se quiebra y mi boca se queda seca.

Nadie acude a mi llamada. Si yo les estoy oyendo, ellos tienen que estar oyéndome a mí. ¿Por qué nadie me ayuda?

III

Welcome to the jungle

Llegué a casa poco antes del amanecer. Lo normal habría sido irme a la cama de inmediato, pero algo me lo impedía… La imagen de aquel chico de rizos rubios y mirada inocente se había quedado grabada en mi memoria. Si no hacía algo por él antes de acostarme, no iba a ser capaz de conciliar el sueño.

A aquellas horas no podía salir a las calles a buscar a alguien que le conociera y pudiera darme noticias de él. Lo único que se podía hacer era navegar un poco por Internet, el único sitio disponible para investigar 24/7.

Encendí mi portátil, me senté en el sofá con él en el regazo y me metí en Facebook. Después de bucear entre las decenas de resultados con el mismo nombre, encontré al Patrick Malone que estaba buscando. Me costó identificarle porque en su foto de perfil ya no lucía aquellos rizos rubios de querubín renacentista.

El cambio era sorprendente. En cuestión de unos meses, Patrick había dejado de colgar fotos con sus compañeros de clase o de sus logros deportivos como miembro del equipo de atletismo del instituto para sustituirlas por otras muy diferentes. Los rizos habían desaparecido para dar paso a una cabeza totalmente rapada. Su ropa también había cambiado: camisetas negras, pantalones ajustados, chaquetas de cuero con esvásticas… Su perfil se había llenado de estúpidas frases sobre la supremacía blanca y de odio hacia todo lo diferente. Me dio tanto asco que estuve a punto de cerrar su perfil y dejar de buscarle. Podía considerarse una bendición que un gusano así hubiera desaparecido.

Sin embargo, no lo hice. A pesar de que él me habría despreciado por ser mulata, decidí ser mejor que él y no despreciarle por ser estúpido. Al menos, no mucho. Estaba en una misión de trabajo y debía olvidar mis preferencias personales y ser profesional. Además, una de las fotos acababa de abrirme un camino para mi investigación. En ella, se veía a Patrick de espaldas, luciendo el nombre grabado en su chaqueta de

cuero: White Empire. Los conocía de oídas. Eran una banda supremacista que se movía por Springfield Village.

Cerré sesión en mi portátil, lo dejé sobre una mesa y decidí irme a la cama. Ya tenía un hilo del que tirar cuando me levantase a la noche siguiente. Podía irme a dormir tranquila.

Cuando aparqué mi coche en Springfield Village, las miradas de todos los ocupantes de la calle se quedaron prendidas en él. No me sorprendió. Mi coche era un Aston Martin Vanquish S Ultimate de color rojo cereza, un modelo del que solo existían cuarenta unidades en todo el mundo. Aquella gente no había visto un coche así en su vida y, lo más probable, era que no volvieran a verlo.

En cuanto puse un pie en la acera, busqué con la mirada al tipo más grande y con peor pinta de la calle. No tardé en decidirme por un hombre de unos treinta años, una mole enorme de músculos y grasa con la cabeza rapada. Bajo su ojo izquierdo llevaba tres lágrimas tatuadas. En lenguaje carcelario, cada lágrima era un asesinato. Aquello serviría para disuadir a cualquiera.

Me acerqué a él con paso firme, bamboleando mis caderas sobre mis altísimos zapatos de tacón. En la cara de aquel tipo se dibujó una sonrisa estúpida al ver que me acercaba a él. Me recorrió de arriba abajo con una mirada hambrienta. Sentí una mezcla de asco y pena. Aquel hombre no había visto antes un coche como mi Vanquish y tampoco habría visto una mujer como yo. Y ambos estábamos muy por encima de sus posibilidades.

—Cuida mi coche —le ordené.

Sus ojos se nublaron. Se limitó a asentir, con la mandíbula laxa y la boca entreabierta. Parecía muy estúpido, pero serviría a mis propósitos. Estaba segura de que aquel hombre se dejaría matar antes de permitir que alguien le hiciera daño a mi coche.

Me giré y empecé a caminar por Springfield Village. A pesar de ser un barrio de mayoría blanca, resultaba tan pobre y deprimente como los

barrios negros y latinos. Casas abandonadas, coches desguazados en los descampados, gente con ropa desgastada y mirada triste… El único negocio que parecía ir viento en popa era la licorería. Me encaminé hacia allí, dispuesta a pagarle una botella de vino malo a cualquier indigente que pudiera darme alguna indicación que me ayudara a encontrar a los chicos del White Empire.

No hizo falta. Nada más girar la esquina, distinguí sus chaquetas de cuero y sus cabezas rapadas. Estaban en un descampado al lado de la licorería, apoyados en un coche del que solo quedaba un esqueleto herrumbroso.

Decidí no acercarme y quedarme oculta entre las sombras, observándoles. No estaban solos. Había alguien con ellos y saltaba a la vista que no pertenecía a la banda… Ni a aquel barrio.

Le observé con atención. Era alto y fuerte, de espaldas anchas. También vestía una chaqueta de cuero, pero sin ningún distintivo, y unos vaqueros que podrían haber estado más limpios. Tenía el pelo demasiado largo y un poco alborotado y una barba descuidada que, en lugar de provocarme rechazo, me resultó atractiva. Desprendía un aire de abandono, un aura de desesperación, como si todo en esta vida le diera ya igual. Quizá ese desapego a la vida explicaba que estuviera hablando con aquel grupo de matones totalmente desarmado y enfrentándose al líder de la banda con una mirada de chulería por la que cualquier otro se habría llevado un par de navajazos.

Por desgracia, desde el punto en el que me encontraba no era capaz de distinguir lo que estaban diciendo. Parecía que discutían. Después de intercambiar unas cuantas frases, el desconocido se dio la vuelta, sacó algo del bolsillo de su chaqueta y lo arrojó por encima de su hombro. Parecían pedazos de papel. Los miembros de la banda lo ignoraron y siguieron apoyados en el coche mientras le veían marchar.

Esperé un par de minutos hasta que estuve segura de que se había ido definitivamente antes de salir de mi escondite y acercarme a los chicos del White Empire. En cuando me vieron cruzar el descampado, un par de ellos empezaron a silbarme y a gritarme

obscenidades. Fingí no estar escuchando mientras me seguía acercando como si nada de lo que pudieran decir me importara, pero las palabras del que debía ser el líder de la banda hicieron que me detuviera.

—¿Sois gilipollas? —gritó enfadado—. Es una puta negra. No la tocaría ni con un palo.

Tuve que contener la rabia que ardía en mi interior. Aquel insecto cuellicorto cuyo cociente intelectual no debía llegar a los ochenta acababa de insultarme. Tenía en mi mano el poder suficiente para hacerle arrastrarse, llorar y suplicar, pero había demasiados testigos. Lo mejor sería ignorarle, hacer lo que había ido a hacer y dejar que aquel miserable siguiera con su miserable vida.

—Sígueme. —Fue mi única orden.

Atravesé el descampado con paso digno, con aquel pelele siguiendo mis pasos como un dócil corderito ante la estupefacta mirada de sus acólitos. Cuando estuvimos lo bastante lejos como para que no pudieran oírnos, empecé a interrogarle. Saqué mi móvil y le mostré una foto de Patrick.

—¿Conoces a este chico?

—Sí, es Pat —contestó él arrastrando las palabras como si estuviera mareado—. Es uno de los chicos de la banda.

—¿Sabes dónde está?

—No. Hace días que no sabemos nada de él. Ya se lo hemos dicho al tipo ese.

—¿A qué tipo? —pregunté intrigada—. ¿Al rubio que estaba hablando con vosotros?

—Sí, es policía y le está buscando. Dice que su madre ha puesto una denuncia.

—¿Qué más le habéis dicho? ¿Le habéis dado alguna pista?

Aquello no me gustaba nada. Era justo lo que Markus había

temido, la razón por la que me había ordenado investigar las desapariciones: que alguna de ellas llamara la atención de la policía. Y no solo había un policía tras la pista de Patrick, sino que, por lo que parecía, me llevaba algún paso de ventaja. Tenía que ponerle remedio a aquello cuanto antes.

—No sabemos nada… Le hemos dicho que puede ser cosa de El Ojo…

—¿El Ojo?

—Sí, la banda de Mexican Town. —El chico esperó hasta que asentí—. Hemos tenido algunas movidas con ellos en el pasado, pero nunca creímos que tuvieran huevos como para meterse con alguno de nosotros… Supongo que el pobre Pat se cruzaría con ellos estando solo… A saber lo que le han hecho esos cabrones.

Me limité a asentir. Iba a marcharme sin decirle nada más, pero recordé su insulto de minutos antes y decidí que no quería dejarlo estar. Le miré fijamente a los ojos y le susurré una sola palabra:

—Duerme.

Se derrumbó en el suelo como un saco de patatas. Sus compañeros corrieron hacia él. Al pasar por mi lado, alguno de ellos me lanzó una mirada amenazadora, pero algo en mi postura segura y en la sonrisa de desafío que adornaba mis labios les hizo pensar que era mejor idea no decirme nada.

Llegué junto al esqueleto del coche en el que habían estado apoyados y escudriñé el suelo hasta encontrar los pequeños pedazos de papel que había visto arrojar al policía antes de irse. Eran tarjetas de visita. Recogí una de ellas y leí el nombre impreso: Jake Schneider. Iba a necesitar más información sobre ese tipo y sabía exactamente dónde conseguirla.

IV

30

Aparqué mi coche en Berkshire Street, justo enfrente de una iglesia luterana. En cuanto bajé, miré a ambos lados de la calle. Aunque no me encontraba en una de las zonas ricas de Detroit, no parecía un mal barrio. Había pequeñas casas unifamiliares con jardines bien cuidados. Los coches aparcados mantenían las cuatro ruedas en su sitio y los cristales intactos. A pesar de que ya había anochecido, pude ver a un par de personas haciendo *running* y a algunos vecinos hablándose de jardín a jardín por encima de sus vallas blancas. Pensé que podía dejar mi coche allí sin que le pasara nada malo. Sin embargo, las miradas que me dedicaron las personas con las que me crucé me dieron la impresión de que yo no les parecían tan de fiar a los vecinos de aquel barrio como ellos me lo parecían a mí. Aquella panda de racistas asquerosos no veía con buenos ojos que una chica de piel morena se paseara por sus calles, por mucho que acabara de bajarse de un coche que ellos no podrían pagar ni con el suelo de toda su vida. Seguro que alguna de las viejas que me observaba desde detrás de las cortinas estaba planteándose si debía llamar a la policía.

Decidí ignorar sus miradas suspicaces y caminé con paso firme y confiado hacia la casa de Travis. Debían de irle muy bien los negocios desde la última vez que nos habíamos visto si podía permitirse vivir en aquella zona. Cuando llegué a la dirección que me había indicado y vi aquella casa de madera blanca y tejado rojizo, con sus mecedoras en el porche y su columpio colgando de la gruesa rama de un roble, me alegré por él. Lo había pasado mal en la vida y se merecía algo así.

Travis estaba sentado en una de las mecedoras sosteniendo una lata de cerveza entre las manos. Cuando me vio, lanzó una sonrisa sincera, de las que se dibujan en el rostro al encontrarse con alguien a quien aprecias de verdad. Dejó la cerveza sobre la mesa y, de un solo salto, descendió los tres escalones de entrada para cruzar el jardín con los brazos abiertos. Yo abrí la pequeña verja y me dejé abrazar.

—¡Cuánto tiempo! —dije devolviéndole la sonrisa.

—Eso es culpa tuya. Solo te acuerdas de mí cuando necesitas algo.

—Sabes que eso es mentira. —Me separé de él y le di un golpe en el pecho—. Tú eres el que se pasa la vida vagabundeando. Ni siquiera estaba segura de que estuvieras en la ciudad cuando te llamé. Eres tú el que nunca me llamas.

—No me gustaría molestar a *Mademoiselle* Chevalier. Supongo que alguien con tanto éxito como tú estará demasiado ocupada como para atender a un gusano como yo —bromeó él.

—Sabes que siempre tendré tiempo para ti —dije guiñándole un ojo.

A pesar de la penumbra del jardín, me pareció que se sonrojaba. Hacía mucho tiempo que solo éramos amigos, pero, en ocasiones como aquella, me daba la impresión de que él seguía sintiendo algo por mí. Decidí apartar aquellos pensamientos. No había acudido allí aquella noche para recordar viejos tiempos.

—¿Has encontrado algo sobre lo que te he pedido? —pregunté para romper el incómodo silencio que se había instalado entre nosotros.

—Por supuesto. Sigo siendo el mejor. —Me cogió de la mano y tiró de mí hacia el interior de la casa.

Cuando entramos al salón, me quedé paralizada. Todo parecía nuevo e impoluto: las estanterías llenas de libros, los muebles de madera clara, la espesa alfombra de color chocolate…

—Travis… Dime que no estás de okupa en esta casa —susurré como si los verdaderos dueños pudieran entrar en cualquier momento y sorprendernos.

—Tranquila. Es todo mío, pero es solo una tapadera —contestó tras soltar una carcajada—. De hecho, estoy pensando en alquilar un *golden retriever* para el jardín y una niña para que ocupe el columpio.

Quedaría perfecto.

—Es que no me puedo creer que vivas aquí…

—Y no lo hago. Sígueme.

Volvió a cogerme de la mano y me guió hacia una puerta situada en el pasillo. Tras abrirla y tirar de un cordel del techo, una bombilla se iluminó arrojando una raquítica luz que iluminó una trampilla situada en el suelo. La abrió y se internó por ella tras hacerme un gesto para que le siguiera escaleras abajo. Cuando llegué al sótano, negué con la cabeza y dejé escapar una risa. Aquel lugar sí se correspondía con el Travis que yo recordaba. Había varios ordenadores y monitores montados sobre un par de mesas y unos cuantos más tirados por el suelo, desmontados y con los cables colgando. No quedaba ni un hueco libre en aquellas mesas. Todo estaba lleno de papeles y ceniceros rebosantes. Miré al suelo. Era de tierra sin pavimentar. El lugar, sin una sola ventana para ventilar, olía a humedad, a tabaco y a marihuana.

—Bien… Esto es mucho más *tú*. Veo que no has cambiado.

—Soy muy viejo para cambiar —dijo mientras retiraba una pila de cuadernos de una silla para que pudiera sentarme a su lado—. Ven. Te enseñaré lo que he encontrado.

Obedecí y esperé pacientemente mientras él iba abriendo varios documentos en uno de los ordenadores. Antes de empezar a hablar, encendió un cigarrillo y me tendió el paquete.

—No, gracias.

—¿Lo has dejado? —preguntó sorprendido.

—Lo estoy intentando.

—No veo para qué. Estoy seguro de que hay mil cosas que te matarían antes que el tabaco.

—Actualmente está mal visto —contesté tras encogerme de hombros—. Vamos, cuéntame qué tienes.

—Está bien. He estado revisando la lista de desaparecidos que me enviaste. La mayoría de esas desapariciones ni siquiera han llegado a ser denunciadas a la policía.

—Así que nosotros sabemos que están desaparecidos, pero la policía no. —Dibujé una sonrisa—. Eso es bueno.

—Sí. Nosotros sabemos que han desaparecido por nuestros informantes en los bajos fondos, pero muchas de esas personas pertenecen a los invisibles de Detroit: vagabundos, prostitutas, drogadictos… A nadie le importa si están vivos o muertos.

—A mí sí me importa y a Kressler, también. Por eso lo estamos investigando.

—Pues no creo que vayáis a encontrar mucho. Esa gente no tenía familia, ni amigos, ni nadie que se preocupara de ellos… Muchos no tenían ni domicilio conocido, así que no sé por dónde tirar. —Travis calló durante un par de segundos mientras abría un nuevo documento para mostrármelo en pantalla—. Sin embargo, con este has tenido buen ojo: Patrick Malone.

—¿Has encontrado algo sobre él?

—Sí. Como puedes ver en la foto, es un chico blanco de buena familia, de uno de los mejores barrios de Detroit. Su padre es agente de seguros y su madre es enfermera. Eso explica que su caso haya llegado a la policía y que ese tal Jake Schneider lo esté investigando.

—¿Has podido enterarte de qué tal le va con la investigación?

—Pues sí. Me he colado en su ordenador sin problema. Tienen unos sistemas de seguridad vergonzosos. Es más fácil colarse en ellos que en el móvil de un crío de ocho años. —Travis negó con la cabeza mientras esbozaba una sonrisa de superioridad—. Bueno, a lo que iba... Nuestro poli parece muy ordenado y eficiente. Rellena unos informes muy detallados.

—¿Podrías ir al grano, por favor? ¿Qué ha descubierto ese tío?

—Vale, vale… Ya veo que no has aprendido a relajarte… —dijo

sarcástico—. Parece ser que nuestro Patrick era un buen chico: obediente, formal, con buenas notas… De repente, se le cruzó un cable y se metió en una banda.

—Sí, eso ya lo sé. En los White Empire. Schneider ya les ha interrogado y yo también —expliqué antes de encogerme de hombros—. No saben nada sobre la desaparición… Tan solo creen que puede ser cosa de una banda latina rival llamada El Ojo. ¿Sabes si Schneider les ha interrogado?

—¿A los miembros de El Ojo? No ha podido. Por lo que cuenta en su informe, le recibieron a pedradas y tuvo que marcharse. Sin embargo, nuestro chico no se rinde. Mañana va a volver a Mexican Town para hablar con un tal Hugo Román, un tipo que lleva una taquería y que es un informante habitual de la policía. Y eso es todo lo que tengo de momento.

—Genial. Supongo que yo también debería hacerle una visita a ese tipo.

—Ya es muy tarde y la taquería está cerrada. No vas a poder ir hasta mañana. De todos modos, no veo para qué vas a ir hasta allí. Si este poli sigue rellenando sus informes con tanto detalle, solo tenemos que esperar a ver qué va descubriendo.

—Me gustaría ir un paso por delante de la policía. —Me levanté y le di un beso en la mejilla a modo de despedida—. Me ocuparé de que hagan el ingreso por el pago de tus servicios. Llámame si descubres cualquier cosa.

Salí de su casa con la mente perdida en mil pensamientos. Me fastidiaba no poder hacer nada más aquella noche y tener que esperar hasta el día siguiente. Además, tenía ganas de ver a aquel tal Jake Schneider y descubrir más cosas de mi involuntario ayudante en aquella investigación. Llegué a mi coche, me senté al volante y arranqué rumbo al Red Diavolo. Era el único sitio en el que podría entretenerme y olvidar aquel caso durante unas horas.

V

Start a fight

Detuve mi coche frente a La norteña, la taquería que, según Travis, regentaba Hugo Román, un conocido soplón del departamento de policía de Detroit. Me quedé unos segundos sentada dentro del coche, echándole un ojo a Mexican Town.

Cuando uno se imagina un barrio latino, siempre le viene a la mente un lugar lleno de color, de música, de risas y gente en las calles… pero no era así en Mexican Town. Todo Detroit era un agujero negro y deprimente y su barrio latino no iba a ser menos. Las calles estaban sucias y llenas de desperdicios. No había farolas encendidas y las únicas luces provenían de los escaparates de la taquería, de una taberna con muy mala pinta y de un locutorio. Aunque las ventanas de algunas casas estaban abiertas, no se escuchaban risas, ni conversaciones alegres, ni canciones… Tan solo el runrún monótono de los televisores.

Estaba a punto de bajarme del coche cuando vi que la puerta de la taquería se abría para dejar paso a Schneider. Otra vez ese maldito policía entrometido... Me quedé muy quieta dentro del coche mientras él se aproximaba. Supuse que le habría llamado la atención ver un coche como el mío aparcado en un barrio como Mexican Town. Se colocó justo al lado y lo estuvo mirando durante unos segundos que se me hicieron larguísimos. Por suerte, los cristales eran tintados, así que aquello me permitió contemplarle a placer con la absoluta seguridad de que él no podía verme a mí.

Era aún más guapo de cerca de lo que me había parecido el día anterior. Tenía los ojos claros, seguramente verdes, y parecían despiertos e inteligentes. Lucía una media sonrisa sarcástica y en su mentón cuadrado se podía ver el típico hoyito de galán de película. Pero no todo era perfecto en él. Al verle de cerca pude darme cuenta de que su ropa estaba aun más arrugada y sucia de lo que me había parecido la primera vez que le vi y bajo aquellos bonitos ojos se

apreciaban unas bolsas de tono violáceo que sugerían que llevaba días, o quizá semanas, sin descansar bien. ¿Sería por el caso? ¿O habría algo más que perturbaba el espíritu del agente Schneider?

Después de observar mi coche durante casi un minuto, el policía se metió las manos en los bolsillos del vaquero y se alejó de mí. A pesar de que fingía caminar despreocupado, pude percibir la tensión en sus hombros y en la forma en la que miraba a uno y otro lado a cada paso. No se sentía a gusto en Mexican Town y, teniendo en cuenta que, según me había contado Travis, le habían recibido a pedradas el día anterior, no me extrañaba.

Cuando torció la esquina y desapareció, me bajé del coche y entré en la taquería. Me pareció lógico que no hubiera ningún cliente dentro. Aquel lugar era un antro oscuro y poco higiénico. Las mesas estaban cubiertas con hules que debían de haber sido de alegres colores varias décadas atrás. Sobre la barra, bajo una pizarra en la que estaban escritas con tiza blanca las palabras "Bienvenidos. Aquí se come chingón", colgaban varias cintas amarillentas de esas que se utilizan para cazar moscas. Tras la barra, al lado de un fogón grasiento y ennegrecido, se encontraba un hombre bajito y delgado, ataviado con un delantal negro y una redecilla en el pelo, cuyo rasgo más reseñable era un enorme mostacho moreno en el que casi se perdía el cigarrillo que estaba fumando.

—¿Hugo Román? —pregunté mientras me acercaba hasta la barra.

—Sí, doña. ¿Quién pregunta? —contestó solícito.

—Eso no es importante. —Fui a apoyar los brazos en la barra, pero lo pensé mejor y me quedé erguida a un paso—. Es mucho más interesante que me cuentes quién es el hombre que acaba de salir de aquí hace un minuto.

—No ha salido nadie de aquí en un rato.

Me sorprendí de la fluidez de su mentira. Me estaba mirando a los ojos, sin parpadear siquiera, sin que le temblara la voz… Mentir así de bien debía de ser una habilidad muy conveniente para alguien que

trabajaba como soplón de la policía en un barrio tan conflictivo como Mexican Town, pero yo no tenía tiempo ni ganas de jugar a aquel juego. Superando mi repugnancia, me acerqué aun más a la barra, me acodé en ella para aproximarme a él todo lo que fuera posible y le mire a los ojos.

—Dime la verdad.

—Es un poli, un tal Schneider —respondió sin dudar—. Está buscando a un chico que ha desaparecido.

—¿Patrick Malone? —El hombre asintió—. ¿Sabes algo sobre eso?

—Ya le he dicho al poli que no. Es un chico blanco de otro barrio. No le he visto por aquí en la vida. —Frunció el ceño antes de seguir hablando—. También le he contado que por aquí también desaparecen chicos, pero parece que eso no le importa a nadie…

—Está bien, está bien… —le frené—. Los amigos de ese chico dicen que los miembros de El Ojo pueden estar detrás de su desaparición. ¿Tampoco te suena nada de eso?

—No. El poli me ha preguntado lo mismo… Ya le he dicho que voy a intentar enterarme y que le llamaré si encuentro algo.

—Muchas gracias. —Le sonreí y volví a inclinarme sobre la barra para fijarme en su mirada—. Olvida.

El hombre se quedó paralizado, con los ojos vidriosos y la boca entreabierta. No me preocupé. Se le pasaría en cuestión de minutos. Salí de la taquería maldiciendo a aquel policía que siempre parecía ir un par de pasos por delante de mí. Aquello tendría que cambiar. Saqué mi móvil y marqué el número de Travis. Tan solo tardó un par de tonos en contestarme.

—¿Qué necesitas, preciosa?

—Acabo de salir de la taquería de Román, el soplón de Mexican Town del que me hablaste. —Esperé hasta que me llegó un ruido de asentimiento desde el otro lado de la línea—. Justo antes de llegar he visto salir a Schneider, el poli.

—¿Y qué quieres que haga?

—¿Podrías pinchar su teléfono y su ordenador? —pregunté con una risa traviesa—. Román me ha dicho que le avisará cuando tenga noticias y me gustaría enterarme y llegar antes.

—Eso está hecho. Te llamo en cuanto tenga algo.

Colgué y regresé a mi coche. Me sentía sucia después de mi visita a aquel antro. Me daba la impresión de que tenía el cuerpo pegajoso y de que el pelo me olía a aceite. Antes de hacer cualquier otra cosa aquella noche, tendría que pasar por casa a darme una ducha. Después, podría ir al Red Diavolo a pasar el rato y buscar algo de cenar. Aquello me mantendría ocupada mientras esperaba la llamada de Travis.

La llamada no llegó hasta la noche siguiente. En cuanto Travis me dio el aviso, salí de mi apartamento, me metí en el coche y pisé el acelerador a fondo para atravesar todo Detroit a la velocidad de una estrella fugaz. Pensé que era muy probable que aquella alocada carrera me costara un par de multas, pero deseché aquel pensamiento con una sonrisa. La Fundación Kressler se encargaría de eso.

Cuando llegué a la calle de la taquería y aparqué, me quedé quieta unos segundos, observando el lugar desde la protección de los cristales tintados de mi coche. No quería cruzarme con Schneider. Yo sabía quién era él, qué aspecto tenía… Incluso tenía acceso a su teléfono y su ordenador… y, sin embargo, él ni siquiera sabía que yo existía. Y mi intención era que la situación siguiera así.

Los cristales de la taquería estaban tan sucios como para no poder ver con claridad lo que había al otro lado, pero pude distinguir que no había nadie en el bar aparte de la figura situada tras la barra. Salí del coche y crucé la calle con paso decidido. Cuando entré en el bar, Román volvió a dirigirme la misma mirada, mezcla de confusión y admiración, que me había dedicado la primera vez que me vio. Sonreí complacida. Aquello significaba que no se acordaba de nuestra

conversación de la noche anterior. Me acerqué a la barra y esperé hasta que cruzó sus ojos con los míos.

—¿Qué sabes de la desaparición de Patrick Malone? —pregunté a bocajarro.

—No entiendo de qué habla, señorita. No sé quién es ese hombre…

—Contesta. —En cuanto pronuncié mi orden, su miraba volvió a perder el brillo para transformarse en la mirada muerta de los peces—. Sé que has llamado a Schneider porque has descubierto algo. Cuéntamelo.

Me habría gustado ser más cautelosa y no tener que utilizar mi poder de aquella forma tan burda, pero aquel maldito policía podía cruzar la puerta de la taquería en cualquier momento y no quería arriesgarme. De hecho, sentía tantas ganas de vigilar la entrada, que tenía que hacer un esfuerzo brutal para no romper el contacto visual con mi víctima y seguir mirándole.

—He hablado con algunos chicos de El Ojo —contestó como un autómata.

—¿Y saben algo de la desaparición de Patrick?

—No, no saben nada. Y me han dicho que también han desaparecido algunos chicos de su banda.

—¿Crees que te están diciendo la verdad? —pregunté suspicaz.

—Sí, lo creo. Estaban asustados. No saben qué está pasando, pero no les gusta.

Quizá fue el tono monocorde o la mirada perdida de Román al pronunciar aquellas palabras lo que despertó un escalofrío que recorrió mi cuerpo. No supe por qué, pero yo también me sentí asustada durante un segundo, como si acabara de tener una extraña premonición que me indicaba que algo oscuro y peligroso nos acechaba a todos. Decidí ignorarla y marcharme de allí antes de que Schneider pudiera aparecer.

—Muchas gracias, Román. —Me incliné de nuevo hacia él y pronuncié

una última orden antes de marcharme—. Yo nunca he estado aquí y nunca hemos hablado. Y cuando llegue el policía, vas a decirle que no tienes nada, que ni siquiera recuerdas haberle llamado. ¿Entendido?

Cuando el hombre asintió, salí de la taquería y me metí en mi coche. Estaba a punto de arrancar cuando vi que Schneider aparecía tras doblar la esquina, directo hacia la taquería de Román. Una sonrisa traviesa se abrió paso en mis labios al imaginar la incómoda escena que iba a vivirse allí dentro en unos minutos, pero esa sonrisa se me congeló en los labios cuando vi que cambiaba de dirección para dirigirse a mi coche.

Se quedó parado al lado, a apenas un par de pasos y sonrió desafiante. Tras llevarse la mano al bolsillo trasero de los pantalones, sacó su teléfono móvil y apuntó directamente a mi matrícula. Encendí el motor y lo hice rugir, como una advertencia para que se apartase de mi camino. No me gustaba aquella actitud suya. ¿De verdad pensaba que iba a asustarme porque fuera a investigar mi matricula? Lo único que iba a conseguir era darse de bruces con la todopoderosa Fundación Kressler.

Se apartó a un lado sin dejar de mirar a los cristales de mi coche, con tanta intensidad que hizo que me sintiera nerviosa a pesar de saber que era imposible que me estuviera viendo. Hice rugir de nuevo el motor y salí disparada calle adelante. Antes de girar la esquina, volví a mirarle por mi espejo retrovisor. Seguía erguido en mitad de la calle, con la mirada fija en mi coche, con una postura de seguridad que me resultó exasperante. Esperaba que aquel tío fuera lo bastante inteligente como para apartarse de mi camino y no resultar un estorbo. Por su propio bien…

VI

Nigthmare

Cuando volví a casa y miré mi móvil, vi que Travis me había enviado un correo con todos los datos que había podido encontrar sobre Schneider. Cogí mi portátil, me senté en el sofá con las piernas cruzadas y me preparé a disfrutar. Aquel hombre había conseguido despertar mi curiosidad y al fin iba a poder saciarla.

Travis había sido muy exhaustivo en su búsqueda. Lo tenía todo sobre él: su fecha de nacimiento, los nombres de sus padres, los lugares donde había residido, incluso sus notas del instituto y de sus dos primeros años en la universidad, antes de que la abandonara para entrar en la academia de policía. Parecía que en su trabajo le iba bien. Estaba considerado como uno de los mejores agentes del departamento de desapariciones e incluso había recibido algunas menciones de honor por haber resuelto un par de casos especialmente difíciles.

Acompañando al informe, Travis había incluido unas veinte imágenes del policía. Supuse que las habría sacado de Facebook porque, aparte de un par de fotos oficiales, se le podía ver en situaciones más relajadas como comiendo una hamburguesa, tomándose una cerveza o paseando por un parque… En muchas de aquellas fotos aparecía acompañado de la típica rubia americana de ojos azules, de esas que lucen un tipo de infarto hasta que alguien les coloca un anillo en el dedo.

Fui pasando las fotos una a una. El chico era guapo, interesante, aunque en aquellas fotos siempre aparecía perfectamente vestido, pulcramente afeitado y con el pelo demasiado engominado. Nada que ver con aquel chico de aspecto descuidado con el que me había cruzado los últimos días. Sinceramente, me gustaba más su aspecto actual. Cerré el documento que me había enviado Travis y fruncí el ceño al releer el mensaje que lo acompañaba:

“Te mando todo lo que he encontrado sobre ese poli. Ten

cuidado con él. He visto en su último informe que se ha quedado con la matrícula de tu coche y que piensa investigarte".

Me pregunté durante unos segundos si debería preocuparme antes de encogerme de hombros y decidir olvidarlo. Aquel policía no iba a suponer ningún problema. No era más que un insecto molesto al que podía eliminar si era necesario. Ya sabía que se había fijado en mi coche y que había fotografiado la matrícula. Era imposible no fijarse en *mi pequeño*. Por mí podía intentar investigar todo lo que quisiera. Cuando se diera de bruces con la todopoderosa Fundación Kressler, se le pasarían las ganas de hacer preguntas incómodas.

Antes de salir del apartamento, comprobé mi aspecto en el espejo y recogí mi maletín. Había planeado pasar por la torre para informar a Markus de mis progresos en el caso que me había asignado. No había avanzado mucho, pero a él le gustaba que le contara qué estaba haciendo y opinar. Creo que le daba la impresión de que me ayudaba con sus ideas, de que me protegía y me demostraba todo lo que se preocupaba por mí. Yo no necesitaba que nadie me cuidara, pero me gustaba hacerle sentir útil.

Bajé al garaje, cogí mi coche y crucé la ciudad a toda velocidad. A aquellas horas casi no había tráfico ni gente paseando por las calles, así que pude conducir sin fijarme siquiera en los semáforos, como si las calles de Detroit hubieran sido puestas solo para mí. Cuando llegué a la Torre Kressler, dejé el coche en mi plaza y subí en ascensor hasta la planta de recepción. Podría haber subido directamente hasta la planta cincuenta y siete, donde residía Markus, pero, a pesar de la gran confianza que nos teníamos, prefería que el agente de seguridad le anunciara mi visita.

Cuando llegué al mostrador de recepción, saludé con la cabeza y apoyé las manos sobre la fría superficie de mármol sin decir nada, esperando a que el guardia de seguridad cogiera el interfono y anunciara mi llegada, pero él se levantó y se acercó a mí para hablarme en susurros, como si estuviera conspirando:

—Señorita Chevalier, qué bien que haya venido. Tengo algo

importante que contarle.

Me limité a enarcar una ceja en señal de sorpresa, pero, al ver que él no se arrancaba a hablar, tuve que animarle.

—¿Vas a decirme qué es? No tengo toda la noche…

—Hace un par de horas ha venido un policía preguntando por su coche.

—¿Un tipo alto y rubio con apellido alemán? —pregunté tratando de disimular lo molesta que me sentía al saber que aquel gusano me había seguido hasta allí.

—Sí. Schneider creo que era… Quería saber a quién pertenecía su coche. Incluso tenía una foto de la matrícula. —El hombre se inclinó aun más sobre el mostrador y se atrevió a guiñarme un ojo como si fuéramos amigos—. Ya le he dicho que no podía darle esa información sin una orden judicial y que dudaba mucho de que fuera a conseguirla.

—Has hecho bien —contesté fingiendo una sonrisa amistosa—. No es necesario que te preocupes más por él. Puedo encargarme yo sola, así que no hace falta que esto salga de aquí.

—Lo siento, señorita Chevalier. Ya he avisado al señor Duval.

Le lancé una mirada de odio que hizo que todo su cuerpo empezara a temblar. Durante unos segundos, me planteé que debería agarrar a aquel estúpido por el pelo y estampar su cabeza contra el mostrador de mármol, pero me contuve a tiempo. Sabía que aquel hombre solo había cumplido con su labor. Las directrices indicaban que cualquier amenaza para nuestra seguridad debía ser remitida de inmediato a Paul Duval, el jefe de seguridad de la Fundación Kressler. Por desgracia para mí, aquel tipo me odiaba. No sabía si se debía a que rechacé sus insinuaciones hacía ya algunos años o a que envidiaba la relación que teníamos Markus y yo, pero estaba segura de que ya le habría ido con el cuento al jefe.

—Avisa al señor Kressler de que voy a subir —dije mientras me

dirigía al ascensor que llevaba a la última planta.

Cuando el ascensor llegó a la planta cincuenta y siete, recorrí el pasillo hasta situarme frente a la puerta de su despacho, la única bajo la que se colaba la luz. Di un par de golpes y, sin esperar a ser invitada, abrí. Allí estaba Duval, tal y como había temido. Seguro que llevaba un rato tratando de envenenar a Markus contra mí. Parecía que no había tenido ningún éxito, porque Markus me dedicó la misma mirada cariñosa que siempre me dirigía y se levantó de su sillón para acercarse a mí y darme un abrazo.

—Bueno, Duval… —le dijo a su acompañante—. Si no te importa, tengo unos asuntos importantes que tratar con Véronique. Hablaremos mañana.

Duval se deshizo en disculpas mientras se levantaba y se acercaba a la puerta. Me sonrió al despedirse y yo le contesté con una mirada cargada de odio. Maldito hipócrita…

—Supongo que Duval ya te ha puesto al corriente de que ha venido un policía preguntando por mi coche —dije con la voz llena de veneno en cuanto la puerta se cerró.

Markus dejó escapar una carcajada mientras me guiaba hacia uno de los sillones. Se sentó frente a mí y me tomó de las manos mientras me miraba con cariño.

—Mi querida Nicky… No puedes estar siempre enfadada con el mundo.

—¿Estás dispuesto a apostar a eso? —bromeé para quitarle hierro a la situación—. No me gusta que la gente venga con sus cuentos a ponerte en mi contra.

—Puedes estar tranquila. —Markus soltó una de mis manos y rozó mi mejilla con sus dedos—. No hay nada que puedan decirme sobre ti que vaya a reducir el amor que te tengo… Pero volvamos a lo de ese policía… ¿Significa un problema para ti?

—No, en absoluto —contesté con firmeza—. Le han asignado

uno de los casos de los desaparecidos, así que nos hemos cruzado un par de veces por la ciudad. Supongo que mi coche le ha llamado la atención, pero ya se olvidará.

—¿Estás segura?

—Estoy segurísima. Si no quiere olvidarse voluntariamente, ya me encargaré yo de que lo haga —dije esbozando una sonrisa pícara—. No supondrá ningún problema para mí y mucho menos para ti o para la fundación.

—¿Y no crees que deberías utilizar otro coche, al menos durante unos días? —propuso Markus—. Puedes elegir cualquiera de mi colección.

Negué con la cabeza de forma tajante. No pensaba dejar de usar mi Aston Martin por un insignificante policía que no suponía ningún peligro.

—Ya sabes que no lo voy a hacer.

—Cariño, no es solo por lo de este policía —dijo con tono paternalista—. Sabes que opino que ese coche es demasiado ostentoso y llamativo desde que lo compraste. —Dejó escapar otra de sus carcajadas cristalinas al ver que yo volvía a negar con la cabeza—. Está bien, pero ten cuidado.

—Lo tendré. —Me levanté del sillón, abrí el maletín y dejé sobre la mesa el informe que había elaborado para él—. Ahí tienes lo que he descubierto en los últimos días. No es mucho…

—Hazme un resumen —pidió él tirando de mi mano hacia abajo para que volviera a sentarme—. Así te quedarás un rato más.

—Sí, claro… Y así no tendrás que leerlo —contesté riendo—. Está bien… Como ya supondrás, la mayoría de las desapariciones ni siquiera han llegado a oídos de la policía: mendigos, drogadictos, prostitutas, miembros de bandas callejeras… Gente que no le importa a nadie.

—Eso es muy triste, pero sabes que nos conviene.

—Lo sé. El único caso que se está investigando es el de un tal Patrick Malone, un chico blanco de buena familia que se había unido hacía poco tiempo a una banda neonazi. Es el mismo caso que está investigando el policía que ha venido preguntando por mi coche.

—¿Y qué has descubierto sobre su desaparición?

—Que sus nuevos amigos no saben nada y tampoco parece que les importe demasiado… Creen que pueden haberlo hecho desaparecer los chicos de una banda latina con la que estaban enemistados.

—¿Y tú crees eso?

—No, porque un informante de su barrio me ha contado que también han desaparecido varios chicos de esa banda latina y que están asustados. Voy a ir a buscarlos esta noche para ver qué pueden contarme.

—¿Entonces no has encontrado nada que nos relacione con esas desapariciones?

—No. No hay nada que nos apunte. —Me solté de su mano y volví a levantarme—. Si me disculpas, tengo que irme. Ya te he dicho que tengo muchas cosas que hacer.

—Ten cuidado con esos chicos —dijo antes de que pudiera abrir la puerta.

Me giré hacia él, le lancé una sonrisa burlona y le guiñé un ojo.

—Que tengan cuidado ellos conmigo.

Salí al pasillo y cerré la puerta, pero aquello no impidió que escuchara el sonido de su risa. Suspiré aliviada. Parecía que los chismes que Duval había intentado arrojar sobre mí no habían afectado a nuestra relación en absoluto.

Bajé en ascensor hasta el garaje y caminé hacia mi Aston Martin. Brillaba bajo las fluorescentes como una cereza madura. Deslicé mi mano por su puerta con cariño.

—Aquí estoy, pequeño. Ningún estúpido policía va a conseguir

separarnos.

Me senté al volante, arranqué el motor y, antes de poner el coche en movimiento, pisé varias veces el acelerador para disfrutar de su rugido. Aquella vibración bajo mi cuerpo siempre me ponía de buen humor. Por desgracia, aquella sensación no duró mucho. Se desvaneció en cuanto vi como un coche negro, aparcado entre las sombras, arrancaba y empezaba a seguirme. Conocía aquel coche. Incluso conocía su matrícula. Lo había visto en el informe que me había enviado Travis. Era el coche de ese maldito policía.

Pensé en pisar a fondo el acelerador. Estaba segura de que podría dejarlo atrás en cuestión de un par de minutos, pero no tenía ganas de que se presentara al día siguiente en la Torre Kressler con alguna estúpida denuncia por exceso de velocidad o conducción temeraria. Lo mejor sería cortar por lo sano y terminar con aquella incómoda situación de una vez por todas. Continué conduciendo tranquila, sin pisar demasiado el acelerador y respetando todos y cada uno de los semáforos mientras comprobaba por el espejo retrovisor que él seguía allí.

Crucé toda la ciudad siguiendo Jefferson Avenue, la carretera paralela al río. Tras girar en Marquette Drive, me dirigí a una zona industrial abandonada cercana al puerto. La mayoría de los edificios de aquella zona llevaban años vacios. Ya no quedaban farolas en la zona, ni cristales en las ventanas. La pintura de las paredes se había ido desprendiendo y tomando un aspecto enfermizo, escamoso… Ni siquiera los yonquis se acercaban por allí a aquellas horas de la noche. Estaba segura de que podríamos tener la intimidad necesaria para nuestro primer encuentro.

Aparqué en Lycastle Street y salí sin prisa. Escuché como el ronroneo de su coche se detenía al principio de la calle. Me giré con disimulo y vi que había estacionado cerca de un edificio abandonado, en un vano intento de ocultarlo entre las sombras de la noche. Empecé a caminar despreocupada, como si no hubiera percibido su presencia.

Tuve que reconocer que era bueno. El ruido de la puerta de su

coche al cerrarse fue apenas perceptible y sus pasos no levantaban ecos sobre los adoquines. Cada vez que giraba en una esquina, aprovechaba para mirar por encima de mi hombro y asegurarme de que seguía allí. Siempre le veía a la misma distancia, una sombra entre las sombras, una figura imponente que me perseguía sin miedo, seguro de tener a su presa a tiro. Podríamos haber seguido así toda la noche. A él no le interesaba cazarme. Solo quería saber adónde me dirigía, con quién iba a reunirme… Lo que él no sabía era que a mí sí me interesaba cazarle a él y que empezaba a aburrirme de aquel ridículo paseo.

Él pisó una tapa de alcantarilla y aquel sonido despertó ecos en la silenciosa calle. Me giré, le miré y solté un gemido que pretendía ser de sorpresa. Después, eché a correr fingiéndome aterrada. Esperaba que él no se asustara al saberse descubierto y que me persiguiera, pensando que, al atraparme sola y atemorizada, sería una víctima fácil para su interrogatorio. Escuché sus pasos a la carrera detrás de mí y me permití una sonrisa cruel. Incluso oí que se identificaba como policía y me daba el alto. Me limité a soltar otro gritito de terror mientras seguía corriendo.

Giré en una esquina y continué lo que parecía una loca carrera sin rumbo hasta llegar a un callejón sin salida. Caminé hasta el fondo y me quedé de cara a la pared, esperando su llegada. Le escuché detenerse en la entrada del callejón. Resolló un par de veces, recuperándose de la carrera, antes de dejar escapar una suave risa de triunfo. Después, oí como se acercaba poco a poco a mí, con pasos fuertes y seguros.

—Has tardado en alcanzarme y eso que llevo tacones —dije sin volverme—. Estás en mala forma, agente Schneider.

—*Detective* Schneider, por favor.

Me gustó su voz. Era grave y rasgada y no transmitía ni la más mínima inquietud a pesar de estar en un lugar solitario y abandonado con una mujer que él había creído su presa pero que acababa de burlarse de él. Seguramente pensaba que no tenía nada que temer de

una joven a la que doblaba en peso. Qué equivocado estaba…

VII

Me giré y le dirigí una sonrisa burlona. A pesar de la seguridad que había impregnado su voz, vi que se abría la chaqueta y echaba mano de su pistola. No me preocupó. En lugar de atacarle directamente, dediqué unos segundos a observarle. Seguía sin parecerse al tipo que había visto en el informe de Travis. Estaba despeinado y unos mechones de pelo rebelde caían sobre su frente. Además, parecía que seguía sin recordar que debería afeitarse. Me reafirmé en la idea de que me gustaba más así.

—Como quiera, detective Schneider —dije aproximándome a él con pasos deliberadamente lentos. No quería que se asustara antes de que fuera demasiado tarde.

—Me siento en inferioridad. Yo no sé su nombre.

Avancé otro par de pasos, exagerando el movimiento de mis caderas mientras mantenía la cabeza baja, como si no me atreviera a mirarle. Si alguien nos hubiera visto, a él con aquella seguridad aplastante y los ojos clavados en mi figura como si estuviera hipnotizado y a mí acercándome a él sumisa como una gacela, habría pensando que éramos un par de desconocidos flirteando. Nada más lejos de la realidad. Yo seguía tratando de parecer inofensiva, pero continuaba notándole en tensión. No acababa de fiarse de mí. Iba a resultar más listo de lo que había pensado. Por desgracia para él, no era lo bastante listo. Guardó su pistola y volvió a cerrarse la chaqueta. Aquello era lo que yo había estado esperando. En una milésima de segundo, lancé mi mano derecha a su cuello, apreté con fuerza y le levanté hasta que sus pies estuvieron a un palmo del suelo. Después, alcé la vista hasta su cara, que ya empezaba a ponerse roja. Le miré a los ojos fijamente. Con aquella luz no habría podido decir si eran azules o verdes, pero me parecieron bonitos. Le dirigí una sonrisa confiada y pronuncié mi orden:

—Olvida.

A pesar de estar quedándose sin oxígeno, tuvo la presencia de ánimo suficiente para fruncir el ceño. Parecía que no entendía lo que le estaba ordenando. No me preocupó. Algunos sujetos ofrecían más resistencia. Tomé una bocanada de aire y me concentré para rebuscar en su mente. No pudo evitar mi escrutinio. Me paseé por sus recuerdos con tanta tranquilidad como si estuviera de turismo, apartando todo lo que no me interesaba. En pocos segundos, lo encontré. Todos los datos del caso, la imagen de mi coche, la matrícula, su visita a la Torre Kressler… Intenté atrapar aquellos recuerdos y eliminarlos de su memoria, como había hecho tantas veces en el pasado, pero no pude. Normalmente los recuerdos de la gente se desvanecían ante mi voluntad como se difumina la niebla ante los primeros rayos de sol, pero con aquel tipo no funcionaba. Sus recuerdos parecían grabados, esculpidos en piedra, destinados a perdurar a lo largo de los tiempos. Volví a tomar aire, me concentré aun con más fuerza y repetí mi orden:

—Olvida.

Le clavé mi mirada con tanta intensidad como para atravesar su cerebro de lado a lado. Nunca había tenido que usar mi poder de aquella manera y no sabía si aquello podría dejarle secuelas, pero, una vez había empezado, no podía marcharme sin conseguir mi objetivo. El policía dejó escapar un gemido de dolor y vi que sus ojos se llenaban de lágrimas, pero el recuerdo seguía allí. ¿Qué estaba pasando? ¿Habría perdido mis poderes? Sentí como el miedo me recorría por dentro, sensación que se acrecentó cuando vi un brillo burlón en los ojos de Schneider. Aquel estúpido incluso se atrevió a esbozar una sonrisa. Tuve ganas de acabar con aquello de una vez por todas, de oprimir su cuello con un poco más de fuerza y partírselo, pero me contuve. Eliminar a un policía nunca era buena idea y menos a uno que había estado preguntando por mí y por la Fundación Kressler. Podía despertar demasiadas sospechas.

—Podría matarte si quisiera, gilipollas —le dije arrastrando las palabras y aumentando un poco la presión alrededor de su cuello para que se diera cuenta de que iba en serio.

La sonrisa se borró de su cara. Volví a concentrarme para extirpar su recuerdo y noté como toda su mente se volvía difusa, como si una niebla espesa se estuviera adueñando de sus pensamientos. Al mismo tiempo, su mirada perdió la expresión y se volvió confusa. Cuando le solté, cayó a mis pies como una marioneta desmadejada. Me quedé contemplando un momento su cuerpo laxo, su mirada perdida, su falta de expresión… Esperaba no haberme pasado con él y haberle destrozado la cabeza. Aunque no sabía si podía oírme en el estado en el que se encontraba, decidí hacerle una última advertencia:

—Si vuelves a meterte en mis asuntos, te mataré.

Me dirigí a la salida del callejón con paso tranquilo sin dirigirle una última mirada. Estaba segura de que él no tenía las fuerzas ni el valor para seguirme. Me alejé taconeando con fuerza, sin preocuparme siquiera de esquivar los charcos para no meter en ellos mis zapatos favoritos. Aquel hombre había conseguido sacarme de quicio. Intenté controlar mi mal humor y seguir adelante, ignorándole como se hace con una cucaracha después de aplastarla, pero algo hizo que me detuviera y que me girase de nuevo justo antes de dejar atrás el callejón.

Había muchas cosas de él que no me gustaban: que se estuviera entrometiendo en mi investigación, que hubiera tenido la suficiente fuerza de voluntad para sonreírme en una situación en la que la mayoría de los hombres habrían perdido el control de sus esfínteres y, sobre todo, la manera en la que se había resistido a mi comando. Nunca me había encontrado con nadie que me hubiera puesto tan difícil arrancarle un recuerdo. Durante unos segundos, incluso llegué a temer que no lo conseguiría y que tendría que matarle. Por suerte, cuando estaba a punto de perder la paciencia, había percibido en sus ojos aquella mirada perdida y confusa que ponían todas mis víctimas y que me indicaba que lo había logrado.

Aquel pobre desgraciado aún se retorcía en el suelo boqueando como un pez fuera del agua mientras se agarraba la garganta dolorida. Le lancé una mirada de lástima. Nunca sabría lo cerca que había estado de la muerte.

Como si hubiera sentido mis ojos sobre él, dejó de agarrarse la garganta y me miró. No me gustó su mirada: directa, desafiante, sin miedo… Por un segundo, tuve ganas de volver y cumplir mis amenazas, pero decidí desistir y marcharme de allí. Ya había terminado mi misión y no quería tener que explicarle a Markus que había hecho desaparecer a un policía. Le ignoré, me giré y seguí taconeando para recorrer las calles que me separaban de mi coche.

Cuando estuve segura de que me había alejado lo suficiente como para que él no me oyera, saqué mi móvil y marqué el número de Travis. Contestó al primer tono, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Travis, tengo otro encargo para ti.

—Dime, preciosa.

—Quiero que te metas en el ordenador y en el móvil de Schneider y que borres toda la información referida a mí, a mi coche y a la Fundación Kressler. Ya le he borrado la memoria y no quiero que quede ningún cabo suelto.

—Dame un par de minutos.

Seguí caminando rumbo a mi coche mientras, desde el otro lado del teléfono, escuchaba como Travis tecleaba y maldecía. Acababa de llegar al lado de mi Aston Martin y estaba a punto de meterme dentro cuando volví a escuchar su voz:

—Ya lo tienes. Por lo que respecta a ese tío, tú no existes.

—Muchas gracias. Espero que siga siendo así… Por su propio bien.

VIII

Body talks

Nada más levantarme, escuché el sonido del timbre. A través de la mirilla descubrí al portero de mi edificio llevando una gran caja entre las manos. Miré mi reloj de pulsera y sonreí. Aquella era una de las ventajas de vivir en un bloque de apartamentos tan exclusivo. Había dado orden de que nunca se me molestara antes de las siete de la tarde y aquel hombre había pulsado el timbre a las siete y un minuto. Habría podido apostar, sin miedo a equivocarme, a que llevaba un rato al otro lado de mi puerta esperando a que llegara el momento de llamar.

En cuanto abrí, el hombre se deshizo en reverencias mientras me tendía la caja. La recogí y tras forzar una sonrisa, volví a cerrar la puerta. Nunca me encontraba muy comunicativa cuando me levantaba.

La caja era bastante grande, muy alargada y aparatosa, así que la llevé hasta mi dormitorio y la deposité sobre la cama. Había un pequeño sobre pegado a la tapa. En cuanto lo abrí y vi la elegante tarjeta de visita negra con letras plateadas que acompañaba a la nota, supe que era un regalo de Markus. En el dorso de la tarjeta solo había escritas unas líneas de su puño y letra, con aquella caligrafía tan retorcida y anticuada que él utilizaba:

Tenemos fiesta en la torre. Te espero a las ocho en mis aposentos.

No te pido que te pongas guapa porque sería imposible que no lo hicieras.

Con amor,

Markus

Abrí la caja para encontrarme con un vestido dorado de Dior, un modelo ajustado de corte sirena sin tirantes. Tuve que admirar el buen gusto de Markus, aunque aquel regalo despertó una punzada de incomodidad en mi cerebro. Yo tenía el suficiente dinero y buen criterio como para ser capaz de elegir mi propia ropa. No necesitaba

que él seleccionara mis vestidos como si yo fuera una muñeca que pudiera vestir a su antojo. Decidí aparcar aquel pensamiento. Era mi jefe, el que pagaba mi sueldo y todas mis facturas. No se le podía discutir. Y, además, me había citado para dentro de menos de una hora y tenía que prepararme.

A pesar de que me di toda la prisa posible en prepararme y cruzar la ciudad, ya habían pasado las ocho cuando llegué al aparcamiento de la torre Kressler. En aquella ocasión, animada por la invitación a encontrarme con él en sus habitaciones, cuando me monté en el ascensor saqué mi tarjeta identificativa y pulsé directamente el botón que me llevaría al piso cincuenta y siete.

Nada más salir, pude escuchar el ruido de las charlas, la música y el tintineo de vasos que provenía del piso inferior. Parecía que la fiesta estaba en todo su apogeo, pero no me preocupé. No llegábamos tarde. A Markus le gustaba hacerse esperar.

Caminé hasta su dormitorio, di un par de golpes en la puerta y aguardé hasta que me invitó a entrar. En cuanto abrí, Markus se giró hacia mí y me dirigió una mirada de aprobación y una sonrisa resplandeciente.

—Estás radiante, querida —dijo mientras se acercaba a mí.

Puso una mano en la piel de mi espalda que el vestido dejaba al descubierto, me acercó a él y depositó un largo beso en mis labios. Yo le respondí con pasión, enredando mis dedos en su pelo. Cuando nos separamos, admiré su aspecto. Estaba impecable, vestido íntegramente de negro. Le sonreí y ajusté un poco su corbata antes de ponerme de puntillas y volver a besarle.

—Gracias. Tú también estás impresionante. —Me separé de él y me senté en la cama a esperar a que acabara de colocarse los gemelos—. ¿Qué es lo que celebramos?

—Es una fiesta benéfica para la policía de Detroit.

—¿Para la policía? ¿Por qué? —pregunté nerviosa.

—La fundación Kressler es uno de sus máximos benefactores y creo que necesitan coches patrulla nuevos… —Se giró hacia mí y me guiñó un ojo—. Ya sabes cómo funciona esto: cuando más les ayudemos, menos se meterán en nuestros asuntos.

Por supuesto que sabía cómo funcionaban las cosas en Detroit. Los que tenían poder y dinero podían diseñarse su propia seguridad privada, sus propias leyes, su propia justicia… Markus era un auténtico maestro en moldear las reglas de Detroit. Había muy pocos policías, jueces o fiscales que no tuviera en nómina. Casi podría decirse que la ciudad funcionaba tal y como él quería. Y así debía seguir siendo.

Mi sorpresa no se había debido a que fuéramos a celebrar una gala benéfica a favor de la policía de Detroit, sino a que, durante un segundo, me había asaltado el temor de que Schneider pudiera estar entre los invitados. Descarté esa posibilidad de inmediato. Él era un donnadie, un simple detective de la sección de desaparecidos. Era imposible que estuviera en la lista de invitados.

Markus acabó de prepararse y me tendió el brazo. Me agarré a él y juntos salimos de la habitación, recorrimos el pasillo y llegamos a una escalera de caracol que comunicaba con el piso de abajo. Nos quedamos unos segundos escuchando el sonido de la música, las risas, las conversaciones, el tintineo de las copas de champán… Nos miramos y asentimos con una sonrisa. Era el momento perfecto para una entrada triunfal.

En cuanto comenzamos a descender la escalera, las conversaciones fueron acallándose hasta extinguirse por completo. Un tímido aplauso fue abriéndose paso hasta convertirse en una sonora ovación. Disfruté bajando aquella escalera, bendiciendo con mi mirada y mi sonrisa a los presentes, que nos recibían como si fuéramos los príncipes de Detroit.

De repente, la sonrisa se congeló en mi cara. Él estaba allí. Su mirada estaba tan fija en mí que pude sentirla como si me tocara. Intenté fingir que no me había dado cuenta y continué conversando con Markus sobre lo fantástica que estaba resultando la fiesta mientras

descendíamos la escalinata.

No se parecía en nada al despojo que había abandonado en aquel callejón la noche anterior. De hecho, le había reconocido gracias a las fotos del expediente de Travis. Esa noche volvía a estar peinado, engominado y con las mejillas perfectamente rasuradas. Además, llevaba el uniforme de gala y su postura, firme y erguida, se correspondía perfectamente con la imagen del condecorado chico de oro del departamento de desapariciones.

Cuando volví a mirar en su dirección, seguía manteniendo los ojos fijos en mí. Quise pensar que se debía a mi aspecto. Había muchas más miradas masculinas clavadas en mi cuerpo, así que no tendría que extrañarme que él también se hubiera fijado en mí. Sin embargo, aquella explicación no me convenció. Había un brillo en sus ojos que no me gustaba: el brillo del reconocimiento. Pero eso era imposible… ¿O no?

Traté de tranquilizarme y no dejarme llevar por la paranoia. No era posible que me reconociera, que supiera quién era yo. La noche anterior había entrado en su mente y me había asegurado de borrar cualquier recuerdo que tuviera sobre mí. Para él yo no podía existir.

Recordé lo que me había costado entrar en su mente y manipularla. Nunca antes había encontrado a nadie que opusiera tanta resistencia. ¿Y si no lo había conseguido? ¿Y si su mirada perdida no se debió a que mi poder hubiera surtido efecto sino a que estaba tan agotado por resistirse a mí como para encontrarse al borde del desmayo?

Permanecí erguida y distante, con la mirada al frente, mientras Markus pronunciaba su discurso. No se extendió demasiado: un par de bromas para romper el hielo, unas cuantas alabanzas al cuerpo de policía de Detroit y a la labor que hacían a pesar de las pésimas condiciones en las que trabajaban y una petición de ayuda para que los grandes benefactores de la ciudad allí reunidos aflojaran sus carteras.

A pesar de fingir estar muy atenta al discurso de mi jefe, no le quité ojo a Schneider. Estuve observándole de reojo durante todo el tiempo

que Markus estuvo hablando. Y él hizo lo mismo conmigo. Incluso se atrevió a señalarme para preguntarle por mí al hombre que tenía al lado. Me sentí incómoda… No, era algo peor. No me importaba que me observaran, ni siquiera que murmuraran sobre mí. Con aquel maldito policía era diferente. Era como si me acechara, cada vez más cerca y, sin saber por qué, me hacía sentir que estaba en peligro, que, por primera vez, yo era la presa. No era una sensación agradable y no iba a permitirle que siguiera haciéndome sentir así.

Le vi salir a la terraza y encenderse un cigarrillo. Me giré un momento hacia Markus, que seguía dando su discurso. Sabía que lo más razonable era quedarme a escuchar a mi jefe y aplaudirle cuando acabase, pero no podía ignorar a Schneider y olvidarme sin más. Tenía que comprobar si me recordaba.

IX

Poison girl

Aproveché que un camarero pasaba por mi lado para coger dos copas de champán de su bandeja y salir con ellas a la terraza. Él no se giró. Siguió fumando y mirando la panorámica de Detroit que se extendía ante sus ojos, como si no hubiera oído el ruido de mis tacones sobre las baldosas.

Me detuve a tan solo un par de pasos de él y le acompañé en silencio, contemplando la ciudad. Muchos barrios de Detroit no disponían siquiera de presupuesto para las farolas y vivían en la oscuridad, mientras otros, como el nuestro, brillaban como si cada noche fuera Navidad. La línea que separaba a los ricos de los pobres era más patente en nuestra ciudad que en ninguna otra. Después de unos segundos, cuando vi que no se giraba, decidí hablar:

—Es un desperdicio que un oficial tan guapo esté aquí tan solo en lugar de alegrándole la vista a las invitadas. —Cuando se volvió hacia mí, con el ceño fruncido, le ofrecí una de las copas y una sonrisa—. ¿Me harías el honor de brindar conmigo?

—¿Y por qué iba a brindar con usted, señorita Chevalier? —Volvió a darle una calada a su cigarrillo antes de arrojarlo a la calle—. No sé si estaría bien brindar por su fracaso en su intento de estrangularme.

Traté de ocultar mi sorpresa. No solo me recordaba perfectamente, sino que, además, sabía mi nombre. Aquello me gustaba cada vez menos. Mi poder nunca me había fallado antes. Tendría que comprobar si seguía funcionando en cuanto tuviera ocasión. Pensé en volver a intentarlo con él, pero no podía acorralarlo e inmovilizarlo en aquella terraza como había hecho la noche anterior en el callejón. Podía salir cualquiera o vernos a través de los cristales. Tenía que ser mucho más sutil. Dejé las copas sobre la balaustrada y me acerqué aún más a él mientras contoneaba las caderas y le lanzaba mi sonrisa más seductora. Después, le miré a los ojos. Eran verdes,

como los de un gato, y no reflejaban la más mínima simpatía hacia mi persona. Parecía que mis intentos de seducción no estaban dando ningún resultado, pero aquello no me preocupaba. Solo tenía que mantener mis ojos fijos en los suyos y parecía que Schneider no estaba dispuesto a apartar su mirada, fría y desafiante. Iba a abrir la boca para darle de nuevo la orden de olvidar, pero la palabra murió en mis labios. Él me agarró por la cintura, me alzó hasta sentarme sobre la balaustrada y se inclinó hacia delante, dejándome con medio cuerpo sobre el vacío.

—¿Quién eres y qué tienes que ver con la desaparición de Patrick Malone, zorra? —preguntó mientras me sujetaba por la cintura y por el cuello para evitar que cayera.

Apreté con fuerza los labios para ahogar el grito que había intentando surgir de mi garganta. No iba a darle a aquel tipo la alegría de saber que me había sorprendido. Respiré hondo para calmarme y puse una mano en su pecho para empujarle levemente, pero no se movió.

—Los dos sabemos que no vas a tirarme, Schneider —dije tratando de mantener mi voz calmada—. Sería muy difícil explicarle a tu jefe que has asesinado a sangre fría a una de las empleadas de vuestro mayor benefactor.

—Ya encontraré la manera —dijo sin inmutarse mientras se inclinaba un paso hacia delante para que mi cuerpo colgase aun más sobre el vacío—. Dime quién eres, qué cojones me hiciste ayer en el callejón y qué tienes que ver con la desaparición de Malone.

—Te aseguro que esta conversación fluirá mucho mejor si los dos tenemos los pies en el suelo —dije volviendo a presionar mi mano contra su pecho. Empujé un poco más, lo suficiente como para que él tuviera que plantarse con todas sus fuerzas para no recular—. Bájame. No quiero tener que llamar a seguridad.

Él me agarró con firmeza por la cintura y me bajó de la balaustrada. Cuando me posó en el suelo, no me soltó. Siguió rodeándome la cintura con su brazo, con nuestros rostros a apenas una

pulgada. Cualquiera que mirase por las ventanas pensaría que éramos un par de amantes buscando un momento de intimidad. Sonreí ante aquella idea y subí uno de mis brazos para pasear mis uñas por su nuca.

—Creo que hemos empezado mal nuestra relación, Jake.

—Detective Schneider —respondió con voz seca.

—Está bien. Como quieras —dije sin poder evitar que una sonrisa burlona asomase a mis labios—. Siento mucho el modo en el que nos hemos conocido y la forma en la que te traté ayer. No debí atacarte de esa manera ni darte órdenes como lo hice. Supongo que me asusté…

Bajé la cabeza, esquivando su mirada, como si de veras me arrepintiese del modo en el que le había tratado, cuando, en realidad, lo único que me preocupaba era que no hubiese funcionado. Tenía que hacerle creer que yo no era ningún peligro y que se olvidara de mí, al menos hasta que pudiera comprobar si mi poder seguía funcionando y hacerle olvidar de verdad.

—¿Vas a contestar a mis preguntas? —preguntó ignorando mis disculpas.

—No tengo por qué responder a nada. Ni siquiera tendría por qué estar hablando contigo sin una orden judicial que no vas a conseguir. —Volví a levantar la cabeza y le dirigí una sonrisa burlona—. He salido aquí para intentar ser amable con un guapo oficial, pero ya veo que hoy no es mi noche de suerte.

—Déjate de juegos. Esas mierdas no te van a funcionar conmigo.

Su voz había sido un susurro ronco. Había sonado como el rugido sordo de un felino a punto de saltar. No me asusté ni por un segundo. Él no lo sabía, pero yo era mucho más peligrosa. Dejé salir una risita burlona y alcé mis labios hasta su barbilla para darle un pequeño mordisco. Saltó hacia atrás como si le hubiera electrocutado y me lanzó una mirada de furia.

—Me gustabas más con barba —comenté burlona antes de coger una de las copas de champán y ponerme en movimiento hacia la puerta, dando por concluida nuestra conversación.

Pasé por su lado con pasos lentos, exagerando de nuevo el bamboleo de mis caderas sobre los altísimos tacones. Él me agarró por el brazo, impidiéndome avanzar. Solté un exagerado suspiro y le lancé una mirada de hastío para hacerle entender que ya me había aburrido de él y que nuestra conversación había terminado. No se dio por enterado.

—No te vas a marchar así —volvió a gruñir—. Quiero saber qué tienes que ver con la desaparición de Malone.

—Te estás equivocando de objetivo. Yo no tengo nada que ver con la desaparición de ese chico. Simplemente, me han asignado que investigue lo mismo que estás investigando tú.

—¿Crees que soy gilipollas? —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Lo que yo crea de ti no es importante —respondí antes de agitar el brazo para obligarle a soltarme—. Yo no soy tu enemiga y tampoco lo es la Fundación Kressler. Ayer hice mal en ordenártelo, así que voy a intentarlo con buenas maneras: Por mi bien, pero sobre todo por el tuyo, olvida todo esto.

X

Kryptonite

Ya no sabía por dónde continuar preguntando. Siguiendo el hilo que me había dado Román, el tipo de la taquería, había podido hablar con un miembro de El Ojo, la banda latina a la que los White Empire culpaban de la desaparición de Patrick Malone. Aquel chico me había jurado que ellos no tenían nada que ver y me había contado algo mucho más inquietante: un chico de su banda también había desaparecido, al igual que un miembro de los Latin Force y un par de chavales de los Mexican Boys. Todo el barrio estaba sumido en un ambiente de paranoia extrema, pero, en lugar de desconfiar los unos de los otros, aquello había servido para unirlos. Cuando le pregunté si desconfiaban de los White Empire, se río en mi cara. Los consideraban unos *frikis* inofensivos a los que podrían eliminar en cuanto se lo propusieran. Era de otros de los que tenían miedo: de las bandas negras del centro de la ciudad.

Aquello me había llevado a hablar con los Creeps, los Dark Blood, los Black Power… El color de mi piel y unos cuantos dólares repartidos aquí y allá facilitaron que se abrieran a mí. Todos me dijeron lo mismo: también estaban desapareciendo chicos de sus bandas. Como no tenían ningún enemigo externo lo bastante fuerte como para culparlos, desconfiaban unos de otros. El centro de Detroit se estaba convirtiendo en un polvorín que estallaría en cualquier momento.

Lo primero en lo que pensé tras recibir aquella información fue en Schneider y el resto de sus compañeros de departamento. No tenían ni idea de la que se estaba liando, no sabían nada de todas aquellas desapariciones. Seguramente, ni siquiera les importaban. Si no eras un chico blanco de clase alta, nadie se preocupaba de si estabas vivo o muerto. No podían considerarte desaparecido cuando para ellos no habías existido nunca.

Lo segundo en lo que pensé fue en Markus. Todas las noticias

que tenía para él eran malas. Detroit era un agujero infecto con una altísima tasa de delincuencia. Había asesinatos, robos, violaciones y desapariciones a diario, pero estaban dentro de los parámetros que nos convenían. Lo que estaba descubriendo indicaba que había un nuevo actor en escena que podía hacer saltar por los aires el delicado equilibrio de la ciudad. Era cierto que Detroit era un caos, pero era nuestro caos y queríamos que siguiera así.

Iba absorta en aquellos pensamientos camino de mi coche cuando escuché un siseo proveniente de un callejón oscuro. Me giré hacía allí y vi una figura imponente oculta entre las sombras. Decidí ignorarle. Sería algún borracho que quería pedirme un dólar para una botella de vino o algún gracioso con ganas de molestar a una pobre mujer indefensa. Recé para que no fuera lo segundo. No tenía ganas de pelearme. Estaba cansada de patearme las calles del centro de Detroit y acababa de decidir que abandonaba la investigación por aquella noche. Solo me apetecía pasarme un rato por el club, cenar algo y regresar a casa, quizá para darme un largo baño antes de dormir.

Apresuré el paso, pero el hombre del callejón volvió a chistarme. Fingí que no lo había oído y ni siquiera me giré, pero escuché sus pasos tras de mí. No me gustó. Se movía de manera sigilosa, esquivando las hojas caídas y la basura desparramada para no hacer ningún ruido. Intenté ir más rápido, pero él no se rindió y también apretó el paso. Por el rabillo del ojo, vi que mi perseguidor estaba consiguiendo acortar la distancia entre nosotros, pero decidí no acelerar más. No iba a ponerme a correr por un tipo al que podía noquear en un par de segundos.

Le escuché detrás de mí, a apenas un par de pasos. Apreté los puños y suspiré. Parecía que no iba a haber forma de evitar una pelea. Cuando noté su enorme y fuerte manaza apoyarse en mi hombro para detenerme, me giré con velocidad, dispuesta a darle su merecido a aquel imbécil.

—Nicky… ¡Cuánto tiempo! —me saludó.

Me detuve unos segundos a contemplarle. A pesar de que aquella calle no tenía farolas y de que iba cubierto con una sudadera con capucha y un pañuelo que le cubría la boca, habría reconocido aquellos ojos en cualquier sitio. Eran de un gris tan claro que recordaban a los de un *husky* siberiano. Dejé salir el aire contenido y le dirigí una sonrisa antes de lanzarme a abrazarle sin preocuparme que, por el aspecto de su ropa, pareciera que no la hubiese lavado nunca.

—¡David! No te había reconocido —dije con alegría mientras él me envolvía con sus enormes brazos—. He estado a punto de darte una paliza.

—Podrías haberlo intentado —contestó antes de soltar una carcajada—. Habría sido divertido.

—¡Cuánto tiempo sin verte! —dije cuando aflojó su abrazo de oso—. Han sido años, ¿verdad? No sabía que estabas en Detroit.

—He estado fuera recorriendo el país, pero añoraba volver a casa —explicó él—. Llevo un par de meses en la ciudad.

—¿Y vas a quedarte mucho tiempo?

—No lo creo. No debería haber venido.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, ya sabes… No es que se me hubiera olvidado que Detroit era una mierda de ciudad, pero el tiempo dulcifica los recuerdos… —comentó tras soltar una risa—. Este sitio sigue siendo una cloaca, pero parece que ahora está aun peor. Creo que no es seguro ni siquiera para nosotros.

—Sí… Parece que el ambiente está muy tenso en esta zona —dije asintiendo con la cabeza.

—Lo que no me explico es qué haces tú en esta parte de la ciudad. —Aunque seguía sin poder verle la boca, noté en su mirada que me sonreía—. Estas calles no son adecuadas para una princesa.

Le devolví la sonrisa para agradecer el cumplido mientras me

planteaba si debía confiar en él. Decidí que sí en tan solo un segundo. Conocía a David desde hacía años y nunca me había fallado. Además, vivía en las calles, mezclado con las capas más bajas de la sociedad. Si alguien podía saber qué se estaba cociendo en aquella zona de Detroit, era él.

—He venido a investigar la desaparición de un joven. —Él se limitó a asentir para indicar que me escuchaba—. He estado hablando con varias bandas y me han contado que están desapareciendo más chicos. Está sucediendo en todas las bandas, en todos los barrios de la ciudad.

—En todos los barrios pobres —añadió él.

—Sí. No sé quién será el culpable, pero solo se ha equivocado con el chico que estoy investigando. Es un chaval blanco de buena familia. Eso es lo que ha hecho saltar las alarmas. Tú no sabrás algo, ¿verdad?

—Sí. Esa es una de las razones por las que te he dicho que pensaba marcharme pronto. —Alzó la mano para bajarse el pañuelo que le cubría la boca y me dirigió una sonrisa triste—. No solo están desapareciendo esos chicos de las bandas. Quien quiera que esté haciendo esto se está cebando con los invisibles: prostitutas, vagabundos, yonquis… No hay noche que no desaparezca uno o dos, pero a nadie le importa.

—Me importa a mí. —Mi comentario despertó una risa sarcástica en él—. No te rías. Sabes que fui de los vuestros.

Él me miró con los ojos cargados de nostalgia y elevó su enorme manaza para acariciar mi mejilla con una delicadeza que parecía imposible en alguien tan enorme.

—Sé que a ti te importamos, aunque ahora seas una princesa, pero no estoy seguro de que debas meterte en esto. No sé qué es lo que está sucediendo, pero no me gusta. Huele a algo peligroso, a algo desquiciado y poderoso. Y sabes que siempre he tenido buen olfato para el peligro. Deberías hacer como yo y largarte de este agujero.

—No puedo. Este es mi hogar.

—Y aquí está Markus —dijo con voz triste.

—Sí. Está Markus. Ya sabes que no puedo abandonarle. —Afirmé antes de meter la mano en mi bolsillo y sacar una tarjeta de visita—. Si descubres cualquier cosa, puedes llamarme. O puedes pasar por casa si quieres ducharte.

—No lo verán tus ojos —contestó con una sonrisa burlona—. Ha sido un placer volver a verte.

Me abrazó con fuerza y se giró para marcharse. Me quedé un rato parada en mitad de la calle, viendo como su enorme cuerpo de oso iba haciéndose cada vez más pequeño hasta ser engullido por las sombras de la ciudad. Después, reanudé mi camino hacia el coche. Tenía que reflexionar sobre todos los datos que había conseguido de los chicos de las bandas y lo que me había dicho David. Había mucho en lo que pensar y, en aquel momento, no sabía qué hacer con aquella información ni por dónde seguir investigando. Lo mejor sería continuar con mi plan original: dejar la investigación por aquella noche y pasar por el club antes de ir a dormir. Cuando estuviera más descansada, podría pensar mejor.

XI

Sweet dreams (are made of this)

Aquella noche el club estaba muy animado. La gente se apiñaba en la pista de baile y en los sofás que la rodeaban. Cientos de cuerpos jóvenes, bellos y sudorosos moviéndose bajo las luces estroboscópicas al ritmo de la versión de *Sweet Dreams* de Marilyn Manson. Sonreí satisfecha ante aquella visión. Aquel era mi reino y me sentía orgullosa de él.

Un grupo de ruidosos chicos llamó mi atención. Parecía que celebraban una despedida de soltero. En aquel momento, después de haber pedido su tercera ronda de cervezas, se apiñaban bajo el podio en el que Janine, una de mis bailarinas, se movía lentamente dentro de una jaula de gruesos barrotes. La joven dibujó un infinito con sus caderas mientras se agachaba y sacó un brazo entre las rejas para acariciar la mejilla del que parecía el futuro novio con una de sus larguísimas uñas pintadas de negro. Todos aullaron. En aquel momento, habrían hecho cualquier cosa por ella.

Janine dejó de mirarlos y dirigió la vista hacia mí. Yo estaba sentada en mi reservado con las cortinas abiertas para poder vigilar el local. Comprendí de inmediato su mirada. Me estaba pidiendo permiso. Asentí con la cabeza para indicarle que no estaba interesada en ellos. Su sonrisa carmesí se amplió aún más. Abrió la puerta de la jaula y tendió los brazos hacia el grupo de hombres para que la ayudaran a descender. La recibieron como un grupo de hienas que acabara de rodear a una indefensa presa. Pobres ilusos… Ella echó los brazos alrededor del cuello del futuro novio y susurró algo en su oído. Al segundo siguiente, los dos caminaban hacia uno de los reservados del local mientras el resto de hombres jaleaban lo que consideraban un triunfo de su amigo.

Me planteé durante un segundo si podría interesarme alguno de ellos, pero lo deseché de inmediato. Estaban demasiado borrachos y

eran demasiado ruidosos, demasiado toscos… No me apetecía fingir interés por ninguno de ellos.

Volví a pasear la vista por el local buscando algo que pudiera apetecerme. En un sofá cerca de la barra, reconocí a Carl con una chica nueva, una hermosa pelirroja que, entre beso y beso, le contemplaba con una mirada que rayaba la adoración. A unos pasos, sentados en la barra, distinguí a Alex con un par de sus acompañantes habituales. Cerca de la pista de baile vi a Anne, Dana y Lizz, que, al igual que yo, trataban de encontrar a alguien apetecible. En la jaula que acababa de dejar libre Janine, acababa de introducirse Stephan. Sus movimientos, fuertes y sinuosos, ya habían llamado la atención de la mayoría de las chicas de la pista de baile, que le contemplaban con el hambre brillando en sus miradas sin saber que no eran ellas las depredadoras.

Me alegré de ver tantos rostros conocidos. Mi local seguía funcionando tal y como yo deseaba. Quizá no fuera excesivamente rentable a nivel económico. La decoración exquisita, las bebidas de primera calidad, la seguridad en la entrada… Eran gastos que podían considerarse excesivos para un local situado en un barrio algo separado del centro de la ciudad. Mi idea en un primer momento había sido crear un local exclusivo y poco conocido, un sitio en el que yo y los míos pudiéramos estar a gusto y seguros. Por eso, porque había sido concebido solo para nosotros, el ambiente era transgresor, quizá incluso un poco decadente… Estaba pintado en rojo y negro, iluminado de forma tenue y decorado con exquisitas fotos y pinturas de artistas locales que mostraban hermosos cuerpos desnudos y elegantes escenas sexuales. Aquel era mi templo a la provocación y la lujuria, mi regalo a los míos… pero, en los últimos meses, se había corrido la voz y el club había ido ganando cada vez más clientes hasta convertirse en uno de los locales de moda de la ciudad. Tampoco nos molestaba en exceso. Había dejado de ser nuestro refugio privado para convertirse en nuestro coto de caza.

De repente, le vi. Allí, en la puerta del local, escrutando a un lado y a otro como si fuera un halcón buscando presa. Sentí que la ira

se aferraba a mi estómago como una garra. Puto policía entrometido. Una cosa era que se moviera por la ciudad siguiendo mis huellas y otra que viniera a molestarme a mi club, a mi territorio. No iba a permitir aquello.

Estaba a punto de levantarme para ir a su encuentro cuando sentí la vibración de mi móvil. Lo saqué de mi pequeño bolso de mano y traté de escuchar a pesar de la música.

—¿Señorita Chevalier? —Reconocí la voz de mi jefe de seguridad—. Acaba de entrar un tío que no me gusta nada. Dice que es policía y ha preguntado por usted. ¿Quiere que le echemos?

—Tranquilo, Ralph —pronuncié con voz segura—. Yo me encargo.

Colgué y me quedé sentada durante unos segundos, observándole. Él no había percibido mi presencia entre tanta gente y me gustó contemplarle así, sin que él lo supiera. Aquella noche volvía a lucir unos vaqueros ajustados y una chaqueta de cuero. Además, había prescindido de la gomina y su pelo rubio caía en un flequillo descuidado que casi le cubría los ojos. Si no hubiera sido porque era policía y porque me parecía un fisgón insoportable, podría haber sido mi elección para aquella noche.

Me levanté del sofá y empecé a cruzar la pista de baile sin separar mis ojos de su cuerpo. Vi que Anne, Dana y Lizz dejaban la pista de baile para acercarse a él. Se colocaron justo en su camino y empezaron a bailar de forma provocativa mientras le dedicaban sus mejores sonrisas. Él no se inmutó. Cogió a Lizz por el brazo y se inclinó hacia su oído para preguntarle algo. Ella dejó de sonreír, se giró hacia mi reservado y me buscó. Cuando me encontró en la pista de baile, me señaló antes de unirse a sus amigas. Las tres se apartaron de él, aunque siguieron devorándole con la mirada mientras se acercaba a mí.

—Señorita Chevalier, qué afortunada sorpresa —saludó con una sonrisa.

—Mi jefe de seguridad acaba de avisarme de que has preguntado por mí, así que ahórrate la farsa —respondí molesta—. ¿Qué es lo que quieres?

—A ti… —Me di cuenta de que sus ojos se habían quedado anclados en mi escote—. Esto… Quiero decir que quiero hablar contigo, Véronique.

Recorrí el par de pasos que aún nos separaban para que dejara de mirarme el pecho y tuviera que mirarme a los ojos. Una parte de mi mente me recordaba que aquel tipo se estaba convirtiendo en un verdadero incordio y que lo mejor que podía hacer era llevármelo a la zona del puerto, acabar con él y deshacerme de su cuerpo. Era cierto que Markus se enfadaría, pero no le duraría mucho. Estaba segura de que nadie haría demasiadas preguntas. Por los informes que me había pasado Travis, sabía que no tenía mujer, ni hijos, ni familiares cercanos en la ciudad… Se abriría una investigación que podríamos acallar con un par de cheques y todos podríamos olvidarnos para siempre de Jake Schneider.

Sin embargo, otra parte de mí me pedía que no lo matara. No era por sus ojos, ni por lo bien que le quedaban los vaqueros ajustados, ni por lo mucho que me apetecía apartar esos mechones rebeldes de su frente o sellar aquella media sonrisa burlona con mis labios… O al menos, eso me decía a mí misma… La razón por la que no quería terminar con él era que necesitaba saber por qué mi poder no había funcionado. Nunca antes me había pasado y tenía que descubrir qué había fallado.

—Sí, yo también creo que deberíamos hablar.

Me giré y empecé a cruzar la pista de baile, sin comprobar si me seguía. Estaba segura de que lo haría.

XII

The pretender

Abrí las cortinas negras de mi reservado y le hice una seña a Jake para que pasase y se sentara. Él tardó un par de segundos más de lo necesario, demasiado ocupado en revisarlo todo: el sofá de terciopelo, la pequeña mesa de cristal, la cubitera con el champán a la temperatura perfecta… Lancé un suspiro resignado y me adelanté, cogí la botella y serví dos copas antes de recostarme en el sofá y dar un par de golpecitos para invitarle a sentarse justo a mi lado. Él me dirigió una sonrisa sarcástica y negó con la cabeza, pero se acercó, obediente.

—¿Está todo a tu gusto? —pregunté al ver que seguía mirando alrededor incómodo.

—Sí, bueno… Todo menos la música, el público, la decoración…

—¿Qué le pasa a la decoración?

—Es un poco lúgubre. ¿No crees? Todo tan oscuro y con esos cuadros pornográficos —dijo señalando una imagen a nuestra espalda.

—Son fotografías de un artista local y no son pornografía —contesté molesta—. Es arte. Da igual… No sé por qué te he preguntado tu opinión si no me importa. —Él soltó una risa mientras sacaba un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta—. Aquí no se puede fumar.

—Estoy seguro de que en los demás reservados se están haciendo muchas otras cosas que no se pueden hacer en un club. —Encendió un cigarrillo y me lanzó el humo a la cara, desafiante—. ¿Quieres que llame a mis compañeros de la central para comprobarlo?

—No. No me gusta que entren policías en mi club. Molestan a los clientes. —Le lancé una mirada de reproche—. Y eso te incluye a ti. ¿A qué has venido?

—Ayer dejamos una conversación a medias. No me dijiste nada sobre la desaparición de Patrick Malone.

—Te dije lo necesario: ni yo ni la fundación Kressler tenemos nada que ver con eso.

—No sé por qué no me lo acabo de creer. —Otra sonrisita sarcástica—. Ah, ya me acuerdo de por qué. Puede ser porque, cada vez que voy a investigar alguna pista, me encuentro con tu maldito coche. O porque alguien ha eliminado todos los datos que tenía sobre ti de mi ordenador del trabajo e incluso de mi móvil. ¿No sabrás nada de eso?

Intenté dirigirle mi mirada más inocente mientras negaba con la cabeza. Sabía que no iba a creerme, pero me daba igual. No tenía ninguna manera de probar que yo estaba tras el borrado de aquellos datos.

—Ya te lo expliqué —respondí imprimiéndole a mi voz un tono de hastío—. Simplemente estamos investigando lo mismo.

—¿Y qué interés puede tener la fundación Kressler en la desaparición de ese chaval?

—Los Malone tienen un amigo, que a su vez tiene un amigo, que resulta ser pariente de alguien importante en la fundación. Ya sabes cómo funcionan estas cosas —respondí antes de encogerme de hombros.

—No hace falta ser policía para saber que eso huele a mentira, pero está bien. Supongamos que te creo. —Se giró hacia mí y me lanzó una sonrisa que pretendía ser conciliadora—. Si los dos somos del bando de los buenos y estamos investigando lo mismo, podríamos compartir información.

Lo pensé durante un par de segundos. Por lo que había leído en el informe de Travis, Jake era el mejor agente del departamento de desapariciones. Quizá podría serme útil tenerlo de mi lado y, de paso, despejar sus dudas sobre mí para que me dejara tranquila.

—Está bien… Yo te cuento lo que sé y luego tú me cuentas lo que has descubierto. —Esperé hasta que él asintió—. Creo que sabes que los amigos de Patrick sospechaban de una banda de chicanos llamada El Ojo.

—Sí. Iba a recibir información sobre eso de un soplón de Mexican Town hasta que el pobre hombre recibió una visita tuya tan impactante como para sufrir un ataque de amnesia. —Jake enarcó una ceja, esperando una explicación sobre aquello.

—Un buen fajo de billetes pueden provocar un ataque de amnesia a cualquiera —contesté inclinándome hacia delante y posando mi mano sobre su muslo—. ¿Funcionaría contigo?

—No. No lo creo —respondió—. Tengo memoria eidética. No puedo olvidar aunque quiera.

Enarqué una ceja y me le quedé mirando intrigada. A pesar de la sonrisa, me pareció que hablaba en serio. Me incliné hacia él y fijé mi mirada en sus ojos verdes para tratar de descubrir si me estaba tomando el pelo.

—¿Lo dices en serio? ¿Eso es como la memoria fotográfica? —Esperé hasta que él asintió para seguir preguntando—. ¿Pero eso no es un mito?

—No. Lo tienen entre un dos y un diez por ciento de los niños, pero suelen perderlo a partir de los seis años. —Se encogió de hombros como si quisiera quitarle importancia—. Es un fenómeno rarísimo en los adultos, pero yo lo tengo.

Pensé con sarcasmo en lo afortunada que era. Seguramente aquel tipo era un caso entre un millón y me había tenido que tocar a mí. Al menos, aquello explicaba por qué mi poder no había funcionado con él. Seguramente la gente con memoria eidética era inmune. Su mente no funcionaba de la misma manera que la de los demás. Sencillamente, les era imposible olvidar. Tendría que buscar otra manera de hacer que me dejara en paz.

—Volvamos a mi propuesta anterior —le susurré tentadora—.

¿Una buena cantidad de dinero te ayudaría a perder la memoria?

— Yo no me vendo. Ni a ti ni a nadie.

Se retiró unas pulgadas. No pude estar segura de si su mueca de asco se debía a la propuesta de soborno o a mi contacto. Negué con la cabeza mientras mis labios dibujaban una sonrisa cínica. Era imposible que me hubiera topado con el único policía incorruptible de todo Detroit. Todos ellos tenían un precio. Solo había que averiguar la cantidad.

—No rechaces mi oferta tan a la ligera, sobre todo sin conocerla. Podemos hacer tu vida mucho más fácil. —Amplié mi sonrisa y le guiñé un ojo—. Vamos… Sé que la nómina de la policía, cuando llega, es miserable y que es posible que pronto tengas que pasarle una pensión a tu ex. ¿No te vendría bien un ingreso extra cada mes?

Se envaró como si acabara de electrocutarle. Sus ojos se entrecerraron, pero, incluso así, pude percibir la rabia y el dolor que emanaba de ellos. Vaya, parecía que aquella mujer le había hecho daño de verdad y que seguía sin superarlo. Apunté el dato por si podía serme útil en el futuro.

—No vas a conseguir que deje de investigarte comprándome ni tratando de estrangularme en un callejón —dijo con los dientes apretados.

—Entonces quizá tenga que estrangularte de verdad… —bromeé.

—Eso podría funcionar… —Por primera vez en la conversación, él esbozó una sonrisa sincera—. Pero te advierto de que esta vez no vas a pillarme desprevenido.

Fue mi turno de sonreír. El pobre iluso creía que tenía alguna posibilidad contra mí. De todos modos, solo por tantear el terreno, decidí mostrarme amable.

—Entonces, si no puedo comprarte ni estrangularte, ¿cómo me

libro de ti?

—Siendo sincera conmigo. ¿Qué más has descubierto?

Lo pensé durante unos segundos. No me apetecía colaborar con él, pero quizá podría serme útil… Y siempre estaba a tiempo de eliminarle más adelante si seguía siendo un incordio.

—Que los chicos de El Ojo no tienen nada que ver con la desaparición de Patrick. —Rebusqué durante unos segundos en mi bolso y saqué el teléfono móvil. Lo coloqué sobre la mesa y fui pasando fotos mientras hablaba—. Juan Avellaneda, de El Ojo. Ignacio Pérez, de los Latin Force. Miguel Aranjuez y Ramón Saavedra, de los Mexican Boys.

—¿Quiénes son esos tíos? —preguntó molesto.

—Más desaparecidos. Supongo que estos no te importan porque no son chicos blancos de buena familia como tú —dije con tono hiriente.

—A mí me importan todos los desaparecidos. —Sus ojos destellaron con furia en la penumbra del reservado—. ¿Tienes alguna pista de quién puede estar haciendo todo esto?

Me limité a negar con la cabeza mientras me recostaba en el asiento y cruzaba los brazos para indicarle que era su turno de compartir información. No pensaba contarle nada de las desapariciones en las bandas de negros del centro de la ciudad ni sobre los vagabundos y prostitutas que, según me había dicho David, desaparecían cada noche, hasta saber si podía resultarme un colaborador útil.

—Te toca a ti —dije al ver que no se lanzaba—. ¿Qué has descubierto tú?

—Pues no mucho. —Agachó la cabeza como si se sintiera avergonzado—. Sé que mi principal sospechosa conduce un Aston Martin como si las normas de tráfico no fueran con ella, que regenta una especie de club de *sadomaso* bastante decadente, que trabaja para

la Fundación Kressler y que se rumorea que está liada con el jefe.

Tan solo solté una carcajada. No pensaba confirmar ni desmentir aquel último punto. Volví a inclinarme hacia él y a poner mi mano sobre su muslo, un poco más arriba que la primera vez, mientras le clavaba mi mirada.

—Muy mal, detective Schneider —ronroneé inclinándome hacia su oído—. Esperaba mucho más de ti. Creo que deberías dejar de perder el tiempo investigándome y dedicarte a buscar pistas más útiles. A no ser que el hecho de investigarme se deba a que estás obsesionado conmigo.

—Ni en un millón de años. —Tragó saliva—. Investigaré esas desapariciones de las que me has hablado. ¿Podrías pasarme sus nombres y fotos?

—Por supuesto. Tengo tu teléfono. Te lo enviaré todo esta misma noche. —Deslicé mi mano por su pierna hasta apoyarme en su rodilla y me levanté—. Llámame si descubres algo útil.

Me alejé de él, sabiendo que tenía su mirada anclada al movimiento de mis caderas. Antes de que pudiera abrir las cortinas del reservado, me llamó para detenerme.

—Espero que tú hagas lo mismo.

Me giré y le guiñé un ojo, sellando el pacto.

—Por supuesto. —Señalé las copas de champán que seguían sobre la mesa—. Puedes bebértelo si quieres. Sería una pena que se desperdiciara. —Esperé hasta que asintió para dejar de sonreír—. Cuando lo acabes, márchate de aquí y no vuelvas sin invitación. Este sitio es peligroso para ti.

Salí del reservado sin darle oportunidad de responder y me dirigí a la pista de baile. Le vi salir un par de minutos después. Se quedó quieto, apoyado en una columna, observando mis movimientos. Durante ese tiempo, nadie se acercó a molestarle. Supuse que se habría difundido el aviso de que estaba bajo mi protección. Cuando se

cansó, salió del club sin mirar atrás. Recé para que los datos que le había dado sirvieran para mantenerle ocupado durante algunos días. No tenía ganas de hacer de niñera de un policía.

XIII

Personal Jesus

Patrick

He perdido la noción del tiempo. No sé si llevo horas, días o semanas metido en este ataúd de cemento en el que terminaré mi vida. Paso el tiempo en un duermevela continuo plagado de pesadillas. En ellas siento que ya he muerto, que mi cuerpo se pudre, que los gusanos devoran mi carne…

Tengo la boca seca y llena de llagas y la garganta me arde. Muevo las manos por mi cubículo y encuentro lo que busco. Un botellín de agua, unos mendrugos de pan… No sé quién los pone aquí o cuándo lo hace… No entiendo por qué siempre estoy dormido cuando abren la trampilla. Sospecho que echan algún tipo de droga en el agua. He probado a no beber para aguantar despierto, pero creo que me observan de alguna manera y nunca vienen si estoy consciente.

Me fuerzo a dar un trago pequeño, apenas un sorbo, a pesar de que podría beber botellas y botellas. Vivo con el miedo continuo a que mis captores se cansen de mí, se vayan y me dejen aquí para que muera de sed, de hambre, de angustia…

Intento ser optimista y pensar que alguien tiene que haber denunciado mi desaparición. Mi madre, mi amigo Jimmy… No pueden haberse olvidado ya de mí.

Fantaseo con la idea de que hay alguien buscándome y que cada vez está más cerca. Un héroe para mí solo, mi salvador personal. Tiene que estar ahí fuera, haciendo preguntas, buscándome… Tengo que aferrarme a esa idea o me volveré loco.

Escucho unos pasos que se acercan a la trampilla. Ni siquiera me molesto en gritar o golpear la chapa metálica. Ya han sido tantas las veces en las que he acabado con la garganta en carne viva y las

manos destrozadas para nada… Pasan cerca, pero siempre me ignoran.

Sin embargo, esta vez se acercan aun más, tanto como para permitirme escuchar sus voces. Contengo la respiración y aguzo el oído. Quizá digan algo que me permita saber dónde estoy o por qué me tienen encerrado.

—Va demasiado lento —protesta un hombre—. Se nos acaba el tiempo.

—Te estás preocupando demasiado —responde su acompañante, un hombre de voz grave y ronca—. Nadie sospecha nada y los preparativos siguen el plan previsto. Todo irá bien.

—Intenta darte más prisa. Esto no es un juego.

—Deberías relajarte. —El tono del segundo hombre suena burlón—. Creo que tengo algo para ti que te pondrá de mejor humor.

Escucho el ruido de una cadena al arrastrarse por el suelo. Están levantando la trampilla. ¿Van a liberarme? Cuando retiran la chapa metálica, me cubro los ojos con una mano. La luz de las fluorescentes me taladra los ojos y me impide distinguir nada. Solo vislumbro dos grandes figuras oscuras que observan desde arriba el agujero en el que estoy metido.

—Este es mi regalo para ti. ¿Te gusta?

XIV

My hero

Llevaba cuatro días investigando sin conseguir nada. Había enviado gente a hablar con los familiares de Patrick, con sus amigos, con sus compañeros de instituto, con sus profesores… Todos coincidían en lo mismo: había sido un chico modelo y un estudiante ejemplar, hasta que, unas semanas antes de desaparecer, empezó a cambiar.

A medida que iba cambiando su aspecto, dejó de frecuentar a sus antiguas amistades. Incluso comenzó a faltar a clase. En un primer momento, aquello no había llamado demasiado la atención de sus conocidos. Lo achacaron a una de esas crisis de identidad que a veces aquejan a los adolescentes y esperaron que, por sí mismo, regresara al redil. Sin embargo, Patrick continuó alejándose hasta desaparecer por completo. Quizá si aquella gente, que decía querer a Patrick, se hubiera preocupado por su deriva nazi y su inclusión en los White Empire, habrían podido evitar que se esfumara.

Durante aquellos días, tampoco conseguí más información de los chicos de Mexican Town ni de los de los barrios negros del centro de la ciudad. Me habían llegado rumores de que seguían desapareciendo chavales. El miedo y la paranoia estaban germinando en aquellas calles y sus habitantes no querían hablar con nadie desconocido.

Solo había una línea de investigación en la que aún tenía esperanzas: llevaba ya tres noches en las afueras de la ciudad, acompañando a las chicas que hacían la calle. También estaba habiendo muchas desapariciones entre las prostitutas y esperaba que, cuando consiguiera que confiaran en mí, pudieran contarme algo de utilidad…

Por si fuera poco, tampoco había recibido ninguna noticia de Jake. Por lo que me había dicho Travis, ni siquiera actualizaba ya sus informes del caso, pero era de esperar una vez que había descubierto que alguien tenía acceso a su ordenador. Aquello no me preocupaba, pero había esperado alguna llamada o mensaje suyo en aquellos días,

ya fuera porque había encontrado algo o simplemente porque quería hablar conmigo. No estaba acostumbrada a que un hombre pasara de mí después de darle mi teléfono…

Quizá por eso, una sonrisa de triunfo se abrió paso en mis labios cuando vi su nombre en la pantalla de mi móvil. Lo dejé sonar un par de tonos antes de descolgar.

—Buenas noches, Jake —saludé—. ¡Cuánto tiempo! Pensaba que te habías olvidado de mí…

—Bueno, tú tampoco has llamado —contestó él—. ¿Has descubierto algo nuevo?

Negué con la cabeza aunque él no pudiera verme. Había esperado que aquella llamada significara que él había encontrado algo que nos sacara del callejón sin salida en el que estábamos, pero parecía que mis esperanzas eran vanas.

—No. Lo siento, pero no tengo nada nuevo —admití—. Pensaba que tú me llamabas porque habías encontrado algo y no solo porque me echabas de menos.

—Yo no te echo de menos —me cortó con un tono demasiado seco—. Te llamo porque tengo algo. Estuve hablando hace unos días con los chicos del White Empire, la banda en la que había entrado Patrick…

—Sí, lo sé. Te vi hablando con ellos —dije divertida.

—Ah, bien… —Parecía incómodo, como si no le hiciera gracia haber sido espiado sin darse cuenta—. El caso es que, antes de marcharme, dejé caer unas cuantas tarjetas de visita…

—También lo sé. Fue con una de esas tarjetas cómo descubrí el nombre del policía que se estaba entrometiendo en mi caso.

—Los civiles no tenéis casos. —Su tono fue aún más cortante en aquella ocasión—. Eres tú la que se está entrometiendo en una investigación oficial…

—No vamos a discutir eso otra vez —repuse fingiendo hastío—. ¿Vas a contarme algo que no sepa?

—Lo haría si dejaras de interrumpirme. —No pude contener una risita al notar cómo estaba sacándole de quicio—. El caso es que uno de los chicos de la banda me ha llamado.

—¿En serio? No habría apostado ni un dólar por ello…

—Creo que debía ser amigo de Patrick… O al menos alguien que se preocupaba por él —continuó explicando—. Me ha dicho que esta tarde va a hacerle una visita a su familia y que podríamos quedar después. ¿Quieres venir?

Realizó la pregunta a toda velocidad, pronunciando entre dientes, casi como si no quisiera hacerla y se le hubiera escapado. Me hizo gracia. Quería seguir haciéndose el duro y el independiente, pero parecía que empezaba a tener la misma sensación que tenía yo desde que Markus me asignó aquella investigación: que había algo oscuro y siniestro detrás de la desaparición de Patrick, algo peligroso… A mí tampoco me gustaba tener que trabajar con Jake, pero empezaba a pensar que sería más seguro que colaboráramos.

—Depende… —contesté haciéndome la interesante—. ¿A qué hora has quedado?

—Dentro de un rato. Sobre las ocho… —Parecía molesto porque yo no estuviera dispuesta a dejar de lado cualquier cosa que tuviera que hacer para reunirme con él—. ¿Le viene bien a su señoría o tiene la agenda demasiado ocupada?

—Por ser tú, te haré un hueco —contesté melosa—. Nos vemos a las ocho frente a la casa de Patrick. Sé dónde es.

—No —me cortó él—. No quiero que vayas con ese coche. Llamas demasiado la atención. Te recojo en tu casa a las ocho menos diez. Yo también sé dónde es.

Colgó sin darme tiempo a decir nada más. Comprobé en mi reloj que me quedaba menos de media hora para la cita y corrí a prepararme. Tras salir de la ducha, decidí vestirme de forma sencilla. Me puse unos vaqueros desteñidos y una camisa blanca y me recogí el pelo en una coleta alta.

Nada más salir del edificio, distinguí su coche en la acera de enfrente. Era un modelo antiguo y necesitaba una mano de pintura, pero, cuando me acerqué y abrí la puerta del copiloto, descubrí con agrado que el interior estaba limpio. Quizá demasiado. Me planteé que era posible que hubiera pasado por algún área de servicio antes de quedar conmigo.

—Llegas tarde —me dijo a modo de saludo.

—Dos minutos —respondí tras comprobarlo en mi reloj—. Eso es casi a tiempo.

—Casi —repitió él—. Pero sigue siendo llegar tarde.

—Las mujeres solemos tardar mucho más en prepararnos.

—Por eso no quedo con mujeres.

Solté un bufido y subí el volumen de la radio del coche para no tener que hablar con él en todo el camino. Pareció captar el mensaje, ya que arrancó de inmediato. Me resultó curioso que, siendo un agente de la ley, tuviera el mismo respeto por las normas de tráfico que yo, es decir, ninguno. Quizá los policías de Detroit tenían tarifa plana para las multas.

Llegamos al barrio en el que había vivido Patrick cuando aún faltaban unos minutos para las ocho. Yo me recosté en el asiento y me dediqué a observar la casa del chico. Era una de esas viviendas de dos pisos con su jardín delantero y su vallita de color blanco. No era uno de los mejores barrios de la ciudad, pero estaba muy lejos de ser de los peores. En aquella parte de Detroit vivían familias acomodadas: abogados, médicos, ingenieros… Gente que esperaba poder criar a sus hijos en paz, creyendo que sus vallas y sus cámaras de seguridad protegerían a sus niños de la verdadera esencia de la ciudad. Normalmente, funcionaba… Siempre que los chicos no sacaran un pie de su jaula de cristal, como había hecho Patrick.

La puerta principal se abrió y un chico vestido con una sudadera con capucha salió de la casa. En un primer momento, pensé que no se parecía en nada a los aspirantes a delincuentes del White Empire.

Miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie espiándole, cruzó la calle a la carrera y se metió en el asiento trasero.

—¿Quién es ella? —preguntó suspicaz—. No me habías dicho que vendrías acompañado.

Cuando se quitó la capucha, dejó al descubierto su cabeza rapada y un par de tatuajes que asomaban por su cuello. Sí, era uno de los White Empire, aunque trataba de ocultarlo con aquella ropa de buen chico. Le observé por el espejo retrovisor. Se frotaba una mano contra otra y tenía la mirada huidiza. Aquello me reafirmó en mi primera creencia: podía formar parte de la banda, pero solo era un crío asustado jugando a ser un chico malo.

—Es mi compañera —mintió Jake mientras arrancaba—. Eres Jimmy, ¿verdad? —El chico asintió—. Me has dicho que tenías algo sobre Patrick…

—Sí, bueno… —El chico volvió a frotarse las manos y a pasear la mirada de una ventanilla a otra, como si temiera que en cualquier momento alguien fuera a atravesar un cristal para hacerle pagar su traición—. No sé dónde está, pero estoy preocupado por él y sus padres están hechos polvo… Me da la impresión de que a nadie le importa lo que le ha pasado salvo a usted…

Su manera de hablar, tan correcta y educada, me reafirmó en la idea de que no estábamos delante de un pandillero. Seguramente, Patrick y él eran del mismo barrio, probablemente habían ido juntos al colegio y al instituto y sus familias celebraban juntas Acción de Gracias y el 4 de julio…Y, de repente, los dos chicos habían decidido que no les gustaba aquella perfecta vida burguesa y que querían pasear por el lado salvaje de la ciudad… Hasta que se habían enterado de que aquello no era un juego al que podías apuntarte y borrarte cuando descubrieses que era peligroso de verdad y que daba miedo.

—¿Qué sabes, Jimmy? —preguntó Jake con malos humos—. ¿No pretenderás que te saque las palabras una a una? Si tienes algo importante que contarme, hazlo ya.

—Sí, señor, disculpe… —Otra vez aquellos modales fuera de lugar—. No sé si servirá de algo, pero quiero contarle algo que pasó un par de días antes de que Pat desapareciera. Vera… Pat y yo éramos los novatos de la banda…

—Se te nota, chaval —comentó Jake, despectivo.

Le di un codazo. Aquel tipo de comentarios no iban a ayudar a que el chico se abriera. Me giré hacia él y le dirigí una sonrisa para animarle a continuar.

—Lo que quiero decir es que nos tocaban todo el rato los encargos más chungos. —El chico se pasó una mano por su cabeza rapada antes de seguir hablando—. Decían que eran pruebas para demostrar nuestra valía, pero yo creo que nos mandaban toda la mierda para no tener que hacerlo ellos…

—Abrevia, chico —volvió a interrumpirle Jake.

Le lancé una nueva mirada de enfado, pero él me ignoró. Quizá aquellos malos modos funcionaban bien con los delincuentes con los que acostumbraba a tratar a diario, pero estaba segura de que con aquel chico tímido y asustado funcionarían mejor las sonrisas que las frases cortantes.

—Sigue, por favor —le animé.

—Sí, bueno… La cosa es que una noche nos mandaron a Livernois a entregar un paquete y recoger el pago.

—¿Qué era? —pregunté intrigada.

—Los White Empire no nos lo dijeron. Solo sabíamos que pesaba un huevo —explicó Jimmy.

—¿Ese barrio no queda un poco lejos de vuestra zona? —intervino Jake.

—Sí, bastante. Tuvimos que recorrer el territorio de dos bandas rivales para llegar allí —respondió Jimmy—. Yo iba muerto de miedo por si nos paraban, pero no tuvimos problemas. Cuando llegamos a la dirección que nos habían dado, nos recibió un tal Dickinson. Un tipo

muy alto, con una espalda y unos brazos enormes y la mandíbula cuadrada… Tenía el pelo muy sucio y olía a rayos… Y llevaba un tatuaje en la frente. Algo muy mal hecho, como si se lo hubiesen tatuado con un cuchillo.

—¿Qué era? —pregunté intrigada.

—Una "A" dentro de un círculo. —Rebusqué en la guantera de Jake, saqué un papel arrugado y un bolígrafo y dibujé a toda prisa el símbolo anarquista para enseñárselo. Él asintió entusiasmado—. ¡Sí! ¡Eso es!

Jake dejó de mirar la carretera para girar la cabeza hacia mí. Cuando vio el símbolo, enarcó una ceja y dejó escapar una sonrisa sarcástica.

—¿Y no te pareció un poco raro que una banda neonazi hiciera tratos con un anarquista? —preguntó sarcástico.

—¿Con un qué? —Por su expresión, se veía claramente que Jimmy no tenía ni idea acerca de lo que le estaba preguntando.

—Nada, déjalo. —Jake soltó un bufido indignado—. Ya veo que hoy en día le dan el carnet de neonazi a cualquiera. Sigue con tu historia…

—Sí, claro… Como les decía, el tío recogió el paquete y lo abrió. Yo me había quedado un poco lejos, pero me pareció ver un par de pistolas en medio de más cosas… Pat y ese tío se pusieron a hablar como si fueran amigos de toda la vida. Me acerqué para decirle a Pat que aquel sitio no me gustaba y que lo mejor sería coger la pasta y largarnos, pero el tipo aquel me pasó un sobre con el dinero y me dijo que me fuera al coche a contarlo.

—¿Y tú le obedeciste? —El sarcasmo volvió a teñir las palabras de Jake.

—Sí… No quería estar ahí. Estaba muy nervioso. No me gustaba el barrio, pero, sobre todo, no me gustaba nada aquel tío… —Jimmy se encogió de hombros antes de seguir hablando—. Sin

embargo, Pat parecía encantado. Siguieron hablando un rato largo, mientras yo me iba poniendo cada vez más nervioso. Incluso llegué a bajar los seguros del coche hasta que Pat volvió.

—¿Y qué pasó luego? —pregunté para animarle a seguir hablando.

—Le dije a Pat que aquel tío no me había gustado nada, pero a él le había caído de puta madre. —Se quedó en silencio un segundo y volvió a frotarse las manos, ansioso—. El tipo ese le había dicho que quería hacer negocios solo con él, que pasaba del resto de la banda.

—Eso no les sentaría muy bien a los White Empire, ¿verdad? —intervino Jake.

—Por lo que yo sé, nunca llegaron a enterarse —contestó Jimmy—. Al día siguiente, Pat me llamó para decirme que Dickinson quería que nos reuniéramos de nuevo con él en Livernois, que tenía un encargo para nosotros. Yo le dije que no quería ir. Aquel tipo me daba muy mal rollo y, además, no quería movidas con la banda.

—¿Te dijo en qué consistía el encargo? —preguntó Jake.

—No, ni siquiera se lo pude preguntar. Se enfadó mucho conmigo. Me dijo que era un cobarde y que nunca llegaría a nada… —Soltó un suspiro antes de seguir hablando—. Y nunca supe nada más de él. Cada noche me planteó que, si hubiera ido con él, quizá no le habría pasado nada malo.

Me giré aun más en el asiento y alargué el brazo para tocarle la rodilla. Él me miró confuso y yo negué con la cabeza.

—No habría servido de nada, Jimmy —le consolé—. Están desapareciendo chicos por toda la ciudad. Simplemente serías otro caso más.

Él asintió y forzó una sonrisa de agradecimiento, pero vi en sus ojos que no terminaba de creerme, que, si no encontrábamos a su amigo, la culpabilidad le perseguiría de por vida.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —preguntó Jake.

Cuando el chico negó con la cabeza, acercó el coche a la acera y lo detuvo—. Pues abajo. Si descubres algo más, ya sabes dónde estoy.

Jimmy asintió, volvió a subirse la capucha de la sudadera y salió del coche sin decir nada más. Esperé hasta que Jake arrancó de nuevo para encararme a él.

—Podrías haber sido más amable con el pobre chico —le recriminé.

—¿Por qué? No soy su niñera.

—¿Por qué estás así con él? —pregunté confusa—. Nos acaba de dar una buena pista…

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué le trate como a un héroe y le ponga una medalla?

—No estoy diciendo eso, pero parece que te hubiera hecho algo…

—A mí no. A su amigo. —Cuando vio que yo no le comprendía, siguió explicándose—. Este chico sabía lo que nos acaba de contar desde el primer día. Lo sabía también el día que me pasé por su barrio. Ha tenido mi tarjeta desde entonces y ha tardado una semana en llamar… Dice que se siente culpable, pero es muy probable que, después de este tiempo, Patrick ya esté muerto.

—Pero no es su culpa —protesté—. No lo ha matado él.

—No, pero era su responsabilidad, sobre todo si se siente tan culpable como dice —rugió Jake—. A lo mejor podría haberle salvado y no lo ha hecho porque es un puto cobarde.

—Solo es un crío asustado…

—Esa excusa sirve en otras ciudades, pero no en Detroit. —Me miró con pena, como si yo fuera una pobre chica inocente que no entendía el mundo en el que se movía—. Los críos de esta ciudad llevan navajas y pistolas. Pueden atracarte, darte una paliza o violarte en cualquier esquina… Si es lo bastante valiente para meterse en una banda, también debería serlo para hacer algo por salvar la vida de su

amigo.

Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Yo seguía compadeciéndome de Jimmy, aunque tenía que reconocer que, después de tantos días, era muy posible que las pistas que nos había dado ya no sirvieran para nada.

—De todos modos, podrías haber intentado llevarte bien con él. A lo mejor los culpables de la desaparición de Patrick son los White Empire —apunté—. Quizá descubrieron que estaba intentando hacer negocios a sus espaldas y le mataron. Si fuera así, Jimmy podría haber investigado desde dentro para nosotros.

—Si fuera así, Jimmy ya lo sabría. —Se giró hacia mí y me lanzó una de sus sonrisas condescendientes—. Cuando en una banda se hace un ajuste de cuentas, el objetivo es que sirva de lección para el resto de miembros del grupo. No tendría sentido que lo hubieran matado y lo hubieran ocultado.

—¿Entonces nuestra principal hipótesis es que puede haber sido ese tal Dickinson? ¿Vas a ir a Livernois a investigarlo?

—¿A estas horas? —Negó con la cabeza de forma vehemente y detuvo el vehículo. Me di cuenta de que acababa de aparcar enfrente de mi edificio—. No estoy tan loco como para meterme en el infierno después de anochecer. Además, prefiero pasar primero por comisaria para ver si encuentro algo sobre ese tipo —Se giró hacia mí y me señaló con el dedo índice—. No se te ocurra ir a ti sola.

—Lamento informarte de que no tienes la menor autoridad sobre mí. —Antes de que pudiera protestar, puse un dedo sobre sus labios para hacerle callar—. Pero puedes estar tranquilo. Esta noche tengo algo importante que hacer.

—¿Algo que tiene que ver con nuestra investigación? —preguntó cuando quité el dedo de su boca para permitirle hablar.

—¿Ya es “nuestra” investigación? —Se me escapó una carcajada.

—Basta de tonterías. ¿Tienes alguna pista que yo no conozca?

—Puede que sí, puede que no. Ya te lo contaré.

Cuando fui a salir del coche, me agarró del brazo y me atrajo hacia él.

—Nicky, no juegues conmigo —dijo amenazante—. Si tienes algo sobre la investigación, tienes que decírmelo.

—Yo no estoy obligada a hacer nada —contesté desafiante—. Te llamo mañana, quedamos para cenar y comparamos notas. ¿De acuerdo?

Antes de que pudiera responder, me acerqué aun más a él y coloqué mis labios a apenas una pulgada de los suyos. Esperaba que él se apartase, quizá incluso que se enfadara, pero no hizo nada. Ni se acercó ni se separó, como si estuviera retándome a acortar esa última pulgada. Sonreí, me desvié y deposité un beso en su mejilla. Estaba segura de que, antes de lo que él esperaba, se moriría de deseo por ser él quien recorriera ese camino.

Bad moon rising

Me había jurado mil veces que nunca más me pondría en aquella situación, que no volvería a exponerme como una mercancía accesible para cualquiera. Sin embargo, allí estaba de nuevo, tantos años después…

Las puertas del autobús se cerraron a mi espalda con un resoplido de viejo moribundo. Me quedé unos segundos mirando cómo se alejaba mientras trataba sin éxito de bajar un par de pulgadas la falda de mi vestido. Lo dejé por imposible. No había tela de la que tirar.

Cuando el autobús giró tras una curva, me quedé sumida en una oscuridad casi completa. Las fluorescentes que deberían haber iluminado la marquesina habían desaparecido hacía años. En realidad, casi no quedaba nada. Se habían llevado las luces, los cristales… Tan solo la estructura herrumbrosa se mantenía en pie, como el esqueleto de un animal devorado por los buitres.

Las farolas tampoco funcionaban. Ignoraba si habrían robado las bombillas, si las habrían reventado a pedradas o si simplemente se habían fundido y nadie había acudido a reponerlas. Daba la impresión de que toda la ciudad iba degradándose y muriendo poco a poco sin que a nadie le importase una mierda.

Las únicas luces que iluminaban el paisaje eran los cárteles de neón del Seven Sins y del Lust, que anunciaban con letras estridentes la mercancía que se podía encontrar dentro. Pasé de largo los dos edificios, caminando con dificultad con mis altísimos tacones sobre el asfalto agrietado. No tenía ningún interés en aquellos dos clubs ni en su clientela. Lo que me interesaba estaba más adelante, tras la siguiente curva.

Cuando llegué, pude verlas, iluminadas de forma fugaz por los faros de los coches que pasaban por su lado. Se paseaban por el arcén

contoneándose, exhibiendo sus cuerpos casi desnudos a pesar del frío de aquella noche de finales de octubre. Un par de ellas me saludaron al pasar por su lado. Parecía que por fin, después de tres noches, empezaban a aceptarme. Aunque al principio me habían mirado con desconfianza e incluso había tenido que darle una paliza a una tal Molly que se había acercado a decirme que no querían más competencia, parecía que empezaban a considerarme una más. El hecho de que yo no me pavoneara delante de los coches que reducían la velocidad y circulaban frente a ellas con la ventanilla bajada también debía de haber ayudado. No había conseguido ni un solo cliente en las noches que llevaba allí. Tenían que estar pensando que era la puta más inútil que habían visto en la vida, pero aquello me daba igual. Lo único que quería era ganarme su confianza y que me contaran lo que sabían.

En lugar de seguir adelante hasta el puesto que había estado ocupando las noches anteriores, me detuve junto a un grupo, saqué del bolso un paquete de tabaco y, después de coger un cigarrillo, se lo mostré ofreciéndoles uno. Tres chicas aceptaron la oferta e incluso una de ellas me sonrió. Sentí nacer un atisbo de esperanza. Estaba empezando a funcionar.

—¿Qué tal está Molly? —pregunté fingiéndome compungida—. Os juro que no quise darle tan fuerte, pero me puse nerviosa…

—Tiene la cara como un pan —contestó una negra enorme que solo llevaba puesto un sujetador rojo transparente y una minifalda tan corta que parecía un cinturón ancho—. Le diste bien.

—De verdad que lo siento…

—No te preocupes. Se lo merece por zorra.

La que había hablado era una mujer vestida de colegiala porno. Incluso llevaba dos coletas con lazos. Un coche pasó por nuestro lado e iluminó su rostro, destrozando la ilusión. Llevaba tanto maquillaje que se cuarteaba, dándole a su piel un aspecto escamoso y enfermizo. Aquella mujer debía rondar los cincuenta años o haber llevado una vida muy mala.

—No digas eso, Deborah —la riñó la negra enorme.

—¿Por qué? Es lo que pensamos todas —respondió la vieja colegiala—. Siempre tiene que quedarse con la mejor zona, nos roba clientes… Ya era hora de que alguien la pusiera en su sitio. —La mujer me dirigió una sonrisa que hizo que el maquillaje de las comisuras de sus labios se cuartease aun más—. Tranquila, bonita. Puedes quedarte con nosotras.

—A mí no me hace gracia que se quede. Es demasiado guapa —intervino una pelirroja exuberante acercándose a mí.

—Relájate, Lucy. Los clientes que prefieran a esta morenita no juegan en tu liga.

Todas se rieron del comentario. La pelirroja debía medir más de seis pies de altura. Cuando me fije en la nuez que bailaba en su garganta y en la enorme protuberancia que adornaba su entrepierna, comprendí la broma.

—Hay tíos a los que eso les da igual y esta chica no pinta nada con nosotras —protestó Lucy—. Podría estar trabajando en cualquiera de los clubs de ahí detrás y no aquí, con las desahuciadas. ¿Por qué no vas a pedir trabajo allí, monina?

—Quiero ser mi propia jefa —contesté con voz seca tras darle una larga calada a mi cigarrillo y dejar que el humo saliera en una bocanada eterna.

—No quieres club ni chulo… —La negra enorme soltó una risa sarcástica—. Un espíritu libre, claro. Todas hemos sido así de gilipollas al empezar. Necesitarás protección, guapita.

—Creo que he demostrado que sé defenderme sola —contesté con una sonrisa de suficiencia.

—Y tanto que lo has demostrado —rió la colegiala geriátrica—. Dejad que se quede, tías. Con lo que está pasando, nos viene bien alguien que sepa pelear.

—¿Qué es lo que está pasando? —me interesé tratando de

ocultar la emoción en la voz.

—¿No sabes nada? —preguntó la pelirroja—. Por eso te estés paseando por aquí tan tranquila... Están desapareciendo chicas por toda la ciudad. Algún hijo de puta psicópata nos está cazando.

—¿En serio? ¿Y nadie ha visto nada?

La pelirroja abrió la boca para contestar, pero el ruido del motor de un coche que se acercaba la detuvo. En cuanto sus faros nos iluminaron, empezó el despliegue de sonrisas, de carne desnuda al descubierto y contoneo de caderas. Yo me quedé atrás mientras ellas se acercaban a la ventanilla abierta por la que el posible cliente contemplaba la mercancía expuesta en aquel mercado de la carne.

El tipo pasó de todas ellas. Noté sus ojos fijos en mí. No llevaba mucha ropa puesta, pero su sucia mirada hizo que me sintiera aun más desnuda y expuesta. Me entraron ganas de arrancarle la cabeza de cuajo solo por atreverse a observarme así, pero me controlé y me dediqué a mirar la carretera, como si no le hubiera visto.

—Oye, morenita —me llamó aquel tío—. ¿Subes?

—No, lo siento —dije cruzándome de brazos—. He quedado con un cliente en diez minutos.

—En diez minutos habré acabado contigo de sobra. —Volvió a recorrerme de arriba abajo con la mirada mientras se relamía. Me dio tanto asco que sentí que el estómago me daba un vuelco.

—De verdad que no puedo. Otra noche será. —Le sonreí y señalé con la cabeza al grupo que seguía arremolinado alrededor de su coche—. Cualquiera de mis amigas te puede hacer pasar un buen rato.

El hombre frunció el ceño, contrariado, pero acabó pidiéndole que subiera a una rubia con unos pechos enormes que rebosaban de su picardías rosa. Cuando se alejaron carretera adelante, iluminaron la figura solitaria de una mujer que esperaba en el carril contrario.

—¿Quién es esa? —pregunté.

—Molly —contestó la negra tras soltar una carcajada—. Tal

como le dejaste la cara, su única oportunidad de conseguir un cliente es que no puedan compararla con nadie más.

—¿Pero no habéis dicho que es peligroso estar sola?

—Bueno… Conozco a su chulo y es mucho más peligroso enfadarle que cualquier otra cosa que te pueda pasar.

Me quedé mirando aquella silueta oscura que paseaba por la cuneta, casi oculta por la sombra de los pinos que bordeaban la carretera. Me pareció muy frágil y pequeña y hasta sentí lástima por ella, pero yo era la menos adecuada para pedirle que se uniera a nosotras. Escuché el ruido de un nuevo motor. Las otras chicas se giraron hacia mí y me miraron con suspicacia al ver que yo volvía a quedarme en segundo plano. No podía seguir rechazando clientes si no quería que toda mi coartada se desmoronase. En algún momento tendría que montarme en el coche de algún tipo. Ya vería qué hacía luego con él.

El nuevo cliente bajó la ventanilla y llamó a Lucy directamente. Parecía que tenía muy claro lo que quería. Ella se despidió lanzándonos un beso y el coche arrancó. Cuando sus faros lamieron la curva en la que Molly hacía su ronda, vi que no estaba. Dudé si debía dar la voz de alarma. A lo mejor se había marchado en un coche que yo no había visto o había entrado en el bosque. Todo aquello sonaba muy lógico, pero seguía sintiéndome inquieta. Entonces lo oímos: un grito agudo, estridente y agónico, que se alargó durante segundos y segundos, haciendo que una bandada de pájaros saliera del bosque en el que dormía para cubrir el cielo de saetas negras.

Mis compañeras se quedaron paralizadas. Ojos abiertos de par en par, bocas desencajadas en un gesto mudo de terror… Duró un par de segundos. Después, salieron corriendo en estampida en dirección a la ciudad, tambaleándose torpemente sobre sus altos tacones, sin importarles que sus cortas faldas se les subieran a la cintura o que sus pechos rebosaran de los escuetos sujetadores. Yo me quedé allí, contemplando su ridícula carrera, mientras me planteaba qué hacer. Y entonces llegó otro grito, más desesperado, aun más agónico…

Me quité los tacones y los guardé en el bolso antes de cruzar la carretera e internarme entre los árboles. Miré hacia el cielo, agradeciendo la plateada luz de una luna casi llena. Fui moviéndome con rapidez, oculta entre los árboles, acercándome al lugar del que habían surgido los gritos. Ya no se oía chillar a Molly, pero, a cambio, otros sonidos me guiaban: unos gruñidos salvajes y animales acompañados de ruidos de succión… Reduje la velocidad y seguí acercándome con sigilo, atenta a no pisar ninguna rama u hoja seca que pudiera revelar mi posición. Por los sonidos que me llegaban, podía deducir que había más de un atacante. Aquello podía ser peligroso.

Aún estaba a unos cuantos pasos de mi objetivo cuando el olor metálico de la sangre inundó mis fosas nasales, golpeándome como un puñetazo. Los gruñidos y el desagradable sonido de succión seguían inundando el bosque, confirmando mis temores. Me escondí tras el tronco de un enorme roble y asomé la cabeza.

Eran tres hombres los que rodeaban el cuerpo de Molly. A pesar de la oscuridad, pude distinguir todos los detalles con una precisión cruel. Un joven fornido con la cabeza rapada había agarrado uno de sus brazos y sorbía del manantial que surgía de su muñeca mientras se mecía adelante y atrás, como si se acunara. Otro chico, con una larga melena rubia que le ocultaba el rostro, bebía de un enorme agujero abierto en el pecho de la chica. Me pregunté si habría conseguido llegar al corazón para beber directamente de la fuente. El tercero, un chico moreno con el pelo cortado a cepillo, se había colocado entre los muslos de Molly y la penetraba salvajemente. Había colocado la pierna derecha de la chica apoyada en su hombro y mordía su tobillo con ansia. No parecía importarle en absoluto la mirada vacía y horrorizada que Molly parecía clavar en él mientras su último hálito de vida escapaba de sus labios entreabiertos.

—Ya está muerta, John —dijo el rubio, separándose del pecho destrozado de la chica—. Deja de tirártela, joder.

—¡Qué mierda! No ha aguantado nada la muy hija de puta…

Los otros dos se levantaron y retrocedieron un par de pasos. La luz de la luna hacía brillar la sangre que resbalaba por su barbilla y empapaba sus camisetas. El tal John se levantó, se subió la cremallera del pantalón y se unió a sus compañeros. Ni siquiera le dedicaron una última mirada al cadáver de la chica, tirado sobre las agujas de pino con los brazos y las piernas abiertas, como una inservible muñeca hinchable. Salieron corriendo y se perdieron entre los árboles. Pude escuchar sus pasos y el sonido de sus risas durante un par de minutos. Cuando el bosque se sumió de nuevo en un silencio absoluto, salí de mi escondite y me acerqué a Molly.

Me quedé unos segundos mirando su cuerpo destrozado. La sangre que lo cubría empezaba a coagularse y volverse negra. Me crucé con sus ojos, vacíos y muertos. No supe por qué lo hacía. No sentía nada por aquella mujer, incluso me caía mal, pero no podía dejarla así. Le cerré los ojos y le bajé un poco la falda para cubrir su sexo. Después saqué mi teléfono móvil y busqué el número que necesitaba.

—Soy Véronique Chevalier. Necesito un equipo de limpieza en West Outer Drive, cerca del Seven Sins… Tranquilos, no tiene pérdida. Os estaré esperando en la carretera.

XVI

Toxicity

Tal como le había prometido a Jake, nada más levantarme le llamé para citarle para cenar. Mientras me preparaba, me dio por pensar que, a pesar de que habíamos quedado para comparar notas, no había mucho que yo pudiera contarle. No podía explicarle lo que le había pasado a Molly. Si estaba en mi mano, aquella información permanecería oculta para él y para toda la policía de Detroit por los siglos de los siglos. De hecho, si Travis había hecho bien su trabajo y había borrado todos sus datos, Molly no había muerto porque ni siquiera había existido nunca.

Me preocupaba presentarme frente a Jake sin nada que ofrecer. Por lo poco que le conocía, parecía que aquel chico tenía arranques de mal genio. Mientras terminaba de pintarme los labios de color rojo rubí, decidí no preocuparme. Estaba dispuesta a arriesgarme a su mal humor si a cambio él tenía algo que ofrecerme.

A pesar de que crucé la ciudad como una exhalación, no llegué hasta el Andiamo, el restaurante italiano más exclusivo de Detroit, hasta las ocho y diez. Mientras me bajaba de mi Vanquish para dejar que un aparcacoches se hiciera cargo de él, observé mi alrededor. Frente a mí, a dos calles de distancia, se elevaba la Torre Kressler con sus cientos de ventanas iluminadas con una suave y elegante luz azulada. Eché la vista hacia lo alto, preguntándome si Markus estaría reunido con alguno de sus consejeros o descansando en sus dependencias privadas. Me planteé que hacía días que no hablaba con él y que, en algún momento, tendría que contarle cómo iba mi investigación. Si podía sacar algún dato útil de Jake, quizá podría hacerle una visita a la noche siguiente.

Miré hacia la entrada del restaurante y me encontré a Jake apoyado en la pared a pocos pasos de la puerta. Llevaba un traje de corte elegante, seguramente el mejor que tenía, aunque cualquier ojo entrenado se habría dado cuenta en décimas de segundo de que la tela

no era de calidad. Caminé hacia él con paso decidido mientras notaba sus ojos posados en mí. Noté que luchaba para no expresar ninguna emoción, pero me estaba devorando con la mirada. Estaba claro que yo le atraía, pero quería seguir manteniendo esa imagen de tipo duro y profesional. Además, por lo que había leído en los informes de Travis, la rubia de las fotos le había abandonado hacía tan solo unas semanas. A lo mejor seguía dolido con las mujeres…

Decidí olvidar aquellos pensamientos. Jake me atraía, pero no quería complicar nuestra colaboración con sexo. Quizá cuando termináramos la investigación… Cuando llegué a su lado, me colgué de su brazo y le dediqué una sonrisa.

—Sí, lo sé. Llego diez minutos tarde —dije a modo de saludo.

—Doce. —Fue su contestación antes de entrar en el local.

—Eres un poco cuadriculado, ¿sabías?

—Será por mi apellido alemán.

Al decir aquellas palabras, se giró hacia mí y me dirigió una sonrisa. Quizá la primera sonrisa verdadera que veía en sus labios. Me gustó.

No pudimos seguir hablando porque Damiano, el *maitre*, se acercó a nosotros. Me abrazó con efusividad italiana y plantó un sonoro beso en cada una de mis mejillas.

—Nicky, cielo, llevabas sin venir una eternidad... —Me agarró por el brazo y tiró de mí para guiarme hacia una mesa, ignorando por completo a Jake, que nos siguió a un par de pasos visiblemente incómodo.

—Eres muy dramático, Damiano. No ha sido tanto tiempo…

—Mínimo un par de semanas —me contradijo él antes de inclinarse hacia mi oído para susurrar—. Comprendo que a ti se te habrá pasado muy rápido en compañía de semejante ejemplar.

Se giró sin disimulo hacia Jake y le miró de arriba abajo sin ninguna vergüenza, con tanta intensidad como si le estuviera haciendo una radiografía sin necesidad de rayos X.

—No hay nada entre nosotros —repuse después de soltar una carcajada—. Es una relación estrictamente profesional.

—Será porque tú quieres porque no ha apartado la mirada de tu culo mientras andábamos. —Ya habíamos llegado a nuestro sitio, una discreta mesa situada en una esquina del local. Damiano me llevó de la mano hasta dejarme sentada y me guiñó un ojo—. Si no te interesa, hazme un favor y pásale mi número.

—Creo que no juega en tu liga.

—Tú prueba, cielo, no seas egoísta. —Se giró hacia Jake y le señaló su asiento mientras le lanzaba una seductora sonrisa—. Enseguida os mando un camarero para que os tome nota. Que disfrutéis de la velada.

Jake se limitó a asentir y se sentó en su silla antes de ponerse a observar el comedor. Se notaba por su pose envarada y rígida que no se encontraba a gusto en aquel ambiente. Decidí darle conversación. Seguramente hablar de la investigación le haría olvidarse de su incomodidad.

—Y bien, Jake… Estoy deseando saber qué has descubierto.

—Me has llamado tú —contestó con tono seco volviéndose hacia mí—. Deberías ser tú la que empezara a hablar.

Me quedé un segundo en silencio fingiendo que estaba muy interesada en la carta. La verdad era que yo no tenía nada nuevo que ofrecerle, así que dejé la carta sobre la mesa y le sonreí cordial antes de empezar a hablar.

—Como quieras. Empiezo yo, pero tengo que advertirte de que lo que he encontrado no te va a gustar. —Me recosté en el respaldo y crucé las piernas—. Como ya te dije, aparte de Patrick estaban desapareciendo más chicos de otras partes de la ciudad. Chicos del barrio latino y de los barrios negros…

—Nada de eso es nuevo —se limitó a contestar.

Había apoyado los codos en la mesa y cruzado los dedos de las manos

para colocarlas justo frente a su boca mientras me clavaba aquellos ojos verdes de mirada escrutadora. Mirando aquellos ojos me di cuenta de que era inteligente y que sabía hacer su trabajo. Sabía cuándo preguntar y cuándo callar y no iba a convencerle de que me proporcionara información por muchas miradas seductoras, sonrisas provocativas y cruces de piernas que le dedicara. Tenía que darle algo para que quisiera negociar conmigo.

—Lo que sí es nuevo es que las desapariciones no se limitan tampoco a los chicos de las bandas. —Levantó una ceja, interesado—. Mis informantes me han dicho que están desapareciendo mendigos, prostitutas… Todas las noches. Es casi una epidemia.

—¿Y se sabe quién puede estar detrás?

—No, parece que no saben nada, aunque empiezan a hablar de un asesino en serie.

Él chasqueó la lengua, hastiado, y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta para sacar una pequeña libreta de papel cuadriculado. La abrió sobre la mesa y empezó a pasar páginas.

—No te imaginaba apuntando las cosas en una libretita —comenté sarcástica.

—Y no lo hacía. Me encantaba rellenar los informes en el ordenador, hasta que descubrí que había personas ajenas metiendo sus narices en ellos. Así que ahora tengo que usar una libreta.

—¿Para qué? Se supone que tienes memoria eidética y que no puedes olvidar nada.

—Y no lo olvido, pero apuntar las cosas me ayuda a ordenar las ideas. —Dejó de rebuscar entre las páginas de la libreta, la cerró con un golpe y me miró desafiante—. Me diste cuatro nombres: Juan Avellaneda, Ignacio Pérez, Miguel Aranjuez y Ramón Saavedra.

—No sé de qué me estás hablando —admití.

—Me dijiste que también habían desaparecido y me acusaste de no investigarlo porque no eran chicos blancos de buena familia. —Esperó

hasta que asentí para seguir hablando—. La realidad era que no los investigaba porque nadie había interpuesto una denuncia por su desaparición. Sin denuncia no hay caso. —Se encogió de hombros—. Después de darme sus nombres, yo mismo abrí un expediente para cada uno.

—¿Y has encontrado algo?

—Sí, he encontrado a Miguel Aranjuez, un camellito de diecisiete años que pertenecía a los Mexican Boys. Su padre está en la cárcel y su madre murió de sobredosis hará un par de meses. Se supone que estaba al cuidado de una abuela medio senil que ni siquiera denunció su desaparición.

Volvió a rebuscar en un bolsillo de su chaqueta, sacó su móvil y, al cabo de unos segundos, lo deslizó sobre la mesa para que pudiera ver una foto. Abrí la boca para fingir sorpresa y alargué despacio mi mano de dedos temblorosos. La foto mostraba el cadáver de un chico joven tumbado sobre una mesa de autopsias.

—¿Qué es esto? —pregunté en un susurro.

—El cadáver de ese chico. El forense de guardia me ha llamado para que lo viera. Según me ha contado, el cuerpo está lleno de mordiscos. Me ha dicho eso de "Parecen heridas de animal, pero nunca había visto nada igual". —Dejó escapar una sonrisa sarcástica—. Apuesto lo que sea a que llevaba toda la vida esperando poder decir esa frase.

Me mantuve en silencio. Yo sí había visto unas heridas muy parecidas hacía muy poco tiempo. Concretamente, la noche anterior en el cuerpo de Molly.

—Según me ha dicho el forense, casi no había sangre dentro del cuerpo… —Se retiró el pelo de la frente mientras recogía el móvil para volver a contemplar la foto—. Nada concuerda. No hay sangre en el descampado en el que le encontraron, aunque por la señales de lucha, parece que le mataron allí. No lo entiendo…

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Dónde está la sangre? —Me limité a encogerme de hombros—. Y eso del ataque animal… Detroit es un puto estercolero, pero no puedo creer que tengamos una manada de lobos sueltos por nuestras calles.

—¿Y entonces qué crees que es?

Le miré a los ojos, tratando de mantenerme serena y que no pudiera leer nada en mi semblante. Quería que confiara en mí, que me contara sus sospechas… Necesitaba saber cómo de cerca se hallaba de la verdad.

—No lo sé… Quizá un asesino en serie que sigue algún extraño ritual… Aunque no creo que todas estas desapariciones puedan ser obra de una sola persona.

—¿Entonces qué puede ser? —pregunté—. Los asesinos en serie no actúan en grupo.

—Quizá una secta. No lo sé. —Volvió a arrojar el móvil sobre la mesa—. Cada vez tenemos más preguntas y ni una sola respuesta.

Aquel fue el momento elegido por el camarero para venir a tomarnos nota. Sin consultar siquiera con Jake, ordené unos gnocchi con ragú y salvia y unos filetes de buey con salsa de vino blanco, acompañado de una botella de Chardonnay. Cuando el camarero se fue, volví a inclinarme hacia Jake para seguir hablando. Mis ojos tropezaron con la foto que aún mostraba su móvil, la imagen de aquel cadáver mordido, desgarrado y reseco con el horror dibujado en sus facciones. Agradecí que, al menos, tuviera los ojos cerrados. Me resultó tan fuera de lugar sobre el carísimo mantel de encaje del Andiamo que le di la vuelta para dejar de verlo.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté.

—¿Hacer? La verdad es que ni idea. —Parecía frustrado, incluso enfadado—. He dado aviso para que se patrullen parques, descampados… Quizá encontremos más cadáveres similares…Pero ya sabes que hay lugares en Detroit en los que ni siquiera la policía se atreve a entrar. Además, eso solo va a servirnos para cerrar casos en la

sección de desaparecidos y abrirlos en la de homicidios. —Volvió a apoyar los brazos en la mesa y se inclinó para acercarse a mí todo lo posible y taladrarme con sus inquisitivos ojos verdes—. Sinceramente, esperaba que tú me proporcionaras algún dato útil y no me has dado una mierda.

—Te he dado lo que tengo, Jake —contesté con el tono más frío que pude para demostrarle que no iba a dejarme amedrentar—. ¿Has averiguado algo sobre el tipo del que nos habló el amigo de Patrick?

—¿Sobre Dickinson? De momento, no. —Se echó hacia atrás y arqueó una ceja—. No he encontrado ningún expediente que coincida con su nombre y descripción y, sinceramente, me resulta muy difícil de creer que alguien así no tenga antecedentes.

—Quizá acaba de llegar a Detroit —sugerí—. Si me das un día, moveré a mis contactos para que intenten averiguar algo.

—¿Y si tampoco encuentras nada? Hasta el momento ni tú ni tus contactos me habéis sido de mucha utilidad.

—Si no encuentro nada, iremos juntos a Livernois —contesté con voz segura—. Como tú mismo has dicho, hay lugares en Detroit en los que la policía no se atreve a entrar.

—¿Y vas a protegerme tú? —preguntó sarcástico.

—¿Tengo que recordarte que te noqueé hace unas noches en un callejón? Por supuesto que voy a protegerte.

—Algún día tendrás que contarme cómo lo hiciste. —Vi brillar la curiosidad en sus ojos.

—Algún día, pero no hoy —dije mientras me ponía en pie y recogía mi abrigo y mi bolso—. Si me disculpas, tengo mucho que investigar y se me ha pasado el hambre al ver esa foto. Puedes quedarte y cenar. Está todo pagado.

—No voy a quedarme aquí cenando solo. —Se puso en pie como si el asiento diera descargas eléctricas. Supuse que se sentía incómodo en aquel lugar y que no tenía ninguna gana de seguir allí—.

Te acompaño a la puerta.

Me encogí de hombros y, sin pedirle permiso, me coloqué a su lado y me colgué de su brazo para que me acompañara a la salida. Noté que se envaraba ante mi contacto y me pregunté si le desagradaba, si le hacía sentir incómodo o si, por el contrario, le agradaba mi cercanía. Le miré y descubrí un brillo en sus ojos y una media sonrisa. Solo duró un segundo antes de que él volviera a ponerse aquella máscara de chico frío y profesional enfadado con el mundo, pero me bastó.

En cuanto salimos del Andiamo, busqué mi coche con la mirada. Estaba aparcado al final de la calle. Distinguí una figura enorme apoyada sobre el capó. A pocos pasos, el aparcacoches le observaba desesperado, sin saber si arriesgarse a decirle a aquel vagabundo enorme que no podía apoyarse ahí.

—Tengo que irme. —Me puse de puntillas y deposité un rápido beso en la mejilla de Jake—. Te llamo en cuanto descubra algo. No se te ocurra ir a Livernois sin mí.

Después de dar un par de pasos, me giré para ver si Jake asentía a mi petición. Me le encontré paralizado, con la mano en la mejilla en la que le había besado. Parecía que era más sensible a mis demostraciones de afecto de lo que quería dejar ver. En cuanto vio que le miraba, metió las manos en los bolsillos de su pantalón, se giró y empezó a andar en otra dirección.

Yo corrí hacia mi Vanquish, tranquilicé al aparcacoches y, después de darle una buena propina, me acerqué a David. Mi gigantesco amigo me saludó con una enorme sonrisa y abrió los brazos para que me refugiara en su pecho. Me dejé abrazar y disfruté por unos segundos de su olor a bosque, a tierra húmeda, a cuevas oscuras, viento entre los árboles y riachuelos de aguas embravecidas. No tuvo que explicarme nada. Aquel abrazo sabía a despedida.

—¿Te marchas de nuevo?

—Sí, ya sabes que la ciudad me ahoga… Y esta más. —Apoyó

sus enormes manazas en mis hombros—. ¿Por qué no vienes conmigo, princesa?

—Ya sabes que no puedo. Yo no estoy hecha para vivir en libertad.

—Lo sé… No digo para siempre… —Elevó la cabeza y se quedó unos segundos contemplando la luna que reinaba sobre los edificios más altos de la ciudad—. Solo hasta que todo esto pase… Todo huele a peligro, a muerte. ¿No lo notas?

Me limité a negar con la cabeza, aunque sentí que un escalofrío recorría todo mi cuerpo. Algo en mi interior me decía que David tenía razón y que haría bien en aceptar su propuesta. Sobre aquella ciudad, maldita y condenada desde hacía años, parecía pesar en los últimos días una maldición más oscura, más pesada y ominosa… Pero no podía marcharme. Mi sitio estaba allí: entre los malditos.

—No puedo, David. —Volví a abrazarle con fuerza. Entre aquellos brazos me sentí segura por unos segundos—. Mucha suerte en tus viajes.

—Volveremos a vernos. —Sus palabras sonaron como un trato que yo debía cumplir—. Cuídate mucho.

Asentí, besé su mejilla y me separé de él sin decir nada más. No podía explicarlo, pero sentía que no iba a poder cumplir esa muda promesa, que no volveríamos a vernos. Y sabía que, si seguía a su lado, me derrumbaría, me dejaría vencer por el miedo y escaparía con él de aquella amenaza invisible que se cernía sobre nosotros. Y no podía hacerlo.

Por todos esos chicos desaparecidos de los que nadie se preocupaba.

Por Molly y sus compañeras.

Por Markus.

Y por Jake. Estaba segura de que estaba en peligro y, sin saber por qué, sentía que no podía dejarle solo.

XVII

Do your worst

Tras arrancar el coche, me di cuenta de que había un asunto importante del que debía ocuparme. Era algo que no podía dejar para más adelante, sobre todo si había alguien empeñado en sembrar la ciudad de Detroit con cadáveres cubiertos de mordiscos. Aparqué en doble fila al final de la calle y saqué el móvil del bolso.

—¿Sheppard? Soy Véronique Chevalier. Escucha, esto es importante… Tenemos un forense descontrolado que informa a la policía antes que a nosotros… Sí, supongo que será nuevo y se os ha pasado ficharle. Le quiero en nómina esta misma noche… Sí, sé que te encargarás.

Después de guardar el móvil, eché un vistazo por el espejo retrovisor para ver si podía reincorporarme al tráfico. Maldije en voz baja mientras salía del coche a la carrera. Acababa de ver a David internándose por una calle y, pocos pasos por detrás, distinguí la figura de Jake que le seguía como si fuera su sombra. ¡Maldito entrometido! ¿No habíamos quedado en que estaría tranquilo hasta que yo le llamara para contarle lo que hubiese descubierto? Por un segundo, me sentí tentada de dejar que David se encargase de él. Mi gigantesco amigo sabía cuidarse solo. Deseché la idea. No sabía por qué, pero tampoco quería que a Jake le pasase nada malo.

Empecé a correr tras ellos. Aquella zona de la ciudad estaba muy concurrida a aquella hora de la noche: porteros, aparcacoches, parejas de ricachones cogidos del brazo, grupos de ejecutivas que querían tomar una última copa antes de regresar a casa… No había forma de caminar rápido por aquella acera. Después de tropezar un par de veces sin que ni siquiera me pidieran perdón y de darme cuenta de que les había perdido de vista, se me acabó la paciencia. Me concentré, hinché el pecho, erguí la cabeza y comencé a andar como si no existiera nadie más en la calle. Fueron apartándose a mi paso, sin darse cuenta de forma consciente, dibujando un camino por el que

pude avanzar como una reina en un desfile.

Al llegar a la esquina de la calle por la que les había visto desaparecer, apresuré el paso. Fui mirando en cada intersección, esperando encontrarles, pero parecía que se los hubiera tragado la tierra. Empecé a sentirme angustiada. No quería que ninguno de los dos sufriera daño. Después de avanzar unos cientos de pasos por calles cada vez más oscuras y solitarias, decidí detenerme. No serviría de nada seguir avanzando a lo loco. Me quedé de pie en medio de la calle con los ojos cerrados y traté de recordar aquella noche en la fiesta de la fundación, cuando Jake me abrazó por la cintura. El recuerdo de su aroma me llegó con nitidez. Aquella noche él llevaba una colonia que olía a bosque, a cedro y musgo… Y había algo más: sándalo y pimienta. Esperaba que para cenar conmigo se hubiera puesto la misma colonia.

Continué con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Era difícil distinguir su rastro. Aquella zona de la ciudad olía a basura, a alcantarillas atascadas, a orines… Percibí también olor a humo, a unas dos calles de distancia. Entonces lo capté y para mí fue como si se acabara de abrir un sendero que llevara directamente hasta él.

No estaba muy lejos, así que eché a correr. Tuve que saltar por encima de un vagabundo que estaba tumbado en el suelo, casi oculto por unos cartones. Debí de asustarle, porque sus maldiciones me persiguieron hasta que giré en la siguiente esquina. Me encontré con los responsables del olor a humo que me había dificultado la búsqueda. Tres indigentes rodeaban un cubo del que salían unas altas llamas. Tenían las manos extendidas hacia delante mientras pateaban el suelo para entrar en calor. El fuego iluminaba sus sucias facciones desde abajo, dándoles aspecto de demonios. Uno de ellos me gritó una obscenidad mientras pasaba por su lado, pero decidí ignorarle y seguir mi camino. Ya estaba muy cerca.

Tras recorrer un par de calles más, estuve a punto de tropezarme con él. Jake estaba de espaldas a mí, a la entrada de un callejón, con las piernas abiertas y la pistola desenfundada. Seguí la dirección de su mirada y descubrí el porqué de su expresión de terror.

David se encontraba de rodillas en el suelo, inclinado sobre el cuerpo inerte de un joven. No pude verlo bien. Mi amigo era tan enorme que el otro cuerpo quedaba casi oculto por él, pero supuse que sería algún yonqui. A David le gustaban. No se enteraban de que les estabas atacando, nadie se extrañaba si al día siguiente parecían pálidos y enfermizos y alimentarte de ellos te dejaba una ligera sensación de colocón.

No pude reflexionar sobre qué hacer. Jake debía de sentirse muy confuso y asustado y podía disparar en cualquier momento, así que me interpuse entre la pistola y el cuerpo de David y, a pesar de que odiaba hacerlo, miré a Jake a los ojos y le di una orden:

—Quieto.

Su mirada fue cambiando de la sorpresa a la incredulidad y después al terror. Vi como hacía acopio de toda su fuerza de voluntad para poder mover el dedo que tenía posado sobre el gatillo, como luchaba con todas sus fuerzas para abrir la boca y decir algo… Imposible. Mientras yo mantuviera el contacto visual, todos sus miembros se habían vuelto rígidos como el acero.

—¡David! —grité sin apartar la vista de Jake—. Márchate. Rápido.

Escuché como mi amigo se incorporaba. Trastabilló con alguna botella abandonada y maldijo entre dientes. Sus palabras sonaron torpes y arrastradas. El chaval al que había mordido debía ir de heroína hasta las cejas.

—Nickyyy… ¿qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te está mooolestaaando este tío? —dijo poniéndose a mi lado.

—Está todo bajo control. Es un amigo. Lárgate. ¡Ahora!

David tomó aire para volver a hablar, pero se lo pensó mejor y se alejó calle abajo tropezando con todas las latas y bolsas de basura que encontraba en su camino. Continué con la mirada clavada en los ojos de Jake. Eran increíblemente verdes, como los de un gato, y estaban rodeados por una finísima línea oscura que hacía que

parecieran aún más claros e intensos. Unos ojos preciosos, pero tenía cosas mucho más importantes en las que pensar en aquel momento.

Cuando dejé de escuchar el estruendo que hacía David en su huida y consideré que ya estaría a salvo, levanté la mano y agarré la pistola de Jake por el cañón.

—Escúchame bien. Ahora voy a liberarte, pero no quiero que te asustes y hagas ninguna tontería. Para asegurarme, voy a quitarte la pistola. Te la devolveré en cuanto compruebe que estás tranquilo —le dije con voz suave—. Suelta la pistola.

Él obedeció, aunque pude ver en su mirada que odiaba hacerlo. Guardé la pistola en mi bolso sin apartar la vista de sus ojos y continué hablando.

—Recuerda que me conoces, que estamos en el mismo bando y que nunca te he hecho daño, aunque he podido hacerlo. Si confías en mí, te explicaré todo esto.

Dudé unos segundos antes de liberarle de mi comando. Nunca había tenido que hacer algo así. Siempre les borraba la memoria a mis víctimas. Aquello evitaba tener que confiar en ellos o darles explicaciones, pero sabía que con Jake no iba a funcionar. No me quedaba más remedio que esperar que él pudiera mantener el control y que me dejara explicarme, así que bajé la mirada, liberándole.

—¿Qué cojones…?

Aquello fue lo único que dijo mientras retrocedía un par de pasos hasta chocar contra una pared. Se quedó apoyado en ella, con una mano en el pecho, como si estuviera intentando evitar que el corazón se le escapara, mientras me miraba como se miraría a un monstruo.

—Tranquilo, Jake —dije extendiendo las palmas frente a mí para demostrarle que no era peligrosa—. No voy a hacerte nada malo.

—¿Qué demonios sois? ¿Qué… qué me has hecho?

—Es algo parecido a la hipnosis. —Traté de explicarme—. No

me gusta utilizarla, pero no podía permitir que dispararas a mi amigo.

—¿Tu amigo? ¿Ese monstruo? Estaba comiéndose a ese chaval —dijo señalando el cuerpo del yonqui, que continuaba tendido sobre el suelo con los brazos y las piernas abiertas—. Es el tipo al que estamos buscando.

—No. David no es el culpable. Él no suele matar a nadie si puede evitarlo.

Jake se quedó mudo, mirándome con la boca abierta mientras negaba con la cabeza. Me di cuenta de que no estábamos avanzando. Tenía muchas cosas que explicarle, pero aquel callejón no me parecía el lugar más adecuado, al lado de un drogadicto que podía estar muriéndose desangrado o por una sobredosis.

—Vamos a tu casa, Jake. Te lo explicaré todo.

—Y una mierda me voy a ir contigo a ningún sitio.

—Sabes que podría obligarte —dije con una sonrisa burlona—, pero preferiría no tener que hacerlo.

Él se puso en movimiento sin decir nada más. No supe si en realidad estaba intentando alejarse de mí o si estaba de acuerdo con la idea de llevarme a su casa o si, simplemente, estaba tan impactado que no sabía lo que estaba haciendo. Fuera como fuera, le seguí un par de pasos por detrás.

Cuando llegamos a la calle en la que estaba el Andiamo, me colgué de su brazo como si fuéramos una pareja de enamorados y le guié hacia mi coche. Él se envaró, como si mi contacto le asustara, pero continuó andando y se dejó llevar.

—Mi coche está en un parking a un par de calles de aquí —dijo tras unos segundos de incómodo silencio.

—Ya, pero el mío está aparcado en doble fila y no voy a permitir que se lo lleve la grúa. Además, estoy segura de que te encantara dar un paseo en mi Aston Martin.

—Ahora mismo preferiría cruzar el desierto andando que estar

contigo.

Ignoré sus palabras, abrí el coche y me metí dentro. Jake se quedó paralizado al lado de la puerta. Decidí no llamarle y esperé a que entrara por propia voluntad. Sabía que lo haría. Sus ansias de saber eran demasiado grandes.

Unos segundos después, abrió la puerta del copiloto y se sentó a mi lado. Colocó una mano en el volante para impedir que arrancara. Me giré hacia él y le dirigí una sonrisa tranquilizadora.

—¿Qué pasa, Jake?

—Antes de ir contigo a ningún sitio, tienes que contestar a una pregunta… y necesito saber que vas a ser totalmente sincera conmigo. —Esperó hasta que yo asentí—. ¿Qué demonios sois?

Dudé durante un par de segundos. Estaba prohibido revelar nuestra naturaleza a los humanos, pero Jake ya había visto demasiado y, si no se lo decía yo, ataría cabos por sí mismo. Tenía que ser sincera con él y confiar en que lo comprendería, al menos hasta descubrir si existía alguna manera de borrarle la memoria…

—Somos vampiros, cielo —contesté justo antes de arrancar el coche y pisar a fondo el acelerador para estar segura de que se lo pensaría dos veces antes de tirarse en marcha—. Pero puedes estar tranquilo. A ti no voy a morderte.

XVIII

Después de hacer aquella pregunta, Jake se había mantenido en absoluto silencio, con el cuerpo rígido y la mirada perdida en las calles, que se deslizaban al otro lado del parabrisas a toda velocidad. Casi me parecía oírle pensar. De vez en cuando, abría la boca para tomar aire y se giraba hacia mí, como si fuera a preguntarme algo, pero, antes de reunir el valor necesario, volvía a su postura inicial y continuaba pensando.

Así llegamos a su casa. Aparqué frente a la entrada y me bajé del coche. Cuando salió, puso los brazos en jarras y negó con la cabeza.

—No te he dicho dónde vivía —protestó.

—Lo sé todo de ti, cariño. Yo no trabajo con cualquiera.

—¿Así que admites que has sido tú la que ha estado fisgoneando en mi ordenador del trabajo y en mi móvil?

—¿Yo? ¿Es que me ves pinta de saber hacer esas cosas? —pregunté con mi voz más inocente.

—Te veo pinta de tener el dinero suficiente para pagar a alguien que lo haga por ti —contestó suspicaz.

—Está bien… Tengo un amigo *hacker* que se encarga de eso —confesé—, pero prometo que no volveré a hacerlo. ¿Pasamos?

Él lanzó un suspiro resignado y cruzó la estrecha parcela de tierra reseca y agrietada que debería haber sido su jardín delantero. Abrió la puerta y se quedó esperando a que yo entrara. Me detuve en el umbral, paralizada.

—¿En serio? —preguntó tras soltar una risita—. ¿Así que la leyenda es cierta? ¿No puedes pasar hasta que te invite?

—Esa leyenda es una estupidez —contesté girándome hacia él—. No puedo pasar porque me da asco. ¿Hace cuánto tiempo no limpias esta pocilga?

A pesar de la tenue luz de las farolas, pude notar que se sonrojaba. Entró primero, sacó una bolsa gigante de basura de un armario y empezó a meter dentro cajas de pizza vacías, restos de comida y ropa sucia, sin mirar siquiera qué era lo que estaba tirando. Cuando hubo despejado el sofá, un trozo de alfombra y la mesa, me hizo una reverencia invitándome a entrar.

—Espero que ahora esté al gusto de la señora.

—Está muy lejos de mi gusto, pero haré el sacrificio.

Me dirigí al trozo de sofá que me estaba señalando, lo sacudí un poco y me senté, apuntando en mi lista mental de tareas pendientes que debía mandar el abrigo a la tintorería para que lo desinfectasen.

—Te ofrecería algo de beber, pero supongo que no sería bueno para mi salud que aceptases —dijo irónico.

—Ya te he dicho que no voy a morderte.

Él se sentó a mi lado, me miró fijamente a los ojos durante unos segundos y, después, soltó una carcajada. Yo enarqué una ceja, sin entender a qué venía aquella risa, pero, cuanto más le miraba, más se reía. Acabó agarrándose la tripa con las dos manos mientras negaba con la cabeza.

—Perdona… —dijo cuando pudo controlarse—. Vampiros… Joder, te juro que durante un rato hasta me lo he creído…

Volvió a reírse y se levantó para caminar hasta la nevera y sacar una lata de cerveza. De vez en cuando, se le escapaba otra risita nerviosa. Me enfadé. Me enfadé mucho. Putos humanos incoherentes… Si intentabas ser discreto y mantener oculta tu verdadera naturaleza, acababan plantándose en tu puerta armados de crucifijos, estacas y antorchas llameantes, pero, si te sincerabas con ellos y admitías lo que eras, les daba por reírse y dudar de tus

palabras. Decidí acabar con aquello lo antes posible.

—Salta a la pata coja —le ordené en cuanto sus ojos se cruzaron con los míos.

Él me obedeció sin protestar y se puso a saltar sobre su pierna derecha mientras mantenía la lata de cerveza en la mano. Por suerte, aún no la había abierto.

—Para.

—Esto no tiene ni puta gracia —dijo lanzándome una mirada de odio—. ¿Cuál es el truco?

—No hay truco. Ya te lo he dicho: soy un vampiro —contesté encogiéndome de hombros—. Entre mis poderes está el de controlar la mente de los humanos y otros vampiros inferiores. También puedo borrar los recuerdos de la gente, pero, como ya sabes, contigo no funciona.

—¿Por mi memoria eidética? —preguntó.

Había vuelto a sentarse en el sofá, pero dejando todo el hueco posible entre nosotros. Se mantenía de lado, con la vista fija en la lata de cerveza aún cerrada. Sonreí al darme cuenta de que trataba de esquivar mi mirada. El chico aprendía rápido.

—Sí, creo que es por eso. Tu memoria no funciona como la del resto de los humanos, así que no puedo usar mi poder contigo —admití—. Sea como sea, has resultado ser un incordio. Si hubiera podido borrarte la memoria, me habrías dejado en paz y habría podido seguir investigando tranquila, pero, en lugar de eso, aquí estoy, dándote explicaciones, a pesar de que está prohibido hacerlo. Espero que te des cuenta de hasta qué punto me estoy poniendo en peligro al sincerarme así contigo.

—Tampoco tenías otra opción. —Se atrevió a girarse hacia mí y mirarme a los ojos.

—Sí la tenía: matarte —contesté sin un atisbo de ironía en mi voz. Quería que se diese cuenta de que hablaba totalmente en serio—.

Realmente, habría sido lo más fácil, pero no sé por qué, he decidido no hacerlo. Creo que me provocas curiosidad.

Él se quedó de nuevo en silencio. Volvió a mirar la lata de cerveza como si fuera lo más interesante que hubiese visto en su vida mientras tragaba saliva con dificultad.

—Joder… Estás hablando en serio, ¿verdad? ¿Eres un vampiro o, al menos, crees serlo?

—No estoy loca ni te estoy mintiendo, Jake. Quizá esto te convenza.

Me levanté del sofá y me dirigí a la encimera de la cocina. Había un bloque de madera con varios cuchillos. Extraje el más grande y observé su brillo a la luz de la fluorescente para comprobar si estaba lo bastante afilado y, sobre todo, si estaba limpio. Jake soltó un respingo y se me quedó mirando asustado. El muy imbécil debía estar planteándose que me había vuelto loca del todo y que iba a atacarle. Me remangué el abrigo y, de un tajo rápido y certero, corté las venas que atravesaban mi muñeca. La sangre surgió a borbotones, un manantial rojo brillante que se derramó hasta empapar las baldosas de la cocina. Jake se levantó de un salto del sofá y corrió hacia mí.

—¿Qué haces? —gritó—. ¿Estás loca?

—Observa —le ordené.

La sangre dejó de manar en un par de segundos y la profunda herida que surcaba mi muñeca se cerró sobre sí misma ante sus ojos desorbitados. Metí el brazo bajo el grifo para eliminar la sangre y mostrarle la piel de mi brazo, tan tersa y limpia como si nunca hubiera sufrido ninguna herida.

—No puede ser… No puede ser…

Le cogí del brazo y le llevé de vuelta al sofá. Era normal que reaccionase así. Yo no me lo había tomado mucho mejor cuando me enteré de en qué me había convertido. Me senté a su lado y puse una de mis manos sobre la suya. Ni siquiera me di cuenta en un primer

momento de que estaba usando la otra mano para acariciarle el pelo.

—Sé que esto es difícil de asimilar, pero estoy aquí para contestar a todas las preguntas que quieras hacerme.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó al cabo de un rato, taladrándome con sus ojos de gato.

—Porque quiero que entiendas que ni yo ni la Fundación Kressler somos tus enemigos —me sinceré con él—. Creo que quienes están detrás de las desapariciones y los asesinatos también pueden ser vampiros, pero no son de los nuestros. No sabemos quiénes son y están descontrolados, así que suponen un peligro para nosotros.

—¿Un peligro para vosotros? Sois monstruos, sois indestructibles, sois inmortales…

—Y sobrevivimos porque para vosotros no existimos. Lo que esos seres están haciendo pone en peligro nuestro secreto. Por eso me han encargado que los descubra y los detenga. —Le miré fijamente a los ojos para que viese que era sincera—. Tenemos un enemigo común, Jake. ¿Podrías olvidarte de lo que soy y trabajar conmigo?

Él enterró la cabeza entre las manos, dejando que el largo flequillo le cubriera el rostro. Decidí mantenerme en silencio y darle el tiempo que necesitara. Después de un rato que se me hizo eterno, volvió a levantar la cabeza y me sonrió.

—Está bien, pero, cuando acabemos con ese enemigo común, tendré que mataros a todos —respondió burlón.

—Me hará mucha gracia verte intentarlo —dije antes de tenderle la mano para sellar el pacto.

XIX

Sympathy for the devil

—Vampiros, joder…

Aquellas fueron las palabras que Jake me dedicó a modo de saludo mientras me subía a su coche. Yo había querido llevar el mío, pero él me había indicado, con buen criterio, que llamaría demasiado la atención en un sitio como Livernois. El lugar al que íbamos era el barrio más marginal de toda la ciudad. Eso ya sería malo en cualquier ciudad del mundo, pero en Detroit equivalía a ser la antesala del infierno. Aquel barrio tenía la mayor tasa de criminalidad de la ciudad y estaba considerado como la peor zona de todo Estados Unidos. No había servicios públicos: ni policía ni bomberos ni ambulancias. Aquella gente había sido abandonada a su suerte y tan solo la parroquia del barrio se preocupaba por ellos.

—Buenas tardes, Jake. —Decidí que, aunque él parecía aún en shock, sería mejor que yo mantuviera las formas—. ¿Qué tal has dormido?

—¿Dormir? No creo que vuelva a dormir bien en mi vida —contestó mientras arrancaba el coche—. Vampiros, joder…

Se me escapó una risa, pero, al fijarme en su rostro, demacrado y con ojeras, me di cuenta de que no estaba bromeando.

—¿Lo dices en serio? —pregunté—. ¿Has estado toda la noche dándole vueltas?

—Toda la noche y todo el día… He intentado encontrar alguna explicación razonable: primero estuve pensando en cómo pudiste controlar mi mente… Sé que es raro, pero he visto mentalistas en la tele que hacen esas cosas. Eso podría tener alguna explicación lógica. —Dejé escapar un bufido indignado, pero él me ignoró y siguió hablando—. Pero lo del cuchillo… Hay ilusionistas que hacen ese tipo de trucos…

—No hay truco posible. Era tu cuchillo, tú mismo viste la sangre, incluso la limpiaste del suelo… —Chasqueé los labios, frustrada—. Además, ¿te parece que tengo pinta de ilusionista?

—No, más bien de asesina en serie —reconoció él—, pero comprende que me esté resultando difícil asimilar esto.

—Lo entiendo, pero cuanto antes lo asimiles y comprendas a que te estás enfrentando, más posibilidades tendrás de salir con vida de esto. —Tomé aire antes de seguir hablando—. Somos asesinos, Jake. Nos alimentamos de sangre humana y os vemos como presas.

No contestó. Se limitó a seguir conduciendo en silencio, con la vista al frente. Tenía el ceño fruncido, la mandíbula apretada, los brazos en tensión sujetando el volante con tanta fuerza como para que los nudillos se le volvieran blancos. Me di cuenta de que ya habíamos entrado en Livernois. Casi no había nadie por la calle y, a pesar de que las farolas deberían haberse encendido ya, ninguna de ellas funcionaba, aunque daba la impresión de que no se habían fundido. Alguien había robado todas las bombillas y nadie se había molestado en venir a reemplazarlas. Ni lo harían nunca.

Distinguí a un grupo de mendigos alrededor de una hoguera en un descampado cercano, cubiertos con mantas harapientas mientras se pasaban una botella envuelta en una bolsa de papel de color manila. En las entradas de los callejones, protegidos en la penumbra, se veían siluetas… Quizá yonkis en pleno éxtasis, quizá delincuentes esperando a su próxima víctima… Livernois era una jungla en la que la muerte podía esperarte agazapada tras cualquier esquina.

—¿Tú también? —me preguntó Jake girándose hacia mí cuando terminó de aparcar el coche. Me quedé en silencio, sin saber a qué se refería, así que tuvo que explicarse—. ¿Tú también eres una asesina y nos ves como presas?

—No, para nada… —contesté mientras negaba con la cabeza—. Yo no mato. Modifico la mente de mis víctimas para que no recuerden el mordisco, sino una noche de excesos, de drogas, alcohol y sexo… Al día siguiente, se sienten débiles y mareados, pero no se extrañan…

—Pero te alimentas de sangre —insistió con un gesto de repugnancia en la cara.

—Claro, soy un vampiro. Te lo he dicho… Pero les cambio algo de su sangre, una cantidad que recuperarán en un par de días, por el recuerdo de una noche memorable. Yo creo que es un buen trato.

—¿Y hay muchos vampiros como tú?

—Sí, la mayoría hemos buscando diferentes estrategias para alimentarnos sin tener que matar. Los muertos llaman demasiado la atención… —Me vi en la obligación de seguir explicándome para que no se hiciera una idea edulcorada de nosotros—. Pero todos nos alimentamos de sangre humana. No te creas esas historias de vampiros veganos… Somos depredadores y vosotros sois nuestro alimento.

No me dio tiempo a explicarle nada más. Jake me hizo una seña para que mirase por el cristal delantero. Un grupo de cuatro chicos acababan de aparecer al doblar una esquina. Eran el grupo más extraño que había visto nunca. Dos chicos negros, un oriental y un blanco con la cabeza rapada y chupa neonazi. Todos ellos llevaban distintivos que les identificaban como miembros de bandas. Deberían estar matándose los unos a los otros y, sin embargo, caminaban juntos por el centro de la carretera, como si la ciudad les perteneciera.

—Todo esto es muy raro, Jake —susurré como si tuviera miedo de que pudieran oírme.

Él se limitó a asentir sin separar la mirada del grupo. Por un segundo, me preocupó la idea de que nos descubrieran dentro del coche y vinieran a por nosotros, pero uno de los bultos oscuros que había vislumbrado en la entrada de uno de los callejones llamó su atención. Tal como había pensado, debía de ser un yonki, uno extremadamente colocado o al borde de una sobredosis, porque, cuando los cuatro chicos se lanzaron a por él y empezaron a morderle y a desgarrar su piel para beber la sangre que empezó a manar a borbotones no se resistió. Ni siquiera gritó. Tan solo dejó escapar un gemido de dolor que quedó eclipsado por los ruidos de succión de los cuatro chicos.

—¿No vas a hacer nada? —preguntó Jake. Noté en su voz que estaba histérico, al borde de un ataque de nervios.

—¿Yo? ¿Qué quieres que haga?

—Luchar contra ellos y salvar a ese tipo —dijo mientras se llevaba la mano al interior de su chaqueta para sacar su pistola—. Eres una vampira, joder.

—Por si no te has dado cuenta, ellos también son vampiros. —Le agarré por la muñeca y le inmovilicé el brazo—. Y son cuatro. No hay nada que podamos hacer contra ellos.

—Pero se lo están comiendo vivo —protestó desesperado.

—Ya no hay nada que podamos hacer para salvarle —dije mientras negaba con la cabeza—. Si queremos detener esto, debemos pasar desapercibidos, esperar a que acaben y seguirles.

Un par de golpes en la ventanilla de Jake me sobresaltaron. Me di cuenta de que aquella parte de mi plan que consistía en "pasar desapercibidos" acababa de fracasar estrepitosamente. Al otro lado del cristal se asomaba un tipo enorme que nos sonreía para dejar ver unos colmillos demasiado largos para una dentadura humana. En el centro de su frente distinguí un símbolo anarquista que parecía haber sido grabado con un cuchillo.

—¿Puedo ayudaros en algo, parejita?

XX

Wicked game

Durante unos segundos, me quedé paralizada con la vista clavada en el tipo que acababa de golpear la ventanilla. Había apoyado ambos brazos en el techo del coche y permanecía inclinado hacia delante con las piernas separadas, mirándonos con una sonrisa divertida. Incluso se permitió pasar la lengua lentamente por sus dientes superiores, como si acariciara con ella sus colmillos para comprobar si estaban lo bastante afilados.

Aquel hombre impresionaba, pero aquello no me preocupó. Podría haberme enfrentado a él sin despeinarme. El problema era la docena de tipos que esperaban unos pasos por detrás de él. Apretaban los puños, hacían crujir sus nudillos y se agitaban inquietos esperando a que su líder diese la orden de atacar, como una manada de lobos impacientes. No podía enfrentarme a una docena de vampiros yo sola, aunque fuesen neófitos y todavía no controlasen sus poderes. Nos aplastarían tan solo con la fuerza de su número… Además, Jake era humano. No duraría ni diez segundos en un combate contra ellos.

Le miré y vi que estaba paralizado, con las manos aferradas al volante. Podía notar su respiración agitada y el olor de su sudor mezclado con aquella colonia que tanto me gustaba. Estaba al borde del ataque de pánico, así que no podía contar con él ni siquiera para que se pusiera a salvo. Tenía que hacer algo para que pudiéramos escapar de allí. Le di un golpe en el brazo para sacarle del estupor.

—Baja tu ventanilla —le ordené.

—¡Los cojones! —susurró girándose hacia mí—. Ese trozo de cristal es lo único que protege mi cuello, joder…

—Ese tipo podría destrozarlo en un segundo y, si arrancas, se lanzarán sobre el coche. Deja que yo me encargue. Baja la ventanilla.

Negó lentamente con la cabeza mientras dejaba escapar todo el aire que tenía en los pulmones. Después, pulsó el botón para que el

cristal descendiera. Me estiré para pasar por encima de su cuerpo y apoyar las manos en el marco de la ventanilla, acercándome todo lo posible al rostro del vampiro. Su sonrisa se amplió, dejando aun más a la vista sus largos colmillos. A aquello podíamos jugar los dos, así que sonreí para que viera los míos mientras clavaba mis ojos en los suyos.

—Escúchame con atención —susurré para que el grupo que tenía detrás no pudiera oírme—. Vas a separarte del coche y quedarte quieto mientras nosotros nos marchamos. No vas a moverte ni vas a dar la orden a tu manada de que nos persiga. Y vas a olvidarte de que me has visto. Les dirás a tus chicos que no te hemos gustado y os iréis a buscar otra presa. ¿Me has comprendido?

Tuve que olvidarme del miedo, de las miradas hambrientas fijas en nosotros, de la ansiedad de Jake, de la preocupación de que no funcionara… Si el tipo que tenía frente a mí era un vampiro más antiguo y poderoso que yo, lo que estaba haciendo no serviría de nada y le habría descubierto todas mis cartas. Además, lo que estaba intentando hacer era mucho más complejo que dar una orden mientras mantenía el contacto visual. Necesitaba cambiar su mente, hacer que olvidara e instalar un comando que se mantuviera en el tiempo aunque yo me hubiera ido. Me concentré con todas mis fuerzas mientras me introducía en su mente y noté una fuerte presión en las sienes. El dolor de cabeza que se me estaba levantando me duraría horas, pero, cuando su mirada cambió y se volvió perdida y confusa, supe que merecería la pena. Estaba funcionando. El hombre asintió, con la mandíbula colgando y los ojos vacíos de expresión. Dejó de apoyarse en nuestro coche para quedarse quieto en la acera, con los brazos laxos a ambos lados del cuerpo y una expresión de zombi en la cara. Sonreí satisfecha. El dolor de cabeza que iba a tener aquel tío después de lo que había hecho en su mente iba a ser muchísimo peor que el mío.

—¡Arranca! —le ordené a Jake—. Vámonos de aquí.

Por suerte, reaccionó de forma inmediata y puso el coche en marcha. Un par de los vampiros que esperaban detrás de Dickinson se adelantaron hasta colocarse al lado de su jefe. Supuse que no les hacía

gracia la idea de quedarse sin cena. Vi por el espejo retrovisor que él ponía una mano en el pecho de cada uno para detenerles. Parecía que mi orden había funcionado.

—Joder, eso ha sido acojonante… —dijo Jake—. Le has controlado como a una marioneta.

—No te alegres tanto. No estoy segura de que la orden vaya a perdurar en el tiempo. Tenemos que escondernos.

—¿Y dónde vamos?

—Al Red Diavolo. Allí estaremos a salvo.

Cuando crucé las puertas del club, me quedé alucinada mirando el local. El Red Diavolo funcionaba bastante bien y tenía una clientela fija que solía llenarlo, pero lo de aquella noche superaba todas mis expectativas. No cabía un alma más en la pista de baile ni arremolinada alrededor de la barra, tratando de conseguir una copa. El olor de los cuerpos sudorosos inundaba el ambiente, revelándome que la mayoría del público era humano y haciendo que mi hambre se despertara. ¿Por qué estaba toda aquella gente abarrotando mi club?

Cogí la mano de Jake y tiré de él hacia la barra mientras seguía mirando a todos lados. Gorros de bruja, cuernos de demonio, máscaras de zombi, capas negras y colmillos de plástico… Joder, era el puto Halloween y lo había olvidado. Todos los años montábamos la mejor fiesta de la ciudad y los humanos acudían en manada. Era una gran noche para la caza, pero tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder aprovecharla.

—Una botella de *bourbon* y dos vasos —le grité a la camarera, que había acudido a toda velocidad en cuanto me vio acercarme, para hacerme oír por encima de la música.

En cuanto conseguimos la bebida, nos dirigimos a mi reservado. Hice pasar a Jake y cerré las cortinas, dejando la fiesta al otro lado. Aquello no fue suficiente. La música seguía sonando, atronadora,

mezclada con las risas y los gritos de los presentes. Necesitaba estar tranquila y pensar. Quizá debería pedirle a Jake que me llevara a mi casa o a la suya. Sin embargo, cuando vi el sofá, decidí quedarme. Me sentía demasiado cansada como para moverme. Manipular la mente de Dickinson había consumido mucha más energía de la que había supuesto en un primer momento.

Jake ya se había sentado en el sofá y había servido dos vasos de *bourbon*, llenándolos casi hasta el borde. Me acerqué a él y me senté a su lado. Cogió su vaso y vació la mitad de un solo trago.

—Ya sabes que yo no bebo —le dije.

—Mejor. Todo para mí —contestó con la vista fija en el líquido ambarino—. Creo que esta noche voy a necesitar mucho de esto.

—No creo que sea aconsejable para ti emborracharte hasta perder el sentido en un bar lleno de vampiros hambrientos —bromeé.

Dio un respingo y dejó su vaso sobre la mesa. Incluso con la leve luz del reservado, pude percibir que su rostro había perdido el color. Se giró hacia mí y me lanzó una mirada que era una mezcla de miedo y asco a partes iguales.

—¿Vais a comeros a toda esa gente?

—Tranquilo. No permito muertes en mi bar.

—Me da igual donde los maten. Los traéis aquí con engaños, los emborracháis y drogáis hasta que no pueden defenderse y los devoráis en cualquier esquina. Es eso, ¿verdad?

—No. No es así en absoluto. Toda la gente que acude a mi club lo hace por propia voluntad. Muchos de ellos son clientes asiduos. —Ante su mirada de incredulidad, tuve que seguir explicándome—. Los llamamos *renfields*, como en la novela de Drácula. ¿La has leído?

—No. Hasta hace unas horas los vampiros no eran algo que me llamase demasiado la atención.

—Renfield es un personaje al que Drácula ha prometido convertir en vampiro si le sirve. En la historia se va volviendo loco y

matando animales cada vez más grandes para alimentarse de su sangre. —Forcé una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, a pesar de que el dolor de cabeza y el agotamiento hacían que no tuviera demasiadas ganas de explicarme—. Tranquilo, los nuestros no se vuelven locos ni les sucede nada malo. Simplemente, están a nuestra disposición como reserva de alimento. Para ellos no supone nada. Más o menos con medio litro, el equivalente a lo que se le saca a una persona cuando realiza una donación, podemos mantenernos varios días y nuestro *renfield* puede recuperar esa sangre con un par de buenas comidas.

—Precioso… Latas de conservas con patas —dijo Jake asqueado—. ¿Cumplís vuestra promesa? ¿Les convertís en vampiros cuando os han servido lo suficiente?

Esquivé su mirada, avergonzada. Él se inclinó un poco más hacia mí, invadiendo mi espacio, para dejarme claro que quería una respuesta.

—Normalmente no, pero a veces les damos a beber de nuestra sangre, lo que les proporciona capacidades sobrehumanas, como más fuerza o más agilidad, y detiene su envejecimiento. Ha habido humanos que nos han servido durante siglos…

—Serviros, ya veo… —El desprecio más absoluto tiñó su voz—. ¿Y beber vuestra sangre no les hace ningún daño? ¿Son todo ventajas?

—No es daño en sí… —Erguí la cabeza mientras contestaba. No tenía nada de lo que avergonzarme—. Se crea una especie de vínculo, algo así como un enamoramiento. El *renfield* se vuelve adicto a nuestra sangre y necesita seguir consumiéndola. Cuanta más bebe, más ama a su señor, hasta el punto de que nunca le traicionaría y daría su propia vida por protegerle.

—Muy bonito… Es como si les tuvierais drogados y solo vosotros poseyerais la droga que les vuelve locos.

—No lo entiendes, no es solo eso. Es mucho más cercano al amor de lo que puedas pensar.

—¿También por vuestra parte? Si amáis tanto a vuestro servidor, ¿por qué no le convertís en vampiro y le regaláis la eternidad?

—No es tan sencillo —contesté con un tono mucho más cortante de lo que me habría gustado. Estaba cansada y no entendía por qué tenía que darle tantas explicaciones—. Es necesario un permiso especial para crear a un vampiro. Debemos mantener nuestra población controlada si queremos pasar desapercibidos. Para convertir a un nuevo vampiro tenemos que estar muy seguros de querer asumir esa responsabilidad y necesitamos el permiso de nuestro líder. Sin embargo, dándoles de vez en cuando un poco de nuestra sangre no sucede eso…

—No, claro que no —me cortó—. Siguen siendo humanos. Nadie preguntará nada si desaparecen cuando os canséis de ellos. Es así, ¿verdad?

—No entiendo a qué vienen tantas preguntas, Jake. ¿Acaso te crees con derecho a juzgarnos? No entiendes nada. —Lancé un largo suspiro y le miré a los ojos fijamente para que viera que no me arrepentía de nada—. Servirnos es un orgullo y un privilegio. Muchos de ellos lo eligen voluntariamente…

—¿Por qué alguien iba a elegir una vida como esclavo?

—Por amor. ¿Acaso crees que tú no podrías enamorarte de alguien como yo? —pregunté en un susurro.

—Yo jamás elegiría la esclavitud. —Dio un trago a su vaso hasta vaciarlo y lo depositó con un golpe en la mesa antes de volver a encararse conmigo—. ¿Tú lo has hecho muchas veces? ¿Cuántos infelices tienes sirviéndote ahora mismo?

—Ninguno —contesté con orgullo—. Yo tampoco elegiría nunca la esclavitud y por eso no se la impondría a nadie. Y sé mucho más sobre ser esclava de lo que tú podrás llegar a saber jamás.

Noté que la voz se me quebraba y decidí cambiar de tema. No sabía qué me pasaba con Jake, pero me abría demasiado a él. Ya le

había contado demasiado de nuestra naturaleza, rompiendo todas las reglas que nos prohibían compartir nuestros secretos con los humanos, y, no contenta con eso, había empezado a contarle demasiado sobre mí. Más me valía encontrar la manera de borrarle los recuerdos…

—Como te decía, aunque no quieras verlo, no entregamos ese privilegio a cualquier humano. Normalmente les prometemos que, si nos sirven bien y nos permiten alimentarnos de ellos, acabarán ganándose nuestros dones…

—Pero no cumplís vuestra promesa...

—No te voy a engañar. La mayoría de las veces no lo hacemos —contesté mientras me encogía de hombros—. Los humanos no tenéis paciencia. Veis pasar los años, con la posibilidad de detener el envejecimiento y alcanzar la inmortalidad al alcance de los dedos, y os volvéis impacientes.

—¿Y qué hacéis con esos humanos que se vuelven demasiado exigentes?

—Normalmente borrarles los recuerdos, instalar en su mente la orden de no volver por aquí y buscar un sustituto. Ya te he dicho que no matamos si podemos evitarlo.

—Ya, ya veo… Me quieres convencer de que sois unos vampiros buenos, como los de Crepúsculo.

—No, no es eso… Aunque reconozco que subvencionar la campaña de marketing de esos libros fue una gran inversión. —Ante su cara de desconcierto, no pude reprimir una carcajada—. ¿Pensabas que esos libros habían triunfado por su calidad literaria? Vampiros veganos que brillan al sol y se enamoran de adolescentes sin ningún talento… Es solo un cebo para atraer jovencitas a sitios como este. Y funciona. Funciona muy bien.

—Vaya… Pues me gustaba más esa versión que la que tengo enfrente. —Dio otro largo trago de *bourbon* antes de seguir hablando—. ¿Por qué me estás contando todo esto? ¿Por qué no tratas de mentirme y hacerme creer que sois unos seres adorables con mala

prensa?

—Me pediste que fuera sincera contigo y que te dijera qué éramos —contesté tras encogerme de nuevo de hombros—. Esto es lo que somos y no quiero que te confíes. Si vas a moverte entre nosotros, tienes que saber a qué te enfrentas.

Él me miró curioso y enarcó una ceja.

—¿Quieres que os vea como a monstruos?

—No somos monstruos. Somos depredadores —expliqué—. Tenemos el poder de resultaros atrayentes, de hacer que deseéis acercaros y caer en nuestros brazos. ¿Has ido alguna vez al zoo?

—Sí, claro.

—Entonces habrás ido a ver a los grandes felinos. —Esperé hasta que él asintió—. Te quedas mirando desde el otro lado del cristal blindado mientras una pantera negra se acerca directamente a ti y caes hechizado bajo el misterio de sus ojos, bajo la gracilidad y elegancia de sus movimientos y, cuando ella se queda justo al otro lado del cristal, a apenas unas pulgadas de distancia, contemplas esos inmensos ojos verdes y piensas que estás viviendo un momento mágico y especial, que nunca en tu vida has visto algo tan hermoso. Mientras tanto, la pantera, desde el otro lado, solo está pensando en cómo saltar hacia ti y devorarte.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar con todo esto —admitió él.

—A que con nosotros pasa exactamente lo mismo, pero no hay cristal blindado que os proteja.

—Vale… Entendido. —Resopló mientras mantenía la mirada fija en su vaso. Ya quedaba muy poco líquido en él, pero se entretenía haciéndolo girar—. No tengo que fiarme de vosotros. Ni siquiera tengo que fiarme de ti. ¿Es eso lo que quieres transmitirme?

—Más o menos. De hecho, lo que me gustaría sería que te apartaras de todo esto y lo dejaras en mis manos y en las de la

Fundación. Esto te queda grande.

Se echó hacia atrás como si acabara de abofetearle. Me di cuenta de que debería haber sido más diplomática y haber tenido más cuidado para no herir su orgullo.

—No pienso apartarme. Este es mi caso —dijo con voz cortante—. No voy a parar hasta encontrar a Patrick y descubrir qué cojones hace ese tal Dickinson reclutando un ejército y comprando armas. Ya sé que a ti te importa una mierda, pero no pienso permitir que se desate una guerra en mi ciudad.

—Nosotros tampoco vamos a permitirlo —protesté—. ¿Crees que nos conviene un escándalo así?

—Entonces estamos en el mismo bando. Yo voy a seguir en el caso. Tú sabrás si quieres seguir trabajando conmigo o ir por libre.

—Está bien. Me quedaré contigo. Alguien tiene que protegerte —contesté antes de guiñarle un ojo.

—No necesito tu protección —respondió enfadado—. Ya me has contado todo lo que hay que saber sobre vosotros para mantenerme a salvo.

—No sabes una mierda sobre nosotros… Si lo hubieras comprendido de verdad, te encerrarías en casa hasta que todo esto pasara y tratarías de olvidar que alguna vez nos hemos conocido… Pero está bien. Si vas a mezclarte con nosotros, quizá deberías probarlo.

—¿Probar el qué?

—Qué se siente cuando te muerden.

Lo había dicho como una broma, pero, en cuanto pronuncié aquellas palabras, sentí que el hambre me invadía. La verdad era que él me atraía. Me gustaba su aroma, el rumor de la sangre bajo su piel cálida, el modo en el que se movió su nuez cuando tragó saliva, asustado por mi proposición…

—Ni de palo. No pienso convertirme en una de vuestras

comidas precocinadas.

—No estoy pidiéndote eso —dije aproximándome a él hasta arrinconarle contra el brazo del sofá. Algo en mi mente me advertía de que aquello no era una buena idea, pero la sensación de hambre era cada vez más fuerte y anulaba todas mis precauciones—. Solo sería una vez, para que veas lo que se siente. A muchos les gusta. No duele y dicen que es muy agradable, una mezcla entre un orgasmo que se acerca y la paz que te da un chute de heroína.

—No, no, no… A mí no vas a sacarme la sangre y convencerme luego de que hemos echado un polvo brutal. Sabes que no puedes modificarme la memoria. Tendrías que follarme de verdad a cambio de un poco de sangre. ¿Eso no es prostitución?

Tuve ganas de abofetearle. No estaba acostumbrada a que ningún hombre me rechazase y mucho menos a que me insultasen de aquella manera. Controlé mis ganas de golpearle y, en lugar de ello, deslicé mi lengua por su cuello hasta llegar a su oreja. Fue una cruel tortura sentir el palpitar de su sangre tan cerca, notar su olor a bosque y sudor masculino, rozar con mi piel sus mejillas sin afeitar… Me reñí a mí misma por sentirme atraída de aquella forma. Solo era comida.

—Acabarás suplicándome que lo haga —susurré en su oído.

—Lo dudo mucho, bonita.

Me separé de él como si acabara de electrocutarme. En aquel momento, le odié y tuve ganas de darle la orden de mantenerse quieto y morderle sin que pudiera oponer resistencia, pero aquello habría sido admitir mi derrota. Tal como le había dicho, acabaría suplicándomelo. Le dirigí una sonrisa de suficiencia y me levanté del sofá.

—Creo que deberías volver a casa. Con tu permiso, voy a buscar algo de cena —dije antes de descorrer las cortinas y quedarme mirando la pista de baile en busca de una víctima adecuada—. Llámame si descubres algo.

XXI

Once upon a dream

Patrick

He caído en manos de un loco.

Me mantiene encerrado en una oscura habitación, atado con gruesas cadenas al cabecero de la cama.

No puedo pensar con claridad.

Todo parece un sueño, una pesadilla…

Sábanas de satén. Sus caricias en mi cuerpo. Su lengua paseándose por mis labios. El sabor de la sangre en mi boca…

Su sangre. La sangre que brota de sus heridas y que me obliga a beber.

Cada vez que lo recuerdo, me estremezco.

Pero no sé si es miedo, asco o deseo…

¿Cómo puede ser que anhele volver a sentir el sabor de su sangre?

¿Por qué siento que me falta el aire en su ausencia?

Todo es tan confuso…

Como una pesadilla…

Como un sueño…

XXII

Trip switch

Estaba terminando de prepararme cuando escuché mi móvil. El nombre de Jake aparecía en pantalla. Pensé en colgarle, pero, por lo que le conocía, era probable que insistiera una y otra vez, así que decidí que sería mejor hablar con él y quitármelo de encima cuanto antes.

—Necesito hablar contigo. —Fue su saludo.

—Pues esa conversación va a tener que esperar —contesté—. Mi jefe me ha enviado un email para concertar una cita conmigo esta noche.

—¿Qué tipo de cita?

—¿Celoso? —pregunté divertida. A pesar de que no le debía ningún tipo de explicación, decidí contárselo—. Quiere que me pase por la Torre para explicarle cómo va la investigación. La verdad es que no tengo mucho que contarle, aparte de que estoy colaborando con un policía muy pesado al que he tenido que revelarle nuestra verdadera naturaleza.

—No soy pesado. Soy insistente —me cortó él—. Supongo que eso de haberme revelado lo que sois no le haría mucha gracia, ¿verdad?

—No, ninguna. De hecho, supondría tu sentencia de muerte. ¿Tienes alguna otra cosa que pueda contarle a cambio?

—Baja y te lo cuento.

—¿Que baje a dónde?

—Estoy aparcado enfrente de tu casa —respondió—. Te veo en un minuto.

Cortó la llamada y me dejó durante unos segundos escuchando el vacío. No me gustaban sus formas, ni la manera en la que me trataba, como si yo no tuviera nada más que hacer que quedar con él, pero la verdad era que no me dejaba muchas más opciones. Por sus palabras,

se podía deducir que tenía algo nuevo y a mí me vendría de maravilla poder ofrecerle a Markus cualquier avance en la investigación.

Bajé en el ascensor, crucé el recibidor a paso rápido y me planté en la calle. Tal y como había dicho, su coche estaba en la acera de enfrente. Tenía la ventanilla bajada y, a través de ella, se podían escuchar las notas de alguna vieja canción rock de los 80. Jake se entretenía golpeando el volante al ritmo de la música. Cuando me vio acercarme, se detuvo y me dedicó una de sus medias sonrisas. Rodeé el coche, entré y me senté a su lado.

—Espero que lo que tengas sea bueno —le amenacé—. Ya llego tarde y a Markus no le gusta que le hagan esperar.

—Por una mujer como tú, merecería la pena esperar una eternidad. Y él precisamente dispone de ese tiempo.

—¿Eso ha sido un piropo, agente Schneider?

—Detective Schneider —me corrigió ignorando la pregunta—. ¿Has descubierto algo nuevo?

—No. Mis informadores no han sabido decirme nada sobre Dickinson. Debe de ser un recién llegado a la ciudad y parece que está intentando mantener su presencia en secreto —contesté con un leve tono de molestia en la voz—. Pero no he bajado para informarte a ti. Me has dicho que tenías algo.

—Bueno, tampoco esperes demasiado… —Me dirigió una sonrisa de disculpa—. He estado en Livernois…

—¿Estás loco? ¿Has vuelto allí después de lo que nos pasó ayer?

—He ido a mediodía, con el sol brillando en todo lo alto. Se supone que los vampiros no podéis salir de día, ¿verdad? —Esperó hasta que asentí—. Eso pensaba… He ido a la parroquia. Es el único sitio en el que aún se preocupan por la gente del barrio, así que pensé que quizá allí podrían decirme si está pasando algo raro.

—¿Y qué has descubierto?

—Hablé con el cura, un tal reverendo Wilson, un tipo muy majo que

estaba repartiendo comida para los pobres, que en Livernois son prácticamente todos… —Mi mirada de impaciencia le hizo centrarse—. Ya voy… Me ha dicho que ha observado que están llegando muchos chicos de todos los barrios de Detroit y que eso es muy raro…

—Sí, lo normal es que la gente quiera salir de ese barrio, no mudarse a él.

—Exacto. Y también me ha contado que se unen en grupos que no deberían juntarse: latinos, blancos, orientales, negros… En estos momentos, Livernois parece un anuncio de Benetton. —Al ver que no respondía a su broma, siguió hablando, incómodo—. El reverendo dice que en un primer momento lo tomó como un símbolo de esperanza, de que las cosas podían cambiar…

—Pero no es así…

—No, para nada. Dice que se portan de una forma muy rara. Solo salen de noche, merodean por las cercanías de la iglesia pero nunca entran, no permiten que el cura se les acerque… ¿Te suena familiar?

—Sí, un poco. No somos muy amigos de las iglesias —contesté con una sonrisa—. Así que, por lo que sabemos, todos esos chicos nuevos de Livernois son vampiros… Vampiros que alguien está creando sin permiso, sin control…

—¿Para qué crees que pueden estar haciéndolo?

—Bueno, sabemos que Dickinson está convirtiendo a un montón de vampiros nuevos y comprando armas… ¿A ti a qué te suena?

—A que está creando un ejército. —El color desapareció de la cara de Jake—. ¿Pero para qué?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Tengo que informar de esto a Markus.

Fui a salir del coche, pero él me agarró del brazo para impedírmelo. Dejé escapar un suspiro hastiado y bajé la mirada hasta su mano. Descubrí una marca blanca en su dedo anular y sonreí.

—Espera, tengo que preguntarte algo más. —Se estiró hacia mí, hasta colocar su cuerpo casi sobre el mío y revolvió en su guantera para extraer un botellín de agua—. Le he pedido esto al reverendo Wilson.

—¿Tan mal están los sueldos de la policía para que tengas que mendigar agua? —pregunté sarcástica.

—Es agua bendita, joder —respondió molesto—. ¿Funcionaría contra ellos?

—Sí. Funciona contra nosotros —contesté—. Recuerda que yo también soy un vampiro.

—¿Entonces ahora tengo algo con lo que asustarte? —preguntó divertido.

—No. No podrías usarlo contra mí.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque yo te gusto.

Él se quedó un segundo en silencio mirando hacia el suelo mientras negaba, pero su sonrisa nerviosa le delató. Cuando levantó la cabeza y posó sus ojos en los míos, vi que le costaba mantenerme la mirada.

—¿De dónde sacas eso? —preguntó desafiante.

—De que ayer te morías de ganas de pedirme que te mordiera. —Mi voz fue un ronroneo. Posé mi mano en su rodilla y deslicé mis dedos hacia arriba sobre la tela de sus vaqueros.

—Que seas capaz de manipularme y de controlar mis emociones no quiere decir que me gustes. —Colocó su mano sobre la mía para detener mi avance—. Si no hubieras usado tus poderes conmigo, yo nunca habría deseado que me mordieras.

—Mis poderes requieren el contacto visual, ¿recuerdas? Ayer, cuando te ofrecí morderte, yo estaba hablándote al oído, no podía mirarte a los ojos. —Se me escapó una risa divertida—. Y, sin embargo, lo deseaste.

—Pero no te lo pedí. Ni lo haré nunca —insistió él. Agitó la cabeza

como si quisiera despertarse de un mal sueño—. Bueno, a lo que iba… ¿El agua bendita funcionará?

—Sí, te servirá para protegerte —contesté—. ¿Algo más? Ya te he dicho que llego tarde.

—No, nada más —Cuando salí del coche, se estiró hasta asomarse por la ventanilla del copiloto—. ¿Me llamarás cuando acabes la reunión con Markus para contarme qué tal ha ido?

Dejé escapar una carcajada. Aquello empezaba a rebasar los límites de una relación profesional. Dentro de poco, me mandaría mensajitos de Whatsapp para desearme dulces sueños.

—Sí, te llamaré —concedí—. Estás mucho más guapo así, detective Schneider.

—¿Así como? —preguntó confuso.

—Sin anillo de casado.

Le guiñé un ojo a modo de despedida y regresé a mi edificio para bajar al garaje en busca de mi coche. Escuché como el motor del suyo se ponía en marcha y me giré para ver como desaparecía calle adelante. Y me encontré a mí misma planteándome que, si la reunión no acababa muy tarde, quizá podría llamarle para que fuéramos juntos a algún sitio a investigar o a comparar notas o simplemente a hablar… Agité la cabeza para espantar aquellos estúpidos pensamientos. Era un humano. Un humano. Tan solo un humano, un policía entrometido con el que estaba obligada a relacionarme durante unos días para resolver un caso. Punto. No debía permitir que se convirtiera en nada más.

XXIII

My inmortal

A pesar de intentarlo con todas mis fuerzas, no conseguía controlar los nervios mientras subía en el ascensor hasta el piso cincuenta y siete de la Torre Kressler para encontrarme con Markus e informarle de mis avances en la investigación. No había nada que quisiera ocultarle (aparte de la participación de Jake en el caso y del hecho de que le había revelado mi identidad a un humano), pero me habría gustado poder continuar un par de días más investigando sin tener que darle explicaciones a nadie.

Cuando llegué al último piso y me coloqué frente a la puerta del despacho de Markus, cerré los ojos durante unos segundos y me repetí unas cuantas veces que no había nada de lo que preocuparse. Mi investigación había sido impecable, había descubierto el alcance de las desapariciones e incluso tenía el nombre del culpable. Entonces, ¿por qué me sentía inquieta e intranquila? Algo en mi interior me advertía del peligro, como si estuviera a punto de meter la mano en un nido de víboras y, a pesar de no tener argumentos racionales para tener miedo, sabía que debería hacer caso a mi instinto.

Llamé a la puerta con dos suaves golpes y esperé hasta escuchar la invitación de Markus. Cuando abrí y vi que estaba solo, me relajé. Nunca había tenido problemas para entenderme con él. Se levantó en cuanto me vio, se acercó a mí y me rodeó con sus brazos.

—Nicky, querida, qué alegría verte. —Me separó agarrándome por los hombros y se quedó contemplándome—. Me siento como una de esas madres que le tienen que reprochar a sus hijas que nunca vienen a visitarlas.

Me reí de su ocurrencia y dejé que me acompañara hasta uno de los sillones. Él se sentó enfrente, se inclinó hacia delante y me tomó las manos.

—Sabes que me encanta verte, Markus, pero he estado muy

ocupada con el caso que me asignaste.

—Lo sé, lo sé… Solo bromeaba. —Me apretó las manos con afecto y me dedicó una de sus encantadoras sonrisas—. ¿Has descubierto ya algo?

—Sí. Creo que casi lo tengo resuelto, pero me gustaría que me dieras unos días más para atar todos los cabos.

Él inclinó la cabeza hacia un lado y enarcó una ceja mientras me lanzaba una mirada suspicaz.

—¿Y no me vas a contar nada?

Lancé un suspiro resignado. Conocía demasiado bien a Markus. Detrás de aquella pregunta inocente, se escondía una orden. No le gustaba la sensación de que hubiera cosas que no supiera, de no controlarlo absolutamente todo. Asentí y empecé a hablar, aunque aquello provocó que la sensación de peligro que sentía en mi interior cobrara más fuerza.

—Por supuesto… El problema es más grave de lo que habíamos pensado en un primer momento. —Aquellas palabras provocaron que Markus arqueara sus cejas de nuevo, pero se mantuvo en silencio para dejar que me explicara—. Hay decenas de desaparecidos por toda la ciudad: miembros de bandas callejeras, drogadictos, vagabundos, prostitutas… Algunas de esas personas han aparecido asesinadas. Yo misma tuve que dar aviso a un equipo de limpieza para que retiraran el cadáver de una prostituta hace unas noches. Sé de otro cadáver que llegó hasta la mesa de un forense que no teníamos controlado, así que se ha abierto una investigación por asesinato.

—Hay asesinatos en esta ciudad todas y cada una de las noches. ¿Por qué te preocupan esos dos casos?

—Porque los asesinos son vampiros, Markus —dije elevando la cabeza para enfrentarme a sus ojos—. Los dos cadáveres estaban desgarrados y desangrados. Además, vi cómo mataban a la prostituta con mis propios ojos. Fueron tres vampiros y no eran de los nuestros.

—Eso no es posible… Cualquier vampiro que entre en Detroit está obligado a presentarse ante mí.

—No son vampiros que hayan llegado a Detroit. Han sido creados aquí.

Mis palabras hicieron que me soltara las manos y se pusiera en pie para empezar a pasear por el despacho como una fiera enjaulada. Me mantuve en silencio para que pudiera pensar y asimilar la información.

—Pero eso no puede ser. Nadie puede crear un nuevo vampiro en mi ciudad sin mi permiso. Va contra todas nuestras leyes.

—Lo sé, pero alguien lo está haciendo. Muchos de los desaparecidos, los chicos de las bandas, han sido convertidos. Los demás, los mendigos y las prostitutas, les están sirviendo de comida.

—¿Me estás diciendo que mi ciudad se está llenando de vampiros descontrolados que están dejando un reguero de cadáveres a su paso? ¿Cuántos crees que puede haber?

—No estoy segura. Por eso te estaba pidiendo más tiempo —contesté—. Pueden ser veinte, treinta, cincuenta… Alguien está formando un ejército. Además, hemos descubierto que están comprando armas en el mercado negro.

—¿Hemos? —preguntó suspicaz.

—Sí… Yo y mis informadores —conseguí contestar sin que me temblara la voz.

—¿Y habéis descubierto para qué están haciendo esto?

—No, aún no. Solo sé que el líder es un vampiro llamado Dickinson. Parece un loco con ideas anarquistas. Puede que solo quiera sembrar el caos. —Me levanté y fui yo la que le tomó de las manos para que dejara de deambular—. Sé que se ocultan en algún lugar de Livernois. Si me das unos días más, descubriré dónde están y cuál es su objetivo.

Markus me lanzó una de sus miradas paternalistas, de esas que

yo tanto odiaba. Soltó una de sus manos y acarició mi mejilla con dulzura antes de pronunciar unas palabras que hicieron que todas mis alarmas internas se despertaran.

—No, cariño. Esto es demasiado importante y peligroso como para que lo lleves tú sola. Voy a convocar a la junta de manera urgente. Nos reuniremos esta misma noche.

Cuando Markus terminó de contar lo que yo había descubierto, un silencio sepulcral invadió la sala de juntas. Todas las miradas estaban clavadas en su rostro, como si aún esperasen que siguiera hablando. Todas menos la mía. Mientras él había estado explicándose, yo me había dedicado a observar las reacciones de todos los presentes y las caras de algunos de ellos me habían hecho sospechar. Perceval, Duval, Bailey, Coleman, Patterson… Era cierto que eran vampiros antiguos y poderosos que habían pasado por tantas cosas en su existencia como para que todo les resultara aburrido y monótono, pero lo que acababa de contar Markus amenazaba la supervivencia de todos los nuestros. No era lógico que no se sorprendieran, que ni siquiera pestañearan, como si todo lo que les había contado no fuera con ellos… O como si ya lo supieran de antemano.

—¿Estás diciendo que tenemos a un ejército de vampiros sembrando el caos en nuestra ciudad y poniendo en peligro nuestro secreto? —preguntó Patterson con un tono tan neutro como si estuviera hablando del tiempo—. ¿Y no has sido capaz de darte cuenta hasta ahora?

—He asignado el caso a la señorita Chevalier, que ha sido quien lo ha descubierto todo —explicó Markus.

—Sí, bueno… Espero que no sea demasiado tarde… Por el bien de todos nosotros y sobre todo por el tuyo, Markus.

Le lancé a Patterson una mirada de odio. Me repugnaba aquel hombre desde el mismo momento en que le había conocido. No parecía uno de nosotros. Los vampiros éramos bellos, elegantes,

distinguidos… Él era un espectro pálido en cuya cabeza calva, plagada de desagradables manchas, destacaban unas orejas puntiagudas. Mientras hablaba, había apoyado los codos en la mesa y había entrelazados las manos. Jugueteaba moviendo sus escuálidos dedos, con aquellas largas uñas amarillentas. Siempre me había recordado al *Nosferatu* de aquella película de los años veinte, pero en aquel momento fue otra imagen la que me vino a la cabeza: la de una gigantesca araña de largas patas que esperase en su tela a la próxima presa.

Me giré hacia Markus esperando que le pusiera en su sitio. Estaba claro que las palabras de Patterson le estaban culpando de lo que sucedía en la ciudad y que escondían una velada amenaza. Markus no podía permitir aquello. Me sorprendió que se mantuviera tranquilo y que ni siquiera hubiera perdido la sonrisa.

—No tienes de qué preocuparte, Patterson. Gracias a la señorita Chevalier, conocemos la identidad del vampiro que está haciendo esto y la zona en la que se oculta. —Se giró hacia mí y me lanzó una sonrisa de agradecimiento—. Además, los generosos donativos que hemos hecho en los últimos años a la ciudad nos aseguran que ni la policía ni la prensa van a investigar nada de esto.

—Espero que estés seguro de lo que estás haciendo —le interrumpió Patterson—. Sabes que, si esto se descontrola, puede significar el final de tu reinado.

Observé con desagrado como algunos miembros de la junta asentían ante las palabras de Patterson. Tuve que agarrarme al borde de la mesa y morderme con fuerza el labio inferior para mantenerme en silencio y no decirle a aquella manada de hienas hambrientas lo que pensaba de ellas. Markus llevaba más de cien años al mando de la ciudad, manteniendo el orden, salvaguardando nuestro secreto, permitiendo que viviéramos en paz y prosperáramos, pero a ellos se les olvidaba ante el primer inconveniente. Malditos desagradecidos…

—Te reitero que no hay nada por lo que debas preocuparte. Os he mantenido a salvo durante décadas y voy a seguir haciéndolo. —El

tono de Markus fue relajado y seguro, como si las amenazas de Patterson no le afectaran en lo más mínimo—. Vamos a acabar con el problema esta misma noche. Duval, ¿puedes encargarte?

—Por supuesto, señor.

Se puso en pie de un salto y se cuadró como si fuera un militar al que acabaran de darle una orden. Yo me quedé mirando a Markus con una expresión interrogadora en el rostro. ¿Por qué le pasaba el caso a Duval? Él era nuestro jefe de seguridad, pero el caso era mío y estaba capacitada para resolverlo.

—Perfecto, Duval. Reúne a nuestros mejores hombres y dirígete a Livernois —ordenó Markus—. Encontrad el lugar donde se ocultan y destruidlos a todos.

—Sí, señor. Le informaré en cuanto hayamos terminado.

Sin decir nada más, se giró hacia la puerta y salió de la sala. No me convenció su actitud marcial ni su asentimiento ciego a las órdenes de Markus. Él había sido uno de los que había asentido a las amenazas de Patterson.

—Damos por finalizada la reunión —dijo Markus señalando la puerta—. En cuanto reciba el informe de Duval sobre la operación, os comunicaré los resultados.

—Creo que hay puntos que deberíamos seguir discutiendo —le interrumpió Patterson sin moverse de su silla—. Por ejemplo, cómo es posible que todo esto haya estado sucediendo frente a tus narices sin que te hayas dado cuenta de nada…

—Damos por finalizada la reunión —repitió Markus enfatizando cada palabra. Su semblante había cambiado. Ya no quedaba rastro de su mirada afable y su sonrisa cordial. Solo había autoridad.

La sala quedó sumida en un silencio absoluto mientras los dos hombres sostenían un duelo de miradas. En aquel silencio pude escuchar con claridad como Patterson apretaba los dientes hasta

hacerlos rechinar. Después de unos segundos, se levantó de su silla y plantó ambas manos sobre la oscura mesa de caoba.

—Por supuesto, Markus. Estaremos esperando ese informe.

Cuando todos salieron, me quedé contemplando la puerta cerrada con tanta intensidad como si esperase poder atravesarla con la mirada y hacer que todos sus cuerpos estallaran en llamas. Me encontraba tan absorta en mi rabia que la mano de Markus en mi hombro me sorprendió y me hizo dar un respingo.

—¿Qué sucede, Nicky? —preguntó sentándose a mi lado.

—No me gustan. No me fío de ninguno de ellos —contesté furiosa—. ¿No te das cuenta de que te odian, de que están esperando que cometas cualquier fallo para abalanzarse sobre ti y destruirte?

—Ay, mi querida Véronique… En ocasiones me sorprende que tengas casi doscientos años y sigas siendo tan inocente. —Soltó una carcajada ante mi mirada furiosa—. No te enfades. ¿Crees que no sé cómo son? Conozco sus deseos, su anhelo de poder. Sé quiénes me odian, quiénes me envidian, quiénes me temen… Y sé quiénes tienen el poder de hacerme daño y cómo planean hacerlo.

—¿Y por qué no te libras de todos ellos?

—Ya sabes lo que se dice, pequeña: "Ten a tus amigos cerca y a tus enemigos aún más cerca". —Volvió a acariciar mi mejilla con ternura—. No puedo eliminarlos. Tienen dinero, influencias, contactos… Pero puedo controlarlos, conocer sus planes y frustrarlos. Ninguno de ellos significa un peligro para mí.

—¿Estás seguro de eso?

—Totalmente seguro. Tú eres una vampira antigua y poderosa, pero, comparada conmigo, eres solo una niña. He visto desaparecer reyes, caer imperios, extinguirse civilizaciones… Conozco el alma humana y todas sus miserias. Nada de lo que puedan planear mis enemigos va a pillarme por sorpresa. Y ahora vete. Quiero descansar.

Me levanté para marcharme, pero recordé que quería decirle

algo más, así que me giré para volver a encontrarme con sus ojos de un castaño tan claro que parecía dorado.

—Una última cosa… —Esperé hasta que él asintió—. No entiendo por qué has enviado a Duval a encargarse de esos vampiros. El caso es mío.

—Duval es nuestro jefe de seguridad. La parte operativa es cosa suya.

—Pero yo podría haberme encargado perfectamente de la operación —protesté.

—No. Tú ya has hecho bastante. Además, sabes que no quiero que te pongas en peligro. —Abrí la boca para protestar, pero él se levantó y, con un movimiento tan rápido que habría sido imperceptible para cualquier humano, se colocó frente a mí, puso una de sus manos en mi nuca y selló mis labios con un beso—. Sabes lo importante que eres para mí. No voy a permitir que te suceda nada malo.

Asentí y salí del despacho. Aquel beso y aquellas palabras no eran una expresión de afecto. Eran una nueva orden contra la que no se me permitía protestar, por mucho que aquello me pareciera injusto.

Mientras bajaba al garaje para recoger mi coche, pensé que sería mejor que aquella noche no hablara con Jake. No le iba a hacer ninguna gracia enterarse de que la Fundación iba a encargarse de aquellos vampiros arrasando con cualquier posible prueba y cerrando su caso a sangre y fuego. Pensé que haber sido apartada por Markus, tenía algo positivo. Al menos, podría decirle a Jake que yo no había tenido nada que ver.

XXIV

Out of the black

Cuando sonó el timbre, abrí la puerta de casa y me quedé mirando a Jake apoyada en el marco sin permitirle el paso. Me había avisado de que venía mediante un mensaje de móvil hacía tan solo un par de minutos, sin darme tiempo a protestar. Supuse que era su manera de vengarse porque la noche anterior no le había llamado como le prometí y me había librado de él con un mensaje de Whatsapp en el que solo le dije que la reunión había ido bien y que no había nada que contar. Presentarse en mi casa debía de ser su forma de demostrarme que no iba a permitir que le dejara en un segundo plano.

Le miré de arriba abajo con el ceño fruncido y los brazos cruzados frente al pecho. No me gustaba recibir visitas en mi santuario y menos de un policía que se dedicaría a husmear cada pequeño detalle para grabarlo en aquella puñetera memoria superdotada que tenía y que tantos problemas me estaba causando.

—¿No vas a invitarme a entrar?

—¿Es que los humanos necesitáis invitación? —pregunté burlona.

—No como los vampiros, pero existe una cosa llamada educación…

—… que tú te has saltado al presentarte en mi casa sin preguntarme si eras bienvenido. —Me aparté un poco de la puerta y le hice una señal para que entrara—. Ya que estás aquí, puedes pasar. Bienvenido a la guarida del monstruo.

Tal como había esperado, entró en mi apartamento con pasos lentos, observando cada rincón. Suspiré hastiada, me dirigí al salón dejando que cotilleara a su antojo y me recosté en el sofá para esperar a que se aburriera y diera por concluida su inspección.

—¿Está todo a tu gusto? —pregunté cuando se dignó a entrar

en el salón.

—Este sitio es alucinante —contestó tras soltar un silbido de admiración—. No sé… Esperaba otra cosa.

—¿Una cripta lúgubre con telarañas en las esquinas y un ataúd en el centro?

—Sí, algo así —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Para qué necesita todo esto un vampiro?

—Tengo que ducharme, tengo que cambiarme de ropa… En algún sitio tengo que ver la tele o leer un libro… Los vampiros también nos aburrimos.

—¿Y para qué quieres la cocina?

—Venía con la casa y sirve para disimular —respondí—. De todos modos, la mayoría de los americanos comen fuera o piden comida a domicilio y no cocinan en la vida. No somos tan diferentes. ¿Has venido hasta aquí para interesarte por mis costumbres domésticas?

—No. La verdad es que tengo algo importante que hablar contigo. —Se sentó a mi lado en el sofá y me miró con expresión seria—. Me han obligado a cerrar el caso de Patrick Malone. Estoy fuera.

—Vaya, lo siento —contesté esquivando su mirada.

—Y he visto que alguien ha cerrado todos los casos que abrí sobre los chicanos desaparecidos de los que me hablaste. Yo abrí esos casos y debería haber sido yo quien los cerrase, pero alguien lo ha hecho por mí. Estoy casi seguro de que mi jefe no ha sido.

—¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Me dijiste que tenías un amigo *hacker* capaz de meterse en los ordenadores de la policía. ¿Crees que podría volver a hacerlo y averiguar quién ha cerrado esos expedientes? —Me lanzó una mirada de cachorrito adorable mientras me tendía un papel en el que estaban apuntados los números de aquellos casos—. ¿Podrías hacerlo por mí?

Te debería un favor.

—Otro favor —contesté burlona.

—¿Qué favores te debo? —preguntó mirándome confuso.

—Cada día que no te devoro es un favor que te hago, cariño —contesté mientras deslizaba una de mis largas uñas por su cuello hasta terminar en su barbilla—. Voy a hacer una llamada.

Cogí mi móvil de la mesa y me alejé unos pasos hasta colocarme de espaldas a él, frente a los ventanales por los que se colaban las luces nocturnas de la ciudad. Solo llevaba puesto un caftán translúcido de color blanco que le permitiría apreciar cada una de mis curvas. Iba a arrepentirse de sus desprecios de hacía dos noches. Mientras sentía su mirada recorriendo cada poro de mi piel, marqué el número de Travis.

—Hola, cielo —dije cuando contestó—. Necesito tu ayuda. Voy a pasarte los números de unos expedientes policiales. Quiero que te cueles en los ordenadores de la policía y me digas quién ha cerrado esos casos… Sí, corre un poco de prisa… Gracias, cariño. Te debo un favor.

Cuando colgué, saqué una foto al papel con los números de los expedientes y se la mandé a Travis. Después, me giré hacia Jake. Esperaba encontrar una mirada de deseo en sus ojos, así que me sorprendí por la rabia que brillaba en ellos.

—¿Eres así de amable con todo el mundo o hay algo entre ese tío y tú?

Solté una risa, dejé el móvil sobre la mesa y me senté en el sofá, tan cerca como para que nuestras piernas se rozasen.

—¿Celoso? ¿Pensabas que solo era cariñosa contigo? —Esperé un par de segundos para darle tiempo a contestar, pero solo conseguí que siguiera mirándome con aquella expresión de enfado—. No veo por qué debería darte explicaciones. Contigo sí que no tengo nada… y porque tú no quieres.

—Disculpa, pero que me saquen la sangre no es lo que yo llamo una relación. Ya he tenido bastante de eso con mi ex mujer—contestó incómodo—. ¿Qué te ha dicho ese tío?

—Que me llamará en cuanto descubra algo. ¿Vas a quedarte a esperar aquí?

—Sí, bueno… Podríamos ver algo en la tele.

—¿En plan peli y mantita como si fuéramos novios? —pregunté enarcando una ceja—. Creo que te estás equivocando conmigo.

—No, joder, en plan colegas… Ya sabes: unas patatas, unas cervezas…

—Como comprenderás, no tengo patatas ni cervezas en casa.

—Eres una anfitriona pésima.

—A lo mejor es porque no me gusta recibir visitas.

Un silencio incómodo se instaló entre los dos. Pensé que, tras aquellas palabras, él se levantaría y se marcharía, pero echó mano a su bolsillo y sacó un paquete de tabaco. Tras encender un cigarrillo, empezó a mirar a todos lados buscando un cenicero.

—No preguntes si se puede fumar… Tú como si estuvieras en tu casa —dije tras levantarme e ir a la cocina para traerle uno.

Mi móvil empezó a sonar en aquel momento. Volví con el cenicero a toda prisa y me encontré a Jake observando la pantalla de mi teléfono.

—Es un tal Travis —anunció.

—Es el *hacker* —contesté arrancándole el móvil de las manos—. Contestaré yo, si no te importa.

Sabía que estaba siendo muy descortés con él, pero seguía sintiéndome incómoda al tenerle allí invadiendo mi intimidad. Mi casa era mi refugio y no me gustaba compartir aquel espacio con nadie. Además, al recibir su mensaje, había acariciado la idea de que hubiera pasado los dos últimos días pensando en mí, en mi oferta de morderle

para que supiera qué se sentía, quizá en la posibilidad de conseguir un rato de sexo conmigo… Aquello había avivado mi hambre, y no solo la de sangre, pero el comportamiento de Jake no apuntaba en aquella dirección y su total desinterés por todo lo que no estuviera relacionado con la investigación me hacía sentir cada vez más irascible.

—Dime, Travis… Has sido muy rápido. Gracias, cielo. Sí… Si necesito algo más, ya sé dónde estás.

Colgué y volví a sentarme al lado de Jake. Él enarcó una ceja ante mi silencio.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?

—Que el ordenador desde el que se cerraron esos casos está en las oficinas del jefe de la policía de Detroit.

—Joder, eso no puede ser… ¿Por qué cojones iba a interesarse el jefe de la policía por las desapariciones de unos chavales que no le importan a nadie?

Me mantuve en silencio. Sabía las respuestas a todas sus preguntas, pero también sabía que no le iban a gustar. Alargué el brazo para tomarle una mano y hacer que me mirara.

—Jake, escúchame… Esto se acabó. Ya no hay nada más que investigar.

—¿Por qué dices eso? No te entiendo…

—Hablé ayer con Kressler, mi jefe —expliqué—. Tuve que contarle todo lo que habíamos descubierto: las desapariciones en las bandas, los asesinatos de mendigos y prostitutas, el ejército de vampiros que Dickinson está reuniendo en Livernois…

—¿Y qué tiene que ver eso con que hayan cerrado todos esos casos?

—Que todo esto ya no es asunto tuyo ni de la policía. Dickinson y sus seguidores estaban poniendo en peligro nuestra seguridad, así que nos hemos encargado de ellos.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

No me gustó su expresión. Ni el modo en el que me miraba con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados ni la forma en la que apretaba su mandíbula. Parecía un alambre estirado al máximo, a punto de quebrarse. Apreté su mano con fuerza, intentando calmarle.

—A mí también me han apartado de la investigación. Le encargaron a Duval, nuestro jefe de seguridad, que se pasara por Livernois con un grupo de los nuestros para acabar con el problema. Tengo un correo informando del resultado de la operación: Dickinson y todos los vampiros creados sin permiso han sido eliminados y sus cuerpos incinerados. El problema está resuelto. Ya no hay nada que investigar.

Retiró la mano como si mi contacto le quemara y se puso en pie de un salto mientras me dirigía una mirada cargada de furia.

—¿Y ya está? ¿Y Patrick?

—Si era uno de ellos, a estas horas estará muerto.

—¿Eso es lo que tengo que decirle a su madre?

—¿Y qué querías decirle? Por lo que habíamos descubierto, era muy probable que Dickinson le hubiera convertido. ¿Ibas a devolverle a su madre un vampiro con la esperanza de que se portara bien y pudiera reintegrarse a la sociedad?

Él negó con la cabeza mientras me seguía mirando con una mezcla de asco y odio. No podía entender por qué le importaba tanto aquel chico. Solo era un desaparecido más al que no había podido salvar. Seguro que su carrera estaba plagada de casos como aquel.

—¿Se supone que tengo que daros las gracias, volver a mi casa y seguir mi vida como si nada de esto hubiera sucedido?

—Creo que sí —respondí sin estar muy segura de qué esperaba él que dijera—. ¿Qué otra cosa quieres hacer?

—No sé… ¡Mierda! ¡Joder! —Sin aviso previo, le pegó una patada a mi sofá—. No puedo olvidarme de todo esto. No sé por qué

Dickinson estaba convirtiendo a esos chavales, no sé por qué estaba comprando armas en el mercado negro, no puedo estar seguro de que Patrick fuera uno de ellos y ahora esté muerto… Joder, ni siquiera me habéis dejado un cadáver que entregarle a su madre.

—Todo eso da igual —contesté hastiada—. Ya no hay nada de lo que preocuparse.

—Eso crees tú. Yo creo que hay un montón de cosas de las que preocuparse.

—¿Como qué?

—Como el hecho de que hay una pandilla de asesinos sanguinarios que dominan esta ciudad a su antojo, que tienen controlada a la policía, que pueden secuestrar y matar a quien les dé la gana y salir impunes… ¿No crees que eso debería preocuparme?

—No debería —contesté encogiéndome de hombros—. No hay nada que tú puedas hacer para cambiar eso.

—Pues yo creo que sí —respondió desafiante—. Podría ir a la prensa.

—¿Les vas a contar que Detroit está controlada por un grupo de vampiros? ¿Que Markus Kressler, máximo benefactor de la ciudad, es en realidad un monstruo chupasangre? —Me permití soltar una carcajada—. ¿Es que crees que no tenemos a la prensa controlada? ¿Quieres acabar tus días en un psiquiátrico?

—Si no puedo contarlo en esta ciudad, encontraré un lugar en el que quieran escucharme.

—Tenía otro concepto de ti. Pensaba que eras más listo que la mayoría de los humanos, pero ya veo que me equivocaba contigo. —Me levanté del sofá para encararme con él—. ¿Crees que esto solo sucede en Detroit? ¿Cómo puedes ser tan inocente? Llevamos siglos amasando fortunas, consiguiendo contactos e influencia. Estamos en todos los países, en todas las grandes ciudades, en todos los órganos de gobierno, en las juntas de accionistas de todas las empresas

importantes… No hay nada que escape a nuestro control. ¿De verdad crees que puedes hacer algo que nos afecte?

Estaba siendo demasiado dura e hiriente con él, pero sabía que no me quedaba otro remedio. No con Jake. No podía borrarle la memoria, no podía comprarle con dinero, no podía convencerle con buenas palabras… La única forma de que abandonara aquella cruzada absurda en la que parecía querer embarcarse era convencerle de que le quedaba demasiado grande.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que lo olvide? —me gritó—. Cada vez que me llegue un nuevo caso de desaparición o me entere de un asesinato, pensaré que estáis detrás… Que tú misma puedes estar detrás. ¿Crees que puedo vivir tranquilo sabiendo que convivimos con monstruos?

La manera en la que pronunció aquella última palabra, mirándome directamente a los ojos, me dolió. A mí también me consideraba un monstruo, una asesina implacable y sin conciencia. Me sentí estúpida por haber esperado otra cosa. Yo misma le había contado cómo éramos, le había explicado que éramos depredadores, que veíamos a los humanos como una especie inferior de la que alimentarnos… ¿Por qué me dolía entonces que él pensara en mí como un monstruo más que había que eliminar?

—Me da igual que puedas vivir en paz o no —contesté con voz firme—. Nuestra colaboración ha acabado. Si vuelvo a verte merodeando por mi casa, por mi club o por la Torre Kressler, tendré que matarte. Ahora, márchate.

Apretó la mandíbula con tanta fuerza que escuché cómo rechinaban sus dientes. Me lanzó una última mirada de desprecio y salió del salón. Me desplomé en el sofá mientras escuchaba sus fuertes pasos por el pasillo y el portazo que dio al salir. Después, dejé escapar un largo suspiro mientras negaba con la cabeza. Esperaba haberle hecho suficiente daño como para que no quisiera saber nada más de mí ni de los míos. Aquella era la única manera que había encontrado de mantenerle a salvo.

XXV

See who I am

Fueron cuatro días muy largos. Jake no se puso en contacto conmigo para nada. Aquello era lo que yo había esperado, lo que había deseado. Necesitaba saber que él estaba fuera. Yo misma me había encargado de hacerle tanto daño como para echarle… Y, sin embargo, no me creía que hubiera abandonado y se hubiera resignado a olvidarlo todo.

Por lo poco que le conocía, sabía que era extremadamente testarudo. No se llega a ser el número uno del departamento de desapariciones de una ciudad como Detroit si te rindes a la primera de cambio. Jake era un luchador y, por mucho que yo hubiera tratado de asustarle para que siguiera con su vida, estaba segura de que no iba a hacerlo.

Por otro lado, en lo más profundo de mi retorcido corazón, no deseaba que se olvidara de nosotros… Bueno, en realidad no deseaba que se olvidara de mí. Le echaba de menos, sin saber por qué, sin poder explicármelo… Solo era un humano más y no había habido nada especial entre nosotros…

Sin embargo, me parecía distinguirle entre la multitud que abarrotaba el bar o me parecía descubrir su figura o su mirada penetrante fija en mí y sentía que algo se encendía en mi interior, que mi frío corazón regresaba a la vida… Pero no era él.

Me parecía escuchar sus pasos siguiéndome de noche en la calle, pero cuando me giraba, con una sonrisa bailándome en los labios y un comentario sarcástico quemándome en la punta de la lengua, no era él.

Me parecía escuchar el motor de su coche tras cualquier esquina. O descubrir su sombra en cualquier callejón… O deseaba que fuera su número cuando sonaba mi móvil. Pero no era él.

Nunca era él.

Y, aunque mi mente se empeñaba en decirme que aquello era lo mejor para ambos, que solo debía dejar que pasara el tiempo y que me olvidaría de él como me había olvidado de otros, cada hora que pasaba le echaba más y más de menos.

Hasta que por fin llegó su mensaje. Cuando vi su nombre en la pantalla, negué con la cabeza, a pesar de la sonrisa que se me estaba dibujando en los labios. En mi interior, había sabido en todo momento que acabaría recibiendo noticias suyas, así que, en realidad, no me sorprendió recibir su mensaje.

Lo que sí me sorprendió fue el contenido: un montón de fotos de los cuatro pandilleros con los que nos habíamos encontrado en nuestra primera visita a Livernois. Seguían campando a sus anchas por el barrio, como si fuera suyo, como si no tuvieran nada de que ocultarse. En las últimas fotos, incluso se les podía ver inclinados sobre un yonki o un mendigo, devorándolo entre todos con total impunidad. Un mensaje hiriente de Jake acompañaba las fotos:

"¿Estos chicos no deberían estar muertos y quemados? O no sois tan buenos como creéis o te la están jugando"

Aquellas fotos eran simplemente imposibles. Duval le había asegurado a Markus que se habían encargado de todos los vampiros de Livernois. De *todos*. La existencia del grupo que aparecía en las imágenes que me había mandado Jake escapaba a toda lógica. Por un lado, yo confiaba en la eficacia del escuadrón de exterminio que hubiese acudido a ese barrio. Si decían que los habían matado a todos, era porque se habían asegurado de ello. ¿Podían haber cometido un error? Bien, era posible. Quizá aquel grupo había estado escondido o se encontraban fuera de la ciudad la noche en la que Duval y sus hombres habían asesinado al resto de los vampiros de Dickinson, pero aquello tampoco tenía lógica. Si aquel grupo había regresado a Livernois para encontrarse con que todos sus congéneres habían sido masacrados, ¿no deberían haber puesto todas las millas posibles de por medio en lugar de seguir paseándose por Detroit como si no tuvieran nada que temer?

Todo aquello olía fatal y lo peor era que no sabía qué podía hacer para arreglarlo. La única explicación que se me ocurría era que Duval había dejado escapar a aquellos cuatro individuos, pero no entendía por qué. Tampoco podía saber si solo había sobrevivido aquel grupo o si había más. Ni siquiera podía estar segura de que Dickinson estuviese muerto. Todo apuntaba a que Duval nos estaba mintiendo, pero no podía encontrar ninguna razón para que nuestro jefe de seguridad se la jugase por un desequilibrado con delirios de grandeza y su grupo de neófitos.

Fuera como fuera, no podía enfrentarme a Duval sin pruebas. Tampoco quería decírselo a Markus. Se empeñaría en convocar otra junta y comentárselo a todos. Aquella asquerosa seguridad en sí mismo, en creer que era intocable iba a acabar pasándole factura. Me corregí a mí misma. No le pasaría factura mientras yo pudiera evitarlo. Seguiría investigando y, cuando estuviera segura del alcance del problema, de cuál era el objetivo de todo aquello y de cuántos miembros de la junta estaban implicados, se lo contaría a Markus y desenmascararía para siempre a aquella jauría de hienas.

El problema era que todo aquello me dejaba sola ante el peligro. No podía hablar con Markus y sospechaba de nuestro jefe de seguridad, de la mayoría de la junta directiva… Sabiendo que tenían la ciudad comprada, desconfiaba del 99,99% de la población de Detroit. En realidad, solo había una persona en la que sentía que podía confiar: Jake.

Así que allí estaba, sentada en la escalera de entrada de su casa, esperando a que regresara para pedirle perdón y convencerle de que me ayudara en una investigación que a él no le importaba en absoluto. Ya había confesado que odiaba a todos los de mi especie y que le encantaría acabar con todos los vampiros. ¿Cómo le iba a importar que nos traicionáramos y nos matáramos entre nosotros? Desde su punto de vista, aquello solo podía traer ventajas.

Vi llegar su coche. Aparcó justo detrás de mi Aston Martin, se bajó y, tras mirarlo durante unos segundos como si no pudiera creerse que estuviera allí, se giró hacia su jardín. Cuando me vio, puso las

manos en las caderas, dejó escapar todo el aire de sus pulmones y se acercó a mí con pasos firmes. Yo me levanté y le dirigí una sonrisa cordial que él ignoró.

—Hola, Nicky. ¿Has venido a matarme?

En respuesta, levanté el pack de cervezas y la bolsa de patatas fritas que había llevado como ofrenda de paz y volví a sonreírle. Él negó con la cabeza, pero me devolvió la sonrisa y abrió la puerta de su casa.

—Pasa, anda. —Me invitó.

—Oye, esto está muy bien. —respondí asombrada mientras me adentraba por el pasillo—. Has limpiado. Y las fotos de la rubia no están

—La otra noche me dio la impresión de que te molestaba que observase tu casa y ahora tú haces lo mismo —comentó con una sonrisa burlona—. ¿No te estás interesando demasiado por un sucio humano entrometido y estúpido?

—No te hagas ilusiones. Simplemente, soy muy observadora. —Me acerqué a él hasta situarme a apenas un par de pulgadas de su cuerpo y levanté la cabeza para que mis labios casi rozaran los suyos—. Ya no hay fotos, no llevas el anillo de casado... ¿Están sanando las heridas, detective Schneider?

—Eso es asunto mío. —Se apartó de mí y recogió una de las cervezas que yo había dejado sobre la mesa. La observó como si fuera un insecto extraño antes de abrirla—. ¿Kolsch? ¿Qué demonios es esto?

—Cerveza de importación. Siempre consigo lo mejor para mis amigos.

Él le dio un largo trago hasta vaciar media botella. Me quedé mirando embelesada como su nuez subía y bajaba y la forma en la que una de sus venas se dibujaba bajo la piel de su cuello. Tuve que mirar hacia otro lado. A mí también me estaba entrando sed.

—Prefiero la Heineken —dijo tras hacer una mueca de desagrado—. Y tú y yo no somos amigos. ¿A qué has venido, Nicky?

Me senté en el sofá y esperé hasta que él se colocó a mi lado. Abrí la boca, pero las palabras no acudieron a mis labios. Llevaba años alimentando mi orgullo hasta haberlo convertido en un monstruo desmedido que lo controlaba todo. Pedirle disculpas a un humano y tener que solicitar su ayuda era demasiado duro para mí. Tuve que esquivar su mirada para poder hablar.

—Es por esas fotos que me has enviado. Creo que tienes razón, que nos la están jugando a Markus y a mí. Sospecho que puede haber una conspiración en su contra para derrocarle, pero necesito pruebas. —Levanté la cabeza y clavé mi mirada en sus ojos verdes—. No tengo a nadie en quien confiar. Solo estás tú.

—Vaya… Ahora soy alguien en quien confiar, alguien valioso, lo único que te queda… ¿Qué ha sido de todo eso de matarme si volvías a verme metiéndome en vuestras mierdas de vampiros?

—Me equivoqué. —Pronunciar aquellas palabras me dolió como si estuviera paladeando ácido, pero él no pareció darse cuenta.

—Claro… Ahora crees eso porque te soy útil, pero, en cuanto consigas salvarle el cuello a tu amiguito el rey de los vampiros, volverás a pensar que te molesto como una mierda que se te hubiera pegado al zapato.

—No es así, Jake…

—¿Seguro? Porque a mí me parece que es exactamente así— dijo lanzándome una mirada de odio—. Acudes a mí porque me necesitas para salvar a Kressler, pero, como comprenderás, yo no tengo ningún interés en salvar al capullo que domina la ciudad y decide sobre nuestra vida o nuestra muerte sin sentir el menor cargo de conciencia por ello.

—Te equivocas… Markus no es así.

—No me equivoco… Tú misma me abriste los ojos: sois de otra

especie, sois superiores, inmortales y todopoderosos —pronunció aquellas palabras con desprecio—. Para vosotros solo somos comida, chusma sucia, pobre e ignorante con la que alguien de tu categoría no quiere mezclarse.

—También te equivocas conmigo —contesté dolida—. Yo fui una de vosotros. No he estado siempre en lo más alto.

—Bueno, eso sería cuando eras humana, pero tú misma me dijiste que había pasado tanto tiempo que no lo recordabas.

Aquellas últimas palabras rebasaron el límite de mi paciencia. Me puse de rodillas en el sofá y me incliné hacia él, amenazadora. Jake se echó hacia atrás hasta que el brazo del sofá frenó su huida.

—Te mentí, ¿de acuerdo? —le grité a apenas un par de pulgadas de su rostro—. Lo recuerdo todo. Recuerdo el frío, el hambre, las humillaciones continuas, el dolor… Me gustaría olvidar mi vida humana y fingir que siempre he sido rica y poderosa, pero tuve una vida mucho más difícil de lo que puedas imaginar, así que no vuelvas a insultarme.

—¿Y cómo voy a saber eso? —dijo él furioso—. Nunca me cuentas nada. Tú lo sabes todo de mí. Lo que no estaba en el informe de tu amigo el *hacker* te lo he contado yo por voluntad propia. Sin embargo, tú nunca me cuentas nada, nunca hablas de ti misma.

—Es parte del disfraz de monstruo misterioso e impenetrable. —Traté de bromear, pero mi voz sonó demasiado triste.

Había vuelto a echarme hacia atrás en el sofá. Para no tener que enfrentarme a su mirada, fijé mis ojos en la pantalla apagada del televisor. Le vi reflejado en ella. Me miraba con ternura, como nunca habría pensado que podría mirarme un humano. Alargó su mano para tomar la mía y apretarla con cariño.

—Cuéntame quién eres —suplicó—. Confía en mí para que yo pueda confiar en ti. Creo que lo merezco si me voy a jugar la vida por ti.

Me giré hacia él y observé sus ojos claros y sinceros. Le había hecho muchos desprecios en el pasado y, en aquel momento, le estaba pidiendo que arriesgara su vida en una misión suicida que no le incumbía en absoluto. Al menos le debía aquello.

—Abre otra cerveza y ponte cómodo —dije tras asentir—. Esta historia comienza en 1845.

XXVI

Amazing grace

Plantación Mirtle Alley, Darrow (Luisiana). 1845.

Camile escuchó los cascos de un caballo que se acercaba al galope a su cabaña. Miró con angustia a su pequeña, que se había quedado dormida mientras le daba el pecho. Con mucho cuidado, la dejó en la caja de madera que le servía de cuna, se arregló las ropas y salió a la puerta tras echar una última mirada a su niña y rogarle al Señor para que no se despertase.

Cuando salió, se quedó apoyada en la puerta cerrada y contempló como la visita que llevaba meses temiendo se materializaba ante sus ojos. Charles Chevalier, el dueño de la plantación, había venido a verla.

—Buenas noches, amo —saludó con la cabeza baja—. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Por supuesto que puedes —contestó mientras bajaba del caballo—. Vengo a ver a tu hija.

—¿Qué hija, señor? —preguntó fingiéndose confusa.

—¿De verdad creías que ibas a poder ocultármela? —El hombre negó con la cabeza, le tendió las riendas de su montura y la apartó de la puerta con brusquedad.

Camile ató el caballo a la rama baja de un roble y corrió tras él. Se lo encontró en el centro de la única estancia de la cabaña, sosteniendo en alto un candil que arrojaba una miserable luz sobre el rostro aún dormido de la pequeña. Como si se hubiera sentido observada, la niña parpadeó y acabó abriendo los ojos para clavarlos en el rostro del hombre. Unos ojos enormes, brillantes y de un color azul imposible en una niña mulata.

—¿Cómo se llama?

—Véronique.

—Tiene mis ojos. No se puede negar que es hija mía.

—No me la quite, amo. La señora no tiene por qué enterarse.

—No te la voy a quitar —dijo el hombre sonriendo—. Y no te preocupes por la señora. Le encantará tener una esclava tan exótica sirviendo en su casa. Os venís las dos a trabajar a la mansión.

—¿Está seguro, señor?

—Sí. Se acabó recoger azúcar para ti. La niña nunca tendrá que trabajar en el campo y recibirá una buena educación.

Camile sintió que todas sus plegarias habían sido escuchadas. Parecía que el amo sentía algo por su pequeña hija y que iba a protegerla. Sintió ganas de lanzarse al suelo de rodillas y besarle los pies en señal de agradecimiento, pero algo en su sonrisa cruel hizo que se detuviera.

—Espero que, además de heredar mis ojos, también herede la belleza de su madre —dijo él mientras acariciaba con un dedo la mejilla de la niña—. Una mulata guapa con los ojos azules puede venderse por una auténtica fortuna.

Plantación Mirtle Alley, Darrow (Luisiana). 1857.

Cuando terminé de cubrirme el pelo con el pañuelo blanco, alisé mi vestido y me contemplé en el espejo. Estaba muy nerviosa. Aquella noche iba a ser la primera vez que me dejaran servir en una cena con invitados. Y no eran unos invitados cualquiera. Venían a cenar los Bellamy, los dueños de la mayor plantación de la zona. Había oído rumorear a las otras esclavas que los amos querían casar a la señorita Geraldine con el hijo de los Bellamy y que por eso aquella cena, que supondría la primera toma de contacto entre ambos jóvenes, era tan importante. Aquello debía de ser verdad, porque nunca antes había visto al ama tan nerviosa e irascible. Llevaba toda la semana

haciéndonos ensayar cada pequeño detalle, como si, en lugar de una cena, fuéramos a protagonizar una coreografía bien ensayada. Repasé mentalmente todas mis funciones para aquella noche, me sequé las manos sudorosas en el delantal y bajé a paso rápido para reunirme al pie de la enorme escalera de mármol blanco con el resto del servicio.

Los amos ya estaban allí: el señor y la señora Chevalier, Gustave, su hijo mayor, y la señorita Geraldine. Me quedé mirándola con la boca abierta. Estaba tan bella con su vestido de color rosa lleno de lazos y volantes… No dudé ni un solo segundo de que el hijo de los Bellamy no tendría más remedio que enamorarse de ella en cuanto la viera.

Unos minutos después, escuchamos como un carruaje se detenía ante nuestra puerta. Los Bellamy llegaron y saludaron a sus anfitriones. Yo seguía boquiabierta, asombrada por los exquisitos vestidos de las damas, por los abanicos de plumas, por el brillo de las joyas… Pero algo me sacó de mi estupor: la mirada fija del hijo de los Bellamy sobre mi cuerpo. Sentí que me sonrojaba. Nunca nadie me había mirado de aquella manera en mis doce años de vida. Era extraño y turbador. Aún así, me sentí halagada y noté que un calor extraño recorría mi cuerpo hasta quedar anclado en mis mejillas. El hijo de los Bellamy era un joven muy apuesto y se había fijado en mí.

A pesar de mis nervios, conseguí cumplir con mi trabajo y no tirar nada durante la cena. Cuando no tenía que servir, debía quedarme en una esquina del comedor, con la mirada baja y las manos en el regazo, solícita y atenta. Sin embargo, de vez en cuando me atrevía a levantar la cabeza y observar la mesa. A pesar de todas las atenciones que le dirigía Geraldine, los ojos del joven Bellamy se cruzaban una y otra vez con los míos.

Cuando terminó la cena, las mujeres se retiraron al salón de té mientras los hombres se encerraban en la biblioteca para disfrutar de una buena copa de brandy, unos puros y una partida de cartas. Antes de marcharse, la señora me ordenó que fuera a la cocina a por café y lo llevara a la biblioteca. La bandeja ya estaba preparada y, temiendo que pudiera derramar algo, la llevé con todo cuidado, atenta a cada

paso que daba. Aquello me impidió ver que el joven Bellamy se acercaba por el pasillo. Choqué contra él y estuve a punto de derribar la bandeja y todo su contenido, pero él me ayudó a sostenerla.

—Cuidado, chiquilla —me dijo con voz burlona—. Podrías haberme abrasado con esto.

—Lo siento muchísimo, señor.

Mi voz temblaba tanto como mis manos. Él debió de darse cuenta de que no iba a poder seguir sosteniendo la bandeja, así que me la quitó y la dejó sobre una cómoda cercana. Después, me agarró por los hombros y me hizo retroceder hasta una pared para que pudiera apoyarme. No supe cómo reaccionar. Nunca en la vida habría imaginado que un hombre tan guapo y elegante pudiera tratarme tan bien. Su manera de mirarme, con aquellos ojos claros y cristalinos, su sonrisa de dientes perfectos, el calor de sus manos sobre la piel de mis brazos… Todo aquello nublaba mi razón y me hacía verle como a un príncipe de cuento que hubiera venido a rescatarme de la torre en la que estaba cautiva. Y, entonces, en un segundo, se transformó.

Se lanzó sobre mí y aplastó mi cuerpo contra la pared. Me besó, pero no fue el beso dulce y tierno que yo había esperado. Me besó con rabia, como si quisiera poseerme y devorarme en un solo beso, mientras una de sus manos me remangaba las faldas y la otra se introducía por el escote de mi vestido para manosearme los pechos. Me quedé paralizada. Incluso me pareció que mi respiración y mi corazón se detenían. El tiempo también se detuvo… Tan solo las lágrimas que rebosaban de mis ojos demostraban que seguía viva. Intenté no pensar, no sentir, pero sus manos recorriendo mi cuerpo y su lengua lamiendo mi cuello me revolvieron las entrañas. Él se restregaba contra mí mientras gruñía como un animal. Quise protestar, empujarle para que se apartara, pero el miedo me lo impidió. Él era un amo y yo una esclava, sin voluntad, sin derechos… Lo único que me estaba permitido era rezar para que acabara.

Por suerte, se contuvo. Supongo que se dio cuenta de que no podía hacer más en aquel pasillo, expuesto a que cualquiera pasara y

le encontrara conmigo. Me dio un último empujón contra la pared y me miró con desprecio. Después, se puso frente a un espejo, se recolocó la ropa y regresó a la biblioteca como si nada hubiera pasado, como si no acabara de conseguir que me sintiera sucia, pequeña, insignificante y culpable.

Cuando conseguí dejar de llorar, llevé la bandeja con el café a la biblioteca. Él estaba sentado a la mesa, jugando a las cartas. Ni siquiera me miró, como si yo no existiera. Cuando terminé, me refugié en mi habitación y estuve llorando toda la noche.

Aquella escena se repitió muchas veces. No solo con él. Parecía que todos los invitados varones que pasaban por la plantación se sentían en la obligación de ponerme en mi lugar, de demostrar su poder sobre mí. Por suerte, se limitaban a besarme, a restregarse contra mí, a meter sus sucias manos bajo mi vestido, pero nunca llegaron a más. Yo era una propiedad del señor Chevalier, como sus cuadros, jarrones o caballos. Podían admirarlos e incluso toquetearlos, pero no estropearlos. Lo peor de todo era que, en aquellos momentos, yo agradecía aquella condición de propiedad que me protegía.

Plantación Mirtle Alley. Darrow (Luisiana). 1865.

El rumor se extendía de plantación a plantación. El sur había perdido la guerra y, según la Proclamación de Emancipación que había promulgado Lincoln, éramos libres. El señor Chevalier y su hijo se habían alistado hacía ya tres años, dejando la plantación en manos de la señora y su hija. Aquellas mujeres nunca habían tenido que preocuparse de nada más que de combinar su sombrero con su bolso. Aquello, unido al declive del comercio en los estados del sur, había llevado a la plantación a la ruina. Ni siquiera teníamos comida para alimentarnos, lo que había hecho que muchos esclavos fueran escapando, algunos simplemente para ser libres, otros para unirse al ejercito de la Unión y luchar contra los que les habían mantenido esclavizados.

Mi madre y yo continuábamos en Mirtle Alley. Las dos habíamos nacido allí y no conocíamos nada más. Por lo que sabíamos, el mundo terminaba al otro lado de las altas verjas de la plantación. No había ningún lugar al que pudiéramos ir. Por desgracia, cuando uno de nuestros vecinos regresó de la guerra, confirmando la derrota del sur y anunciando que tanto el señor Chevalier como su hijo Gustave habían caído en la batalla de Five Forks, la señora decidió que ya no podía seguir manteniéndonos. Nos anunció, con la voz cargada de resentimiento, como si nosotros tuviéramos la culpa de su desgracia, que éramos libres y que ya no podíamos seguir viviendo en Mirtle Alley. Ni siquiera nos permitió recoger nuestras escasas pertenencias.

Salimos de la hacienda en la que habíamos pasado nuestra vida sin comida, sin ropa de abrigo, sin destino… Éramos un grupo de unas sesenta personas, la mayoría ancianos, mujeres y niños, que no sabían si sonreír por haber conseguido la ansiada libertad o sentarse al borde del camino para llorar por sentirnos perdidos y solos.

Por suerte, nos fuimos cruzando con caravanas similares, salidas de las plantaciones vecinas. Se dirigían a Nueva Orleans. Decían que en la ciudad había trabajo y que nos pagarían por él, que podríamos sobrevivir y prosperar. En los ojos de muchos de ellos se veía un brillo ilusionado, una creencia ciega en un porvenir mejor. Nos unimos a aquella caravana cada vez mayor. A pesar de los días de agotadora caminata, del hambre y el frío, entramos en Nueva Orleans entonando salmos de alabanza al Señor.

XXVII

The house of the rising sun

Nueva Orleans (Luisiana). 1866.

Tardé poco en darme cuenta de que aquella ciudad no era la tierra prometida que habíamos esperado. El trabajo escaseaba y estaba mal pagado. Dormíamos en una casa, apenas una habitación, compartida con otras veinte personas. El lugar era húmedo, oscuro, sucio y mal ventilado, mucho peor que las cabañas de esclavos en las que habíamos vivido en Mirtle Alley. Con lo que pagábamos de alquiler, casi no nos llegaba para comprar comida. Pronto me di cuenta de lo que significaba aquella libertad por la que tanto habíamos suspirado: éramos libres para elegir qué jefe iba a explotarnos, para escoger en qué callejón oscuro morirnos de hambre y frío.

Mi madre cayó enferma aquel invierno y tuvo que dejar de trabajar. Solo con mi escaso jornal no podíamos permitirnos comprar comida y mucho menos llamar a un médico o pagar medicamentos. Intenté conseguir otro empleo, dispuesta a trabajar veinticuatro horas al día si era necesario, pero no encontré nada. Sentada al lado del colchón en el que mi madre se consumía por la fiebre, tomé una decisión, la única salida posible que vi en aquel momento. Sabía lo que sentían los hombres por mí. Llevaba toda mi vida sufriendo por los instintos que despertaba en ellos. Tendría que aprovechar aquella única carta favorable que la vida me había otorgado. Me incliné hacia mi madre y besé con delicadeza su frente perlada por el sudor.

—Volveré con medicinas, mamá. Todo irá bien. Yo me ocuparé de ello.

Ella solo me dirigió una mirada vacía y pérdida mientras un nuevo escalofrío recorría su cuerpo. Me imaginé que aún me veía y que el rictus de su boca era una sonrisa con la que me daba su

bendición. Salí de casa y me dirigí hacia el puerto, a las sucias calles en las que las mujeres vendían su cuerpo a cualquiera que pudiera pagarlo.

Mi primer cliente fue un marinero que ni siquiera hablaba mi idioma. No supe si era español o italiano, pero me dio igual. Lo único que me importaba eran los billetes que me había enseñado antes de cogerme de la mano y llevarme a un callejón oscuro atestado de redes rotas y desperdicios. Lo hicimos allí mismo, de pie contra una pared, rodeados de gaviotas que se peleaban por los restos de pescado podrido. Él me empujó contra una pared, me subió las faldas y me penetró desde atrás. Puede sonar extraño, pero me alegré de que fuera así: de no tener que besarle, de no soportar su aliento a whisky barato, de que no pudiera verme llorar… Lo hice con otros dos hombres aquella noche, hasta conseguir el dinero que necesitaba para pagar los medicamentos de mi madre. Al amanecer, fui a la botica más cercana y esperé a que abriese. Cuando conseguí las medicinas, regresé a casa a la carrera. Ya no importaba el dolor ni la vergüenza. Solo importaba que iba a salvar a mi madre.

Me arrojé al lado de su cama de rodillas con una sonrisa enorme iluminando mi cara. Mi madre tenía los ojos cerrados y parecía que descansaba tranquila.

—Mamá, despierta… He traído las medicinas.

Extendí la mano para acariciar su mejilla y me quedé paralizada. El terror se extendió desde su piel helada hasta mis dedos para invadir todo mi cuerpo. La cogí por los hombros, la agité, la llamé una y mil veces, pero nada funcionó. Estaba muerta. No había sido capaz de salvarla. Lloré durante horas inclinada sobre su cuerpo mientras una horrible idea iba germinando en mi mente: estaba totalmente sola en el mundo.

Volví al puerto a la noche siguiente. Tenía que pagarle a mi madre un funeral digno. Las siguientes noches seguí yendo por inercia. Una vez pasada la vergüenza de los primeros días, me resultó más fácil a pesar del frío, de los malos modos de los clientes, de la

inseguridad de pasar las noches en la oscuridad de aquellas calles... Sabía que las prostitutas no solían durar mucho tiempo. Aquella profesión tenía demasiados peligros: podías morir por una enfermedad venérea, porque a algún cliente se le fuera la mano, degollada en algún rincón por cualquier ladrón que quisiera llevarse las monedas que hubieras podido ganar…

No me importaba. Me daba igual estar viva o muerta. Por suerte, solo llevaba trabajando un par de meses cuando Madame Levant detuvo su carruaje junto a mi esquina. Se bajó del coche, cuidando de no manchar sus botines acharolados con la mugre de la calle, y se acercó directamente a mí sin dudar un segundo, como si hubiera venido en mi busca. Sin decir una palabra, me miró de arriba abajo, me agarró por las mejillas y apretó para hacerme abrir la boca y verme los dientes, como si yo fuera un caballo que pretendiera comprar. Golpeé su mano para que me soltara y le lancé una mirada de furia.

—Además de bella, tienes carácter. Me gustas. —Fue mi turno para observarla en detalle. Nunca lo había hecho con una mujer, pero parecía limpia y con dinero. Si ofrecía lo suficiente, no le pondría pegas—. Quiero que vengas conmigo.

—¿Cuánto vas a pagarme? —pregunté.

—No. No es eso, mi dulce niña. Quiero que trabajes para mí. Soy la dueña del The Rising Sun.

Había oído hablar de aquel lugar a algunas de mis compañeras: el mejor prostíbulo de la ciudad, un lugar de lujo y desenfreno al que acudían los terratenientes y grandes empresarios.

—Trabajarás sobre colchones de plumas, vestirás las mejores sedas y bañarás tu cuerpo con perfumes de Paris. —Ella volvió a mirar mi figura hasta llegar a mi rostro, donde se detuvo mientras su sonrisa se ampliaba—. Con ese cuerpo y esos ojos, puedo convertirte en la puta más cotizada de Nueva Orleans.

Accedí, por supuesto. Ya había vendido mi cuerpo y mi alma.

Al menos, esperaba hacerlo por bastante más dinero.

The Rising Sun. Nueva Orleans (Luisiana). 1867.

Madame Levant cumplió su palabra. En un par de meses, me enseñó a vestirme, a peinarme y maquillarme como una dama de la alta sociedad y también a mirar, sonreír y contonearme para volver loco de deseo a cualquier hombre. En poco tiempo, mi nombre corrió de boca en boca. Los hombres ofrecían enormes sumas de dinero para conseguir una cita conmigo y se apuntaban a listas de espera de semanas. Incluso venían a verme de otros estados. Todos querían estar con la diosa criolla de ojos azules. Todos menos uno.

Se decía de Nathaniel Dankworth que era uno de los hombres más ricos de Luisiana. Procedía de Inglaterra y se contaba que había amasado su inmensa fortuna durante la guerra, trayendo armas de contrabando de Europa para vendérselas a cualquiera de los dos bandos. Cuando la guerra acabó, consiguió comprar por precios ridículos muchas de las grandes plantaciones del estado para después ir vendiéndolas al mejor postor.

Era un hombre muy apuesto, de pelo moreno y piel blanca. Sus ojos parecían variar de color al igual que el cielo, pasando de un azul brillante a un apagado y frío gris. Todo en él resultaba agradable: su sonrisa amable y sincera, su voz suave y cálida, sus modales refinados… Era un cliente asiduo del burdel, pero no se comportaba como el resto de clientes. Cuando elegía a una chica, la invitaba al mejor champán, la sacaba a bailar, le decía cumplidos y le recitaba poemas de amor, como si estuviera cortejándola en lugar de comprándola. Además, se decía que era un amante experto y muy fogoso. Las chicas que pasaban una noche con él tardaban días en recuperarse, aunque ninguna se quejaba. Todas suspiraban por él y muchas admitían sin reparos estar enamoradas.

No era aquel mi caso, aunque tenía que admitir que su

desinterés hacia mi persona me intrigaba. Estaba segura de que yo le gustaba, porque muchas veces había descubierto su mirada prendida en mi figura o le había sorprendido observándome con unos ojos en los que ardía el deseo. Sin embargo, nunca le preguntó por mí a Madame Levant ni se apuntó en mi lista de futuros acompañantes. Cansada de su indiferencia, decidí abordarle una noche de Año Nuevo en la que había bebido más champan del aconsejable. Me acerqué con el rostro semiescondido tras un abanico de plumas rojas y, cuando me coloqué frente a él, lo hice descender para dedicarle mi sonrisa más deslumbrante.

—Señor Dankworth —le dije tendiéndole mi mano para que la besara—. Creo que no nos han presentado.

Él ignoró mi mano y me dedicó una sonrisa burlona, antes de desviar la mirada hacia la pista de baile para quedarse mirando a una de mis compañeras. Me sentí tan avergonzada que pensé en marcharme de inmediato, pero la curiosidad venció a mi orgullo.

—¿Puedo saber por qué me ignora de esta manera? ¿He hecho algo para merecerme sus desaires?

—Por supuesto que no, señorita Chevalier —contestó taladrándome con su mirada.

—Entonces, ¿por qué me evita?

—Porque sé que el día que la roce caeré rendido a sus pies y ya nunca querré separarme de usted. No quiero acercarme y sucumbir a su hechizo sin estar seguro de que podré tenerla para siempre.

Mientras hablaba, se había ido acercando a mí hasta acabar pronunciando las últimas palabras con sus labios casi rozando los míos. Yo no reaccioné. Sentí que me faltaba el aire, que el resto del mundo se desvanecía, que mi único punto de referencia sería, desde aquel momento, el brillo de sus ojos claros.

—¿Para siempre? —repetí como una estúpida.

—Sí, amada mía… —Se permitió acercarse aún un poco más,

de manera que pude sentir el aire que salía de su boca y acariciaba mis labios como una promesa—. No sufras, Véronique. Sucederá muy pronto.

Sin decir nada más, se apartó de mi lado y se fue de la fiesta. Estuvo sin venir un par de semanas. Las chicas estaban preocupadas y de mal humor, temiendo que alguna de nosotras pudiera haberle importunado y que no fuese a volver. Por suerte, nos llegaron rumores diciendo que Dankworth había salido de la ciudad en viaje de negocios y que se esperaba que regresase pronto.

Cuando volvió, lo primero que hizo fue enviar una carta a Madame Levant en la que solicitaba que yo le visitara en su mansión. Ella me llamó a sus aposentos y me enseñó su mensaje con una sonrisa burlona, como si aquella idea le resultara ridícula. Sin embargo, yo cogí su carta con manos temblorosas, recordando aquella voz que me había recorrido como una caricia mientras me prometía que me haría suya. Le pedí a Madame Levant que anulara mis citas de aquella noche diciendo que me encontraba indispuesta y que avisara al señor Dankworth de que acudiría encantada. El brillo de avaricia de los ojos de Madame Levant me hizo pensar que él debía de haberle propuesto una enorme cantidad de dinero para que facilitara aquel encuentro y que ella no iba a poner el más mínimo inconveniente.

A la hora indicada, yo me encontraba vestida con mis mejores galas esperando el carruaje que iba a venir a recogerme, nerviosa como una novia en su noche de bodas. El coche llegó y me llevó hasta su mansión, situada a las afueras de la ciudad. Él me estaba esperando a los pies de la escalinata que llevaba a su casa y me tendió la mano para ayudarme a bajar, como un caballero que recibiese a su dama. Me sorprendió el modo en el que me miraba, como si yo fuese lo más hermoso que hubiese visto en su vida, como si fuese un enamorado y de verdad me amase. Tuve que repetirme una y otra vez que él solo era un cliente, pero, aun así, él conseguía que yo lo olvidara con cada mirada, con cada sonrisa, con cada palabra…

Paseamos por los jardines de su mansión hasta llegar a un pequeño lago en el que se reflejaba la luz de la luna. Él me acompañó

hasta hacer que me sentara en un banco de la orilla y se colocó a mi lado. Seguía manteniendo mi mano entre las suyas y sus ojos brillaban ilusionados. Pensé que, si no fuera porque era una idea ridícula, habría creído que iba a declararse y pedirme matrimonio. Me sentí estúpida por albergar aquellas esperanzas y decidí romper el silencio.

—Habéis pasado mucho tiempo fuera, señor Dankworth. Las chicas estaban preocupadas. —Le di un ligero golpecito en la mano con el canto de mi abanico, como si estuviera riñéndole.

—Tenía que resolver un asunto importante que no admitía demora.

—¿Negocios?

—No. Amor —contestó clavando su intensa mirada en mis ojos—. He tenido que solicitar permiso para convertir a una dama en la mujer con la que quiero compartir la eternidad.

Supuse que habría ido a hablar con el padre de aquella chica para informarle de sus intenciones de comprometerse. Lo que no entendía era por qué me lo contaba a mí, a una puta con la que estaba a punto de acostarse.

—He conseguido ese permiso. Ya solo me falta que la dama me acepte.

—Os deseo mucha suerte, aunque no creo que la necesitéis —dije con una sonrisa—. Esa dama puede considerarse muy afortunada.

—Esa dama sois vos, Véronique. —Se arrodilló frente a mí y cogió mis manos entre las suyas—. ¿Me haríais el honor de compartir la eternidad conmigo?

Sus palabras me sorprendieron tanto que no supe qué contestar. Yo no le amaba. Nunca había pensado en él en aquellos términos, pero supuse que podría aprender a quererle. Lo que me ofrecía era más de lo que podría haber soñado jamás. Una vida de lujos y comodidades, de libertad… Una vida en la que nunca nadie tendría poder sobre mi

cuerpo… aparte de él, claro. Pensé que podría pagar aquel precio y asentí emocionada. Él volvió a sentarse a mi lado, me abrazó por la cintura para atraer mi cuerpo contra el suyo y me besó apasionadamente. Yo respondí a su beso, aunque todavía me encontraba turbada por lo que acababa de suceder. Aún seguía confusa cuando él dejó de besar mis labios y descendió por mi cuello. Noté un pinchazo agudo y una extraña sensación de paz que me invadía y me arrastraba al olvido. Y así fue cómo me convertí en un ser de la noche: poderoso, inmortal, libre y eterno.

XXVIII

Roxanne

Traverse City (Michigan). 1920.

Los primeros años con Nat fueron fascinantes. Me enseñó lo que éramos, cómo usar mis poderes para atraer a los humanos, cómo controlar sus mentes para que se plegaran a mi voluntad, cómo modificar sus recuerdos…

Llevábamos una vida de lujos y excesos. Nos codeábamos con la alta sociedad en restaurantes y clubs, acudíamos a las mejores funciones en el teatro y en la ópera y, a altas horas de la madrugada, cazábamos juntos. Más o menos cada diez años cambiábamos de estado. La gente ya rumoreaba bastante sobre el distinguido caballero inglés y su amante criolla como para permitir que empezaran a plantearse que no envejecíamos.

Nuestra vida habría sido idílica de no ser por la verdadera y oculta naturaleza de Nat. Él no me amaba, al igual que yo no le amaba a él, aunque disfrutábamos de nuestra mutua compañía. El problema era que a él no le bastaba conmigo y con las visitas a los burdeles, de los que seguía siendo un cliente asiduo. Tenía otros deseos, otras necesidades, que ni yo ni las prostitutas que frecuentaba podíamos satisfacer.

Había algo oscuro en su interior, un deseo de poder y dominación enfermizo. Se alimentaba de sus víctimas, pero aquella sangre no servía para saciar su verdadera sed. De vez en cuando, salía de caza y regresaba con alguna joven de clase baja, chiquillas de los suburbios muertas de hambre por las que nadie iba a preguntar… Las metía en el sótano de la casa y, durante noches y noches, yo escuchaba sus gritos de agonía. Jamás vi que ninguna de ellas volviera a salir de la casa por su propio pie.

Nunca le dije nada. Prefería fingir que nuestra vida era perfecta

y que no me enteraba de que mi compañero era un monstruo cruel que disfrutaba torturando criaturas indefensas. Supongo que al final eligió a la víctima equivocada, a una chica con un padre, un hermano o un novio lo bastante temerario como para atreverse a acudir a la guarida del monstruo para acabar con él y convencer a sus vecinos para que le acompañaran.

Llegaron al alba. Yo tenía la costumbre de esperar hasta el último momento para acostarme. Me gustaba ver como el cielo iba aclarándose y tiñéndose con tonos amarillentos, como los primeros rayos de aquel sol que era mortal para mí despuntaban tras las colinas y se reflejaban en el lago Michigan. Creo que aquello me salvó. Cuando llegaron y prendieron fuego a la casa, yo todavía no estaba profundamente dormida. Escuché sus gritos y los relinchos de sus caballos y noté el olor del humo. Salí de mi habitación a la carrera y traté de ir a despertar a Nat, pero el pasillo que llevaba a sus aposentos ya estaba en llamas.

El fuego nos enloquece. Es una de las pocas cosas en el mundo que puede destruirnos. Aún así, mientras bajaba a toda prisa las escaleras, pude mantener la cabeza fría. No podía salir de la casa. Si aquellos hombres no me mataban, lo haría la luz del sol. Tenía que encontrar un sitio en el que estar a salvo allí dentro. Corrí hacia la cocina y abrí una trampilla situada en el suelo que llevaba a nuestra bodega. Estaba excavada en la misma roca sobre la que se levantaba la mansión. Recé para que aquellos muros de piedra pudieran protegerme. Me refugié en la esquina más alejada, me senté en el suelo abrazándome las piernas y recé para sobrevivir. A pesar del espeso humo que se colaba y del calor, cada vez más agobiante, no pude resistirme y caí dormida.

Cuando desperté, un silencio absoluto me rodeaba. Ya no se escuchaban los gritos de los hombres ni los cascos y relinchos de sus caballos ni el crepitar del fuego. Me acerqué a la trampilla. La madera estaba casi carbonizada y aún caliente, pero había aguantado. Cuando la abrí y salí al exterior, me encontré en medio de una desolación absoluta. No quedaba nada de la mansión, solo rescoldos humeantes...

y tampoco quedaba nada de Nat.

Volvía a encontrarme sola en el mundo. No tenía amigos, ni dinero… Ni siquiera un lugar en el que refugiarme cuando volviera a salir el sol. Sumida en la desesperación y el pánico, eché a correr y me interné en el bosque. Corrí sin descanso, millas y millas sin rumbo fijo, hasta que me di cuenta de que estaba perdida y de que mi último amanecer llegaría pronto. Me dejé caer sobre el suelo, alfombrado de hojas secas y agujas de pino, y entonces apareció el ciervo.

Creo que es una de las imágenes más hermosas que he visto nunca. Las primeras luces del alba acariciaban su piel y arrancaban brillos a aquellos enormes ojos oscuros que parecían unos pozos negros en los que perderse. Me quedé mirando a aquel enorme macho con su cornamenta de veinte puntas que se acercaba a mí sin mostrar miedo. Incluso pensé en levantarme y acariciar su pelaje, pero, en aquel momento, el potente ruido de una detonación rompió el silencio del bosque.

El animal cayó abatido a unos pasos de mí, soltando un bramido de dolor que me conmovió por dentro. La sangre manó de su costado mientras él se debatía en el suelo, luchando por su vida. El aroma de la sangre inundó mis fosas nasales, despertando mi hambre. Hacía varias noches que no cazaba y me encontraba exhausta. Necesitaba comer, pero no quería alimentarme de aquella criatura.

Escuché unos pasos que se acercaban a la carrera. Un cazador apareció entre los árboles con el cañón de su escopeta aún humeante. Allí estaba la respuesta a mis plegarias. Sin pensarlo un segundo, salté hacia él dispuesta a devorarlo, pero una sombra se cruzó en mi camino y lo derribó primero. Era un hombre enorme, con la piel tan sucia que parecía negra. Tenía el pelo largo y enredado, lleno de hojas y ramitas e iba cubierto con pieles. Se lanzó sobre el cazador y, de un solo mordisco, arrancó un trozo de carne de su cuello haciendo que la sangre manara como una fuente. Bebió durante unos segundos y después se levantó, cogió la escopeta de manos del cazador y se acercó al ciervo, que aún agonizaba.

—Puedes comer —me dijo señalando al cazador—. Todavía está vivo.

Disparó a la cabeza del ciervo para que dejara de sufrir y después se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas y la escopeta apoyada en las rodillas, esperando a que yo terminara de alimentarme. Así fue cómo conocí a David y cómo me enteré de que había vampiros diferentes a Nat y a mí. Él no podía controlar las mentes humanas, pero a cambio era capaz de comunicarse con los animales y de enterrar su cuerpo bajo tierra para protegerlo de los rayos del sol. Cuando supo que yo no tenía aquella capacidad, convenció a una manada de lobos de que me permitieran ocultarme en su madriguera hasta que llegara la noche.

Fue una experiencia extraña estar rodeada de aquellos seres. Me recordaron mucho a nosotros: bellos, salvajes, peligrosos… A pesar de sus colmillos afilados y de sus garras, aquel día descansé sintiéndome segura y a salvo. Cuando desperté y salí de la cueva, acompañada por la manada, David estaba esperándome fuera.

—He estado pensando mucho en ti —me dijo mientras paseábamos a la luz de la luna—. Tú no puedes sobrevivir aquí. El bosque no es sitio para una princesa.

—No tengo dónde ir —le dije apenada—. Creo que no hay sitio para esta princesa en ninguna parte.

—Necesitas una gran ciudad, un sitio lleno de humanos que se mueran por servirte. —Me agarró de la mano y tiró de mí—. Yo te llevaré.

Tardamos varias noches en atravesar aquel inmenso bosque. Caminábamos durante horas y, cuando el sol iba a despuntar, él buscaba la cueva de algún animal que accediera a ocultarme. Una noche me di cuenta de que los árboles empezaban a espaciarse y oí a lo lejos el silbido de una locomotora. Él me agarró una mano y apretó con fuerza.

—Nuestros caminos se separan ya, pero sabes que siempre

tendrás un amigo en estos bosques.

—¿Dónde se supone que voy a ir? —pregunté asustada.

Habíamos salido del bosque y, frente a nosotros, los raíles de una vía de tren se extendían hasta el horizonte.

—El tren lleva hasta Detroit. Yo nací allí. Es una gran ciudad. Te gustará.

Negué con la cabeza. No quería separarme de él y volver a quedarme sola, pero sabía que David tenía razón. Yo no estaba hecha para sobrevivir en los bosques.

—Te echaré de menos.

—Suelo pasarme de vez en cuando por mi ciudad. Ya nos veremos —dijo con una sonrisa.

Oímos de nuevo el silbido de la locomotora, más cerca esta vez. Él se giró hacia el lugar del que procedía el sonido y apuntó hacia allí para señalarme el brillo de la luz delantera del tren, que parecía un ojo que fuera haciéndose más grande a cada segundo.

—En esta curva el tren reduce mucho su velocidad. Podrás subir a uno de los vagones de mercancías y esconderte dentro. Antes de que amanezca, estarás en Detroit.

Asentí y me lancé contra su pecho. Él me rodeó con sus enormes brazos. Durante unos segundos, deseé poder quedarme así para siempre, sintiéndome protegida por su cuerpo, aspirando su aroma a bosque y libertad, pero el traqueteo ya muy cercano del tren hizo que nos separáramos. Le dirigí una última sonrisa de despedida y, cuando el tren llegó hasta nosotros, empecé a correr paralela a él hasta alcanzar la puerta entreabierta de uno de los vagones de mercancías. Me encaramé a él y me quedé asomada, con medio cuerpo colgando, viendo cómo la figura de David iba haciéndose más y más pequeña hasta desaparecer por completo.

Detroit (Michigan). 1920.

Solo tardé unos minutos en darme cuenta de que Detroit no era el paraíso anhelado del que me había hablado David. En cuanto salí de la estación, me encontré sola, perdida y sin un dólar en los bolsillos. Mi ropa estaba rota y cubierta de ceniza, mi pelo enmarañado, mi piel sucia… Nadie iba a dar refugio a alguien así. Necesitaba encontrar un sitio en el que poder esconderme antes de que amaneciera, necesitaba darme un baño y conseguir ropa limpia. Y, para todo eso, necesitaba dinero.

Mi naturaleza me impedía encontrar y mantener un trabajo. Además, no había tiempo para eso. No debían de quedar más de dos o tres horas para que saliera el sol. Lo único que se me ocurrió fue volver atrás en el tiempo, volver a venderme al primer hombre que pasara y que quisiera pagar por un rato en mi compañía. La sola idea me repugnaba. Llevaba años viendo a los humanos como comida. Acostarme con uno de ellos sería como follar con una oveja. Entonces me di cuenta de que no era necesario que tuviera sexo con ellos. Tan solo tenía que convencerles de que lo había hecho.

Me coloqué en una esquina esperando a mi primera víctima. El barrio en el que estaba no parecía muy lujoso, pero tampoco podía ir a uno mejor con mi aspecto. Esperaba poder convencer a algún trabajador que volviera a casa, incluso a algún policía que estuviera haciendo su ronda… Lo que no esperaba era que un enorme coche negro se detuviera frente a mí. Había visto muy pocos automóviles en mi vida. Solamente la gente muy rica podía permitirse uno.

Conocía el modelo que acababa de detenerse frente a mí: un Rolls-Royce Silver Ghost, el que se consideraba en aquel momento el mejor coche del mundo. Yo había intentado convencer a Nat de que deberíamos comprar uno, pero él se había negado porque era demasiado ostentoso y nos haría llamar la atención. En el asiento trasero distinguí a un apuesto caballero de pelo claro que abrió la portezuela y se bajó para dirigirse a mí y tenderme la mano.

—Markus Kressler —se presentó—. Una joven tan adorable

como usted no debería estar sola en la calle de noche.

Colocó su brazo para que yo pudiera apoyarme en él. Pensé que mancharía su esplendido abrigo, pero él siguió esperando a que le agarrara con una sonrisa franca en su rostro y un brillo emocionado en sus ojos que, a la leve luz de las farolas, parecían desprender un fulgor dorado. Parecía encantado con mi presencia. Me agarré a él sin dudar más. Aquel hombre debía de llevar encima el dinero suficiente como para solucionar mis problemas financieros durante bastantes días y, aunque la presencia de su chofer dificultara mi plan inicial de controlar su mente y robarle, pensé que tampoco me desagradaba la idea de acostarme con él y conseguir el dinero por el método tradicional.

Me abrió la portezuela de su coche y me ayudó a subir antes de sentarse a mi lado y pasar un brazo sobre mis hombros. Yo levanté la barbilla hasta colocar mis labios muy cerca de los suyos.

—¿Qué vas a querer que te haga? —susurré extrañada al sentir que me moría de ganas de besarle.

—Tranquila, cariño. No voy a permitir que una de los nuestros tenga que venderse en las calles y menos alguien tan fascinante como tú. —Deslizó sus dedos por mi mejilla con un gesto que fue a la vez protector y sensual—. Yo cuido de mi gente. A partir de ahora, no tendrás que hacer nada que no quieras. Voy a convertirte en mi princesa.

XXIX

Blow

Cuando terminé de hablar, me quedé totalmente quieta, con la mirada perdida, sintiéndome tan exhausta como si acabara de correr un maratón. Nunca, en todos mis años de existencia, le había contado a nadie la historia completa. Nunca antes me había abierto a nadie de aquella manera.

En aquel momento, me sentía vacía, más ligera, como si, al haber compartido todo mi dolor con alguien, este hubiera perdido peso. No había sido mi intención sincerarme así, pero, al comenzar a hablar, había visto algo en los ojos de Jake que me había impulsado a seguir. Le importaba. Lo que yo le estaba contando le dolía.

Mientras hablaba con él, sentía como si él estuviera acompañándome de la mano a través de aquel circo de los horrores que había sido mi vida humana, a través de la confusión de mi conversión en vampiro y del miedo de mis primeros años como criatura de la noche. Sentí, a través de su mirada, que le habría encantado estar ahí, que lo habría dado todo por poder protegerme, por consolarme con su abrazo, por hacerme sentir que no estaba sola…

Aquello me había animado a abrirme como nunca antes lo había hecho con nadie. Y, cuando dejé de hablar, volví a mirar aquellos iris de color verde, buscando cualquier signo de reproche, pero solo encontré comprensión. Me sentí tan aliviada que tuve ganas de llorar…

—Siento haberte hablado como lo hice. —Él bajó la cabeza, avergonzado—. Tienes razón: no has olvidado lo que significa ser humano. Incluso puede que lo tengas tan grabado como para no estar muy segura de quiénes son los verdaderos monstruos.

Me dirigió una sonrisa triste y acercó su mano hasta dejarla sobre el sofá, justo al lado de mi pierna. Era una invitación, un “Estoy aquí. Toma mi mano si la necesitas”. La agarré y apreté con fuerza.

—Lo recuerdo todo… Incluso puedo ver los rostros de aquellos señoritos de las plantaciones, las caras de los marineros de Nueva Orleans… —Le dirigí una sonrisa sarcástica—. A lo mejor no eres el único con memoria eidética.

—Sí… Dicen que poder recordarlo todo es un don, pero muchas veces es una auténtica maldición. —Alzó su último botellín de cerveza y brindó con él—. Por el bendito olvido.

Le dio un largo trago hasta terminarlo por completo. Yo me quedé hipnotizada mirando su cuello, el movimiento de su nuez al tragar, la forma en la que una de sus venas se marcaba, azulada y apetecible, a través de su piel morena… Él había ido apagando su sed con el pack de cervezas que le había traído, pero la mía se había ido acrecentando… Todo en él me resultaba apetecible: sus labios finos, su mentón cuadrado oscurecido por una barba de tres días, sus músculos marcados bajo la camiseta blanca, sus manos fuertes y firmes… No era solo sed lo que me consumía. Era también deseo, deseo por un ser humano. Recordé que a él no podría modificarle los recuerdos, que, si quería morderle y hacerle creer que habíamos pasado una noche de sexo desenfrenado, tendríamos que vivirla de verdad y aquel pensamiento, en lugar de desagradarme, me encendió por dentro.

—Siento de verdad la forma en la que te he hablado —dijo Jake, interrumpiendo mi hilo de pensamientos—. Mi vida es una mierda últimamente y lo he pagado contigo.

—¿Es por la rubia? —pregunté con la esperanza de que él también se abriese a mí.

—Sí, por ella también. Me abandonó después de haberme puesto los cuernos con todo el barrio, pero supongo que todo eso ya lo sabes. —Esperó hasta que yo asentí con una sonrisa triste bailando en sus labios—. Pero no es solo eso… Es haber sido apartado de la investigación, haber tenido que cerrar el caso de Patrick sin poder darle una respuesta a su madre, es saber que esta ciudad está aun más corrompida de lo que pensaba y no poder hacer nada por arreglarlo…

Son tantas cosas…

—Puedes hacer algo. —Volví a apretar su mano—. Puedes ayudarme a detener esto…

—Y salvar a Markus. —Me cortó. La sonrisa había desaparecido por completo. Incluso su mirada se había vuelto dura y fría—. ¿Qué rollo os traéis? ¿Sois pareja? ¿Amantes?

Nunca daba explicaciones sobre Markus a nadie, así que, en un primer momento, pensé en darle largas y cambiar de tema, pero algo en sus ojos me hizo cambiar de actitud. ¿Qué brillaba en ellos? ¿Celos? No teníamos nada, él decía despreciar a toda mi especie y, sin embargo, yo le importaba de verdad. No era curiosidad, ni deseo sexual… No solo eso al menos… Él quería que yo fuera suya y la idea de que podía estar comprometida con otro hombre le quemaba por dentro.

—Es difícil de explicar… No estamos juntos. Nunca hemos tenido una relación exclusiva como soléis tener los humanos… Él ha sido mi padre, mi mentor, mi amante, mi esposo… Es mi príncipe. —Le miré fijamente a los ojos intentando que me comprendiera—. Se lo debo todo: mi vida, mi posición… No puedo permitir que le pase nada malo. Sé que está en peligro y tengo que ayudarle.

Él asintió, mostrando que me había entendido, pero esquivó mi mirada, así que no pude saber si seguía sintiéndose celoso. Seguí su mirada hacia el ventanal de la sala y sentí que el terror me paralizaba. Un leve resplandor amarillento empezaba a dorar el cielo.

—¡Está amaneciendo! —dije en un susurro aterrado—. Tengo que volver a casa.

Jake paseó su mirada del ventanal a su reloj y negó con la cabeza. Supe lo que estaba pensando. Mi casa estaba al otro lado de la ciudad. Por mucho que corriera mi coche, era imposible que cruzara todo Detroit antes de que amaneciera.

—Tendrás que quedarte aquí. —Me tomó de la mano y tiró de mí hacia su habitación—. Tranquila, conseguiré que no entre ni un solo rayo de sol.

Me dejó sentada sobre la cama mientras sacaba mantas del armario y empezaba a colgarlas de la barra de las cortinas hasta formar un muro infranqueable contra la luz exterior. Mientras tanto, contemplé su cuarto. Me alegré de ver que no quedaba ni rastro de la rubia. Nada de fotos, ni ropa, ni joyas sobre la mesilla…

—Ya está. —Jake volvió al armario y empezó a rebuscar—. Voy a ver si encuentro algo que puedas ponerte para dormir…

—No hace falta —dije en un susurro ronroneante—. Siempre duermo desnuda.

Se quedó paralizado frente al armario. Noté que tomaba aire para tranquilizarse. Una bocanada profunda, después otra… Cuando se sintió más calmado, se giró hacia mí.

—Solo me quedan un par de horas para dormir en ese incómodo sofá —repuso—. Bastante me va a costar conciliar el sueño como para ponerme a pensar que estás desnuda en mi cama a apenas unos pasos.

—No tienes por qué dormir en el sofá —dije, acercándome a él sin separar mis ojos de los suyos.

—No uses tus poderes conmigo —me riñó mientras apartaba la mirada.

—No los estoy usando. —Me detuve cuando mi cuerpo quedó pegado al suyo y elevé la cabeza para que mis labios se situaran a apenas unas pulgadas los suyos, para que el aire de cada una de mis palabras besara su boca—. Eres tú el que me deseas… Como yo te deseo a ti.

—No, Nicky… Así no… —Puso las manos en mis hombros y me apartó con suavidad pero con firmeza—. No esta noche que te has abierto a mí y me has contado tu historia. Ahora te sientes vulnerable y no voy a aprovecharme de eso… Además, yo me he bebido seis cervezas y tú tampoco deberías aprovecharte de mí…

Suspiré frustrada. Yo le deseaba de verdad y notaba que él sentía lo mismo… Y no estaba acostumbrada a que ningún hombre me dijera que no, con poderes o sin ellos.

—No quiero hacer nada de lo que luego me arrepienta —siguió explicándose—. Por supuesto que me gustas y que me muero por acostarme contigo, pero sigues dándome miedo y no estoy seguro de si estás jugando conmigo, si solo soy otra presa más… Yo no puedo acostarme contigo y luego olvidarte. Sabes que yo no olvido… ¿Me darías algo más de tiempo?

Cuando terminó de hablar, levantó la cabeza y se atrevió a mirarme a los ojos. Se estaba exponiendo a mi poder, demostrándome que se fiaba de mí. Vi en su mirada una sinceridad absoluta. Era cierto que yo le daba miedo, pero no solo como vampiro, sino también como mujer. Acababan de abandonarle, le habían dejado el corazón en carne viva y todavía no había podido sanarlo. Tenía un miedo atroz a dejarlo en mis manos y que yo acabara de destrozarlo. Solo pude asentir a su petición.

—Está bien. Te daré más tiempo a cambio de tu camiseta. —Me acerqué hasta él, llevé las manos hasta su cintura y empecé a deslizar la prenda hacia arriba.

—¿A qué viene este juego cruel, Nicky? —Él se dejó hacer. A pesar de sus razones, supe que, si insistía, podría hacerle mío en aquel mismo momento, pero decidí respetarle.

—Has dicho que no quieres que duerma desnuda y yo quería dormir sintiendo tu aroma. —Acabé de quitarle la camiseta y se la mostré—. Durmiendo con esto saciamos los deseos de los dos.

—Deja de hablar de saciar deseos —dijo arrastrando las palabras en un rugido quedo—. Los míos están muy lejos de saciarse ahora mismo. —A mí se me escapó una carcajada y él sacudió la cabeza como si quisiera despejarse—. Me voy mientras aún pueda controlar mis impulsos. Buenas noches, colmillitos.

Aunque cerró la puerta a su espalda, pude escuchar claramente un “Gilipollas. Eres gilipollas”. Se me escapó otra carcajada. Me quité la ropa, me puse la camiseta que le había robado y me tumbé en la cama. Tanto su ropa como las sábanas olían a él, a su colonia con aroma a bosque, al suavizante que usaba y al aroma de su piel… No

podría explicar por qué, pero su olor me hizo sentir segura a pesar de estar lejos de mi refugio. Estar tan cerca de él me hacía sentir en casa, así que, poco a poco, me quedé dormida.

XXX

Seven nation army

Le escuché bajar el manillar de la puerta de la habitación y entrar con todo el cuidado del mundo. La verdad era que se movía con mucho sigilo y que su entrada habría pasado desapercibida para cualquiera… Para cualquiera que no fuera un vampiro. Cuando se inclinó sobre mí, me incorporé a una velocidad imposible para cualquier humano y coloqué mis dedos alrededor de su cuello.

—Esta no es la forma adecuada de entrar en la habitación de un vampiro si quieres mantener la cabeza sobre los hombros —le advertí.

—Quería saber si aún estabas dormida para no molestarte —se excusó. Cuando retiré la presa de su garganta y le dejé libre, encendió la luz y me lanzó una mirada indignada—. Y tengo que recordarte que esta es mi habitación.

—¿Ha anochecido ya? —pregunté por cambiar de tema.

—Sí… Hay una duda que lleva dándome vueltas a la cabeza un par de horas: ¿Qué se les dice a los vampiros cuando se les despierta? ¿Buenos días? ¿Buenas noches?

—Con un "hola" nos basta. —Me senté en la cama y me estiré, perezosa—. ¿Qué planes tenemos para hoy?

—He estado pensando mientras tú dormías… Todos los vampiros necesitáis un lugar seguro en el que protegeros durante el día, ¿verdad?

—Casi todos… Algunos, como mi amigo David, tienen el poder de enterrarse en tierra, pero normalmente son vampiros de espíritu libre que no viven en las ciudades.

—Apuesto lo que sea a que nuestros cuatro amiguitos de Livernois no son de esos —dijo con una sonrisa—. Seguro que tienen un sitio al que ir a dormir. ¿Vamos a buscarlo?

—De acuerdo. —Me levanté y me di cuenta de que la mirada de Jake

se deslizaba por mi cuerpo hasta quedar anclada en el tanga de encaje blanco que su camiseta dejaba al descubierto—. Me gustaría darme una ducha antes de salir. ¿Te importa?

—Para nada. —Señaló una puerta situada en la misma habitación—. Ahí tienes el baño.

Le sonreí agradecida y me dirigí hacia allí de puntillas, como si en lugar de descalza estuviera caminando sobre altísimos tacones mientras contoneaba las caderas. Estaba tan segura de que tenía los ojos de Jake fijos en mí que casi podía sentir su mirada como algo físico que acariciase mi piel. Sin volverme, me quité la camiseta y la dejé caer al suelo justo antes de entrar al baño.

—Si sigues jugando con fuego, te acabarás quemando. —Su voz volvía a ser ese ronroneo sordo que me provocaba escalofríos.

—Ardo en deseos de arder —dije girando tan solo la cabeza para dirigirle una sonrisa.

Sin decir nada más, cerré la puerta a mi espalda, terminé de desnudarme y me metí bajo el agua caliente. Durante unos segundos, fantaseé con la idea de que él abriera de un portazo y se metiera en la ducha sin quitarse la ropa siquiera, que se lanzara a por mi boca para morderla con rabia, que arañara con su barba incipiente mis labios, mi cuello, mis pechos… Que sujetara con fuerza mis caderas para hacer que le rodeara con mis piernas y que me hiciera suya allí mismo de pie, con la espalda apoyada contra las baldosas de la ducha mientras el agua caía sobre nuestros cuerpos… Pero no apareció. Tan solo le oí resoplar antes de salir de la habitación y ponerse a remover los cacharros de la cocina causando todo el estrépito posible.

Cuando acabé de ducharme, pensé durante un segundo en presentarme delante de él llevando solo la toalla, pero desistí de la idea. No estaba bien torturarle continuamente. Él me había pedido tiempo y yo había prometido dárselo, así que me vestí y salí de la habitación.

Estaba sentado en un taburete a un lado de la isla de la cocina

tomándose una taza de café recién hecho. Justo enfrente había colocado otra. Sonreí mientras me sentaba frente a él.

—Huele de maravilla, pero los vampiros no tomamos café.

—Perdona… —dijo apurado—. No sé en qué estaba pensando. ¿Y qué desayunas?

Se me escapó una carcajada antes de inclinarme sobre la encimera y mirarle a los ojos para contestar.

—Lo único que podría desayunar de todo lo que hay en esta cocina eres tú. Y no creo que te gustara. —Me levanté del taburete y recogí mi abrigo y mi bolso—. ¿Nos vamos ya?

—Sí, cogeremos mi coche. —Jake terminó su café de un trago y también recogió su chaqueta.

—No. Primero vamos a mi casa a dejar mi coche. Tu barrio está muy bien, pero prefiero que mi niño duerma siempre a cubierto.

Él se limitó a asentir. Abrió la puerta de su casa y me dejó salir primero, como un caballero. Caminé a paso rápido hacia mi coche, me aseguré de que no le había pasado nada malo y, antes de montarme, le hice una seña a Jake para que me siguiera con el suyo. Cuando vi que había montado, arranqué. Él no me perdió en ningún momento. Era bueno conduciendo, incluso un poco agresivo y temerario. Supuse que, al ser policía, tendría alguna especie de dispensa en cuanto a las multas de tráfico. En las calles de la ciudad, yo no podía usar la potencia del motor de mi Vanquish para dejarlo atrás, así que, cuando por fin llegué al garaje de mi edificio, vi por el retrovisor que él acababa de aparcar enfrente para esperarme.

—¿Lista? —preguntó cuando me senté a su lado.

—Eso mismo podría preguntarte yo. ¿Seguro que quieres ir a Livernois? Puede ser muy peligroso para ti.

—Llevo una guardaespaldas de primera. —Me guiñó el ojo y arrancó el coche—. Pudiste con Dickinson la última vez que nos lo encontramos y podrías con él de nuevo.

—Por lo que yo sé, Dickinson está muerto y todos los suyos también —contesté—. Espero que esos cuatro que viste solo sean un error que se le pasó a Duval.

—¿Quién es Duval?

—El encargado de seguridad de la fundación —respondí mientras contemplaba como las calles de la ciudad pasaban a toda velocidad al otro lado del cristal—. Markus le encargó limpiar Livernois.

—¿Y te fías de él? —Esperó hasta que yo no tuve más remedio que ser sincera y negar con la cabeza—. A mí me da la impresión de que puede estar jugando para otro equipo.

—Espero que no, pero no las tengo todas conmigo. Por eso te estoy acompañando a Livernois —expliqué—. Creo que ese gusano puede estar traicionando a Markus, pero necesito pruebas firmes para poder acusarle.

Habíamos llegado a Livernois. Jake buscó una esquina oscura cerca del lugar en el que había visto a los cuatro vampiros la última vez y aparcó el coche.

—No te preocupes. Las conseguiremos.

Se recostó en el asiento y se quedó en silencio. Yo le imité durante un par de minutos hasta que empecé a aburrirme.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer?

—¿Hacer? Nada, tan solo esperar —me respondió—. Las vigilancias son así.

—¿Ni siquiera podemos poner música?

—No. No se puede poner música, no se puede mirar el móvil, ni siquiera debes moverte mucho —explicó—. Tiene que parecer que en este coche no hay nadie.

Resoplé, me crucé de brazos y me recosté también en el asiento. Al cabo de unos segundos, me di cuenta de que no me iba a ser fácil estar tranquila y esperar pacientemente. Sentía el aroma de la piel de Jake

y, en aquel silencio, podía escuchar el latido de su corazón y el rumor de la sangre corriendo por sus venas. Sabía que a él no le gustaría aquella comparación, pero me sentía como si estuviera muerta de hambre sentada al lado de un filete recién hecho. Me puse a echar cuentas. Había estado tan liada las últimas noches que llevaba tres días sin alimentarme. Iba a necesitar ponerle remedio a aquello cuanto antes. Cuanto mayor era nuestra abstinencia, más difícil nos resultaba contenernos. Giré la cabeza hacia Jake y miré con ansia la curva de su mandíbula, la piel de su cuello… Tuve que morderme el labio inferior para contener mis ansias… Iba a ser difícil aguantar mucho tiempo así. Pero lo conseguí. Pasó una hora, y otra, y otra más… Ya eran casi las cinco de la mañana cuando la voz de Jake me sobresaltó.

—Mírales, ahí están.

Me incliné hacia delante y miré hacia el punto que señalaba Jake. Sí, allí estaban, al final de la calle. No había duda de que eran ellos: los dos chicos negros, el oriental y el blanco de la cabeza rapada. Y no se movían como si tuvieran miedo de ser descubiertos. Algo no cuadraba en todo aquello. Si, como yo quería pensar, habían estado fuera de la ciudad cuando Duval hizo limpieza y habían regresado para encontrarse a todos sus compañeros muertos, deberían haberse asustado y haber huido inmediatamente de Detroit… O, al menos, mantenerse escondidos durante un tiempo. No era lógico que caminasen por el medio de la calle como si no le tuvieran miedo a nada.

Debían de estar de caza, pero no encontraron ninguna posible víctima en las calles que nos rodeaban. Cuando les vimos desaparecer por un callejón oscuro, Jake abrió la puerta de su coche y me indicó con un gesto que le siguiera.

—¿Dónde vamos? —pregunté tras salir del coche.

—Hay que seguirlos —me explicó—. El plan es descubrir dónde se esconden para pasar el día.

—Te recuerdo que, cuando amanezca, yo también tengo que estar a salvo en mi casa —dije preocupada.

—Tranquila. No hay más de diez minutos desde aquí a tu apartamento y, si es necesario, te llevaré en el maletero y te soltaré dentro de tu garaje.

—Creo que es el plan más romántico que me han propuesto nunca —contesté sarcástica.

Escuché como se reía, a pesar de que a mí todo aquello no me hacía demasiada gracia. Él ya había empezado a andar detrás de los chicos, así que no tuve más remedio que seguirle. Por suerte para nosotros, aquellos cuatro vampiros no habían perdido sus costumbres de pandilleros. Caminaban por el centro de la carretera, hablaban a gritos, se paraban a golpear papeleras y a dar patadas a las botellas vacías… Aquello hacía que fuera muy fácil seguirlos dejando una distancia suficiente para que no nos percibieran.

No hicieron nada reseñable. Simplemente se dedicaron a pasear por las mismas calles como si estuvieran de patrulla. Supuse que estarían marcando territorio, como los perros. Faltaba aún una hora para amanecer cuando dejaron su ronda y se encaminaron hacia una zona industrial. Tuvimos que detenernos antes de salir de las sombras de las últimas calles y observar desde una esquina como atravesaban un descampado rumbo a una fábrica abandonada. No estaban solos. Había muchos más chicos dirigiéndose hacia allí desde todos los puntos de la ciudad. Negros, blancos, chicanos, orientales… Solos, en parejas, en grupos… Decenas de nuevos vampiros encaminándose a su refugio para pasar el día. Decenas de nuevos vampiros descontrolados que, según Duval, deberían haber estado muertos. Todo un ejército…

Me di cuenta de que, aunque yo me había quedado paralizada por el descubrimiento, Jake había sabido reaccionar. Tenía el móvil en la mano y sacaba una foto tras otra. Se giró hacia mí y me dirigió una sonrisa triunfal:

—Enhorabuena, socia. Hemos encontrado el puto nido.

XXXI

Kill4me

Patrick

He vuelto a beber su sangre.

Esta vez ni siquiera ha tenido que obligarme.

La deseaba, más que ninguna otra cosa...

Más que cualquier droga que haya probado nunca.

Creo que no hay nada en el mundo más que su sangre capaz de aplacar la sed que me consume.

Luego hemos bebido, nos hemos drogado, me ha atado, me ha pegado, me ha follado…

Yo estaba atento a cada uno de sus deseos, al menor de sus gestos.

Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él.

Y entonces ha hecho entrar a la chica… Y no recuerdo nada más.

Es horrible verla así, tumbada a mi lado con los brazos aún atados al cabecero de la cama.

Su cuerpo casi adolescente descansa desnudo sobre las sábanas mojadas.

Su rostro está tranquilo. Casi parece que duerme.

Solo la sangre desmiente esa ilusión…

La sangre que empapa las sábanas negras, que ha resbalado por su cuello y ha manchado sus pechos… La sangre que cubre mi cuerpo por completo. Su sangre…

Él se ha ido.

Ha cumplido su morbosa fantasía y me ha dejado aquí, tumbado al lado de un cadáver.

Ni siquiera puedo recordar si la mató él o lo hice yo.

Sé que lo hubiera hecho tan solo con que me lo hubiera pedido, con que me lo hubiera sugerido.

Ella no era nadie para mí y él es mi todo.

Sé que es enfermizo, que no le conozco, que estoy aquí atrapado en contra de mi voluntad…

Me da igual. Solo siento que le amo.

Más que a nada. Más que a nadie.

Solo quiero que vuelva.

Y que me obligue de nuevo a beber su sangre.

XXXII

Losing my religion

Cuando me desperté a la noche siguiente, encontré un nuevo mensaje de Markus en mi móvil, en el que convocaba a toda la junta directiva a una nueva reunión. Solo pude sonreír ante lo oportuno de aquella cita. Mientras me ponía uno de mis elegantes trajes de ejecutiva, fui imprimiendo todas las fotos que Jake había sacado la noche anterior y que me había enviado por email.

Una vez lista, subí hasta la planta cincuenta y siete de la Torre Kressler. Entré en la sala de juntas sin llamar siquiera, golpeando el suelo con fuerza con mis tacones de aguja mientras mantenía la mirada fija en Duval. Él no apartó los ojos. O era un estúpido que no tenía ni idea de lo que estaba pasando o se creía demasiado listo y pensaba que no podríamos pillarle. Le dirigí una sonrisa de superioridad mientras tomaba asiento a la derecha de Markus. Este se giró hacia mí y me susurró un "Llegas tarde… Otra vez", mientras Lancaster recitaba un aburridísimo informe sobre los beneficios de nuestros activos financieros del último trimestre.

Cuando no pude aguantarlo más, carraspeé y me puse en pie. Lancaster se quedó callado durante un segundo, mientras todos me miraban con expresión confusa. Antes de que pudiera reanudar su lectura, planté ambas manos sobre la mesa de juntas, me incliné hacia delante y lancé una mirada acusadora sobre todos los presentes, deteniéndome un poco más en los rostros de Patterson y Duval.

—Siento tener que interrumpirte, Lancaster, pero creo que esos informes pueden esperar. Tenemos un asunto mucho más importante que tratar.

—Véronique, ¿qué estás haciendo? —preguntó Markus agarrándome por un brazo para invitarme a tomar asiento de nuevo—. Esto es muy irregular.

—Lo sé, pero, como acabo de decir, tenemos algo urgente de lo

que hablar. —Volví a dirigir mi mirada hacia Duval—. Según acordamos en la última reunión, Duval iba a encargarse de los vampiros descontrolados que estaban asentados en el barrio de Livernois.

—Y lo hice —contestó él encogiéndose de hombros—. Os envié un informe detallado sobre la operación. Todos los vampiros han sido eliminados y sus cuerpos incinerados. El problema está resuelto.

Cogí el sobre que había llevado conmigo, extraje todas las fotografías que me había enviado Jake y las arrojé sobre la mesa en dirección a Duval. Quedaron esparcidas por su superficie. Algunos miembros de la junta fueron cogiéndolas y pasándoselas de uno a otro mientras un rumor iba invadiendo la estancia.

—Esas fotos son de este mismo amanecer. No parece que el problema esté muy resuelto.

Duval se puso en pie, recogió varias fotos y les echó un vistazo. Después, negó con la cabeza como si no entendiera nada.

—Esto no puede ser… Me dijeron que habían acabado con todos ellos.

—¿Te dijeron? —pregunté enarcando una ceja—. ¿No te encargaste de su eliminación personalmente?

—Por supuesto que no —respondió ofendido—. ¿Crees que yo iba a mancharme las manos con la sangre de unos neófitos que no representan un verdadero peligro? Envié a un grupo de mis mejores hombres.

—Pues, tal y como yo lo veo, o tus hombres te la están jugando o nos la quieres jugar tú a nosotros. —Volví a plantar las manos sobre la mesa y mantuve mi mirada fija en sus ojos—. Personalmente, me inclino por la segunda opción.

—¿Cómo te atreves? —rugió Duval fuera de sí.

La sala de juntas se convirtió en el patio de recreo de un manicomio con problemas de suministro de medicamentos. Todos

gritaban tratando de hacerse oír, golpeaban la mesa, se dirigían acusaciones los unos a los otros… hasta que Markus se levantó y dio un par de palmadas para llamar su atención.

—Silencio —exigió sin tener que levantar la voz.

Todos, incluida yo, nos quedamos quietos y callados, mirándole con adoración. Todos menos Patterson, que aprovechó aquel momento de paz para ponerse en pie con esfuerzo y señalar a Markus con uno de sus dedos retorcidos y macilentos.

—Esta situación se te escapa de las manos, Markus —dijo con aquella voz suya que sonaba a ecos de lugares oscuros y húmedos—. No vas a aceptar que no puedes controlar esta ciudad hasta que nos hayas llevado a todos a la destrucción.

—¡Basta, Patterson! Llevo décadas controlando todo lo que sucede en Detroit y haciendo que los nuestros prosperen.

—¿Por eso has permitido que la ciudad se vaya a la ruina? —preguntó el viejo con voz burlona.

—Por eso he llevado esta ciudad a la ruina. —Markus le dirigió una sonrisa sarcástica—. He permitido que se descomponga y que el caos reine en la medida suficiente para poder mantener en secreto una de las poblaciones de vampiros más numerosa de todo Estados Unidos. ¿Crees que tú podrías haberlo hecho mejor? —Esperó un par de segundos para dar a su adversario la oportunidad de responder—. Sé que crees que sí, pero tengo una mala noticia para ti. *Yo* soy el príncipe de Detroit. Lo he sido durante más de un siglo y tengo la firme intención de seguir siéndolo durante mucho tiempo más. Si eso te supone un problema, te sugiero que despliegues las alas y busques otro refugio.

La ira que surgió del cuerpo de Patterson en oleadas hizo que todos nos estremeciéramos. Todos menos Markus. Ambos eran tan antiguos y poderosos como para que sus poderes no afectaran al otro, pero, si seguían haciendo aquello, acabarían volviéndonos locos a todos los demás. Por suerte, Patterson pareció darse cuenta de que no

sacaría nada prolongando aquel enfrentamiento y, sin decir nada más, salió de la sala de juntas con la cabeza alta y gesto ofendido. Cuando la puerta se cerró tras él, Markus volvió a sentarse y se giró hacia Duval.

—Quiero que te encargues de esos vampiros personalmente —ordenó—. Tienes tres días para traerme la cabeza de su líder en una caja para regalársela a Patterson. Si no lo consigues, tendré que buscar otra cabeza que ocupe su lugar. ¿He sido lo bastante claro?

Miré a Duval. Estaba aun más pálido de lo normal y sus ojos estaban tan abiertos que temí que se le fueran a salir de las órbitas. Asintió y salió de la sala casi a la carrera. Al verlo tan asustado, pensé que era posible que alguien se la estuviera jugando y que en realidad solo fuera un pobre estúpido al que aquello le quedaba demasiado grande. Sentí pena por él. Aunque consiguiera cumplir la misión de Markus, este no iba a olvidar su ineptitud y le haría pagar por ello antes o después.

—Creo que estamos todos demasiado alterados como para proseguir con la junta —continuó Markus—. Nos vemos mañana a la misma hora.

Nos levantamos dispuestos a salir sin discutir nada, pero Markus me agarró por el brazo para obligarme a permanecer sentada. Cuando todos se hubieron marchado, Markus dejó salir el aire en una larga bocanada. Noté que había dejado de utilizar sus poderes de control de masas. Volvía a ser yo, con mis emociones y mis pensamientos. Me giré hacia él y le apunté con el dedo.

—Patterson y tú no deberías jugar a esas cosas cuando hay más gente presente. Nos vais a freír el cerebro.

—Basta, Véronique —susurró con la mirada clavada en la mesa—. No te he dicho que te quedes para bromear contigo.

Le miré confusa. Estaba inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en la mesa y la cabeza baja. Su pelo claro ocultaba parcialmente su rostro, impidiéndome ver su expresión y descifrar qué

estaba pensando.

— ¿Qué es lo que pasa? —pregunté apretando su brazo para reconfortarle.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —gritó mientras levantaba la cabeza para mirarme. Sus ojos destilaban rabia. Parecían dos calderos de oro fundido que pudieran abrasarme—. ¿Crees que puedes venir aquí y dejarme en ridículo delante de toda mi gente?

—Solo he contado lo que he descubierto —me disculpé—. Pensaba que Duval podía estar traicionándote y quería desenmascararle delante de todos.

—Pues es a mí a quien has puesto en evidencia. —Se puso en pie y golpeó las fotos esparcidas por la mesa haciendo que se desparramaran aún más—. Es mi autoridad la que ha sido puesta en entredicho. ¿Por qué no me has informado a mí primero?

Bajé la cabeza intentando ganar unos segundos para ordenar mis pensamientos. Él volvió a golpear la mesa, exigiendo una respuesta.

—Sabía que no me ibas a hacer caso, que te empeñarías en hablar las cosas a solas con Duval y que él podría preparar alguna respuesta.

—¿Y qué si lo hacía? ¿Acaso no nos ha dado una respuesta convincente después de tu numerito?

—Markus, escúchame… Sé que crees que tienes la situación bajo control, que te consideras todopoderoso e intocable, pero tienes que confiar en mí. —Agarré varias fotos y se las puse delante—. Esto es mucho más grave de lo que pensábamos. Hay un montón de vampiros descontrolados. Están formando un auténtico ejército, están comprando armas… Esto no es obra de un loco. Creo que hay un plan detrás, un cerebro que lo está organizando todo… Y estoy segura de que ese enemigo oculto se sienta en esta mesa.

—¡Me da igual lo que imagines o lo que creas, Nicky! —gritó

mirándome con desprecio—. No te pago para que pienses.

—Pero…

—No quiero oír una palabra más. Te aparté de este caso. Te di la orden expresa de que lo dejaras. Si hay algún plan para destruirme, lo arreglaré yo mismo, como llevo haciendo toda la vida. No eres mi guardaespaldas ni mi salvadora. Eres mi empleada y quiero que me obedezcas.

Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos. ¿Así que eso era para él? Después de cien años juntos, así era como me veía. Yo le consideraba mi padre, mi salvador, un príncipe adorado por el que habría dado la vida sin dudarlo… Y yo era una empleada.

—Ha quedado claro, Markus. No volveré a entrometerme en tus asuntos.

Me levanté y me dirigí rauda hacia la puerta. Él se interpuso en mi camino y me agarró por los hombros para detenerme.

—No te vayas así, Nicky.

Ni siquiera contesté. Le esquivé y abrí la puerta para salir evitando su mirada. No quería que pudiera usar sus poderes contra mí y que me obligara a escuchar unas explicaciones que en aquel momento me importaban una mierda. La ira le había hecho decir la verdad acerca de lo que yo significaba para él. Lo que pudiera explicarme solo serían mentiras, frases edulcoradas para mantenerme engañada, para hacerme creer que yo era alguien importante en su vida.

Me dejó salir sin llamarme, sin tratar de retenerme. Lo interpreté como otra señal de que en realidad le daba igual lo que yo sintiera. Ya me había puesto en mi lugar. Bajé en el ascensor hasta el garaje y me metí a toda prisa en mi coche. No arranqué el motor. Me limité a mirar al infinito con las manos aferrando con fuerza el volante mientras dejaba que las lágrimas salieran. Me sentía estúpida, débil, perdida… Haber removido todos mis recuerdos del pasado para contarle mi vida a Jake me había vuelto vulnerable y aquel desprecio

de Markus había sido la gota que había hecho reventar la presa. Mi disfraz de diosa omnipotente, fría y orgullosa se desmoronaba.

Estaba harta de ser un instrumento, una posesión… Mi propio padre y todos los demás esclavistas solo me habían visto como un objeto, al igual que todos aquellos marineros de las calles de Nueva Orleans y que los clientes del The Rising Sun. Para Nat solo había sido un capricho, alguien que le acompañara en la soledad de una vida eterna y que hiciera la vista gorda ante sus depravaciones. Y para Markus… Hacía décadas que no nos acostábamos, pero yo seguía creyendo que había algo especial entre nosotros, que, tal como me prometió aquella primera noche, me había convertido en su princesa… Sin embargo, acababa de dejar claro lo que pensaba de mí: yo era su empleada, una herramienta útil, alguien que solo debía cumplir sus órdenes sin plantearse nada más.

Una sonrisa se abrió paso en mi rostro surcado de lágrimas al recordar las palabras de Jake, aquel "Enhorabuena, socia". Busqué un paquete de tabaco en la guantera y estuve fumando mientras reflexionaba sobre él. No mostraba miedo ante mí ni se comportaba como un inferior. Tampoco parecía enloquecido por la idea de acostarse conmigo ni de convencerme de que le convirtiera en un vampiro y le regalara la vida eterna. Y, desde luego, no me trataba como si yo fuera una muñeca desvalida a la que proteger, un subordinado al que dar órdenes o un objeto que poseer.

"Socia".

Sonaba bien. Parecía que por fin había encontrado a alguien que me miraba a los ojos de igual a igual. Y tenía que ser un puto humano. Sonreí mientras negaba con la cabeza. Aquel defecto tenía fácil arreglo.

XXXIII

Master of puppets

Nada más salir con mi coche de la Torre Kressler, mi móvil volvió a sonar. Era Jake, impaciente por saber cómo me había ido la reunión. Me daba pena tener que explicarle que Markus seguía sin despertar y que había vuelto a asignarle a Duval la limpieza de Livernois, pero, después de haberse puesto en peligro para conseguir aquellas pruebas, tenía derecho a saber, así que cogí su llamada con el manos libres.

—¿Qué tal la reunión? —preguntó en cuanto descolgué. Estaba tan ansioso que ni siquiera saludó.

—De pena. —Preferí ser sincera y no prolongar la agonía—. Duval se ha justificado diciendo que mandó un grupo muy eficiente y que no entiende qué ha podido pasar y Markus le ha dado otra oportunidad para acabar con ellos.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —rugió Jake al otro lado de la línea—. ¿Qué necesita tu jefe para espabilar? ¿Es que no va a ver que quieren acabar con él hasta que le pongan una navaja en el cuello?

—Somos más de poner los colmillos, pero parece que es algo así… Sigue confiando en Duval y pensando que nadie a su alrededor tiene el valor suficiente para traicionarle. —Me tomé unos segundos antes de soltar la duda que me carcomía—. El caso es que Duval parecía sinceramente sorprendido. A lo mejor se la están jugando a él…

—¿Crees que entre toda la gente de confianza que se supone que envió a limpiar Livernois no hay ni una sola persona leal a él que pudiera haberle contado la verdad? Siempre hay alguien fiel que va con el cuento… —Le escuché suspirar hastiado al otro lado de la línea—. Duval es el traidor, créeme. Y conseguiré las pruebas que lo demuestren.

—Tú no vas a conseguir nada —le corté con voz autoritaria—. No se te ocurra ir a Livernois sin mí.

—Pues vamos juntos. Paso a buscarte por tu casa en diez minutos —propuso.

—Esta noche no puedo. Markus me acaba de prohibir que siga metiendo las narices en esto y no me fío de que no haya ordenado a alguien que me siga para ver si le obedezco —expliqué mientras miraba por el espejo retrovisor para asegurarme de que no había ningún coche sospechoso tras de mí—. Y, además, me has tenido tan liada últimamente que llevo noches sin comer nada. Tengo que ponerle remedio.

—¿En serio? —preguntó molesto—. Si has conseguido poner nervioso a Duval, es muy posible que se pase esta misma noche por Livernois. Podemos pillarle con las manos en la masa. Markus no podrá seguir mirando hacia otro lado si conseguimos fotos de su jefe de seguridad reuniéndose con esos vampiros ilegales.

—Ya te he dicho que no puedo. Empiezo a tener demasiada hambre y eso disminuye mi autocontrol. —Bajé el tono de mi voz hasta convertirlo en un sugerente susurro—. A no ser que hayas cambiado de opinión y vayas a permitir que te muerda.

—No me importaría invitarte a cenar, pero paso si voy a ser yo la cena. —Su respuesta fue tajante pero teñida por una risa—. Está bien. Lo dejaremos para mañana.

—¿Seguro?

—¿Que no quiero ser tu cena? Segurísimo.

—No. Que lo dejamos para mañana. —Volví a ponerme seria—. No se te ocurra pasar por Livernois tú solo. Duval sabe que alguien estuvo espiando y sacando fotos y estarán sobre aviso. Es demasiado peligroso.

—No te preocupes —contestó con el tono de un adolescente al que no le dejan salir de fiesta—. Iré a casa, veré un poco la tele y me iré pronto a dormir, como un buen chico.

—Así me gusta. Espero que sueñes conmigo.

Colgué la llamada y aceleré rumbo al Red Diavolo. Además de las razones que le había dado a Jake para no ir a investigar aquella noche, la principal era que me encontraba emocionalmente agotada después de la discusión que había tenido con Markus. Tan solo quería pasar por el club, captar al primer incauto que pudiera servirme como víctima y regresar a mi casa para descansar. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando en Livernois, podría esperar un día más.

O, al menos, eso quería pensar.

Cuando me desperté a la noche siguiente, vi que Jake me había enviado un vídeo por Whatsapp. Tuve que verlo tres veces para entender qué era lo que había sucedido. Comenzaba con una imagen lejana del interior de una fábrica en ruinas. Había mucha gente, dividida en dos grupos que parecían enfrentados. En el centro de aquella nave se veía a dos hombres que mantenían una conversación. A pesar de la distancia, pude distinguir perfectamente a los dos interlocutores: Dickinson y Duval. El vídeo se interrumpía cuando alguien daba la voz de alarma y Duval se giraba directamente a la cámara para señalar hacia allí.

No me podía creer que Jake se hubiera atrevido a ir a Livernois después de haberme prometido que me esperaría. En realidad, sí que me lo creía… Por lo que le conocía, sabía lo cabezota que era. Siempre tenía que hacer lo que le daba la gana, por muy peligroso o estúpido que fuera. Si la noche anterior no hubiera estado cegada por el hambre, me habría dado cuenta de que me estaba mintiendo y que no pensaba hacer el mínimo caso a mi petición.

Pensé que, por suerte, el hecho de que me hubiera mandado aquel vídeo parecía indicar que había sido lo bastante listo como para no dejarse atrapar. Marqué su número para que me explicase con detalle todo lo que había sucedido, pero los tonos de llamada se sucedieron uno tras otro sin recibir respuesta. Sentí una opresión en el estómago, como si una garra retorciera mis entrañas desde el interior. Volví a llamar una y otra vez y, con cada nueva llamada, el

presentimiento de que le había sucedido algo malo fue creciendo.

Intenté tranquilizarme a mí misma. Seguramente, estaba en una vigilancia o en una reunión de trabajo. Me devolvería la llamada en cuanto pudiera. Aunque aquellos pensamientos eran muy razonables, no conseguí creérmelos del todo.

No sabía qué hacer. Plantarme en su casa para ver si estaba era una estupidez y tampoco me imaginaba esperando sentada al lado del móvil hasta que él me llamara como una mujercita abnegada. Además, no podía hacerlo. Markus había aplazado la junta de la noche anterior a esta y ya iba a llegar tarde. Tal y como estaban las relaciones con mi jefe, no podía permitirme no acudir.

Durante el trayecto en coche hasta la Torre Kressler, continué llamando a Jake una y otra vez. Seguía sin haber respuesta y la sensación de que algo terrible había sucedido iba incrementándose segundo a segundo. Pisé a fondo el acelerador, devorando las calles para llegar cuanto antes a mi destino. Duval también estaba convocado a aquella junta. Era la persona más indicada para responder a mis dudas.

Subí hasta la planta cincuenta y siete pulsando una y otra vez el botón, maldiciendo al ascensor por no ir más rápido. Cuando las puertas se abrieron, salí a la carrera y me encontré cara a cara con Duval, que estaba apoyado en la pared de enfrente. Me sonrió como si hubiera estado esperando mi llegada.

—Duval, tengo algo que hablar contigo —dije echándome sobre él hasta colocar mi rostro, de mirada amenazante, a pocas pulgadas del suyo.

—¡Qué adorable casualidad! —contestó mientras colocaba su móvil frente a mis ojos—. Yo también tengo algo de lo que quiero hablarte.

Me quedé muda y retrocedí un par de pasos. Sin ser consciente de lo que hacía, me había llevado ambas manos al rostro para cubrir mi boca mientras negaba una y otra vez con la cabeza. En la pantalla

del móvil de Duval podía verse una foto de Jake. El lugar estaba sumido en la penumbra, pero, aún así, se apreciaban los hematomas y heridas que surcaban su cara. Estaba atado a una silla, con las manos a la espalda y el cuerpo inclinado hacia un lado. Sentí que la angustia y la ira me consumían mientras me planteaba que, por aquella foto, ni siquiera podía saber si estaba vivo o muerto.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta? —dije abalanzándome sobre él.

Duval no pareció asustarse. Una sonrisa de triunfo seguía iluminando su rostro. Extendió un brazo hacia delante para apoyar su mano en mi pecho y detener mi avance, mientras se llevaba un dedo a los labios.

—Baja la voz —susurró con tono burlón antes de mirar hacia el final del pasillo—. La junta está reunida en esa sala y no querrás que nos escuchen. Eso sería fatal para la salud de tu amiguito.

Sentí que la ira hervía en mi interior, pero luché por contenerme. Me habría encantado gritar y desenmascarar a aquel traidor de una vez por todas, pero supuse que habría dado órdenes a los que mantenían cautivo a Jake para que lo matasen si él no aparecía. Tenía que conseguir liberarle y ponerle a salvo. Ya tendría tiempo de encargarme de aquel cabrón.

—¿Qué quieres, Duval? —pregunté cruzando los brazos frente al pecho para ocultar el temblor que me sacudía.

—Esto me encanta… —Su sonrisa creció aun más—. Atrapar a ese tío y no matarlo ha sido una apuesta personal. Era difícil de creer que a la altiva y fría Véronique Chevalier le fuera a importar la vida de un insignificante mortal, pero decidí arriesgarme y fíjate… Era una jugada ganadora.

—Te he preguntado qué demonios quieres —dije arrastrando las palabras, incapaz de contener la rabia que me consumía durante mucho más tiempo.

—Quiero que me acompañes. Vamos a ir a ver a tu amiguito.

—Se permitió soltar una risa sarcástica—. Eso te gustaría, ¿verdad?

—No podemos irnos —contesté—. Estamos convocados a una junta. Markus se pondrá furioso si no acudimos.

—Dentro de muy poco tiempo, Markus será el menor de mis problemas. —Volvió a reírse con una risa cruel y desquiciada que me provocó un estremecimiento—. Acompáñame, Véronique. Tengo un trato que ofrecerte.

Dirigí una última mirada apenada al final del pasillo, a la puerta de la sala de juntas. Markus podría acabar con Duval con un chasquido de dedos, con solo desearlo… pero sabía que la vida de Jake no le importaría lo más mínimo. Tenía que resolver aquello sola. Asentí con la cabeza y volví a girarme hacia el ascensor. Duval se colocó a mi lado y me tomó por la cintura. Su contacto me repugnó y no pude evitar envararme, pero no dije nada. Ya habría tiempo de ajustar cuentas cuando Jake estuviera a salvo.

XXXIV

Paranoid

Duval me llevó en su coche hasta la fábrica abandonada en la que se escondían Dickinson y sus secuaces. Cuando bajé, se colocó a mi lado y me tendió su brazo, como si en lugar de caminar entre escombros y cristales rotos, rodeados por las miradas hostiles de decenas de pandilleros, estuviéramos paseando por una alfombra roja. Cruzamos juntos la nave central y nos dirigimos hacia una esquina custodiada por dos tipos enormes con cara de pocos amigos.

Solo hizo falta un leve gesto de Duval para que se apartaran y nos franquearan el paso. En cuanto entramos, tuve que contenerme para no soltar un grito angustiado. Jake estaba ahí, rodeado de cascotes y basura. Estaba atado con bridas de plástico a una silla atornillada al suelo. Por su postura, con el cuerpo inclinado hacia delante y la cabeza caída, supe que estaba inconsciente y que aquellas bridas eran lo único que impedía que acabara desplomado en el suelo.

Crucé la habitación en un par de pasos y, disfrazando mi angustia de curiosidad, me acuclillé a su lado, le levanté la cabeza y le aparté el largo flequillo para observar su rostro. Se habían empleado a fondo con él. A la raquítica y macilenta luz de la única bombilla que alumbraba el cuarto, contemplé aquel *collage* de golpes, hematomas, cortes y sangre coagulada en el que aquellos salvajes habían convertido su cara. Tenía los ojos tan hinchados como para no poder casi abrirlos, pero, a pesar de ello, descubrí su brillo al reconocerme. Estaba vivo y consciente.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunté enfadada.

—Nada que no se pueda curar con un poco de sangre —contestó Duval tras encogerse de hombros—. Eso si quieres curarle, claro. Yo no creo que te merezca la pena.

—Como ya sabrás, soy muy selectiva con mis conquistas —contesté poniéndome en pie y encarándome a él. Noté en el brillo de rabia de

sus ojos que aquella alusión a todas las veces que le había rechazado le escocía en lo más íntimo—. Hacía décadas que no encontraba un juguete que cumpliese con todas mis expectativas y este lo hace. Quiero conservarlo. ¿Qué es lo que quieres proponerme?

Esperaba haber conseguido mi objetivo con mis palabras. Tenía que guardar un delicado equilibrio entre demostrarle a Duval que Jake me importaba y que quería conservarle vivo a toda costa, pero sin despertar unos celos excesivos en él. Debía pensar que era un capricho, un juguete muy preciado para mí, pero nunca una amenaza… Vi que Duval miraba a Jake con desprecio durante un segundo antes de volverse hacia mí como si él no importara, como si ni siquiera estuviera ahí escuchando todo lo que hablábamos.

—Quiero proponerte que te unas al bando ganador —contestó.

—No sabía que había bandos. ¿Estamos en guerra?

—Markus va a caer —me explicó con una sonrisa de suficiencia en la cara—. Vamos a acabar con él y con todos los que le apoyen y espero que tú seas lo bastante lista como para no caer con él, aunque hayas pasado años siendo su mano derecha. Quiero saber hasta qué punto le eres leal.

—Yo no le soy leal a Markus —dije con voz firme—. Soy leal al príncipe de Detroit, sea quien sea el que vaya a ocupar ese puesto.

Duval sonrió satisfecho y se acercó un paso más a mí para lanzarme una mirada seductora.

—Eso es exactamente lo que quería escuchar de tus labios, cariño. —Llevó su mano a mi boca y deslizó su dedo índice por mi labio inferior. Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no arrancárselo de un mordisco—. Tenemos un plan para derrocar a Markus. Lleva demasiado tiempo como príncipe de la ciudad y se ha acomodado. Ya no podemos llevar la vida que llevábamos antes, ya no medramos como cuando la ciudad estaba en la cúspide... Cada vez hay menos humanos y eso supone una menor población de vampiros…

—Todo eso lo sé, Duval —le corté impaciente—. ¿Cómo pensáis

hacerlo? Markus es poderoso y tiene muchos aliados que le apoyan.

—No le quedan tantos amigos como él piensa —repuso esbozando una sonrisa cruel—. Como creo que ya has descubierto, le hemos pedido a Dickinson que forme un ejército. Le hemos apoyado, le hemos dado dinero para que los arme y, en estos momentos, contamos con unos doscientos vampiros preparados para sembrar el caos en las calles de Detroit. Cuando la ciudad se convierta en un infierno, acusaremos a Markus de ser incapaz de mantener el orden y le derrocaremos.

—¿Y cómo pensáis recuperar el control de la ciudad una vez hayáis derrocado a Markus? —pregunté.

—Son vampiros débiles, de sangre muy diluida… Incluso Dickinson, el vampiro que les ha creado a todos sería fácil de derrotar por alguien como tú o como yo —contestó con el desprecio tiñendo su voz—. Tú misma pudiste comprobarlo cuando le controlaste hace unos días… ¿Te sorprende que lo sepa? —preguntó divertido mientras señalaba a Jake—. No te imaginas todo lo que ha cantado este pajarito…

Volví a mirar con pena a Jake, que luchaba por mantenerse erguido y nos contemplaba a través de sus párpados hinchados. Conocía muy bien los poderes de Duval, porque eran similares a los míos. Podría haberle hecho confesar todo lo que hubiera querido tan solo con ordenárselo y estaba segura de que había sido así como había conseguido toda la información. Los golpes habían sido innecesarios y solo respondían al sadismo de Duval.

—Me lo imagino. —Luché para tragarme el odio que me envenenaba y seguir conversando como si el sufrimiento de Jake no me importara—. Veo que lo tienes todo bastante bien atado: cómo derrocar a Markus, cómo eliminar al ejército de Dickinson y supongo que al propio Dickinson también… —Esperé hasta que asintió—. Pero sigo viendo alguna laguna en tu plan.

—¿Qué laguna? —preguntó ofendido—. No hay nada que no haya contemplado.

—¿Estás seguro de que el consejo va a votar por ti para ser el

sucesor de Markus? —Mis preguntas parecían inocentes, pero estaban cargadas de veneno—. ¿No crees que podrían preferir a Patterson? Después de Markus, es el vampiro más antiguo y poderoso de la ciudad.

—Deberías confiar más en mí, cielito —dijo agarrándome por la barbilla como si yo fuera una niña pequeña—. Si te digo que lo tengo todo bajo control, es porque es así. Tengo el apoyo de todo el consejo, incluido Patterson. Él no quiere ser el príncipe de la ciudad. Prefiere mantenerse entre las sombras, como ha hecho siempre.

Sentí que la ira ardía en mi interior como un fuego que amenazara con arrasarlo todo, pero conseguí contenerme. No podía creer lo que aquel malnacido me estaba contando. Preparar aquel plan tenía que haberle llevado meses. Planearlo todo, buscar quién lo llevara a cabo… Y conseguir el apoyo de todo el consejo. De todos. Aunque siempre había pensado en ellos como una jauría de hienas hambrientas que solo esperaban el momento propicio para abalanzarse sobre Markus, creía que algunos de sus miembros le eran realmente fieles. Recordé que Markus siempre me acusaba de ser demasiado mal pensada, de actuar como una paranoica… En realidad, me había quedado corta.

—Tienes razón. Lo tienes todo muy bien atado. Tanto que no entiendo qué es lo que necesitas de mí.

—Realmente no necesito nada de ti… —Sus palabras sonaron a amenaza—. Pero me gustaría mucho poder contar contigo. El hecho de que vayamos a acabar con Markus no tiene porque significar perder a nadie más y menos a alguien tan poderoso como tú. Me encantaría que estuvieras a mi lado en mi nuevo reinado.

—¿Y qué es lo que me ofreces?

En realidad, no había nada que pudiera ofrecerme que fuera a reducir mis ganas de matarlo con mis propias manos por su traición, pero necesitaba que confiara en mí para que Jake y yo pudiéramos salir vivos de aquella fábrica y, para que no desconfiara, no podía ponérselo demasiado fácil.

—Había pensado en ofrecerte mi puesto —contestó con una sonrisa prepotente adornando su rostro—. Después de todo, va a quedar vacante.

—¿Jefa de seguridad de la Fundación Kressler? —Fingí que me lo pensaba durante unos segundos—. Suena bien. De hecho, siempre he anhelado ese puesto. Si nunca se lo pedí a Kressler, fue porque tú estabas haciendo un gran trabajo.

Su sonrisa se hizo aun más amplia. Duval era tan engreído y arrogante que estaba dispuesto a creerse todos mis cumplidos.

—¿Entonces tenemos un trato? —Se acercó hasta casi pegar su cuerpo al mío y deslizó su mano por mi mejilla.

—Aún falta una cosa más. —Me eché hacia atrás para poder señalar a Jake y evitar de paso su contacto—. Quiero que, cuando te conviertas en príncipe de Detroit, me concedas permiso para convertir a este humano en vampiro.

Duval frunció el ceño. Noté que estaba celoso, que no le gustaba la idea de que nuestro trato dependiera de la supervivencia de un miserable humano. Le miró durante unos segundos, como si estuviera evaluando qué podía tener Jake para importarme tanto. Decidí no insistir. Un interés excesivo podía desatar los celos de Duval y que se empeñara en no concederme lo que le estaba pidiendo. Me limité a quedarme mirándole con los brazos cruzados frente al pecho.

—Está bien —concedió de mala gana—. Tenemos un trato.

Me tendió la mano y, cuando respondí a su gesto, tiró de mí hasta hacer que nuestros cuerpos chocaran. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Cuando seas mi princesa, ya no volverás a acordarte de ese humano.

Puse una mano en su pecho y le separé. Tuve que hacer un gran esfuerzo para sonreírle y fingir que estaba encantada con su propuesta. No entendía qué hacía falta para que Duval se diera cuenta

de cuánto me repugnaba. A lo largo del último siglo, había rechazado sus insinuaciones en múltiples ocasiones. Sin embargo, él había conseguido engañarse a sí mismo y convencerse de que la razón de que no quisiera nada con él y de que prefiriera a Markus era su posición y no el asco que me provocaba su sola presencia. Conseguí asentir y seguir sonriendo como si estuviera encantada con la idea. La vida de Jake dependía de ello.

—¿Cuándo pondrás en marcha tu plan? —pregunté.

—Esta misma noche —contestó Duval—. No podemos postergarlo más después de que le hayas ido con el cuento a Markus.

—Entonces voy a curarle y a mandarle a casa —dije señalando a Jake—. Si sigue aquí cuando se desate el infierno, podría salir herido y no quiero perder a mi juguete.

El brillo de los celos volvió a iluminar los ojos de Duval. Noté que apretaba la mandíbula y cerraba los puños, pero consiguió fingir una sonrisa y asentir. Me acerqué a Jake a paso rápido y empecé a cortar las bridas que le sujetaban antes de que Duval cambiara de opinión.

Jake estaba muy débil, tanto que, cuando conseguí soltarle y le ayudé a ponerse en pie, tuve que sujetarle para que no cayera al suelo. Consiguió elevar la cabeza y mirarme a los ojos y lo que descubrí en ellos me desconcertó en el primer momento. Era desprecio. Me miraba con un asco infinito. Entonces lo comprendí. Él también se había creído mi interpretación. Pensaba que iba a traicionar a Markus y a unirme a Duval y su ejército de vampiros. Me coloqué frente a él, le sujeté la cara con las manos y, cuando estuve segura de que nadie podía vernos, le guiñé un ojo. Aún estaba confuso y mareado por los golpes y la falta de sangre, pero, en un par de segundos, vi como la comprensión iluminaba su mirada.

—Jake, escúchame —dije sin perder el contacto visual, fingiendo que estaba utilizando mis poderes con él—. Ahora vas a ir a tu casa y me vas a esperar allí. Y vas a olvidarte de todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas.

Aquella orden, que ambos sabíamos que él no podía cumplir, fue mi manera de asegurarme de que entendía que todo era una representación para Duval. Él asintió como un autómata.

—Sí, Véronique. Te esperaré en casa.

Cuando fui a soltarle para que se marchara, las rodillas se le volvieron a doblar. No tenía la fuerza suficiente como para andar por sí mismo, salir de aquella fábrica y conducir hasta su casa. Estaba segura de que Duval no me iba a dejar acompañarle y no me fiaba de ninguno de sus secuaces. Era muy probable que le diera la orden de asesinar a Jake en cuanto estuviera fuera de mi vista y dejarlo tirado en cualquier cuneta. Tenía que conseguir que se marchara de allí por su propio pie, aunque la manera de lograrlo no me gustara…

Me mordí con fuerza el labio inferior hasta que sentí el sabor de la sangre. Aún con las manos en sus mejillas, le obligué a bajar la cabeza y acerqué mis labios a los suyos. En un primer momento, se quedó paralizado, como si no supiera cómo reaccionar, pero se dejó hacer. Seguramente pensó que aquello era parte de la representación que estábamos montando para Duval. La confusión solo duró unas décimas de segundo, hasta que la primera gota de mi sangre tocó su lengua. Aquello le encendió como la chispa sobre la paja seca, acrecentó su deseo y le hizo querer más, como si acabara de probar la más potente de las drogas… Y a mí me sucedió algo parecido.

No me había dado cuenta hasta el momento de cuánto le deseaba, de hasta qué punto me moría por sentir sus dientes mordisqueando mis labios, su lengua volviéndose loca dentro de mi boca, su barba de tres días arañando mis mejillas… Cada célula de mi cuerpo parecía haber despertado de un letargo de décadas. Sentía un fuego en mi interior que se iba haciendo más y más potente al sentir su cuerpo contra el mío, al notar el calor de su piel, al escuchar el gemido ronco que escapaba de sus labios…

Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para mantener la cabeza fría. No debía parecer demasiado apasionada si no quería que los celos de Duval se desbocasen y, además, aquel beso

tenía otro propósito además de sanar con mi sangre las heridas de Jake. Deslicé mis manos por su espalda e introduje con disimulo mi móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros, el móvil que había estado grabando toda mi conversación con Duval desde que habíamos entrado en aquella fábrica.

Él debió de notarlo, porque se separó de mí y me miró confuso. Se me escapó una sonrisa al ver que todas sus heridas se habían curado. No quedaba rastro de los cortes y hematomas que hasta hacía unos segundos habían estropeado su rostro. No pude contenerme y llevé una mano a uno de aquellos mechones rebeldes que cubrían sus ojos. Mi Jake. Me di cuenta de que no solo me resultaba terriblemente atractivo. Era hermoso, tan hermoso como para que me entraran ganas de quedarme mirándolo para siempre.

—Ya puede irse —dijo Duval a mi espalda tras carraspear molesto—. Que se dé prisa. Esto va a empezar ya.

Asentí y rodeé con los brazos el cuello de Jake a modo de despedida. Me puse de puntillas para alcanzar su oído.

—Llévale la grabación a Markus —susurré tan bajo como pude—. Rápido.

Cuando me separé, él asintió y me guiñó un ojo. Sin decir nada más, atravesó la habitación y salió de ella. Justo al llegar a la puerta, se detuvo y se giró hacia mí. Supuse que tampoco le hacía gracia dejarme allí con Duval y todos aquellos vampiros enloquecidos. Supe que, si no fuera porque le había pedido que avisara a Markus, habría insistido en quedarse a mi lado. Por desgracia para él, le había encomendado una misión tan importante como para que no pudiera negarse a cumplirla. Una misión de la que dependía mi vida. Asintió para transmitirme confianza y salió de la habitación.

XXXV

Killing in the name

Esperé hasta que la figura de Jake desapareció por la puerta antes de aceptar el brazo que Duval me tendía. Me agarré a él y comenzamos a caminar hacia el patio de la fábrica. Dickinson y todos sus esbirros esperaban allí, colocados en semicírculo. Les observé con desagrado, aunque tuve que reconocer que Dickinson había cumplido con la misión que le habían encomendado. En aquel patio se reunía lo peor de la ciudad: los miembros más violentos y salvajes de cada banda, individuos que ya sentían sed de sangre antes incluso de haber sido convertidos.

Noté una energía extraña que parecía transmitirse entre todos ellos. Sabían que aquella era su noche, que se acercaba el momento de su gran prueba. Se les notaba nerviosos. Apretaban los puños, hacían crujir los nudillos, se movían en el sitio como un púgil esperando el sonido de la campana que le permitiría saltar hacia su adversario para destrozarlo… La agresividad contenida en aquellos cuerpos parecía crepitar y saturar el aire.

Miré a Duval mientras le acompañaba hacia el centro del patio. No parecía sentirse incómodo ante aquella horda salvaje, ante tanta violencia contenida. Al contrario, se le veía relajado y exultante. Me llevaba del brazo con la cabeza alta y el pecho henchido de orgullo. Se giró hacia mí y me lanzó una sonrisa triunfal. Entonces lo entendí todo.

Duval no me había fichado porque estuviera enamorado ni porque sintiera una fuerte atracción sexual hacia mí, de la que ya había dado pruebas en el pasado. Tampoco se debía a que me considerase un activo valioso que pudiera ayudarle en su nueva etapa como líder de la ciudad. Para él, yo era un símbolo de su victoria, una parte imprescindible de la partida de ajedrez que estaba disputando contra Markus. Acababa de arrebatarle a su reina y en aquel momento disfrutaba exhibiéndola delante de los peones.

Sentí que la rabia consumía mis entrañas. Estaba harta de ser un símbolo, una posesión, un puto adorno que los hombres podían lucir para demostrar cuán importantes se creían… Yo era mucho más: mucho más inteligente, más poderosa y más letal de lo que podían imaginar. Y aquella noche iba a demostrárselo a mi patético acompañante.

Le devolví la sonrisa y, cuando llegamos al centro del patio, me quedé quieta y en silencio al lado de mi nuevo príncipe, tal y como se esperaba de mí. Duval paseó su mirada por el ejército de vampiros y asintió satisfecho. Dickinson dejó su lugar en el semicírculo, se acercó a nosotros y alzó los brazos. Todos los vampiros empezaron a gritar su nombre y a patear el suelo. La energía que transmitían se incrementaba por segundos. Incluso yo me sentí contagiada por ella, por aquella violencia que parecía surgir del vientre como una hoguera y que te impulsaba a destruir, a matar, a comer…

—Esta es la noche —gritó Dickinson con los brazos en alto—. Esta es nuestra noche, para la que nos hemos estado preparando. Hoy vamos a ser los reyes de esta puta ciudad.

Detuvo su discurso para permitir que sus acólitos volvieran a gritar y rugir, como una manada de lobos hambrientos que le aullaran a la luna llena.

—Somos el ejército de los olvidados, de los marginados, de los desposeídos —continuó Dickinson—. Esta ciudad nos ha tratado siempre como a mierda… Inadaptados que podían ser ignorados, desechos que apartar a un lado para que no molestasen… Nunca han sabido comprender el origen de nuestra rabia, de nuestro dolor… Pero yo he sabido reconocerlo, he visto las almas de cada uno de vosotros, he visto vuestro valor, vuestro orgullo… Y os he reunido para formar un ejército invencible, un ejército que esta noche reducirá esta maldita ciudad a cenizas.

Los gritos arreciaron. Los vampiros ni siquiera trataban ya de controlarse. Rugían echando el cuerpo hacia delante mientras mostraban sus largos colmillos. La manada estaba lista para atacar y

solo esperaba la señal de su líder.

—Ha llegado el momento, hijos de la noche. —Dickinson asintió mientras miraba a aquella horda sanguinaria con ternura—. Vamos a extender nuestro dolor y nuestra rabia por cada rincón de Detroit. No dejéis piedra sobre piedra, no dejéis supervivientes. Es la hora de hacerles pagar. Llegó la hora de nuestra venganza. ¡Sangre y muerte!

—¡Sangre y muerte! ¡Sangre y muerte! ¡Sangre y muerte!

Mientras los vampiros coreaban aquellas palabras, se giró hacia Duval. Este asintió y, como si hubiera sido la señal que todos estaban esperando, salieron de la fábrica con Dickinson a la cabeza. Sentí que la angustia me invadía al ver aquella amalgama de cuerpos que se empujaban, que saltaban unos sobre otros e incluso trepaban por las paredes para adelantar a la horda y ser los primeros en probar la sangre. Intenté decirme a mí misma que no me importaban las víctimas que se cruzasen en su camino. Al fin y al cabo, solo eran humanos. Mortales y prescindibles.

No supe por qué, pero no conseguí creerme del todo aquellos pensamientos.

Duval volvió a tenderme el brazo para que saliéramos con paso digno. Parecía que quería contemplar la carnicería de cerca. Cuando abandonamos los terrenos de la fábrica, empecé a escuchar una música. Alguien había decidido que la matanza quedaría mejor con banda sonora. Vi un coche con el maletero abierto. Dentro había unos altavoces enormes por los que atronaba *Killing in the name*. Por encima del chillido estridente de las guitarras, escuché los primeros gritos de dolor.

Un grupo de tres vampiros se había lanzado sobre un vagabundo. El hombre estaba dormido, tapado de pies a cabeza con cartones, al lado de un carro de supermercado en el que llevaba todas sus pertenencias. Apartaron los cartones, lo inmovilizaron en el suelo mientras el hombre gritaba aterrado y empezaron a morderle. Ni siquiera se entretenían en disfrutar de su sangre. Mordían y mordían

mientras golpeaban su cuerpo con brutalidad. Los gritos cesaron pronto. Supuse que aquel infeliz ya estaba muerto. Mientras seguía avanzando del brazo de Duval, manteniendo la cabeza alta y el paso digno, me planteé que habría dado hasta mi último dólar por no estar en aquella calle. Los vampiros que habían atacado al vagabundo nos adelantaron en cuanto terminaron su tarea. Le habían robado el carro de supermercado y mientras dos de ellos lo empujaban, el otro iba de pie dentro, gritando y balanceando algo sobre su cabeza como un trofeo de guerra. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un brazo humano.

Escuché más y más gritos en las calles cercanas. A los vagabundos y yonquis de aquel barrio no debían de quedarles más de unos minutos de vida. En aquel momento, se empezó a escuchar otro sonido: el estruendo de decenas de ventanas rotas, una lluvia de cristales que anunciaba que los ciudadanos refugiados dentro de sus hogares no iban a tener mejor suerte.

Gritos de rabia, rugidos, chillidos de terror pronunciados por las gargantas de hombres indefensos, de mujeres aterradas, de chiquillos que veían como los monstruos de sus pesadillas se volvían reales a los pies de sus camas. Livernois acababa de convertirse en el infierno.

Dos vampiros golpeaban un bulto en una esquina. Solo la sangre que salpicaba las paredes sugería que aquella masa informe había sido una persona. Aquello no podía seguir vivo, pero los vampiros seguían golpeando una y otra vez, ciegos de ira. Aparté la mirada mientras seguía caminando. Hice un esfuerzo consciente por no grabar aquellas imágenes en mi cerebro, pero sabía que iba a ser inútil. Las recordaría una y otra vez. Ojalá pudiera darme a mí misma la orden de olvidar…

Escuché un grito femenino a mi izquierda y giré la cabeza sin poder evitarlo. Había tanto terror impregnando aquella voz que era imposible no conmoverse. Mis ojos se fijaron en una casa unifamiliar de dos pisos. Las luces estaban apagadas, dando la falsa impresión de que sus habitantes dormían. Sin embargo, los gritos, golpes, rugidos y

sonidos de muebles y cristales rotos desmentían en un solo segundo aquella apariencia de tranquilidad. La puerta delantera se abrió de un golpe y una mujer, vestida con un largo camisón blanco, salió a la carrera saltando los escalones de entrada. Tropezó en el último y cayó. Incluso en aquel momento, la mujer consiguió reaccionar y caer de lado para proteger el pequeño bulto que llevaba en brazos. Era un bebé lo que abrazaba con ternura, a pesar de que la sangre que impregnaba la parte delantera de su camisón confirmaba que aquel niño ya estaba muerto. En su alocada huida, ella no podía, o no quería, darse cuenta. Volvió a incorporarse y trató de correr por el jardín mientras gritaba suplicando ayuda a sus vecinos.

En la puerta de la casa se dibujó la imagen de un vampiro enorme que ocupaba todo el umbral. Su piel era tan negra que parecía azulada e iba vestido íntegramente con ropas oscuras. Era una sombra entre las sombras, un depredador nocturno perfecto. Bajó las escaleras sin darse prisa, seguro de que su presa no iba a escapar. Me quedé hipnotizada mirando su pelo, recogido en cientos de apretadas trenzas que, mecidas por el viento de la noche, parecían tener vida propia, como un nido de letales víboras. El vampiro observó como la mujer se levantaba con dificultad, apretando al niño muerto contra su pecho, y, en lugar de perseguirla, levantó la cabeza hacia lo alto y soltó una carcajada que me congeló por dentro. Después, se inclinó hacia delante hasta colocarse casi a cuatro patas y se lanzó sobre su víctima de un solo salto, como una poderosa pantera. Derribó a la mujer y, a pesar de que ella trató de resistirse, le arrancó el niño de las manos y lo arrojó lejos. El cuerpo del bebé fue a estrellarse contra la pared delantera de la casa. Dejó una mancha oscura sobre la pintura blanca antes de caer entre los macizos de gardenias.

La mujer se revolvió bajo el enorme cuerpo del vampiro. La desesperación le impedía ver que no tenía nada que hacer contra aquel enemigo. Chillaba, pataleaba, le golpeaba el pecho con ambos puños, le arañaba la cara en un loco intento de alcanzar sus ojos… El vampiro se mantenía sobre ella, sin defenderse, sin evitar sus ataques… Tan solo se carcajeaba con aquella risa enfermiza y

enloquecida que helaba la sangre en las venas. Me di cuenta de lo que hacía. Era como uno de esos gatos caseros bien alimentados que se entretiene cazando a un ratón. No había hambre ni necesidad, tan solo un juego sádico y cruel que acabaría en el momento en el que empezara a aburrirse. Como si me hubiera leído el pensamiento, el vampiro tiró de ella hasta dejarla sentada sobre el césped, se colocó a su espalda con un ágil salto y, de un solo movimiento, hizo girar su cabeza. El ruido de las vertebras de la mujer al quebrarse sonó con una claridad cristalina. El vampiro se puso de pie y contempló durante un par de segundos su figura inerte, que parecía mirar el cielo gris de Detroit con sus ojos muertos. Después, saltó la verja de la casa y salió corriendo calle adelante en busca de otra familia a la que masacrar.

Me dio asco ser un vampiro. Por primera vez en toda mi vida inmortal, sentí vergüenza de mi especie. Todo lo que le había dicho a Jake sobre nosotros era cierto: éramos asesinos, éramos depredadores, nos alimentábamos de la raza humana y no sentíamos piedad de ellos. Pero lo que estaba viendo aquella noche no nos representaba. Aquellos niveles de violencia, crueldad y sadismo no tenían nada que ver con los vampiros que yo conocía. Había mucha diferencia entre comerse un bistec y torturar y aterrorizar a una ternera indefensa.

Pensé en detenerme y pedirle a Duval que me dejara marchar. No tenía por qué seguir viendo aquello. No me sentía capaz de seguir escuchando aquellos gritos de pánico, ni los aullidos enloquecidos de la manada, ni el chasquido de huesos al romperse, ni el sonido de los músculos al rasgarse. Tampoco quería seguir oliendo la sangre, que empezaba a inundar las calles y que, a pesar de mi desagrado por lo que estaban haciendo, avivaba mi hambre. Sin embargo, cuando le miré, me di cuenta de que no podía irme. Él miraba de lado a lado, fijándose en cada detalle de aquella carnicería con una sonrisa en los labios. Parecía que estuviera paseando por una galería de arte, admirando cada obra. Aquella era su gran noche, su sueño cumplido. No podía permitir que se diera cuenta de hasta qué punto me repugnaba lo que estaba haciendo. Debía quedarme a su lado y fingir que disfrutaba con el espectáculo.

Un nuevo sonido inundó las calles de Livernois, superponiéndose al coro de gritos y al estrépito de cristales rotos. Era el sonido limpio y vibrante de varias campanas tocando a rebato. Duval frunció el ceño y se giró hacia el origen de aquel sonido. Vi que varios vampiros dejaban lo que estaban haciendo y miraban en la misma dirección, como si hubieran caído hipnotizados bajo aquellas notas. El silencio se adueñó del barrio, solo roto por aquel redoble que sonaba a esperanza y salvación. Aquella quietud solo duró unos segundos. Los vampiros se levantaron y corrieron hacia allí, atraídos por la llamada.

Recordé que Jake me había hablado de la iglesia de San Francisco de Asís, situada en la calle Wesson, y del padre Wilson, un hombre valiente que trataba de arrojar un rayo de luz y esperanza en un barrio que hacía tiempo que no le importaba a nadie. Parecía que aquel hombre había decidido seguir luchando aunque el apocalipsis hubiera comenzado a desatarse en la misma puerta de su parroquia.

Caminamos hacia allí. Yo intentaba acompasarme al paso relajado y elegante de Duval, que parecía estar tan seguro de su victoria como para no apresurarse, a pesar de que me moría de ganas de saber qué era lo que estaba sucediendo. Cuando giramos una esquina, pude ver por fin la silueta de aquel edificio de paredes rojizas, flanqueado por dos altas torres rematadas con capiteles verdes de los que seguía surgiendo el repicar de las campanas. Las recias puertas delanteras de madera oscura estaban abiertas de par en par y, frente a ellas, en lo alto de las escaleras, vi a un hombre vestido de negro. Su alzacuellos blanco parecía brillar en la oscuridad de la noche, al igual que la gran cruz dorada que llevaba entre las manos. Vi llegar a varias personas corriendo hacia la iglesia. Un anciano, que llevaba de la mano a una niña que debía de ser su nieta, tropezó en el primer escalón y se quedó allí tirado, gritando de dolor mientras se agarraba la cadera. La niña se lanzó sobre él y trató de levantarle mientras gritaba desesperada al ver que un par de vampiros se acercaba poco a poco.

El reverendo no se lo pensó. Bajó las escaleras de dos en dos y

se colocó delante de los vampiros con la cruz en alto mientras le gritaba a la pareja que se diese prisa. La cruz brillaba cada vez más y más. Era imposible mirarla de frente. Aquella luz taladraba las retinas y su fulgor parecía colarse hasta el mismo centro del cerebro. Aquel hombre tenía fe de verdad. Iba a ser un digno adversario.

Cuando el cura vio que el anciano y la niña ya habían cruzado la puerta de la iglesia y que no se divisaba a ningún otro humano que llegara a la carrera buscando refugio, retrocedió poco a poco, manteniendo en todo momento la cruz en alto. Más vampiros se habían acercado. Gruñían como animales hambrientos y mostraban sus largos colmillos ensangrentados, pero ninguno de ellos se atrevió a tocar al párroco o a poner un solo pie en los escalones de la iglesia. Aquel lugar era territorio sagrado protegido por un hombre de fe firme e inquebrantable. Nos estaba vedado.

Cuando las puertas de la iglesia se cerraron, tuve que hacer un esfuerzo por contener una sonrisa. Aquel cura y su parroquia iban a suponer un obstáculo en los planes de destrucción de Duval y Dickinson y aquello significaba más tiempo para que Jake pudiera cumplir su misión. Por desgracia, aquella sensación de triunfo me duró poco.

Vi como varios vampiros se acercaban a la carrera con botellas en las manos. Prendieron fuego a los trapos que asomaban del cuello de las botellas y las arrojaron contra la fachada de la iglesia, reduciendo a escombros sus vitrinas de colores. Cócteles molotov. Vampiros usando cócteles molotov. Aquello era lo último que esperaba ver. El fuego era uno de nuestros mayores enemigos. Muchos de nosotros le teníamos tanto miedo como para sentirnos incómodos ante la llama de un mechero, pero aquellos vampiros estaban tan locos como para utilizarlo. No tenía sentido. Si quemaban a las víctimas, no podrían devorarlas. Era solo destruir por destruir, matar por matar.

Escuché los gritos desesperados que surgían de la iglesia. Algunos chillaban horrorizados mientras otros llamaban a la calma e intentaban apagar las llamas. Era un esfuerzo inútil. Los cócteles seguían entrando a través de las vidrieras rotas, uno tras otro, en una

lluvia de fuego que parecía que no escamparía nunca. Las puertas de la iglesia se abrieron y media docena de personas salió huyendo del fuego y el humo. No dieron más de tres pasos fuera de la iglesia antes de que los vampiros saltasen sobre ellos y los devorasen. El resto de ocupantes de la parroquia escogió seguir luchando contra el fuego antes de enfrentarse a una muerte segura. Entre los gritos de dolor, se podía escuchar una voz masculina, potente y poderosa, que entonaba el Padre Nuestro. Supuse que sería la del padre Wilson.

Cuando los gritos cesaron, llegó el desagradable olor del pelo chamuscado mezclado con el aroma dulzón de la carne quemada. Las llamas habían cobrado fuerza y lamían ya los altos campanarios, en los que las campanas seguían doblando, prometiendo un refugio que ya no existía. Los vampiros saltaban y bailaban alrededor de la iglesia en llamas, como si estuvieran celebrando una antigua ceremonia pagana. Contemplé sus rostros ensangrentados a la luz del fuego y volví a pensar que aquellos monstruos no podían pertenecer a mi misma especie.

XXXVI

In the end

Llegué a perder la noción del tiempo. La sangre que empapaba las aceras dejó de impresionarme, los gritos de agonía de las víctimas ya no hacían eco en mi alma… Solo había muerte, destrucción y caos a mi alrededor, pero ya no me repugnaba ni me emocionaba. Sentía algo en mi interior muy parecido al hastío. Solo quería que todo terminase…

Cada vez quedaban menos supervivientes en Livernois. La mayoría de la gente había huido hacia otros barrios consiguiendo ponerse a salvo, al menos momentáneamente. Los infelices que se habían ocultado en sus casas, en sótanos, armarios o arcones congeladores, iban cayendo uno tras otro. Daba igual dónde se escondieran. Nuestros sentidos aumentados podían detectar el retumbar de sus corazones asustados, sus respiraciones agitadas, el rumor de su sangre acelerada recorriendo sus arterias… Y podíamos olerlos. El aroma acre de su miedo nos llamaba con tanta fuerza como el humo de una barbacoa. No había salvación para ninguno de ellos. De vez en cuando, se escuchaban gritos de pánico dentro de alguna casa y eso nos anunciaba que otro más había caído. Mientras algunos vampiros seguían buscando casa por casa, la mayoría del grupo se entretenía en destrozarlo absolutamente todo, como si no quisieran dejar ni siquiera el recuerdo de que Livernois hubiera existido alguna vez. Al fuego que seguía consumiendo la iglesia de San Francisco de Asís se unían los contenedores incendiados, las tiendas y casas en llamas… Aquella era otra razón para sentirme incómoda y querer marcharme de allí. Aquellos imbéciles estaban tan descontrolados y fuera de sí que terminarían por encerrarnos entre las llamas y hacernos arder a todos. Miré a Duval, esperando encontrar en su rostro algún signo de inquietud o incomodidad, pero él seguía contemplando extasiado el brillo de los incendios.

Nos habíamos colocado al final de la calle Wesson, algo alejados de los grupos que seguían destrozando todo lo que

encontraban a su paso. Por un segundo, me planteé si estaríamos lo bastante lejos y si ellos estarían tan distraídos con su baño de sangre como para que yo pudiera atacar a Duval sin que se enterasen. Desistí de aquel pensamiento de inmediato. Duval era un vampiro poderoso, tan antiguo como yo o quizá más. Acabar con él no iba a ser tarea fácil. Tendría que ser paciente y esperar a que se me presentase la oportunidad perfecta. Sin embargo, me resultaba cada vez más difícil mantener mi apariencia fría e inexpresiva. La inquietud me comía por dentro. ¿Habría conseguido Jake hablar con Markus? Y, si lo había logrado, ¿a qué esperaba mi jefe para actuar? La destrucción de todo el barrio de Livernois ya iba a ser algo casi imposible de ocultar y, en cualquier momento, Dickinson y sus seguidores se aburrirían y decidirían extender el caos a otras zonas de la ciudad. Nuestro secreto estaba comprometido. Empezaba a pensar que ya era demasiado tarde.

En aquel momento, el ruido de varios motores acercándose hizo que todos los vampiros se detuvieran y miraran hacia el origen del sonido. Por las calles cercanas a la iglesia en llamas aparecieron un par de coches y media docena de motos. Se detuvieron, dejando los vehículos cruzados, y bajaron de ellos colocándose en semicírculo. El fuego les iluminaba desde atrás, impidiendo ver sus rostros, pero no me costó reconocer la figura central. Era Markus, rodeado por una docena de sus aliados más fieles. Reconocí su melena clara al viento, su porte orgulloso, aquella manera de andar como si nada pudiera detenerle. Se adelantó unos pasos a sus compañeros y extendió los brazos a los lados mientras alzaba su mirada hacia el cielo.

—¡Dickinson! —rugió—. He venido a por ti.

Me quedé paralizada, sin entender qué estaba haciendo. Markus era tan poderoso como para no necesitar un enfrentamiento directo con ninguno de aquellos vampiros de sangre diluida, tan antiguo como para poder controlarlos con solo desearlo. Le bastaría con concentrarse en su poder para manipular sus emociones y conseguir que aquellos monstruos enloquecidos se quedaran paralizados de terror ante su presencia o que se pusieran a llorar pidiendo clemencia o que se prostraran a sus pies y le adoraran. ¿Por qué, en lugar de eso,

caminaba por el centro de la calle con el pecho henchido y una barra de hierro en cada mano como un matón de barrio cualquiera?

Los seguidores de Dickinson continuaban quietos y en silencio, como si la llegada de Markus les hubiera sumido en un extraño hechizo. Creo que estaban tan alucinados como yo al ver a un hombre solo internándose entre ellos en busca de su líder sin mostrar el más mínimo temor. Sin embargo, aquel hechizo duró poco. Un rugido de rabia empezó a extenderse como una marea que incrementara su fuerza segundo a segundo. Cuando la energía se volvió incontenible, se lanzaron contra él como una manada de lobos hambrientos. Markus no se inquietó. Incluso me pareció distinguir un brillo de burla en sus ojos iluminados por los contenedores en llamas. Siguió avanzando sin mirar siquiera a los lados, por donde se aproximaban los primeros atacantes. Un par de vampiros se lanzaron a la vez a por él, uno desde cada lado. Markus giró sobre sí mismo, con la elegancia de un primer bailarín ejecutando una coreografía. Alcanzó al más cercano en la mandíbula con una de las barras de hierro, haciendo que sus dientes saltaran por los aires como una lluvia de confeti. Se agachó, continuando el giro, y golpeó al otro en ambas rodillas. El crujido de los huesos al romperse resonó con claridad en la calle.

Un tercer vampiro saltó sobre él desde el techo de una furgoneta. Le reconocí al instante. Era el monstruo enorme de largas trenzas al que había visto matar a una mujer en el jardín de su casa. Markus se arrodilló en el suelo, sosteniendo las dos barras frente a él. El vampiro se ensartó en ellas y se quedó colgando, chorreando sangre mientras pataleaba y gritaba enloquecido. Markus se incorporó, todavía sujetando las barras en las que aquella mole estaba ensartada, como si no pesara nada. Le vi sonreír. Parecía que estaba disfrutando realmente con aquello. Fue bajando las barras de hierro poco a poco, hasta dejar a su víctima de pie y después le miró fijamente a los ojos antes de dar un par de pasos rápidos hacia él, haciendo que las barras le atravesaran de lado a lado. Después, le soltó y le dejó tirado en el suelo. Pasó a su lado sin dedicarle ni una sola mirada más, como si fuera un insecto al que hubiera aplastado y del que ya no tendría que

preocuparse.

Vi que sus acompañantes le seguían un par de pasos por detrás. Simplemente, se ocupaban de que ningún grupo pudiera acercarse a Markus desde atrás y sorprenderle, pero le dejaban todo el protagonismo. Otros dos vampiros corrieron hacia él, al ver que había perdido las barras de acero con las que se había estado defendiendo. Ni siquiera se inmutó. Extendió un brazo a cada lado, agarrando a cada uno de ellos por la pechera de la camiseta y, sin que pareciera suponerle ningún esfuerzo, los arrojó a ambos lados de la calle. Uno de ellos se estrelló contra el parabrisas de un coche, atravesándolo. El otro golpeó con fuerza contra la persiana de una tienda de ultramarinos. El estruendo resonó en toda la calle. La persiana se deformó por completo por el golpe y el vampiro quedó tendido en el suelo, con una pierna doblada bajo su cuerpo en una postura antinatural. Dolía solo verlo. Me planteé que le iba a costar mucha sangre regenerar aquello, pero no tuvo la oportunidad. Los seguidores de Markus se lanzaron sobre él y le devoraron. Parecía que habían encontrado una distracción mientras su jefe se divertía: rematar a sus víctimas.

—¡Dickinson! —volvió a rugir—. ¿Dónde estás, cobarde?

Escuché un fuerte golpe a mi derecha, a tan solo unos pasos de distancia. Dickinson acababa de subirse al techo de un coche. Tan solo con el impulso del salto, había conseguido que toda la estructura se abollase, como si acabara de ser golpeada con una bola de demolición. Su figura, enorme e imponente desde las alturas, impresionaba. En sus ojos se reflejaba la danza de las llamas y el tatuaje de su frente parecía brillar, como si aquella antigua herida se hubiera abierto y estuviera en carne viva. Soltó una carcajada hacia lo alto, aguda y desquiciada, que terminó en un largo aullido. Pensé que iba a lanzarse contra Markus, pero, en lugar de eso, se giró hacia sus acólitos, que se encontraban arremolinados en las aceras, a la espera de una orden.

—¡A por él! —gritó—. Matadlo.

Sus esbirros no dudaron ni un segundo. Se lanzaron sobre

Markus simultáneamente. Algunos corrían hacia él mientras gritaban enardecidos. Unos cuantos se colocaron a cuatro patas, como si fueran animales, antes de lanzarse sobre él como felinos salvajes en un salto imposible. Otros corrían sobre los coches para saltar desde allí y sorprenderle. Los aliados de Markus intentaron evitar que fuera acorralado, parando a todos los que pudieron. La calle se convirtió en una batalla campal. Se escuchaban los gritos de los heridos, el crujido de huesos al romperse, el estruendo de los cuerpos al golpear coches, persianas, paredes… Sin embargo, no podía fijarme en nada de aquello. Había una sensación mucho más fuerte que subyugaba mis sentidos: el olor de la sangre. Si la sangre humana nos atrae y nos enloquece, la sangre vampírica tiene un efecto mil veces más fuerte. Su aroma es como el más dulce y embriagador de los perfumes. Tuve que usar toda mi fuerza de voluntad para no unirme a la batalla y empezar a morder y desgarrar.

Los esfuerzos de los aliados de Markus no fueron suficientes. Aunque eran mucho más fuertes que los esbirros de Dickinson, su superioridad numérica era apabullante. Muchos consiguieron llegar hasta Markus y lanzarse sobre él. En cuestión de segundos, su figura desapareció bajo aquella marea, como si hubiera sido devorado por una marabunta. Entonces, empecé a sentirlo. Parecía que Markus se había cansado y había decidido usar sus poderes. Una sensación desagradable empezó a extenderse por cada célula de mi cuerpo. Era como tener arañas de fuego paseando bajo la piel, una mezcla de dolor, ardor y repugnancia extrema que te impulsaba a alejarte, a huir y poner todas las millas posibles de distancia con la fuente de aquella sensación. Si para mí, que era un ser poderoso y antiguo y me encontraba a media calle de distancia, la sensación era así de desagradable, para los vampiros que rodeaban a Markus debía de ser inaguantable. Empezaron a separarse de él como si quemara. Algunos caían desmayados a sus pies. Otros conseguían recorrer unos pasos antes de doblarse sobre sí mismos y empezar a vomitar sangre como si se hubieran convertido en mangueras a presión.

Lanzando un rugido, Markus consiguió erguirse y lanzar a

varios pasos de distancia a la media docena de vampiros que habían conseguido mantenerse aferrados a él. Les dirigió una mirada de desprecio y se pasó una mano por el pelo, como si le preocupara haberse despeinado. Después, se giró hacia Dickinson, que seguía de pie sobre el techo del coche en actitud desafiante.

—¿Tienes algo más para arrojarme? —preguntó Markus con una sonrisa burlona—. ¿Vas a enfrentarte ahora a mí o eres demasiado cobarde para eso?

Dickinson volvió a rugir, se puso en cuclillas y, de un solo salto, recorrió la distancia que le separaba de Markus. Este le recibió abriendo los brazos, como si se reencontrara con un amante largo tiempo esperado, y soportó la fuerza del embate sin retroceder ni un paso. Volví a notar que la energía del aire cambiaba. Era el turno de Dickinson de usar sus poderes. Todos aquellos entre sus seguidores que aún podían moverse se acercaron a los dos hombres, que continuaban fundidos en un apretado abrazo, dispuestos a dar hasta su última gota de sangre por defender a su líder.

Noté un movimiento a mi lado. Duval se preparaba para unirse al combate y atacar a Markus. Supe al momento que no podía permitirlo. Duval era un vampiro poderoso. No tanto como Markus, pero, si podía aprovechar que este estaba distraído con el ataque de Dickinson y sus esbirros, podía tener alguna oportunidad. Me lancé sobre él sin pensarlo dos veces y clavé mis colmillos en su cuello.

En cuanto las primeras gotas de su sangre tocaron la punta de mi lengua, noté que todo a mi alrededor se desvanecía. Desapareció el estruendo de la lucha, la urgencia de ayudar a Markus, el aroma del fuego… Solo existía aquel dulce néctar que atrapaba todos mis sentidos, mis pensamientos, mis deseos… Lo único en lo que podía pensar era en seguir mordiendo, en atrapar hasta la última gota de aquel elixir… Aquello me volvió débil. Hasta que no sentí un dolor agudo e intenso taladrando mi muñeca no regresé al mundo real.

Duval se resistía a mi ataque. Había atrapado mi brazo derecho y se lo había llevado a la boca. Con sus largos colmillos, había

desgarrado la piel y el músculo de mi muñeca. Golpeé su barbilla con la mano que tenía libre y conseguí que se separara. Me quedé paralizada al observar mi herida. Entre la sangre que brotaba como un manantial, pude vislumbrar mis propios huesos. Aquello me espabiló. Gruñí como un animal herido y salté de nuevo sobre Duval. Él intentó cubrirse el cuello de mi ataque, pero me dio igual. Mordí una y otra vez, sin fijarme dónde, sin detenerme a saborear su sangre, invadida por un frenesí y un ansía de destrucción que nunca antes había sentido. Él gritaba pidiendo ayuda mientras me golpeaba con fuerza una y otra vez. Había demasiada sangre en mi boca y me di cuenta de que no toda era suya, pero aquello no detuvo mi furia. En aquel momento, me daba igual que pudiera matarme. Lo único que me importaba era asegurarme de que no haría sola aquel último viaje hasta el infierno.

Poco a poco, noté que los golpes de Duval se hacían más torpes y débiles. Conseguí agarrar uno de sus brazos y apartarlo para tener el camino franco hasta su carótida. Cuando logré morderle de nuevo, sentí que ya no podría soltarse. Me lancé a beber como un viajero que llevara días deambulando por el desierto. Había perdido mucha sangre en aquella lucha y él, que había sido el que me había herido tan gravemente, sería el encargado de curarme. Por desgracia, en pocos segundos noté que sus miembros se volvían flácidos e inertes. No iba a conseguir de él la sangre que necesitaba para sanarme de las graves heridas que me había infringido. Le solté y dejé que su cuerpo resbalara hasta el suelo. Me dejé caer a su lado, agotada y débil, mientras la sangre manaba sin control de mis heridas abiertas.

Contemplé la lucha de Markus contra los pocos vampiros que aún quedaban en pie. Los seguidores de Dickinson continuaban peleando enloquecidos, incapaces de resistirse a la llamada de su jefe, que les obligaba a continuar en aquella batalla que estaba perdida desde el inicio. Markus seguía golpeando a uno y otro lado, desgarrando cuerpos, arrancando miembros… Su rostro y sus ropas estaban totalmente cubiertos de sangre, pero él seguía firme, como si el dolor no le tocara, como si nunca fuera a cansarse, como si pudiera

luchar para siempre... Con el brillo de las llamas arrancando reflejos a su cuerpo ensangrentado parecía la viva imagen de un dios del caos, de un temible demonio que hubiera escapado del infierno para traer la destrucción al mundo entero.

Cuando consiguió liberarse del último seguidor de Dickinson, le dio un empujón para separarle un par de pasos y contemplarle mientras su sonrisa se ampliaba más y más. Incluso se lamió los labios, como si ya estuviera saboreando la sangre de su oponente. Dickinson no se acobardó. Se arrojó hacia él lanzando un último rugido de rabia. Markus abrió las piernas para soportar el impacto. Después, dio un ágil salto hasta colocarse a su espalda, le rodeó el cuello con un brazo y agarró su cabeza con la otra mano. Escuché el crujido de las vertebras al romperse y de los músculos al rasgarse. Le arrancó la cabeza como si para él no supusiera el más mínimo esfuerzo. Después, la arrojó a sus pies y sostuvo el cuerpo para beber directamente de la sangre que aún manaba de su cuello. Aparté la vista a un lado, asqueada. Había sentido repugnancia al ver como los acólitos de Dickinson masacraban a sus víctimas y me había consolado pensando que yo no era como ellos, que los vampiros con los que yo me codeaba éramos diferentes, superiores… Sin embargo, la forma en la que Markus se había comportado y el modo en el que sus seguidores terminaban con nuestros últimos enemigos desmentían aquella idea. Incluso la forma en la que yo había acabado con Duval la desmentía.

Éramos monstruos, salvajes y sin conciencia. La bestia habitaba dentro de nosotros y solo aguardaba la oportunidad idónea para mostrarse.

XXXVII

Creep

Regresamos a la Torre Kressler sin ser molestados por nadie. Markus abría la comitiva, montado en su moto con la elegancia de un caballero a lomos de su mejor corcel. Justo por detrás, le seguían sus más leales seguidores, como si fueran su guardia de honor. Los que íbamos en coche cerrábamos la comitiva.

Nadie nos detuvo a pesar de estar saliendo de un barrio en llamas en el que cientos de personas acababan de ser masacradas. Ni siquiera nos cruzamos con un solo coche de bomberos o de policía, ni con una sola ambulancia. Aquel era un asunto de vampiros en el que los humanos no debían meterse. Nadie podría acercarse a Livernois hasta que las pruebas de lo que había sucedido en realidad hubieran sido eliminadas y se hubiera construido una coartada que protegiera nuestro secreto.

Yo iba en uno de los últimos coches, sentada en el asiento de atrás entre dos de los seguidores de Markus. Todos nos manteníamos en silencio mientras el coche recorría aquellas calles destrozadas, como si creyéramos que no hablar de lo que había pasado pudiera hacer que no hubiese sucedido.

Me limité a mirar a través de los cristales tintados aquel escenario apocalíptico. Cristales rotos, coches volcados, contenedores en llamas… Y ni un solo ser vivo andando por las calles de aquella ciudad maldita. Si había supervivientes, no se atrevían a salir de sus escondites. Hacían bien en permanecer ocultos. Si los secuaces de Markus les descubrían y pensaban que habían visto demasiado, les eliminarían sin pensarlo dos veces, con la misma falta de humanidad y de conciencia con la que lo habrían hecho los seguidores de Dickinson. No había buenos ni malos en aquella historia. Solo verdugos.

Cuando por fin salimos de las calles de Livernois, me recliné en el asiento y cerré los ojos. Me encontraba tan cansada… Había perdido

mucha sangre y tenía heridas graves que tardarían en curar. Duval había sido un duro adversario, un vampiro mucho más antiguo y poderoso que yo. Cientos de años, de conocimientos, de recuerdos se habían perdido aquella noche… Y yo era la que había acabado con él. Sabía que se lo merecía, que nos había traicionado… Además, podía sentir su sangre recorriendo mis venas, haciéndome más fuerte de lo que nunca había sido. Aun así, me entristecía la pérdida de alguien tan bello, antiguo y poderoso.

Noté la mano de uno de mis acompañantes posándose en mi hombro para sacudirme con suavidad. Debía de creer que me había quedado dormida. Me permití una sonrisa sarcástica. Después de lo que había presenciado aquella noche, iba a costarme mucho esfuerzo volver a conciliar un sueño tranquilo.

Abrí los ojos y vi que estábamos llegando a la Torre Kressler. En cuanto nos introdujimos en el garaje, respiré más tranquila. Me sentía más segura, más a salvo, como si acabara de dejar atrás un bosque oscuro y peligroso y vislumbrara a lo lejos las luces de mi hogar.

Cuando toda la comitiva se detuvo, descendí del coche. Markus me hizo una seña para que me acercara a él. Le obedecí, a pesar de que su aspecto habría inspirado terror a cualquiera. Iba cubierto de sangre de arriba abajo: su ropa, su piel, su pelo… Parecía un demonio del caos después de un sacrificio especialmente cruento. Y, aun así, sonreía complacido, satisfecho… Acababa de aplastar a sus enemigos y se sentía triunfante.

Pensé que seguramente yo no ofrecía mucho mejor aspecto. Al contrario. Me sentía tan agotada, tanto a nivel físico como emocional, que tuve que arrastrar los pies para llegar a su lado. En aquel momento, lo único en lo que podía pensar era en encerrarme en mi oscura habitación y dejar el mundo al otro lado de la puerta, olvidarlo durante horas, quizá durante días… Pero parecía que aquella noche tan larga aún no había terminado.

—Necesito que me acompañes —me ordenó cuando me coloqué a su lado—. Tenemos cosas importantes que hablar.

Ni siquiera me preguntó si estaba bien, no se preocupó por mí ni un solo segundo, pero estaba demasiado agotada como para pensar en ello… Me limité a asentir. Markus dio orden a dos de sus acompañantes de que abrieran uno de los maleteros y extrajeran su contenido. Vi con horror como uno de ellos sacaba el cuerpo de Duval y se lo cargaba al hombro. El trabajo de su compañero fue más sencillo. Simplemente tuvo que agarrar la cabeza de Dickinson por el pelo. La vi girar colgando de su mano. El tatuaje de su frente parecía más marcado en contraste con su piel macilenta, su boca estaba abierta en un último grito de horror, sus ojos parecieron mirarme acusadores durante un segundo…

Seguí a Markus hasta el ascensor, pensando que así me libraría de aquel macabro espectáculo, pero los dos hombres entraron con nosotros y nos acompañaron hasta el piso cincuenta y siete. Al llegar, Markus nos indicó que le siguiéramos hasta la sala de juntas. Cuando entramos, el hombre que llevaba el cadáver de Duval lo arrojó sin miramientos sobre la larga mesa. Su compañero colocó al lado la cabeza de Dickinson, que volvió a quedar apuntada hacia mí, como si sus ojos siguieran contemplándome. Avancé unos pasos para dejarla fuera de mi campo visual y me encontré con alguien que no esperaba ver allí.

Jake estaba sentado en una esquina. De pie a su lado se encontraba uno de los hombres de confianza de Markus. No habría sabido decir si estaba haciendo de guardián de Jake o de vigilante, pero habría apostado por lo segundo.

—Seward —dijo Markus, dirigiéndose al hombre que custodiaba a Jake—. Ya puedes irte. Avisa a todos los miembros de la junta directiva. Quiero verlos aquí a todos en una hora.

Los tres hombres salieron de la sala y nos dejaron a solas. Pensé que quizá debería decir algo, preguntarle a Markus qué quería de mí o explicarle lo que había pasado a Jake, pero ninguna palabra salió de mi boca. Me encontraba tan cansada que formar una frase completa y pronunciarla me parecía una misión imposible, así que me quedé de pie en una esquina de la habitación mirando a los dos cadáveres que

yacían sobre la mesa con expresión ausente.

—Vais a tener que perdonarme un momento, pero voy a arreglarme un poco —comentó Markus con voz despreocupada, como si en vez de estar bañado en sangre y vísceras se hubiera derramado unas gotas de vino sobre su camisa blanca—. Hablaremos cuando vuelva.

Salió del despacho con paso seguro sin decir nada más mientras se soltaba los gemelos de la camisa. En cuanto la puerta se cerró tras él, Jake se levantó de su silla y corrió hacia mí. Me rodeó la cintura con sus brazos. Nada más sentir su contacto, me dejé sujetar por él, como si hubiera estado esperando su apoyo para dejarme caer.

—¿Estás bien, Nicky? —preguntó preocupado. Me limité a negar con la cabeza mientras mantenía la vista fija en los cadáveres colocados sobre la mesa—. ¿Qué ha pasado?

—Hemos ganado… Hemos acabado con Dickinson, con Duval, con todos ellos… Están todos muertos, muertos y quemados… Ellos y casi todos los humanos de Livernois. —Sentí que mi voz se quebraba al pronunciar la última frase. Nunca pensé que podría lamentar tanto la muerte de unos humanos, pero habían sido unas muertes tan crueles, tan injustas, tan innecesarias…

—Vaya… Cuando Markus salió de aquí, pensaba que iba a convencerles para que se rindieran —comentó mientras negaba con la cabeza—. Creía que era del tipo de persona que resuelve los conflictos de forma diplomática.

Esbocé una sonrisa triste. Yo tampoco pensaba que Markus podía llegar a comportarse como la criatura sanguinaria y brutal que nos había dejado ver aquella noche… No le conocía en absoluto. Tantos años a su lado y me daba la impresión de que me había pasado todo aquel tiempo viendo un disfraz, una careta… Había habido momentos en los que incluso le había amado… Pero no podía estar segura de si había amado al verdadero Markus o solo lo que él había querido mostrarme… Ni siquiera podía estar segura de lo que sentía por él en aquel momento. ¿Asco? ¿Miedo?

—¿Y Patrick? —preguntó de repente Jake.

—¿Qué pasa con Patrick? —En aquel momento ni siquiera recordaba a qué Patrick se refería.

—Patrick Malone, mi caso. ¿Recuerdas? —Parecía molesto por tener que explicarse—. ¿Estaba entre las bajas?

No podría explicar por qué me molestó tanto aquella pregunta. Me parecía tan ridícula y fuera de lugar su preocupación por aquel chico que agarré sus manos, las separé de mi cintura como si ya no le necesitara para sostenerme y me separé un par de pasos de él.

—¿A quién le importa Patrick Malone? —pregunté indignada—. Han muertos cientos de personas esta noche… Familias enteras… Y han muerto muchos vampiros, algunos, como Duval, muy antiguos. Criaturas bellas y poderosas que atesoraban más sabiduría y experiencia de la que podrías imaginar…

—Me importa una mierda Duval —me cortó Jake, enfadado—. Por lo que yo sé, solo era un puto chupasangres con ansias de grandeza. Es el culpable de que todo esto haya pasado. ¿Por qué iba a importarme que haya muerto?

—Lo maté yo, ¿sabes? —dije casi en un susurro, con la mirada perdida.

No entendía por qué me sentía tan triste, tan agotada… Era consciente de que Duval nos había traicionado y que merecía la muerte, pero, por alguna razón, al haber sido yo la que había luchado con él, no dejaba de pensar que podía haber perdido en aquella pelea, que podría ser mi cuerpo el que descansara sobre la mesa de la sala de juntas, que toda mi vida, mortal e inmortal, podría haber terminado aquella noche… Y que, tanto si existía otro mundo como si no, para nosotros estaría vedada. Éramos criaturas malditas y Dios se había olvidado de nosotros hacía ya mucho tiempo.

Jake debió de notar que me pasaba algo grave porque volvió a recorrer el espacio que quedaba entre nosotros para rodearme la cintura con un brazo mientras con la otra mano me alzaba la barbilla

para obligarme a mirarle.

—Te sacaré de aquí.

—No. No podemos —contesté con la mirada prendida en aquellos ojos verdes en los que me apetecía perderme para siempre—. Tenemos que esperar a que vuelva Markus. Quiere hablar con nosotros.

—Está bien. Entonces aprovecharemos el tiempo hasta que regrese —dijo tras soltarme y acercarse al cuerpo de Duval—. ¿Crees que él podía saber algo sobre Patrick?

—¿Sobre Patrick? —pregunté confusa de nuevo.

—Sí, Patrick Malone. —Su tono volvió a crisparse—. Sé que a ti te importa una mierda, pero yo me metí en todo esto por buscarle, porque le prometí a su madre que le encontraría… A ti no te importa porque no es más que un pobre mortal al que no dedicarías una segunda mirada, pero yo te he apoyado, te he ayudado en todo lo que he podido, incluso poniendo mi vida en peligro… ¿Me ayudarías tú ahora?

No tuve más remedio que asentir. Jake tenía razón. Había hecho mucho por mí y por Markus y tenía que ayudarle.

—¿Qué necesitas?

—Intenta hacer memoria. ¿Viste a Patrick en algún momento de la noche?

—No. No le recuerdo —contesté—. Todos los seguidores de Dickinson estaban en la fábrica antes de salir a atacar Livernois y no le vi. Creo que le habría reconocido. Y tampoco le he visto entre los muertos. —El brillo de esperanza que se encendió en los ojos de Jake me hizo seguir hablando—. Pero eso no quiere decir nada. Puede que no le haya reconocido, puede que lo mataran hace días…

—Y también puede estar vivo. —Jake ignoró mis palabras, se acercó al cuerpo de Duval y empezó a revisar sus bolsillos hasta sacar un móvil—. Tú tenías un amigo *hacker*, ¿verdad?

—Sí, Travis. Pero no entiendo en qué te puede ayudar.

—Quizá haya algo en el teléfono de Duval: alguna conversación sobre Patrick, algún vídeo en el que aparezca…

—No veo por qué. Lo último que sabemos sobre Patrick es que se reunió con Dickinson y desapareció. Sería en el teléfono de Dickinson donde podríamos encontrar información.

—Ya, pero es que no puedo buscar el teléfono de Dickinson porque no tiene bolsillos —respondió Jake sarcástico señalándome la cabeza cercenada—. De hecho, no tiene nada de cuello para abajo.

—Está bien, está bien… Le llevaremos el móvil de Duval a Travis a ver si hay suerte —concedí—. Pero no te hagas demasiadas esperanzas. Lo más probable es que no encontremos nada y que ese chico lleve días muerto…

Dejé que Jake siguiera revisando el cadáver, por si encontraba algo más. Le vi sacar la cartera de Duval y sus llaves y metérselas en el bolsillo, pero no dije nada. Aquel agotamiento extremo había vuelto a adueñarse de mí y contemplar el cuerpo inerte de mi víctima no ayudaba a que me sintiera mejor. Me retiré hasta la esquina más alejada de la habitación y me dejé caer en una silla. Jake dejó de revisar a Duval y me lanzó una mirada preocupada. Se acercó a mí y me tendió mi móvil. Durante un momento, me quedé mirándolo como si no supiera qué era aquello o por qué lo tenía él.

—Es tú móvil —aclaró al ver mi mirada confusa—. Me lo diste para que se lo trajera a Kressler y le enseñara la grabación.

—Se me olvidó decirte la clave —comenté aún medio ida.

—A buenas horas te acuerdas… Menos mal que te vi desbloquearlo un par de veces y me acordaba del patrón de desbloqueo. Memoria eidética, ¿recuerdas?

—Sí, tu maldita memoria fotográfica —contesté en un susurro con la mirada perdida.

—¿Estás bien? —Se acercó a mí, me tomó las manos y se colocó en cuclillas para poder mirarme—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Se me pasará… Solo tengo que descansar y alimentarme.

Él se quedó en silencio unos segundos mientras me contemplaba. Debía de dar bastante pena. Mi piel y mis ropas estaban totalmente cubiertas de sangre y no era toda de Duval. Luchar contra él había sido duro y por todo mi cuerpo había arañazos y mordiscos. Contemplé uno especialmente profundo en mi muñeca izquierda. Faltaba piel e incluso músculo y podía contemplarse el hueso. Sabía que gracias a mis poderes de regeneración se curaría con el tiempo. Lo curioso es que me sentía tan agotada que aquella herida tan grave y desagradable ni siquiera me dolía.

—Puedes beber un poco de mi sangre —dijo de repente Jake, sobresaltándome—. Eso te ayudaría a recuperarte antes, ¿verdad?

—No, eso es una estupidez. No voy a hacerlo.

—¿Por qué no? ¿Muerdes a cualquiera que encuentras por la calle y a mí no? —Parecía realmente dolido—. ¿Es que si tienes permiso de la víctima la sangre no vale?

—Claro que vale. —No pude contener una sonrisa—. Pero es que tú no eres cualquiera. Para mí eres importante y no quiero hacerte eso…

—Tú me has dado algo de tu sangre hace un rato para curar mis heridas —insistió—. Déjame devolverte el favor.

Aquellas palabras me hicieron comprenderlo todo. Por eso se mostraba tan preocupado por mí, por eso me trataba con tanto cariño, por eso estaba dispuesto a ofrecerme su sangre… Había bebido la mía y eso le había vinculado a mí.

—No puedo permitir que hagas eso… Ahora mismo no eres tú el que hablas.

—¿Cómo que no soy yo? —se indignó—. No estás usando tus poderes. Te estoy ofreciendo mi sangre libremente.

—Crees hacerlo, pero no es así. —Sin pensarlo, elevé una mano y acaricié con cariño su mejilla—. Has bebido mi sangre y, tal como te expliqué, cuando un humano ingiere sangre vampírica, sus emociones

se alteran, se crea una especie de enamoramiento…

—No es eso. Solo quiero ayudarte. —De repente, una sonrisa irónica iluminó su rostro—. Me dijiste que algún día te suplicaría que me mordieras. Pues ya ha llegado ese día.

Se puso en pie y tiró de mis brazos para ayudarme a levantarme de la silla. Cuando estuve de pie, dio un nuevo tirón para hacer que mi cuerpo se estrellase contra el suyo y me rodeó la cintura con un brazo mientras me agarraba el otro para llevarlo hasta sus hombros y obligarme a apoyar mi mano en su nuca.

—¿Es que vamos a bailar? —pregunté sarcástica.

Lo que intentaba con mi broma era evitar pensar en lo mucho que me excitaba la cercanía de su cuerpo, el aroma de su piel, el rumor de su sangre recorriendo sus arterias… Había perdido mucha sangre y mi hambre adormecía mi conciencia, exacerbaba mis impulsos… Me costaba mucho contenerme y no morder la suave piel de su cuello. Elevé los ojos y me encontré a apenas una pulgada una vena azulada que parecía palpitar y llamarme.

Él recorrió la piel de mi espalda por encima de mi camisa. Me pareció que en la yema de cada de uno de sus dedos había prendida una pequeña hoguera que me calentaba por dentro y reducía aun más mi capacidad de autocontrol. Jake agachó la cabeza hasta colocar sus labios en mi oreja. El aire que salía de su boca acarició mi oído, llevándome a la locura.

—Por favor, Véronique —susurró como si yo fuera su diosa y estuviera dedicándome una fervorosa plegaria—. Hazlo. Muérdeme. Toma de mí todo lo que necesites.

No pude contenerme más. No solo deseaba su sangre. Le deseaba también a él, en cuerpo y alma, y la suma de aquellos deseos desenfrenados hizo que me fuera imposible resistirme. Atravesé con mis colmillos la piel de su cuello y empecé a succionar su sangre, tan dulce y caliente… En el primer momento, él soltó un gemido de dolor, pero, en cuestión de un par de segundos, sentí como su cuerpo se

crispaba. Me abrazó aun con más fuerza y apretó mi cuerpo contra el suyo como si pretendiera que nos convirtiéramos en uno. Su respiración se aceleró a medida que yo iba bebiendo de su sangre, su gemido de dolor se transformó en uno de placer… Recorrió con sus manos mi espalda, mi cuello, mi pelo mientras susurraba una y otra vez mi nombre. Sentí que enloquecía, que me moría de ganas de devorarle por completo, que jamás me saciaría… Nunca en mi vida me había costado tanto detenerme, pero nunca en mi vida había sido tan importante vencer a la bestia que habitaba en mi interior y parar. No quería hacerle daño a Jake. Habría preferido morir a dañarlo de cualquier manera.

Conseguí separarme y, durante unos segundos, me quedé mirándole con la respiración entrecortada y el corazón golpeándome con fuerza en el pecho, con mis ojos prendidos en su mirada hambrienta… Me dio la impresión de que él también habría querido seguir para siempre, que me deseaba con tanta desesperación como yo le deseaba a él.

—¿Qué tal estás? —pregunté para conseguir romper el hechizo.

—Bien, creo que bien… —Carraspeó y se llevó las manos al pelo. Después, agitó la cabeza como si quisiera salir del trance y dejó escapar una risita—. Debería habértelo suplicado mucho antes…

Estaba tan guapo con el pelo revuelto y la respiración acelerada, con aquella mirada confusa y hambrienta y aquella media sonrisa que me entraron ganas de devorarle a besos, de volver a abrazarle y no soltarle nunca… pero la puerta se abrió y Markus entró en la sala.

Volvía a estar tan impecable como siempre, con su traje negro y su porte elegante. Nos saludó con un gesto de la cabeza y recorrió la sala de juntas para ir a sentarse en su puesto a la cabeza de la mesa, ignorando por completo los dos cuerpos muertos que descansaban sobre ella.

—Disculpad por haberos hecho esperar —dijo como si en algún momento hubiéramos tenido la opción de elegir marcharnos—. Hay

un asunto importante que quiero tratar contigo antes de que llegue el resto del consejo.

—Tú dirás, Markus.

—Creo que tenemos que hablar de tu amiguito. —Ni siquiera lo miró, como si Jake no estuviera presente—. Sabe demasiado.

—Sí, es cierto, pero nos ha sido fiel. —Yo también decidí comportarme como si Jake no estuviera. Cuanto menos interviniera, mayores serían sus posibilidades de sobrevivir—. Ha arriesgado su vida para descubrir la conspiración de Dickinson y Duval y avisarnos. Creo que debemos estarle agradecidos.

—Sí, pero insisto en que sabe demasiado. —Markus negó con la cabeza, como si ya hubiera dictado sentencia y no estuviera dispuesto a desdecirse—. Sería imposible borrar todos esos recuerdos de su mente y que continúe con su vida normal.

Tomé aire para tranquilizarme antes de seguir hablando. Por supuesto que sería imposible hacerle olvidar todo lo que había pasado y que pudiera seguir adelante como si nunca me hubiera conocido. Ya sería difícil con una persona normal. Un borrado así dejaría lagunas enormes en su memoria y le provocaría tal confusión y malestar que necesitaría tratamiento psicológico para superarlo… Y en el caso de Jake era aún más difícil. Él no podía olvidar nada. Su puñetera memoria eidética se lo impedía.

Era imposible que le hiciera olvidarme… Pero es que además yo no quería. Aunque hubiera podido, no quería borrarme de sus pensamientos y que él siguiera adelante como si yo nunca hubiera existido. Podía sonar muy egoísta, pero quería seguir en su cabeza, continuar en su vida…

—No es necesario borrar su memoria —repuse—. Como te estaba diciendo, nos ha servido bien y, además, ha demostrado tener grandes cualidades. Creo que sería un gran fichaje.

Markus frunció el ceño y me miró muy serio. Me di cuenta de que estaba apretando los puños y de que su mandíbula estaba tensa. Y

había algo brillando en lo más profundo de sus ojos dorados… ¿Celos?

—¿Me estás pidiendo permiso para convertirle en vampiro? —preguntó arrastrando las palabras.

—¡No! —gritó Jake, adelantándose un paso hacia Markus.

Me giré hacia él y me interpuse en su camino. Coloqué mi mano en su pecho y fije mi mirada en sus ojos asustados. No me gustaba utilizar mis poderes con él, pero lo único que importaba en aquel momento era conseguir sacarle vivo de la Torre Kressler… y no iba a ser sencillo.

—Cállate —le ordené. Sus labios se cerraron como si acabara de sellarlos.

—No parece muy contento con la perspectiva —dijo Markus a mi espalda con voz sarcástica.

—Yo me encargaré de convencerle —contesté con tono seguro sin dejar de mirar a los ojos de Jake—. Ya sabes que nunca se me ha resistido ningún mortal…

—Ni inmortal. Nunca te ha sido difícil conseguir de mí todo lo que has querido. —Escuché como Markus abría uno de sus cajones para sacar algo. Unos segundos después, se acercó a mí y me tendió el papel con el que concedía permiso para convertir a Jake en uno de los nuestros—. Espero que sepas lo que estás haciendo.

—Lo sé. No te preocupes.

Le lancé a Jake una última mirada de advertencia y me atreví a romper el contacto visual para contemplar a Markus. Estaba a mi lado, con aquel papel tendido ante él. Parecía triste. Cuando alargué mi mano para coger el permiso, me lanzó una mirada de súplica, como si me pidiera que cambiara de opinión, que no convirtiera a Jake, que siguiéramos siendo él y yo, como llevábamos siendo tantos años… Esbocé una sonrisa forzada y recogí el papel de sus manos.

—¿Os vais? —preguntó con la pena aún tiñendo su voz—. Recuerda que he convocado a toda la junta y me gustaría que

estuvieras presente.

—Voy a llevar a Jake a su casa y a cambiarme de ropa. Estaré aquí a tiempo.

Le hice un gesto a Jake con la cabeza para que me obedeciera. Él lo hizo con la mirada baja, sin pronunciar una palabra. Después de haber bebido mi sangre se mostraba mucho más receptivo a mis órdenes. En aquel momento, mientras salíamos de la Torre Kressler para salvar su vida, agradecí que no me llevara la contraria, pero, en mi corazón, recé para que el efecto se pasara lo antes posible. Solo había desaparecido hacía unas horas y ya echaba de menos al Jake capaz de sacarme de quicio.

XXXVIII

Sweet child O'mine

Jake me siguió por el aparcamiento sin decir una sola palabra, pero aquello cambió en cuanto se sentó sobre el asiento de cuero de mi Aston Martin. Se giró hacia mí sin darme tiempo a arrancar y me tomó por la muñeca para hacer que le mirara.

—No quiero convertirme en un vampiro —anunció—. ¿De verdad vas a hacerme eso?

—No te preocupes. No pensaba hacerlo —dije mientras le dirigía una sonrisa tranquilizadora.

—¿Y entonces para qué has pedido ese permiso? —Por su expresión, me di cuenta de que no se creía una sola palabra de lo que le estaba diciendo.

—Te acabo de salvar la vida. Hasta hace un momento, para Markus eras un cabo suelto, un policía fisgón que sabe lo que somos y lo que ha sucedido.

—¿Crees que me habría matado? —preguntó confuso.

—Le he visto matar a unos doscientos vampiros esta noche. Seres de su misma especie… Y lo ha hecho sin parpadear. ¿Crees que le habría supuesto algún cargo de conciencia la víctima doscientos uno?

Jake se quedó callado mirando a través del parabrisas como si aquel triste aparcamiento fuera un hermoso paisaje en el que abstraerse. Noté que había perdido todo el color de la cara.

—Podrías haberle dicho que ibas a borrarme la memoria —sugirió cuando fue capaz de volver a hablar.

—No es tan sencillo. Markus sabe que no se trata de borrar un recuerdo puntual, como una noche de borrachera que acaba en mordisco. Llevas días metido en esto, lo que habría supuesto unos grandes huecos en tu memoria. Eso podría haberte hecho sospechar

que había sucedido algo raro. Además, él no puede saber si has dejado registros de tus investigaciones en algún lugar. Eliminarte era la opción más segura.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿No te va a quedar más remedio que convertirme?

—No voy a hacer nada… Para Markus no eres nadie y menos con el follón en el que está metido —contesté esbozando una sonrisa cansada—. En un par de días ni siquiera se acordará de ti.

—¿Y si lo hace?

—Le diré que he descubierto que no eras tan interesante como yo creía y que he decidido no convertirte, que te he borrado la memoria y no estás dando problemas. Puedes estar tranquilo. No le dará más vueltas. —Alargué una mano y le acaricié la mejilla—. Lo importante era sacarte vivo hoy de aquí.

Jake se limitó a asentir antes de colocarse recto en su asiento y ponerse el cinturón de seguridad. Le eché un vistazo por el rabillo del ojo mientras accionaba el motor. La verdad era que no había sido sincera del todo con él. Salvarle la vida no era lo único que me había movido a pedirle a Markus el permiso para su conversión. Había querido ponerle celoso, hacerle ver que él ya no era mi vida, mi horizonte, mi todo… Durante años y años yo había creído ser su princesa, su amiga y aliada, su amante… No había llegado a ser amor, pero, al menos para mí, se le había parecido mucho. ¡Qué estúpida había sido!

Él ya me había dejado claro que yo solo era una empleada y aquella noche había vuelto a demostrármelo. Había entrado en Livernois a sangre y fuego, dispuesto a arrasar con todo para derrotar a sus enemigos, sin preocuparle si con ello estaba poniendo en juego mi vida o mi seguridad. Y lo peor había venido cuando la batalla terminó. No se había fijado en mis heridas, no me había preguntado si estaba bien, no había mirado siquiera si yo le seguía… Parecía tan seguro de que lo haría como si yo fuera su perra fiel y no tuviera más remedio que ir tras mi amo.

Aquella era la principal razón para haberle pedido permiso para convertir a Jake. Nunca antes le había pedido un compañero. Me bastaba con él para llenar mi vida, aunque esta fuera a ser eterna. Había estado tan engañada… Y sentía un vacío tan grande al pensar en mi futuro…

Escuché un carraspeo a mi lado. Jake me miraba con expresión confusa. Me di cuenta de que había encendido el motor, pero no había movido el coche. A saber cuánto tiempo llevaba perdida en mis pensamientos… Le dirigí una sonrisa avergonzada y arranqué. Él no me dijo nada. Parecía comprender que yo estaba sumida en una especie de *shock* por lo que había pasado aquella noche. Se me escapó una sonrisa. Aquel humano que me conocía desde hacía apenas unos días podía ver en mí mucho mejor que el príncipe al que llevaba unida cien años… Era una auténtica pena que no quisiera ser convertido. Esperaba conseguir que cambiara de opinión…

Decidí olvidar todos aquellos pensamientos que me estaban volviendo loca y centrarme en el presente. Salimos del parking y empezamos a recorrer las calles de Detroit, desiertas a aquellas horas. Me fijé en el brillo rojizo que seguía adornando el cielo. Parecía que los nuestros aún no habían conseguido sofocar del todo el fuego que arrasaba Livernois. Sin embargo, a pesar de las muertes y los incendios, seguía sin escucharse ni una sola sirena. Mientras no se eliminaran todas las pruebas, aquella zona de la ciudad seguiría estando prohibida para los humanos.

En pocos minutos ya estábamos frente a mi edificio. Cuando detuve el coche y me dispuse a salir, Jake me agarró por el brazo para impedírmelo.

—¿No íbamos a casa de tu amigo el *hacker*?

—Mírame, Jake… Tengo la ropa destrozada y voy cubierta de sangre de arriba abajo. —Mi voz sonó mucho más cansada e irascible de lo que había pretendido—. Voy a darme una ducha rápida y estaré aquí en cinco minutos. ¿Puedes concederme eso?

—Por supuesto. Te espero aquí.

Me lanzó una mirada tan dulce, tan cargada de comprensión, que sentí que el corazón se me encogía. Por un segundo, me sentí tentada a arrojarme a sus brazos y pedirle que me rodeara con ellos. Quise rogarle que me abrazara y que fingiéramos que el resto del mundo no existía, que nos olvidáramos de Patrick Malone, de Markus Kressler, de toda la puta ciudad de Detroit y nos centráramos en conocernos el uno al otro. Pero no lo hice… Sabía que aquello era imposible.

Subí a casa y me duché a toda prisa. Me habría gustado poder quedarme horas bajo el agua caliente, dejando que, junto a la sangre, se llevara todas mis preocupaciones, toda mi pena y mi soledad, pero no tenía tiempo para aquello. Me detuve unos segundos frente al espejo para evaluar los daños. La sangre de Jake me había ayudado a cerrar las heridas más graves. Ya no tenía aquel horrible agujero en la muñeca y los arañazos de Duval se habían reducido a marcas rojizas que desaparecerían en cuanto pudiera alimentarme en condiciones. Con lo que había bebido de Jake no había sido suficiente, pero no quería pedirle más. Tendría que buscar alguna otra víctima en las próximas horas.

Pensar aquello me hizo sentir asco de mi misma, de mi especie… Despreciábamos a los humanos, nos repugnaba depender de ellos, pero los necesitábamos como un drogadicto necesita su dosis. Contemplé de nuevo mi cuerpo desnudo, tan hermoso e inmortal, y me sentí asqueada… Tan bella por fuera, tan monstruosa por dentro… Lo peor de todo era que, por mucho que me repugnara lo que era, no estaba en mi mano cambiar nada. Tendría que seguir causando dolor y muerte para sobrevivir.

Me apoyé en el lavabo y dejé salir un largo suspiro. Dos gruesos lagrimones se estrellaron contra la porcelana. Nunca antes en mi vida me había sentido tan cansada, tan vacía, tan muerta…

Decidí ponerme en movimiento. Jake me estaba esperando y ayudarle en su estúpida e infructuosa búsqueda me permitiría distraerme de mis funestos pensamientos. Me vestí a toda prisa con unos vaqueros y una camiseta, cogí una chaqueta de cuero y salí de mi

apartamento.

Jake estaba apoyado en el coche. Fumaba un cigarrillo con la vista clavada en el resplandor rojizo que seguía iluminando el pedazo de cielo sobre Livernois. Cuando me acerqué, me dirigió una sonrisa.

—Vuelves a ser tú. Tan guapa como siempre.

Sabía que era mentira. Ni siquiera me había dado tiempo a secarme el pelo o a maquillarme. De todos modos, le devolví la sonrisa antes de abrir el coche y sentarme en mi asiento. Él arrojó su cigarrillo y ocupó su puesto.

—¿Así que quieres ir a ver a Travis? —pregunté mientras ponía en marcha el motor—. ¿Qué te hace pensar que vas a encontrar algo sobre Patrick en el móvil de Duval?

—La verdad es que nada, pero es lo único que tengo. —Se encogió de hombros y me dirigió una mirada cansada—. Es una corazonada. Déjame intentarlo.

Asentí y arranqué en dirección a la casa de Travis. Las calles seguían desiertas, por lo que pude pisar a fondo el acelerador. Aquello me sirvió para descargar algo de mi rabia. Conducir siempre me ponía de buen humor. Por desgracia, no duró mucho. En apenas cinco minutos ya estaba aparcando frente a la casa de mi amigo. Me habría gustado que la ciudad fuera mucho más grande. ¡Qué demonios! Me habría gustado estar conduciendo por una de esas infinitas carreteras del centro del país hasta que el sol saliera por detrás de las montañas y terminase de una vez con todo.

Llamé a la puerta de Travis con Jake a mi lado. No se escuchaba ningún ruido dentro y, durante unos segundos, temí que mi amigo hubiera salido de caza. Tendría que haberle llamado antes. Ya estaba sacando el móvil del bolsillo para preguntarle dónde estaba cuando la puerta se abrió. Travis solo llevaba unos pantalones vaqueros caídos hasta las caderas y estaba descalzo. Su pelo estaba aun más revuelto de lo normal.

—¿Te pillo en mal momento? —pregunté.

—La verdad es que sí —contestó mientras se revolvía aun más el pelo de la nuca—. Estaba con una chica… —Se interrumpió al advertir la figura de Jake a mi lado y esbozó una sonrisa sarcástica—, pero si tú me traes comida a domicilio, puedo decirle que se vaya.

—Ni le mires. Es mío —contesté cortante—. ¿Puedes decirle a tu amiguita que te espere?

—Nicky, tía… Me estás jodiendo. ¿No puedes venir en otro momento?

—No. Esto es urgente. —Le corté mientras ponía una mano en su pecho para apartarle de la puerta y colarme en su casa—. O le dices a tu amiguita que te espere o se lo digo yo.

—Tranquila… Voy yo. Esperadme en el sótano. Ya sabes cómo se llega.

Guié a Jake por el pasillo hasta la habitación en la que estaba la trampilla que bajaba al sótano. Mientras descendíamos las escaleras, escuchamos unos gritos femeninos y, unos segundos después, un fuerte portazo. Parecía que la acompañante de Travis no se había tomado muy bien que hubiéramos interrumpido su fiesta. Sonreí al pensar que en realidad aquella chica debería estarnos agradecida. Travis no tenía el poder de borrar recuerdos y sus víctimas no solían ver el siguiente amanecer.

Quité una caja llena de cables de encima de una silla y tomé asiento. Jake prefirió quedarse de pie, observando cada detalle del búnker. Travis apareció pocos segundos después, con cara de pocos amigos.

—Me debes una cena —dijo apuntándome con el dedo.

—Pásate por el club cuando quieras y te invito.

—Está bien. ¿Qué es eso tan urgente que necesitáis?

Jake metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y le tendió el móvil de Duval junto a una fotografía de Patrick.

—Necesitamos que desbloquees este móvil y trates de encontrar

cualquier cosa sobre este chico. Se llama Patrick Malone y lleva tres semanas desaparecido.

—¿Qué quieres decir con "cualquier cosa"? —preguntó Travis mientras conectaba el móvil a su ordenador.

—Fotografías, vídeos, conversaciones en las que se le nombre… Lo que sea que pueda ponerme sobre su pista.

Travis asintió y empezó a teclear, con Jake apoyado en su silla e inclinado hacia delante para no perderse ni un solo detalle de lo que mi amigo estaba haciendo. Yo me recosté en mi asiento y decidí descansar. Nunca se me habían dado bien los ordenadores y sabía que no iba a entender qué estaba haciendo Travis ni aunque me lo explicara. Además, todo aquello me daba igual ya. Solo quería que esa noche acabara y poder descansar.

—Ya está desbloqueado —anunció Travis un par de minutos después—. Veamos qué podemos encontrar.

En la pantalla del ordenador aparecían un montón de carpetas, que debían corresponder a los archivos del móvil de Duval. Travis abrió una de ellas.

—Aquí están las fotos y vídeos que se han sacado con este móvil. A ver qué hay… —Travis empezó a hacer clic en las diferentes fotografías y, después de unos segundos de total silencio, lanzó un largo silbido—. Joder… ¿Quién es el puto degenerado que ha sacado esto?

Me levanté de la silla y me asomé por encima del otro hombro de Travis para contemplar la pantalla. Él fue pasando foto tras foto… Había imágenes de gente desnuda, tanto de hombres como de mujeres. La mayoría eran muy jóvenes. No habría apostado un dólar a que todos ellos hubieran cumplido la mayoría de edad. Pasamos varios minutos viendo primeros planos de genitales, fotos de tríos, orgías…

—El móvil era de Duval —respondí—. Siempre pensé que era un cerdo, pero no imaginaba esto.

—Pues espera… Esta es su carpeta general. —Travis volvió al listado de archivos y pulsó sobre una carpeta llamada “Privado” —. A ver qué encontramos aquí.

Eché un vistazo a Jake. Aferraba el respaldo de la silla de Travis con fuerza, con todos los músculos en tensión. Su mandíbula también estaba tensa y una arteria se dibujaba con claridad en su cuello. Me reñí a mí misma por quedarme mirándole embobada. No era momento de pensar en comer.

—Ese chico es Patrick —gritó Jake señalando la foto que aparecía en pantalla.

Volví a mirar al ordenador. Me costó reconocer al chaval. Estaba mucho más pálido y delgado que en cualquiera de las imágenes que había visto de él. En la fotografía estaba desnudo y sujeto por las muñecas, atado a unas esposas que colgaban del techo. En aquella postura se marcaban todas sus costillas. Tenía los ojos cerrados y era imposible saber si estaba dormido, inconsciente… o muerto. Su cuerpo estaba cubierto de cortes, arañazos y mordiscos, así que cualquiera de las posibilidades era válida.

Travis pasó a la siguiente foto. Parecía haber sido sacada en la misma habitación, pero desde el lado contrario. Me estremecí. No quedaba una pulgada de piel sana en la espalda y los glúteos de aquel chaval. Cientos de marcas rojizas surcaban su espalda. También se podían ver decenas de pequeños círculos de color oscuro.

—Son latigazos y quemaduras de cigarrillos —dijo Jake entre dientes—. Hijo de puta…

—¿Quieres ver más? —preguntó Travis girándose hacia él.

—Sí, por favor.

Mi amigo asintió, cogió un cigarrillo y lo encendió con manos temblorosas. Aquello me congració algo con mi especie. Podíamos ser asesinos, pero algunos de nosotros aún seguíamos teniendo conciencia y conmoviéndonos con el dolor ajeno. Travis cerró la fotografía y pulsó sobre un vídeo para que empezara a reproducirse.

Las imágenes mostraban una amplia habitación totalmente pintada de negro. En el centro se podía ver una enorme cama con dosel. Sobre las sábanas de raso negro, destacaba el cuerpo inmaculado de una joven desnuda. Tenía el pelo rubio, largo y liso, extendido sobre las mullidas almohadas. Su piel blanca parecía brillar a la luz de las velas. Podría haber parecido que estaba descansando plácidamente de no ser por las correas que la ataban al cabecero. Sus ojos estaban cerrados y su pecho ascendía y descendía con demasiada lentitud, lo que me hizo sospechar que estaba drogada.

Se escuchó el sonido de una puerta al cerrarse y dos figuras más aparecieron en escena. Sentí ganas de pedirle a Travis que detuviera el vídeo, pero, por otro lado, no podía dejar de mirarlo, aterrorizada y fascinada al mismo tiempo. Reconocí a los dos hombres. Uno de ellos era Patrick. Seguía desnudo, con la espalda llena de heridas. Algunas parecían estar cicatrizando, mientras en otras brillaba la sangre reciente. Avanzaba a cuatro patas, como un perro, con una correa de cuero sujeta a su cuello. Al otro lado de aquella correa estaba Duval.

Cuando llegaron a los pies de la cama, Patrick se detuvo y se giró hacia Duval para mirarle con expresión de adoración, de devoción absoluta.

—Sube a la cama— le ordenó Duval tras darle una ligera patada para hacer que se moviera—. Mira lo que te he traído.

Durante un segundo, Patrick pareció confuso, como si no supiera bien qué era lo que Duval quería de él… Sin embargo, acabó poniéndose en pie con esfuerzo, se apoyó en la cama y empezó a reptar por ella hasta colocarse sobre la joven rubia. Volvió a girarse hacia Duval, como si no supiera qué quería que hiciese con ella.

—Mátala —respondió Duval a su muda pregunta tendiéndole un puñal de plata con el mango grabado cuyo filo lanzó destellos a la luz de los candelabros—. Mátala para mí. Quiero comer.

Patrick asintió y esbozó una sonrisa torpe, enloquecida. Como si lo hubiera hecho más veces, se colocó al lado de la joven y, con un rápido movimiento, realizó un corte en una de sus muñecas. Cuando

la sangre empezó a manar de la herida, Patrick elevó el brazo chorreante de la chica con las dos manos mientras mantenía la mirada baja, como si Duval fuera su dios y él le estuviera realizando una humilde ofrenda.

La sonrisa de Duval se ensanchó. Se sentó en la cama al lado de Patrick, agachó la cabeza hasta la muñeca sangrante de la joven que el chico le ofrecía y empezó a beber. Mientras apoyaba una mano en el colchón para mantener la postura, empezó a masajear la entrepierna de Patrick con la otra. Volví a sentir unas ganas irresistibles de apartar la mirada, pero me forcé a mí misma a seguir contemplando la pantalla. Cada segundo que pasaba mirando aquella aberración, me sentía menos culpable por haber acabado con la vida de Duval.

Durante el tiempo infinito que duró aquella escena, la chica no se quejó, ni siquiera emitió un solo gemido. Debía de estar mucho más drogada de lo que yo había supuesto. Su respiración se hizo más trabajosa, su piel fue volviéndose más pálida y sus labios cobraron un tono azulado. Finalmente, su pecho dejó de subir y bajar. Duval se apartó su brazo de los labios y lo dejó caer con desprecio sobre el colchón. Se puso en pie y acarició la mejilla de Patrick hasta sujetarle con fuerza por la barbilla.

—Me has servido bien. Ahora tendrás tu premio. Come, dulce niño mío.

Cuando se bajó la cremallera de los pantalones y se llevó la mano a la entrepierna, decidí que ya había visto suficiente.

—Travis, ¿puedes parar esto, por favor? —dije levantándome para ponerme de espaldas a la pantalla.

—No, espera —pidió Jake—. ¿En serio le va a hacer beber sangre de ahí? Sí, vaya, sí lo va a hacer… Sí, puedes pararlo. Voy a vomitar…

Se separó de la silla de Travis y se puso de espaldas, con los ojos cerrados y los puños apretados. Me dio miedo acercarme. Lo que acabábamos de ver me repugnaba tanto como a él, pero no sabía si él

lo vería así. Extendí un brazo y le toqué levemente, esperando no asustarle. Él abrió los ojos y me miró.

—No somos así —susurré—. Duval estaba loco. Ansiaba el poder de una manera enfermiza. Necesitaba saber que podía dominar a los demás, controlar sus vidas, sus muertes, su dolor… Por eso quiso eliminar a Markus y reinar en esta ciudad. Por eso hacía estas cosas…

—¿Tú lo sabías?

—No, pero nunca me gustó. Siempre me pareció que había algo equivocado y retorcido en su interior, pero nunca imaginé que traicionaría a Markus ni que hiciera estas cosas… Créeme, nosotros no somos así. Le habríamos detenido.

—¡No puede ser que no supieseis esto! —grito Jake incapaz de seguir controlándose—. ¿No hace falta un permiso especial de vuestro líder para convertir a alguien? Markus tenía que saber que Duval había convertido a Patrick.

—¿De qué hablas? —pregunté confusa—. Duval no ha convertido a Patrick. Él no es un vampiro. Lo que has visto es un *renfield*. Ya te lo expliqué: alguien que bebe sangre de un vampiro y queda atado a él, como si estuviera enamorado…

—Como me ha pasado a mí —susurró para que Travis no lo oyera—. ¿Yo también voy a convertirme en un esclavo?

—No, con una sola vez no es suficiente. —Le puse una mano en el pecho y elevé la cabeza para cruzar mis ojos con los suyos. Necesitaba que viera que estaba siendo totalmente sincera con él—. Si no vuelves a beber mi sangre, los efectos se te pasarán en unos días. Y no voy a permitir que vuelvas a beber.

—¿No te gustaría que me muriera por ti y por complacer todos tus deseos?

—Sí, pero libre —contesté desafiante.

Sus ojos se abrieron con asombro. Incluso se le escapó una sonrisa traviesa… Durante un segundo, me atreví a soñar que sería

posible, que él deseaba seguir a mi lado tanto como lo deseaba yo. Un carraspeo de Travis nos devolvió al mundo real.

—¿Alguien puede explicarme de qué va esto? —preguntó.

—Por lo que sabemos, Dickinson secuestró a Patrick. Nunca sabremos si su primera intención era convertirle en vampiro como al resto de chicos de las bandas o hacer que les sirviera de comida. —Empezó a explicar Jake.

—Sí, eso parece… En algún momento, Duval debió encapricharse del chico y Dickinson se lo regaló —continué hablando yo—. Parece que para Duval no era nadie importante, no lo suficiente como para convertirlo en vampiro. Debía considerarlo poco más que un juguete sexual. Seguramente, la idea era utilizarlo y eliminarlo cuando se cansara de él.

Jake negó con la cabeza y se llevó las manos a las sienes como si estuviera mareado. Paseó su mirada confusa por la habitación antes de dejarse caer en la silla que yo había ocupado minutos antes. Después, se inclinó hacia delante y se cubrió el rostro con las manos. Yo me puse en cuclillas frente a él, agarré sus manos y le obligué a mirarme.

—¿Qué quieres hacer?

—¿Sabes dónde pueden estar grabadas esas imágenes?

—Supongo que en casa de Duval. Tiene una mansión en las afueras de Detroit.

Jake asintió y se puso en pie. Su mirada había cambiado. Ya no estaba confusa y perdida. En ella brillaba la determinación.

—Llévame hasta allí. Vamos a terminar con esto.

XIL

Ninguno de los dos dijo una sola palabra durante todo el trayecto. Jake fingió estar muy interesado en el paisaje y yo traté de concentrarme en conducir lo más rápido posible, como si el mismo diablo nos estuviera persiguiendo. No quería seguir pensando. No quería recordar toda la muerte y la sangre de aquella noche, ni la forma en la que Markus me había tratado como si no le importara, ni aquellas horribles imágenes de Duval con aquel chico…

No quería pensar en nada. Me habría encantado poder colocarme frente a un espejo, mirarme a los ojos y obligarme a olvidar. Por desgracia, sabía por experiencia que no iba a funcionar, así que mi único objetivo en aquel momento era volver a mi casa, cerrar la puerta a cal y canto y tumbarme en la cama para dormir durante días. Necesitaba descansar y sanar las heridas de mi cuerpo… y, sobre todo, las de mi alma.

Por desgracia, para llegar a ese ansiado momento en el que cerraría la puerta de mi casa y dejaría el mundo al otro lado, todavía tenía que reunir a Jake con Patrick para que pudiera cerrar su maldito caso y quedarse tranquilo y, después, ir a la Torre Kressler para acompañar a Markus en la junta que había convocado y en la que estarían presentes todos los miembros del consejo, todos aquellos miserables que habían intentado traicionarle… Al pensar en ello, se me escapó una sonrisa y noté que aún me quedaban fuerzas. No me perdería aquello por nada del mundo. Me moría de ganas por ver como Markus los ponía en su lugar y cobraba venganza.

Al girar una esquina, divisé una alta verja de hierro forjado y detuve el coche frente a ella. Me bajé y caminé hacia el portero automático con paso decidido. Escuché el ruido de la otra puerta del Vanquish y unos pasos apresurados. Jake se colocó a mi lado y me agarró del brazo.

—¿Esa es la mansión de Duval? —preguntó escrutando la

oscuridad del jardín.

—Sí, está ahí al fondo. Casi no se puede ver con los árboles del jardín —contesté antes de pulsar el timbre del interfono—. Ostentosa y pretenciosa, como su dueño. —Cuando escuché que descolgaban, me presenté sin dar tiempo siquiera a que preguntaran—. Soy Véronique Chevalier. Vengo de parte del señor Kressler.

No preguntaron nada. Se escuchó un zumbido y las pesadas puertas de hierro se abrieron con lentitud. Le indiqué a Jake que volviera a montarse en el coche y arranqué.

—No quiero que digas nada. Ya sabes que en estos momentos quiero que pases lo más desapercibido posible para que Markus se olvide de ti, así que déjame hablar a mí. —Esperé hasta que él asintió, pero aun así se me escapó un bufido—. Dios, ni siquiera deberías estar aquí.

—Es mi caso. Soy yo el que debo cerrarlo.

Negué con la cabeza y volví a detener el coche frente a unas imponentes escaleras de mármol rosado jalonadas por unas intrincadas barandillas labradas. En lo alto de las escaleras nos esperaba un hombre vestido con librea y calzas que llevaba una peluca blanca, al más puro estilo de la corte de Luis XIV. Aquello era excesivo incluso para alguien tan teatral como Duval. Según nos acercábamos, noté el aroma de la sangre humana en aquel hombre. No era un vampiro. Supuse que a Duval le habría gustado hacerse servir por humanos, al considerarlos seres inferiores, y que todos sus sirvientes serían mortales.

—Tu jefe ha caído —le anuncié—. Es muy posible que se decrete que todos sus sirvientes sean ajusticiados por colaborar con un traidor, así que avisa a tus compañeros y escapad de aquí lo antes posible.

El hombre no discutió. Salió corriendo hacia el interior de la casa. Escuchamos sus gritos de aviso y las carreras y portazos de sus compañeros mientras recogían sus cosas a toda prisa. Estaba segura de

que no quedaría ninguno en aquella casa en menos de diez minutos.

Traspasamos la puerta principal y, durante unos segundos, me quedé anonada contemplando el recibidor: unas nuevas escaleras de mármol, aún más imponentes que las exteriores, armaduras, cuadros y otras obras de arte que enorgullecerían a cualquier museo… Todo iluminado por los brillos tornasolados de una señorial lámpara de araña que dominaba la estancia. Contemplé aquellas riquezas, todas aquellas maravillas atesoradas por Duval a lo largo de su dilatada existencia… Era muy posible que, en cuestión de horas, una legión de bárbaros enviada por Kressler entrase en esa casa a sangre y fuego para destruirlo todo, como una lección para cualquiera que volviera a osar soñar con destronarle… Y todo su legado se perdería, al igual que se habían perdido todos sus recuerdos, sus aprendizajes, sus conocimientos… Sabía que Duval lo merecía, que el paso de los siglos le había enloquecido y había corrompido su alma, pero, aun así, era triste que una vida inmortal se desvaneciera de aquella manera y que todo su legado se perdiera como polvo en el viento.

A lo mejor, después de todo, no éramos tan diferentes a los mortales. Simplemente, tardábamos más en llegar al mismo punto, en recibir la visita de la dama oscura.

Una mujer pasó corriendo por mi lado, sacándome de mis funestos pensamientos. Jake la retuvo, agarrándola por el brazo y plantó su móvil frente a sus desorbitados ojos.

—Un segundo. —Agitó el móvil frente a ella para llamar su atención—. ¿Has visto a este chico?

Ella negó en un primer momento, pero Jake apretó aun más su brazo para indicarle que no iba a soltar hasta que se fijara y le diera una respuesta.

—Está arriba, en la habitación del señor —contestó la mujer, dirigiendo la vista hasta unas enormes puertas de oscura madera labrada.

En cuanto Jake aflojó su presa, la mujer salió corriendo de la

casa. Vi que él iba a lanzarse escaleras arriba y, en aquella ocasión, fui yo la que le agarré para retenerle.

—Espera, Jake —le dije con voz tranquilizadora—. ¿No prefieres que suba y me encargue yo sola?

—No. Ya te he dicho que es mi caso. —Me miró confuso, como si no entendiera mi ofrecimiento—. Tengo que hacerlo yo.

Asentí, aunque tenía muy claro que, por mucho que fuera el caso de Jake, sería yo la encargada de cerrarlo de forma definitiva. Pero quizá para ello era necesario que viera el estado en el que se encontraba el chico, que comprendiera que no había más remedio…

Jake empezó a ascender las escaleras a paso rápido y yo le seguí. Ya estaba tendiendo su mano hacia el picaporte cuando llegué a su lado y le detuve. Él me miró contrariado, como si pensara que iba a volver a tratar de convencerle para que no entrara.

—Es mejor que entre yo primero —expliqué—. No sabemos si Duval dejó a alguien de guardia.

Él asintió y, sin decir una palabra, sacó su pistola y me indicó con un gesto que estaba preparado. Abrí muy despacio, intentando que los goznes de la puerta no rechinaran y asomé la cabeza.

Era la habitación del vídeo, con sus paredes pintadas de negro, su cama con dosel del que colgaban largas sedas de color vino, sus decenas de candelabros iluminando con su cálida luz cada rincón… Y, sobre la cama, descansando lánguidamente con una sonrisa en el rostro, como si esperara el regreso de su amante, estaba Patrick.

Cuando me convencí de que no había nadie más en la habitación, abrí la puerta de par en par y dejé pasar a Jake. Este entró con la pistola por delante hasta colocarse en el centro de la amplia estancia, donde se quedó mirando confuso a la figura de la cama. Al oírnos entrar, Patrick se había incorporado, hasta quedar a gatas sobre el colchón, y nos miraba con la cabeza inclinada hacia un lado y la mirada perdida, como un cachorrillo no demasiado listo.

—No está atado —susurró Jake sin dejar de apuntar al joven—. ¿Por qué no ha intentado escapar?

—La sangre de vampiro es una atadura mucho más fuerte que cualquier cadena. —Me acerqué a Patrick con las manos por delante y una sonrisa en el rostro, intentando que no se asustara—. Hola, eres Patrick, ¿verdad?

Él frunció el ceño y, después de colocarse de rodillas sobre la cama, asintió. Su mirada, a pesar de seguir nublada por las drogas, parecía algo más inteligente. Le contemplé durante unos segundos sin poder creer del todo que aquel fuera el mismo chico de los mofletes colorados y los rizos dorados que había visto en sus antiguas fotos. Estaba muy delgado, casi demacrado, y los rasgos de su cara se habían afilado. Solo llevaba puestos unos pantalones ajustados de cuero y unas muñequeras y en su torso desnudo y pálido resaltaban las múltiples magulladuras, laceraciones y quemaduras que Duval le había causado solo para divertirse torturándole. Por eso me resultó tan doloroso escuchar sus siguientes palabras:

—¿Dónde está Duval?

Su tono había sonado preocupado, con un ligero tinte de histeria. A pesar de todo el dolor que aquel miserable le había causado, Patrick le necesitaba tanto como al aire, le adoraba como a un dios…

—Está muerto. Ya no va a volver…

Me forcé a mantenerle la mirada, a pesar de que me sentía terriblemente culpable. Pude ver en sus ojos que su alma se quebraba como un cristal ante la noticia. Elevó la cabeza hacia lo alto y soltó un grito largo y agónico, tan desgarrador como si contuviera todo el dolor y la desesperación del mundo.

—No lo entiendo. —Escuché la voz de Jake a mi espalda. Me giré hacia él para encontrar su mirada confusa clavada en Patrick. Casi parecía que hablaba para sí mismo—. Ese hijo de puta le ha secuestrado, le ha torturado, le ha obligado a matar… ¿Por qué no se

alegra de su muerte? ¿Por qué no escapa y regresa a casa?

Volví a mirar a Patrick. El chico se había derrumbado sobre el colchón y lloraba con la cabeza enterrada en la almohada. Todo su cuerpo se sacudía por los sollozos. Tuve ganas de consolarle, pero me contuve. No había consuelo posible y, además, no quería sentir demasiada compasión por él.

—Ya te lo he explicado. Si un humano ingiere la sangre de un vampiro, se crea un vínculo entre los dos. Cuanta más sangre ingiere, más fuerte es el vínculo…

—¿Y no se rompe con la muerte del vampiro?

—Eso es como preguntar si el amor muere con la muerte del ser amado —contesté con una sonrisa triste—. El vínculo va perdiendo fuerza hasta desaparecer, pero para eso hace falta tiempo… Y eso es algo que Patrick no tiene.

Jake me miró confundido antes de volver a observar al chico con interés, como si estuviera buscando alguna herida mortal en su cuerpo de la que no se hubiera percatado hasta el momento.

—¿Por qué dices que no tiene tiempo? —preguntó al fin—. Es joven y, aunque ahora mismo está hecho un asco, está sano.

—No, Jake… No podemos permitir que viva.

Volvió a mirarme como si no entendiera mi idioma, antes de agarrarme con fuerza por un brazo y tirar de mí sin ningún miramiento hasta llevarme a la esquina más alejada de la habitación.

—¿Qué mierda es esa de que no podemos permitir que viva? Hemos venido a salvarle —dijo escandalizado.

—Sabe demasiado para dejarle libre. Sabe lo que somos, que existimos en realidad…

—Pero hay más humanos que lo saben —protestó—. Me dijiste que era algo habitual entre los vuestros…

—Sí, porque hay un vampiro que les controla, al que se sienten tan

unidos como para mantener el secreto —expliqué sintiéndome cada vez más cansada—. En el caso de Patrick ese vampiro era Duval y ahora está muerto. No podemos dejarle suelto.

—Tiene que haber otra solución. ¿No podrías borrarle la memoria? —El tono de Jake era implorante, desesperado…

—Mírale, por favor… Ha sido torturado durante días, Duval le ha utilizado para satisfacer sus más sádicas fantasías sexuales… Incluso le ha obligado a matar… La mente de ese chico ya está destrozada… Tendría que borrar semanas enteras de su memoria… ¿Te imaginas cómo quedaría su cabeza? Necesitaría terapia de por vida…

—Pero estaría vivo. Tendría una oportunidad… —Jake me agarró las dos manos y me las apretó con cariño mientras me clavaba una mirada suplicante—. Y yo podría devolvérselo a su madre, tal y como le prometí. Por favor, Nicky, necesito cerrar este caso.

Liberé mis manos y retrocedí un paso. Tenía que pensar y no podía hacerlo con aquellos ojos verdes ocupando todo mi campo de visión. Lo que me estaba pidiendo era imposible… Ya le había solicitado a Markus que perdonase la vida de Jake a cambio de la promesa de convertirle en vampiro, promesa que, al menos de momento, no veía cómo cumplir. No podía dejar otro cabo suelto perdonándole también la vida a aquel chaval. Iba a negarme, pero, al mirar de nuevo a Jake, aquellos argumentos murieron en mis labios…

—¿Tan importante es para ti? —pronuncié en cambio.

—Sí… Lo es… Todo mi mundo se ha ido a la mierda en los últimos tiempos. —La voz se le quebró durante un segundo, pero consiguió recomponerse y seguir hablando—. Mi mujer me ha abandonado, trabajo para un departamento de policía corrupto en una ciudad controlada por monstruos… Siento que nada de lo que creí conseguir en mi vida vale para nada, que todo era una mentira, que ya no queda nada por lo que luchar… Déjame al menos devolver a este chico a su madre y cerrar este caso. Déjame creer que al menos en esto he ganado.

Parecía tan triste, tan agotado y falto de energía e ilusión como si acabara de envejecer mil años. No pude negarle aquello. Me acerqué a él, acaricié su brazo al pasar a su lado y seguí caminando hasta la cama en la que Patrick seguía sollozando como un niño. Me senté en el colchón y apoyé con cariño una mano en su espalda para llamar su atención.

—Patrick, escúchame, por favor. —Los sollozos cesaron aunque no se volvió para mirarme—. Sé lo mucho que te duele esto, pero puedo asegurarte que el dolor pasará.

—No, no pasará nunca —gimoteó desesperado.

—¿Y si te digo que yo puedo ayudarte? —Aquella promesa hizo que por fin levantara la cabeza y se girara a mirarme—. Puedo hacerte olvidar todo lo que ha pasado en las últimas semanas… ¿Te gustaría que todo esto no hubiera sucedido nunca?

Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera recapacitando. Esperaba que no se negara, que aquella especie de delirio de amor que en aquel momento sentía por Duval no le impidiera borrarlo de su memoria. Por suerte, se sentó en la cama de frente a mí, tomó una profunda bocanada de aire y asintió.

—Sí, ayúdame. Bórralo todo… Solo quiero volver a casa.

Le sonreí para tranquilizarle, posé mis manos en sus hombros y le miré fijamente a los ojos. Patrick me mantuvo la mirada y asintió, dándome permiso para colarme en su mente.

Nunca antes me había resultado tan fácil penetrar en la cabeza de una de mis víctimas. El hecho de que me hubiera dado su permiso había derribado todas las barreras, permitiendo que me introdujera en su mente con la misma facilidad de un cuchillo en mantequilla caliente.

Podría haber hecho aquello con delicadeza, haberle ido preguntando por cada uno de sus recuerdos y haberlos cambiado por otros, pero aquello habría requerido un tiempo que no tenía, días incluso… Me limité a arrancar todos sus recuerdos de las últimas semanas como un explorador que se abre camino a machetazos en la jungla. A cambio,

solo dejé espacios en blanco, un vacío absoluto… Iba a necesitar años de terapia para arreglar aquello. Seguramente, sentiría ansiedad durante toda su vida, sufriría horribles pesadillas y, de vez en cuando, un olor o un sonido le traerían retazos de sus recuerdos, pero demasiado débiles y confusos como para poder comprenderlos.

Cuando terminé, Patrick dejó caer su cabeza hacia delante, como si estuviera tan agotado como para estar a punto de desmayarse. Seguí sujetándole por los hombros mientras un hilillo de saliva caía de sus labios para ir a estrellarse sobre las sábanas de raso negro.

—¿Qué has hecho? ¿Lo has convertido en un vegetal? —pregunto Jake, asustado.

Se lanzó a agarrar a Patrick para sacudirle por los hombros. El chico pareció reaccionar. Levantó con esfuerzo la cabeza y nos dirigió una mirada perdida y una sonrisa estúpida.

—Mejorará, no te preocupes —dije mientras me levantaba de la cama—. Incluso cuando se elimina un recuerdo breve, la víctima se siente confusa y perdida. Imagina cómo estará él… Pero se le pasará en unos días.

—¿Y qué hago con él mientras?

—Devolvérselo a su madre, como querías. Dile que fue secuestrado y torturado por una banda de narcotraficantes y que ahora mismo se encuentra en shock, pero que mejorará.

—¿Y tú crees que se quedara contenta con eso?

—Es mejor un hijo con estrés postraumático que uno muerto —contesté cortante—. Tenemos que irnos ya. No sabemos cuándo se presentarán aquí los hombres de Markus y no podemos permitir que nos encuentren ni que sepan de la existencia de Patrick. Vámonos.

Mis palabras surtieron efecto. Jake asintió y, sin decir palabra, pasó un brazo por debajo de las rodillas de Patrick y otro por su espalda y lo levantó como si no pesara nada. El chico tan solo soltó un gemido de queja antes de apoyar la cabeza en el pecho de Jake y

dejarse llevar.

Les conduje hasta mi coche. Cuando Jake colocó a Patrick en el asiento trasero, me senté tras el volante y encendí el motor.

—¿Dónde quieres ir?

—Vamos a casa de Patrick. Tienes razón: se lo devolveremos a su madre. —Se giró por un momento para mirar el despojo que descansaba en el asiento trasero—. Estoy seguro de que se alegrará de verle aunque se lo llevemos en estas condiciones.

—Te llevo, pero tendrás que devolverlo tú solo. —No me hizo falta pedirle la dirección, así que arranqué—. No sé si recuerdas que tengo una reunión en la Torre Kressler a la que ya llego tarde. Os llevo a casa de Patrick y me marcho.

Asintió, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos durante un momento. Me planteé que él también debía estar mortalmente cansado. En las últimas veinticuatro horas había sido secuestrado por una horda de sanguinarios vampiros, había sido torturado y utilizado como rehén, me había dado una importante cantidad de su sangre… Era increíble que aún pudiera mantenerse en pie, pero ahí estaba: decidido a no parar hasta haber cerrado su maldito caso.

Cuando llegamos a la calle de Patrick, aparqué frente a su casa y contemplé la fachada. A pesar de que ya era muy tarde, la tenue luz de una lamparita se colaba a través de las cortinas del salón. Aposté a que era su madre. No debía ser fácil conciliar el sueño cuando tu hijo está desaparecido, quizá muerto… Por suerte para ella, aquella incertidumbre estaba a punto de acabar.

Jake abrió su puerta, pero, antes de salir, se giró hacia mí con una sonrisa:

—Vais a desenmascarar a todos esos traidores, ¿verdad? —me preguntó con una sonrisa traviesa—. No me gustaría estar en el pellejo de esos cabrones. La venganza de Markus será memorable… Ese tío da mucho miedo.

—No va a vengarse. Va a hacer justicia —repliqué—. Todos los miembros del consejo eran de su máxima confianza y le han traicionado. —Se me escapó una sonrisa—. Pero tienes razón: Markus puede dar mucho miedo.

—No te entretengo más entonces. No quiero que te pierdas el espectáculo por mi culpa. —Fue a cerrar la puerta, pero se detuvo—. ¿Me llamas luego y me lo cuentas?

Me quedé tan sorprendida que, durante unos segundos, no supe qué decir. Había asumido que, después de todo lo sucedido aquella noche y de cerrar por fin su maldito caso, querría mantenerse alejado de mí y de todo lo que yo representaba. Le dirigí una sonrisa y asentí.

Abrió la puerta de atrás para sacar a Patrick. Parecía que el chico ya se encontraba un poco mejor, ya que fue capaz de mantenerse de pie y dirigirse hacia la puerta de su casa apoyado en Jake y caminando como un autómata. Cuando llegaron frente a la puerta, el propio Patrick levantó con esfuerzo un brazo para llamar al timbre mientras Jake le sujetaba. Escuché el ruido de unos pasos a la carrera. El farolillo colocado sobre la entrada se encendió y la puerta se abrió para mostrar la silueta de una mujer pequeña que, después de soltar un grito de asombro, se lanzó al cuello de Patrick para abrazarle mientras lloraba y repetía una y otra vez “Hijo mío, hijo mío, hijo mío…”, como si fuera un mantra que tuviera que pronunciar para que él no se desvaneciera.

A pesar de todas las órdenes que acababa de saltarme para llevar a Patrick a su casa, me sentí bien, reconciliada conmigo misma. Aquella noche habían caído cientos de víctimas, humanos y vampiros… Incluso yo tenía que cargar con una muerte en mi conciencia… Pero habíamos hecho algo bueno.

Patrick Malone había vuelto a casa.

XL

In loving memory

Me dirigía de nuevo a la Torre Kressler, cruzando Detroit a toda velocidad. Trataba de concentrarme en cada tramo, en cada curva, pisando el acelerador con todas mis fuerzas y apretando el volante como si temiera que fuera a escaparse. Ya llegaba veinte minutos tarde a la reunión de la junta. Aunque estaba segura de que aquella noche habría blancos más que suficientes para la ira de Markus, habría preferido no molestarle con un nuevo retraso.

Ni siquiera entré en el garaje para aparcar. Había un hueco libre justo frente a la entrada del edificio, así que frené en seco, lo aparqué de cualquier manera y salí corriendo para dirigirme hacia el ascensor. Nada más poner un pie en el recibidor, el guardia de seguridad me saludó con un gesto de la cabeza.

—Buenas noches, señorita Chevalier.

—Buenas noches —respondí—. Vengo a la junta que ha convocado el señor Kressler. Espero no llegar demasiado tarde.

—Siguen todos arriba —confirmó el hombre—. Los miembros de la junta y los invitados.

—¿Qué invitados? —pregunté confusa.

—No sé quiénes son, pero deben de ser importantes. —El guardia se encogió de hombros—. Han llegado en cochazos, con unos séquitos enormes, como si fueran jefes de estado.

Un escalofrío me recorrió por dentro. No tenía ni idea de quiénes podían ser aquellas personas, pero algo me decía que no traerían nada bueno. Sin despedirme, me dirigí a paso rápido al ascensor y pulsé el botón del piso cincuenta y siete. Ni siquiera esperé a que las puertas se abrieran del todo para salir disparada por el pasillo hacia la sala de juntas. Entré sin llamar, pero, en cuanto contemplé la escena que tenía frente a mí, me quedé paralizada.

Aunque había dos asientos vacíos, el mío y el de Duval, todos los miembros de la junta estábamos allí. Yo permanecía de pie al lado de las puertas abiertas y el cuerpo de Duval seguía tumbado sobre la mesa, con la cabeza de Dickinson colocada a un lado. A pesar de lo macabro de la imagen, nadie le prestaba atención. Las miradas de todos los presentes estaban fijas en la cabecera de la mesa. Markus estaba allí, de pie, con los brazos sujetos por dos hombres. Frente a ellos, una mujer leía en voz alta:

—… permitiendo que el caos se desatara en tu ciudad y que nuestro secreto quedara en entredicho. Has puesto en peligro nuestra supervivencia como especie y por ello se te condena a muerte…

—¡No!

Aquel grito escapó de mis labios sin que pudiera evitarlo. Todas las miradas se giraron hacia mí. Sentí que alguien me agarraba por los brazos y, al girarme, vi a dos hombres vestidos de negro a los que no conocía. Debían pertenecer al sequito de los invitados. A ellos sí les había visto antes: Cayden Amery, príncipe de Chicago, Azriel Rymer, príncipe de Boston e Isabelle Edevane, princesa de Nueva York, de la que se decía que era el vampiro más antiguo y poderoso del país. Ella me dirigió una mirada fría y despectiva antes de volver a clavar sus ojos en los de Markus.

Sentí que la desesperación me invadía. Solo aquellos vampiros eran lo bastante fuertes como para dominar a Markus y derrotarle. Solo ellos podían someterle para que se cumpliera aquella condena a muerte. Era muy sospechoso que se encontraran allí aquella noche, que les hubiera dado tiempo a volar desde sus ciudades de origen para dictar sentencia. Aquello tenía que estar preparado desde horas antes de que Dickinson diera la orden de atacar a sus seguidores.

—¡No podéis hacer esto! —grité mientras forcejeaba para soltarme del agarre de mis captores—. Es una puta conspiración. Lo teníais todo preparado.

Isabelle volvió a girarse hacia mí para clavarme su fría y venenosa mirada.

—Calla.

Con tan solo aquella palabra, mi lengua se convirtió en piedra. Ella sonrió y miró de nuevo a Markus. Era tan poderosa que ni siquiera necesitaba mantener el contacto visual para que yo siguiera cumpliendo su orden.

—El Consejo ha tomado esta decisión por unanimidad y no admite recursos ni dilaciones. La sentencia se cumplirá de forma inmediata.

Los dos hombres situados a los lados de Markus estiraron sus brazos y colocaron los labios sobre sus muñecas mientras Isabelle se aproximaba a él y le abrazaba como una amante. Ella fue la primera en clavar los colmillos en su cuello, mientras sus dos compañeros bebían de sus muñecas con avidez. Ningún miembro de la junta protestó para tratar de detener aquello. Lo único que se podía escuchar en la sala era el sonido de mis sollozos ahogados.

Me quedé mirando a Markus, tratando de distinguir sus rasgos a través de mis lágrimas. Quería grabar para siempre su bello rostro en mis retinas. Como si hubiese notado mis ojos sobre él, giró la cabeza hacia mí y me miró. Me pareció distinguir tantas cosas en aquella última mirada: gratitud, tristeza… Quizá incluso amor… En aquel momento, pensé que él sí me había querido. Tal vez de una manera egoísta y fría, pero había sido amor… O lo más cercano al amor que podía sentir un ser que, a lo largo de los siglos, había sufrido una y otra vez el dolor de la pérdida. Antes de que el brillo de sus ojos se apagara, consiguió esbozar una leve sonrisa dirigida solo a mí, a hacerme saber que yo era quien ocupaba su corazón y su mente durante su último aliento.

Isabelle deshizo su mortal abrazo y se separó de él. El cuerpo de Markus colgaba inerte, sujeto aún por los otros dos vampiros. Ella se giró hacia los miembros de la junta. Uno de sus ayudantes le pasó un pañuelo bordado para que pudiera limpiarse los labios y eliminar los restos de la sangre de Markus, a pesar de que esta empapaba por completo la pechera de su vestido.

—Mañana convocaremos una reunión extraordinaria para escoger entre los presentes al próximo príncipe de la ciudad. Esperamos que el elegido esté a la altura de las circunstancias y que no tengamos que volver a intervenir.

No se me escapó la mirada cómplice que cruzó con Patterson. Sentí que el estómago se me revolvía. Isabelle se dirigió hacia un grupo de vampiros que esperaba en una esquina de la sala y asintió. Se adelantaron y recogieron el cuerpo de Markus de los brazos de Cayden y Azriel.

—Llevadlo a la azotea y dejadlo allí. Pronto amanecerá —ordenó Isabelle—. Que nuestros sirvientes humanos se queden vigilando hasta que su cuerpo se desintegre por completo y sus cenizas se esparzan al viento.

Las piernas dejaron de sostenerme mientras mis sollozos arreciaban. Si no caí, fue porque los dos hombres que me sujetaban por los brazos lo impidieron. Isabelle se acercó a mí. Ya no me miraba con desprecio, sino con curiosidad.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó girándose hacia Patterson—. ¿Va a suponer un problema?

—No, señora. No tiene de qué preocuparse —contestó él poniéndose en pie e inclinándose en señal de respeto—. Yo hablaré con ella.

Isabelle asintió y salió de la sala de juntas, seguida por Cayden, Azriel y todo su séquito, incluidos aquellos que llevaban el cuerpo de Markus. Lo seguí con la mirada mientras pude, rebelándome ante la idea de no volver a verle nunca. Los hombres que habían estado sujetándome me soltaron y yo caí al suelo de rodillas y me cubrí el rostro con las manos. Escuché el sonido de sillas arrastrándose y de pasos que me esquivaban. Los miembros de la junta se marchaban. Aquellos traidores ya habían cumplido su cometido. Me pregunté si la conciencia les permitiría descansar tranquilos.

Cuando escuché el ruido de las puertas de la sala al cerrarse,

descubrí mi rostro para encontrarme con la oscura y decrépita figura de Patterson. Estaba a un paso de mí y me tendía la mano para ayudarme a que me levantara. Me puse en pie sin ayuda. Preferiría morir a sentir su contacto.

—Felicidades —dije tratando de imprimir a mis palabras todo el veneno posible—. Estoy segura de que ni en tus mejores sueños esperabas un desenlace así, príncipe de Detroit.

—¿Eso crees? —Sus labios dibujaron una sonrisa sarcástica.

—Se suponía que ese puesto era para Duval.

—¿Y quién crees que plantó esa idea en la cabeza de Duval? Solo era un desquiciado, un loco útil…

—Pero la junta le apoyaba a él… —protesté confusa.

—¿Y qué? ¿Durante cuánto tiempo lo habrían hecho? Duval podría haber sido el príncipe de Detroit durante cinco, diez, veinte años, pero al final habría caído… ¿Y qué es ese tiempo para un inmortal? Markus era inteligente y poderoso, el verdadero enemigo para mí. Duval solo era una marioneta.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque a ti también te considero inteligente y poderosa, pero no quiero pensar en ti como en una enemiga. —Me dirigió una sonrisa poblada de dientes amarillentos—. Sé que siempre has sido leal a Markus, que le adorabas como a un dios. Quiero esa misma lealtad, esa adoración dirigida a mi persona. Sabré ser mucho más agradecido que Markus.

Sentí que el estómago se me revolvía. Aquel cabrón no podía darme más asco.

—¿Y si no acepto?

—Lo harás. Como te he dicho, te considero una persona inteligente.

No lo estaba diciendo directamente, pero supe leer en sus

palabras y en el brillo amenazador de sus ojos: si no le juraba lealtad, estaba muerta. Sentí que la rabia me recorría como un río de lava. Tenía ganas de lanzarme sobre él y destrozarle, pero no era tan estúpida. Conocía los poderes de Patterson. Podría paralizarme y destruirme sin ningún esfuerzo.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté para ganar algo de tiempo.

—Por supuesto, querida, pero no tardes —dijo mientras se dirigía a la puerta—. La oferta caduca mañana a medianoche.

Salió y cerró tras de sí, dejándome sola en la sala de juntas. Sentí que me faltaba el aire, que mis sollozos y mis lágrimas no eran suficientes para permitir que saliera toda la angustia que sentía y que amenazaba con hacerme explotar. Las imágenes de la muerte de Markus se repetían con tanta claridad en mi cabeza como si estuviera contemplándolas una y otra vez, en un bucle infinito que iba a volverme loca. Tuve ganas de correr tras Patterson, escupirle en la cara y gritarle que jamás le juraría lealtad, que podía matarme si quería, pero que nunca me inclinaría ante un traidor como él… Pero no tuve valor. Mi sacrificio no le devolvería la vida a Markus.

Cuando estuve segura de que ya no quedaba nadie en el edificio, bajé en el ascensor y salí. Cada paso me costaba un esfuerzo inmenso, como si de repente pudiera sentir el cansancio de mis doscientos años de vida. Conseguí llegar a mi coche, abrí la puerta y me derrumbé en el asiento.

Dentro de mi Vanquish me sentí a salvo, lo suficiente para dedicar unos minutos a ordenar mis pensamientos. Rebusqué en la guantera hasta encontrar un paquete de cigarrillos y encendí uno con manos temblorosas. Abrí la ventanilla y me quedé contemplando como las volutas azuladas de humo escapaban del habitáculo para desaparecer en el frío aire de la noche. Yo también tenía que huir, también debía desaparecer. Nunca iba a jurarle fidelidad a Patterson, así que, si no me marchaba, estaría muerta a la noche siguiente. Tenía que abandonar aquella maldita ciudad.

Pensé que no me daba pena. No había nada que fuera a echar

de menos allí. Pero si iba a echar de menos a alguien. Antes de marcharme, aún me quedaba una cosa por hacer.

XLI

Down the road

No fue difícil abrir la ventana de su habitación. De hecho, fue demasiado fácil, teniendo en cuenta que pertenecía a la casa de un policía de una ciudad tan peligrosa como Detroit. Podría haber llamado a la puerta y que me hubiese abierto, pero había acariciado la idea de contemplarle dormido, tal y como estaba haciendo en aquel momento.

Jake estaba de medio lado, con una mano apoyada bajo la mejilla. Incluso en sueños mantenía el ceño fruncido, como si estuviera preocupado por algo. No me extrañaba nada después de todo lo que había vivido aquella noche. Más que dormido, casi parecía inconsciente. No se había inmutado mientras yo abría la ventana y me colaba en su habitación. Tal y como yo había pensado, debía estar agotado. Yo también lo estaba. En aquel momento, lo habría dado todo por poder tumbarme a su lado y que me rodeara con sus brazos, por poder descansar en el hueco de su hombro y olvidar que había un mundo al otro lado de aquellas paredes… Pero eso era imposible. Una cuenta atrás pendía en aquel momento sobre mi cabeza. Sabía que debía darme prisa y marcharme pronto, pero no quería hacerlo… Mi corazón me pedía un minuto más, otro minuto más, otro minuto más… Sabía que aquello solo era una efímera prórroga para el momento en que tuviera que separarme de él… Definitivamente… Para siempre…

Una ráfaga de viento helado se coló por la ventana y le acarició con sus gélidos dedos, haciendo que se estremeciera. Agradecí que le despertara. Yo podría haberme quedado allí contemplándole para siempre, hasta que el sol apareciera y acabara con todo. Me sentía tan vieja, tan cansada, tan vacía que, en aquel momento, me parecía una bonita manera de poner fin a mi vida: volver a ser besada por el sol mientras le veía dormir.

Jake abrió los ojos y se asustó ante mi presencia. En aquella

penumbra y con la luz de las farolas alumbrándome por la espalda era imposible que me hubiera reconocido. De un solo movimiento, se retrepó en la cama hasta pegar su espalda al cabecero y encendió la lámpara de la mesilla.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al reconocerme, aún con la respiración alterada y el corazón desbocado.

—He venido a despedirme.

—¿A despedirte? No entiendo… —Me tendió la mano para que me acercara y me sentara a su lado en la cama. Lo hice, aunque me daba la impresión de que cada vez me estaba poniendo más difícil a mí misma salir de aquella habitación a tiempo—. ¿Por qué te vas a marchar? ¿Y a dónde?

—Ya no me queda nada aquí —respondí con una sonrisa triste.

—¿Cómo que no? ¿Y Markus? ¿Y tu club? ¿Y tu puesto en la Fundación Kressler? ¿Y tu casa?

—Markus ha muerto… —La voz se me quebró durante un momento, pero pude reponerme y continuar—. Todo formaba parte de un plan aun más grande para eliminarle. Patterson se convertirá mañana en el próximo príncipe de Detroit y me ha dicho que debo elegir entre unirme a él o morir.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó confuso—. ¿Cuál de las dos vas a elegir?

—Ninguna de las dos. Ya me conoces: a mí no se me puede poner un ultimátum —bromeé—. Por eso me voy de la ciudad. Si no escapo, mañana estaré muerta.

Jake no contestó nada. Salió de la cama de un salto, recogió de una silla los vaqueros que había llevado la noche anterior y empezó a vestirse.

—¿Qué haces? —pregunté confusa.

—¿Cómo que qué hago? Nos vamos.

Esbocé una sonrisa, quizá la sonrisa más triste que habían dibujado mis labios en toda mi larga vida. Me levanté de la cama, me coloqué frente a él y acaricié su mejilla con dulzura.

—No, mi amor… Tú no vienes. —Tuve que morderme con fuerza el labio inferior para no romper a llorar antes de seguir hablando—. Ya te he dicho que he venido a despedirme.

—¿Pero por qué? ? Yo quiero ir contigo…

Su mirada era tan suplicante como la de un niño con miedo a ser abandonado. Mientras miraba aquellos ojos verdes brillantes por las lágrimas contenidas, sentí que mi corazón se hacía añicos como si fuera de cristal. Era lo justo. Él había conseguido que se descongelara, que volviera a sentir algo, así que debía ser él quién lo destruyera.

—No, no quieres venir conmigo… Es el vínculo el que habla por ti. —Conseguí que mi voz sonara más firme—. Bebiste mi sangre y por eso ahora piensas que me amas y quieres venir conmigo. Ya viste cómo se sentía Patrick por Duval.

—No, no es eso —protestó.

—¡Sí que lo es!

Mi tono fue demasiado brusco, pero no pude evitarlo. Tenía que acabar con aquella discusión ya y marcharme, porque mi mente, mi corazón, mi alma, cada célula de mi cuerpo me urgían a no discutirle más, a sellar sus labios con un beso y suplicarle que me acompañara. Pero no podía hacer aquello. No quería un esclavo. Quería al Jake libre que me había enamorado.

—Tengo que irme. Es lo mejor para ti… para los dos. —Utilicé toda mi fuerza de voluntad para separarme de él y dar un paso hacia la ventana—. Quizá algún día, cuando puedas elegir libremente…

—Pero no me has dicho a dónde vas —protestó en un último intento de retenerme.

—Si en verdad quieres encontrarme, lo harás —dije con una sonrisa triste deteniéndome un segundo al lado de la ventana—.

¿Acaso no eres el condecorado chico de oro del departamento de desapariciones?

Sin dejarle decir nada más, pasé mi cuerpo al otro lado de su ventana y salté con agilidad sobre el reseco césped. Me dirigí hacia el coche sin mirar atrás una sola vez. Sabía que, si le veía asomado a aquella ventana, no podría mantener mi decisión.

Entré a toda prisa en mi coche y arranqué. Pronto amanecería y todavía tenía que buscar la manera de salir del país. Saqué mi móvil y busqué un número.

—¿Travis? Sí, soy yo otra vez… Necesito otro favor… Sí, ya sé que últimamente te estoy pidiendo muchos, pero te los pagaré. —Le dejé protestar un rato al otro lado de la línea—. Es importante. Necesito salir de Estados Unidos antes de que amanezca. Búscame un barco, uno en el que podamos irnos mi coche y yo… No, no pienso irme sin mi Vanquish. Ya, ya sé que es difícil, por eso estoy hablando con el mejor.

Colgué y seguí conduciendo, aunque en realidad no tenía rumbo fijo. Si no recibía una contestación de Travis en los próximos minutos, tendría que buscar un sitio en el que esconderme para pasar el día y dejar mi huida para la noche siguiente… pero algo me decía que aquello no era una buena idea, que si no conseguía abandonar el país esa noche, no lo conseguiría nunca.

Un pitido de mi móvil me sobresaltó. Leí el mensaje de Travis, sonreí, arrojé el teléfono al asiento contiguo y, después de hacer un trompo para cambiar de dirección, me dirigí al puerto. Miré de nuevo la pantalla de mi móvil y releí aquellas dos frases que me prometían una vida nueva:

“El Princesa de Detroit parte al alba destino Dublín. Buena suerte”.

XLII

Always remember us this way

Cuando cerraron las puertas del contenedor en el que había metido mi coche, me giré hacia el capitán del barco.

—Si sufre el más mínimo rasguño, os mataré a todos.

Mi tono no fue amenazante. Me limité a enunciar una verdad absoluta. El capitán del Princesa de Detroit pareció entenderlo así, porque, después de tragar saliva con esfuerzo, forzó una sonrisa y, sin decir una palabra, corrió hacia los operarios que iban a encargarse de embarcarlo para advertirles de que debían tratar aquel contenedor con extremo cuidado. Cuando terminó de hablar con ellos, regresó a mi lado y me señaló la pasarela de embarque.

—¿Me acompaña, por favor? Su camarote está listo.

—¿Es un camarote interior, tal y como le he pedido? —pregunté para asegurarme mientras subía la pasarela.

—Por supuesto, señorita. Sígame y se lo enseñaré.

—Si no le importa, prefiero esperar para ver cómo embarcan mi coche.

Él asintió y, una vez llegamos a cubierta, me dejó sola para ir a supervisar los últimos preparativos antes de zarpar. Me apoyé en la borda a contemplar como un operario manejaba una enorme grúa que elevó el contenedor en el que iba mi coche y empezó a subirlo a cubierta para situarlo junto a sus compañeros. En cuanto acabara, podríamos irnos. Miré hacia el horizonte, que empezaba a teñirse con un leve fulgor amarillento. Esperaba que el operario se diese prisa. No quería marcharme al camarote sin asegurarme de que mi niño había subido a bordo sin problemas, pero, en cuestión de minutos, empezaría a amanecer y tendría que refugiarme.

Empecé a escuchar el lejano sonido de una sirena de policía. En un

primer momento, no le di importancia, a pesar de que se escuchaba cada vez más cerca. No fue hasta que un coche giró la esquina derrapando hacia nuestro muelle con una de esas sirenas portátiles sobre el techo que no empecé a alarmarme… Cuando estuvo algo más cerca, me di cuenta de que era un coche conocido… Muy conocido.

Oí gritos a mi espalda y vi que tanto el capitán como varios miembros de la tripulación habían sacado sus armas y se habían situado en cubierta apuntando a nuestro inesperado visitante. Por el número y la potencia de aquellas armas, deduje que yo y mi Vanquish no éramos lo único que aquella gente había planeado meter en Dublín sin pasar por la aduana.

—Tranquilo —dije, acercándome al capitán—. Le conozco.

Los cañones de todas las armas dejaron de apuntar al coche que se acercaba para fijarse en mí. Levanté las manos mientras les dirigía una sonrisa que esperaba que sirviera para transmitirles confianza y apaciguar los ánimos.

—Quiero decir que le tengo en nómina —expliqué mientras me dirigía a la entrada de la pasarela—. No hay de qué preocuparse. Yo me encargo.

Mi apariencia de seguridad pareció convencerles, ya que, después de observarme durante un par de segundos, el capitán dio orden de guardar las armas y seguir con las maniobras para zarpar. Me coloqué en lo alto de la pasarela con los brazos frente al pecho y el ceño fruncido mientras veía como Jake detenía su coche, dejándolo cruzado en el muelle. Se apeó del vehículo, recogió una mochila del asiento trasero y, con ella sobre un hombro, empezó a subir la pasarela mientras me miraba con una sonrisa en su rostro.

—¿Es que la princesa de Detroit pensaba zarpar sin mí? —preguntó a modo de saludo al llegar arriba.

No supe si se refería al barco, a mí o a los dos. No le devolví la sonrisa ni me aparté para permitirle subir a bordo. Continué bloqueándole la entrada mientras le lanzaba una mirada furiosa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Bueno, soy el condecorado chico de oro del departamento de desapariciones. —Bufé enfadada, así que decidió explicarse—. Llamé a Travis. Le dije que te había conseguido un visado falso…

—¿Y qué haces aquí? —pregunté.

—Voy contigo.

Esperé un par de segundos por si quería añadir algo más y, en vez de hablar, resoplé frustrada y miré hacia el horizonte, que iba aclarándose más y más a cada segundo. No tenía tiempo para aquello… Ni fuerzas… Bastante duro me había resultado despedirme de él en su habitación.

—Jake, ya lo hemos hablado. No puedes venir conmigo…

—¿Por qué no? Aunque Markus haya muerto, el permiso que te firmó sigue siendo válido, ¿no?

—¿Me estás diciendo que quieres que te convierta en vampiro? —pregunté escandalizada—. No puedo condenarte a eso…

—Oh, sí… Qué condena tan terrible… —dijo con tono sarcástico mientras empezaba a elevar un dedo tras otro para enumerar sus argumentos—. No enfermar, no envejecer, vivir para siempre, tener poderes sobrenaturales… ¿Cómo vas a hacerme eso?

—Serías un monstruo… Tendrías que matar personas para sobrevivir.

—No tendría por qué matar. Tú no lo haces. Podrías enseñarme —insistió él.

Le esquivé la mirada y la clavé en el suelo, entre mis pies, mientras negaba con la cabeza. ¿Cómo explicarle que no quería condenar su alma al hambre eterna, que no quería convertirle en un potencial asesino? ¿Cómo contarle que la bestia que habitaba en nuestro interior no podía ser controlada siempre, que, en algún momento de su larga vida acabaría matando y sintiéndose culpable durante el resto de su existencia?

—No te estoy pidiendo que me conviertas en vampiro ahora. —Se acercó un paso más y llevó una mano a mi barbilla para levantar mi cabeza y hacer que le mirase a los ojos—. Lo único que te estoy pidiendo es que me dejes ir contigo.

Era tan difícil decirle que no mientras me sentía atrapada por aquella diáfana mirada de ojos claros… Era tan condenadamente doloroso negarme y apartarle de mi lado cuando lo único que deseaba era refugiarme en sus brazos, beber de sus labios, fundirme con su cuerpo… Pero era lo correcto, lo que debía hacer…

—Jake, por favor… —Mis palabras sonaron como una súplica, una plegaria para que se compadeciera de mí y se marchara—. Ya hemos hablado de esto. Quieres venir conmigo porque has bebido mi sangre, porque ahora mismo estás hechizado por mí… No eres libre para elegir.

—Te equivocas —dijo con voz firme—. No es la influencia de tu sangre la que habla por mí. Sé que quiero ir contigo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque ya estaba enamorado de ti antes de beber tu sangre, porque desde que te conocí sabía que querría seguirte al fin del mundo.

No supe qué decirle. Me limité a mirarle a los ojos buscando en ellos la confirmación de que estaba siendo sincero conmigo. No encontré ni el menor asomo de duda en ellos. Estaba convencido de lo que me estaba diciendo.

—Lo único que debes preguntarte es si tú sientes lo mismo, si quieres tenerme a tu lado… Quizá para siempre.

Seguía sin ser capaz de pronunciar una sola palabra, así que le respondí con un beso. Y fue en aquel momento, sintiendo su cuerpo tan cerca del mío, envuelta en sus brazos y en el aroma de su piel, enloquecida por la dulce rudeza con la que mordía mis labios como si quisiera devorarme y hacerme suya, cuando supe que acababa de encontrar a mi compañero para la eternidad.

Cuando nuestros labios se separaron, él siguió abrazándome con fuerza por la cintura para evitar que nuestros cuerpos se separaran una sola pulgada. Nos mantuvimos unos segundos con las frentes unidas y la mirada de cada uno prendida en la del otro, como si estuviéramos mutuamente hipnotizados. Con un gran esfuerzo de voluntad, conseguí separarme de aquella mirada y llevar mis labios hasta su oído para susurrarle:

—Creo que deberíamos ir al camarote.

—Vaya, no te andas con tonterías —bromeó—. Acabamos de darnos nuestro primer beso y ya quieres llevarme a la cama.

—Ha sido nuestro segundo beso y tengo que bajar al camarote porque está a punto de amanecer —le corregí dejando que una leve risa escapara de mis labios para acariciar la piel de su cuello—. Pero tienes razón: no quiero andarme con tonterías.

—Solo una pregunta más —dijo mientras recogía su mochila del suelo y aceptaba la mano que yo le tendía—. ¿A dónde se supone que vamos?

—A Dublín —contesté mirando hacia atrás para dirigirle una sonrisa—. Es una ciudad con una atmósfera anticuada y romántica, hay poco sol y la gente suele beber tanta cerveza como para no acordarse de que les han mordido.

—Me encantará Dublín contigo.

Tiró con fuerza de mi brazo para hacer que me estrellara contra su cuerpo y volver a besarme, pero yo puse la mano sobre su pecho y le detuve. Él frunció el ceño e hizo un puchero adorable con los labios.

—Si no entramos ahora mismo, llegarás a Dublín acompañado de un puñadito de cenizas —le advertí—. Siento que tengas que perderte este amanecer.

Él miró hacia atrás por encima de su hombro y asintió. El primer rayo de sol asomaba ya sobre las colinas que rodeaban la ciudad. Sentimos una vibración bajo nuestros pies y oímos el rumor de

los motores del barco poniéndose en marcha. Al comenzar su viaje hacia la vieja Europa, el Princesa de Detroit hizo sonar su sirena, que rompió el silencio del amanecer como un canto de despedida. Dejaba atrás mi tierra, mi pasado, doscientos años de existencia… Pero lo hacía con una sonrisa, con una nueva ilusión, con mil sueños por cumplir, con alguien que me hacía sentir joven de nuevo…

—Vámonos al camarote —me susurró Jake—. Mientras esté a tu lado, me sobran todos los amaneceres.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 10 de septiembre de 2022

Agradecimientos

Este apartado suele utilizarse para agradecer a todas esas personas (pareja, familiares, amigos…) que acompañan al escritor en su día a día y aguantan sus idas de olla, sus ausencias mentales, sus miedos e inquietudes… Los escritores sabemos que somos compañeros de vida complicados y realmente os agradecemos que estéis ahí, que nos apoyéis y que os aseguréis de que no se nos vaya demasiado la cabeza y sigamos algo anclados al mundo real, al menos lo suficiente como para ducharnos o ir al súper y rellenar la nevera. Por mi parte, suelo dedicaros cada uno de mis libros, pero espero que me perdonéis si en esta ocasión mis agradecimientos van dirigidos a otras personas.

En primer lugar, quiero dar las gracias a todos esos artistas que, desde hace siglos, han creado y alimentado la figura del vampiro. Soy una enamorada de este monstruo desde niña, hasta el punto de que dejaba abierta mi ventana por las noches con la esperanza de que uno de ellos entrara y me mordiera. Por eso quiero dar las gracias a todos esos escritores, dibujantes de comics, guionistas y directores de cine que han alimentado el mito durante todo este tiempo. Desde Bram Stoker, a Coppola; desde Stephen King a Bela Lugosi; desde Anne Rice a Christopher Lee; desde Poppy Z. Bryte a Guillermo del Toro… Muchas gracias a todos por vuestras diferentes visiones de estos mágicos seres.

En segundo lugar, quiero agradecer a Mark Rein-Hagen y a la compañía White Wolf Game Studio por haber creado en los años 90 el juego de rol Vampiro: La mascarada. Me encantó ese juego, me leí el manual un montón de veces, hasta el punto de que se le salían todas las hojas y, aprovechando que estaba trabajando durante un verano en una oficina en la que no había nadie, acabé fotocopiándolo y encuadernándolo para poder seguir leyéndolo una y otra vez. Hace cosa de un año, me lo volví a comprar y ahora lo tengo en versión de papel, para seguir disfrutando de lo bonito que es, y en versión digital, para poder consultarlo una y otra vez sin volver a romperlo.

Bueno, a lo que iba, que me voy por las ramas: ¡Me encantó ese juego! Puedo decir que fue mi juego de rol favorito y que su visión de los vampiros, más actual y oscura, me fascinó por completo. De hecho, Criaturas malditas es una adaptación de una partida de rol que creé hace muchos años para una campaña de Vampiro: La mascarada. Por eso quiero agradecer a los creadores de ese juego que me dejaran asomarme a su visión del vampiro y disfrutar tanto con ella.

Y ya por último, me queda darte las gracias a ti, lector. Si en el año 2020 ya leíste Olvida y aun así has decidido darle una oportunidad a Criaturas malditas, te agradezco de corazón la fidelidad y la confianza que has depositado en mí. Espero que hayas disfrutado con esta nueva versión de la historia.

Si, por el contrario, es la primera vez que lees la historia, también quiero agradecerte la confianza y que me hayas acompañado en este viaje. Los escritores no somos nada sin alguien al otro lado de las páginas, así que te agradezco que me ayudes a cumplir mi sueño.

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices.

Un besazo enorme,

Gemma

Medios de contacto

Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2
- Twitter: @Idaean
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre *¿Tú me ves? I: La maldición de la casa Cavendish*, *La red de Caronte*, *Viajes a Eilean I: Iniciación*. No lo pienses más y únete).

Otras obras de la autora

Thriller sobrenatural: La historia de Clarice

Según una antigua leyenda, si el último cuervo de la Torre de Londres muere, significará el fin de la Corona de Inglaterra.

Viaja a 1943, al corazón de la Segunda Guerra Mundial. Bletchley Park, la Torre de Londres, el palacio de Buckingham, los refugios antibombardeos de Londres, el castillo de Windsor…

Acompaña a la División OpenMind en su lucha por evitar la muerte del último cuervo y el cumplimiento de la profecía:

- La historia de Clarice I: División OpenMind
- La historia de Clarice II: El último cuervo

Thriller sobrenatural: Saga ¿Tú me ves?

¿Te imaginas que pudieras regresar a los años 80 y recorrer Nueva Inglaterra en una caravana? Libertad, buena música, aventuras, paisajes increíbles...

¿Te imaginas que, además, te ganaras la vida resolviendo casos paranormales y enfrentándote a fantasmas, demonios y casas encantadas?

Al y Eli te invitan a acompañarles en ese viaje. Date prisa, que ya salen.

TÍTULOS DE LA SAGA:

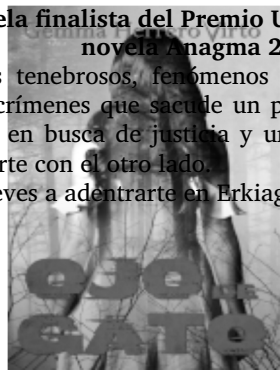
- La maldición de la casa Cavendish
- Carpe diem
- El susurro de los condenados
- El regreso de Sarah Ellen
- Roanoke
- Croatoan

Thriller sobrenatural

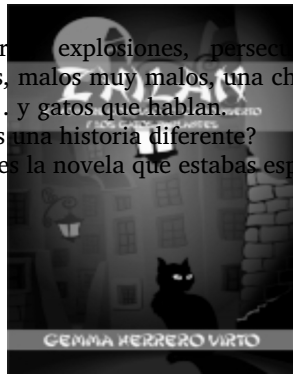
Novela finalista del Premio Literario Amazon 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda…
Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.

Novela finalista del Premio Universitario de novela Anagma 2011



Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado.
¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar… y gatos que hablan.
¿Buscas una historia diferente?
Zhilan es la novela que estabas esperando.

Fantasía: Trilogía viajes a eilean

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- Iniciación
- Arcanos
- La ley de lo triple

Fantasía: Trilogía de Kayne

¿Recuerdas esas historias de espada y brujería, de valientes caballeros y hermosas princesas, de sabios magos y terribles monstruos? ¿Recuerdas las batallas a espada, los asedios a castillos, los bosques misteriosos en los que se ocultaban criaturas de leyenda? ¿Recuerdas haber leído sobre ello bajo las mantas, con la ayuda de una linterna, temiendo que tus padres te pillaran y que te hicieran dejar de leer?

Nunca es tarde para recuperar algo que nos hacía tan felices. Vuelve a sentir la aventura con la Trilogía de Kayne:

TÍTULOS DE LA TRILOGÍA:

- La muerte del heredero
- La profecía del traidor
- PRÓXIMAMENTE EN AMAZON EL TERCER TÍTULO DE LA TRILOGÍA

.

Novela policíaca: Serie Caronte

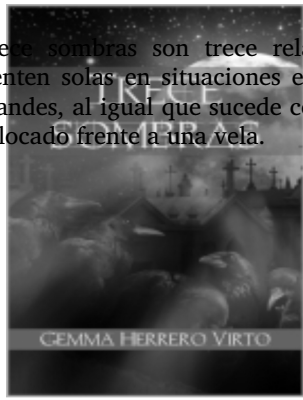
Persigue asesinos en serie, investiga pistas, elabora perfiles, interroga sospechosos... ¿Serás capaz de descubrir los misterios que encierran estas novelas?

No lo pienses más y únete al equipo de investigación.

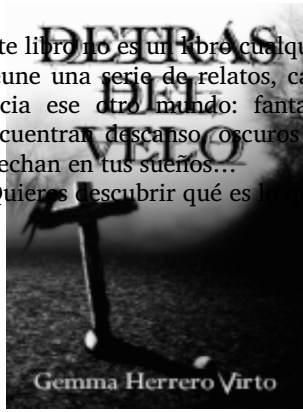
TÍTULOS DE LA SERIE:

- La red de Caronte
- Suicidios inducidos
- Los cadáveres blancos
- Reflejo mortal

Relatos

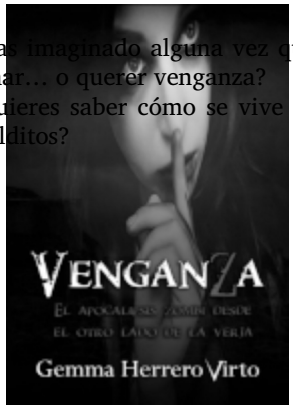
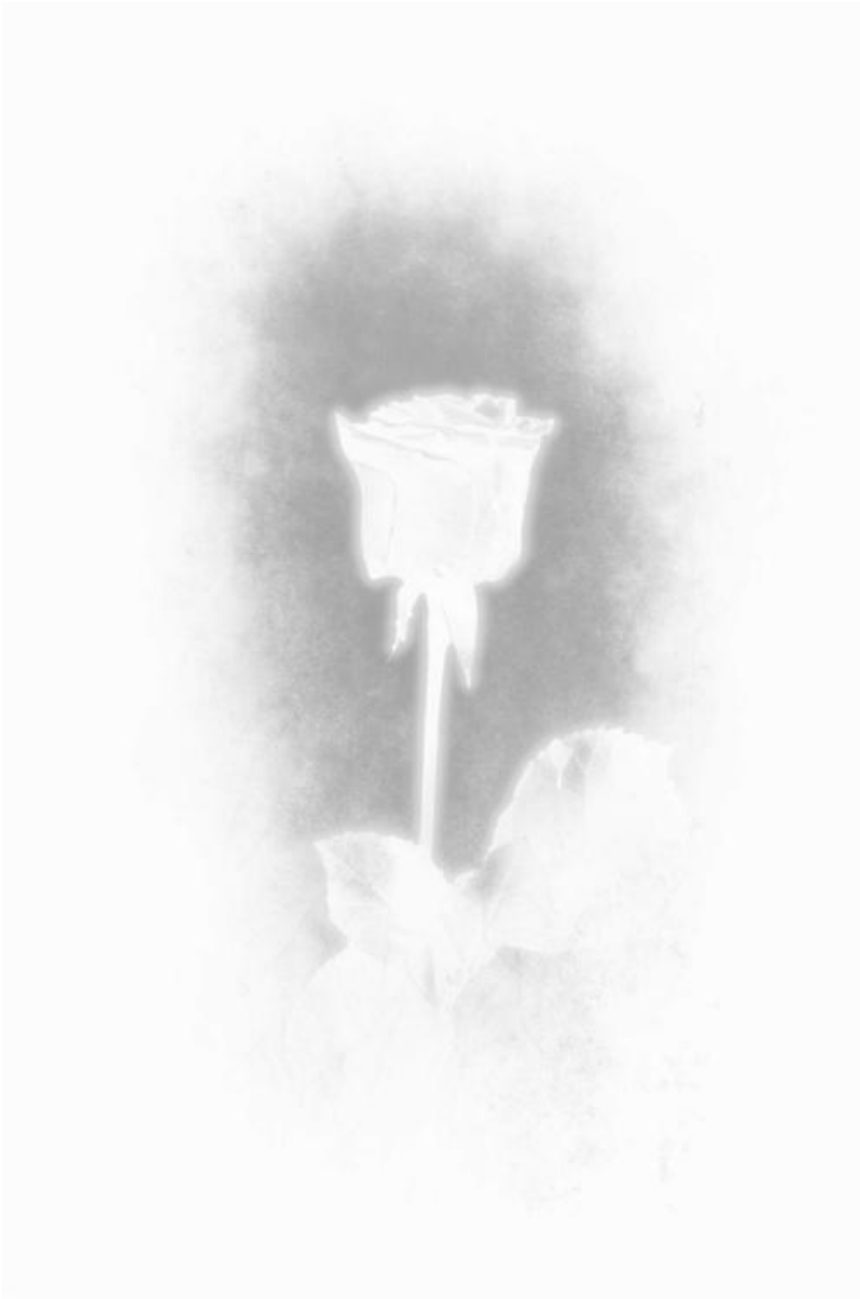


Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera.
Reune una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en tus sueños…
¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

Novela postapocalíptica



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar… o querer venganza?
¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?